



ATLANTIDA

PIERRE BENOÎT



Lectulandia

Al partir en rutinaria misión geológica por el norte de África, el teniente Ferrières poco se imagina que va a descubrir uno de los secretos más profundos que ocultan las ardientes dunas del Sahara. Su compañero de expedición, el capitán André de Saint-Avit, le va a relatar la historia de un viaje anterior, una odisea que le llevó a él y a otro oficial a conocer un territorio desconocido gobernado por la misteriosa y subyugante reina Antinea, una mujer de la que es prácticamente imposible escapar.

Lectulandia

Pierre Benoit

La Atlántida

ePub r1.0

Titivillus 28.04.2019

Título original: *L'Atlantide*
Pierre Benoit, 1920
Traducción: Rafael Cansinos-Assens
Revisión de traducción: René Palacios More

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

A André Suarès

Debo advertiros en primer lugar, antes de entrar en materia, que no os asombréis de oírme llamar a unos bárbaros con nombres griegos.

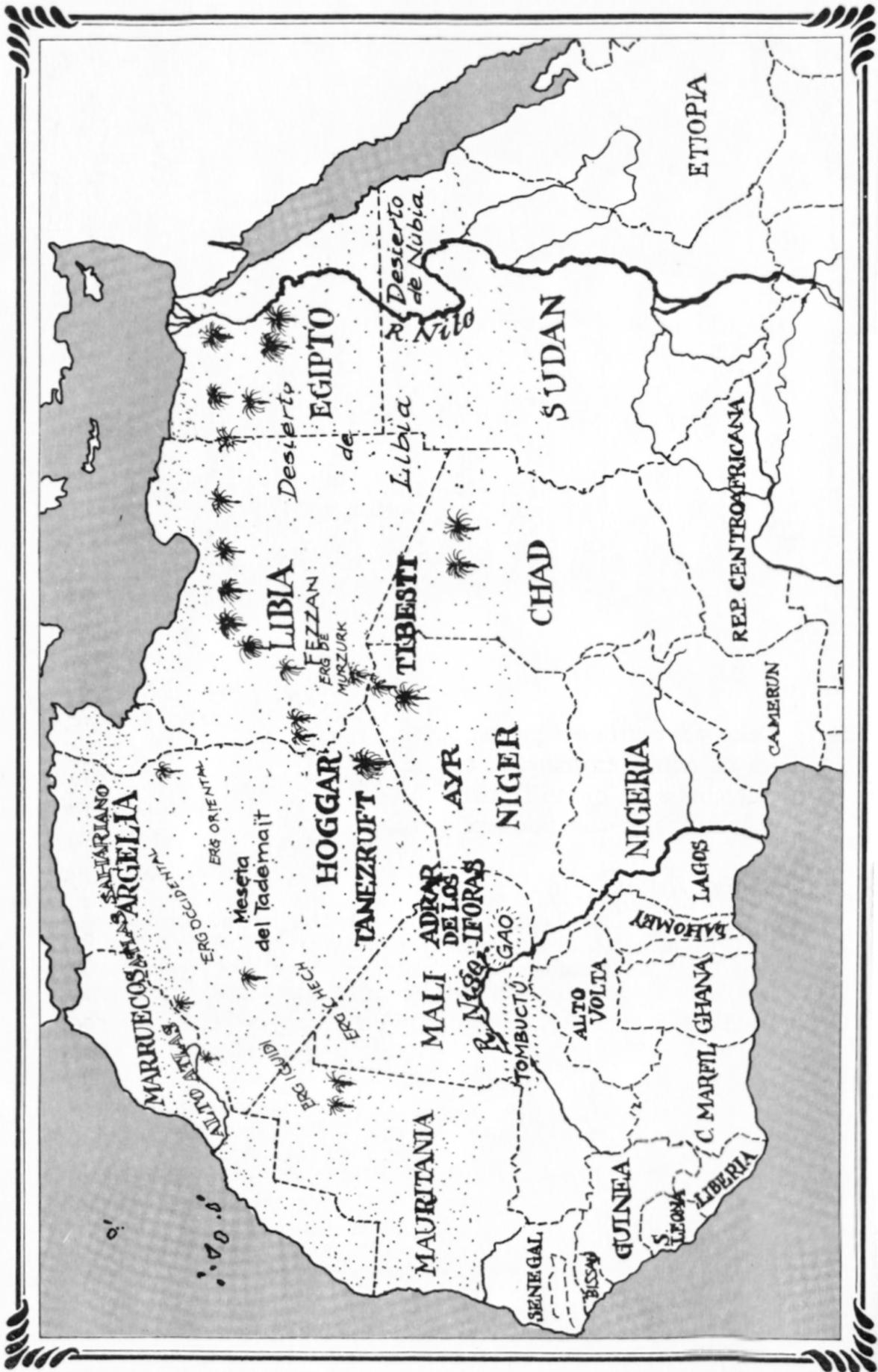
Platón
Critias.

UNAS PALABRAS DEL TRADUCTOR

Pierre Benoit, el autor de *La Atlántida*, es uno de los novelistas jóvenes de Francia que gozan de más justa fama. Su novela laureada *Königsmark*, publicada en 1918, consagró su nombre, incorporándolo al de los autores que alcanzan las grandes tiradas. Antes de esa fecha, en 1914, había publicado un tomo de poemas, titulado *Díadumeno*, que también consagró ya su nombre en el círculo más restringido de las devociones literarias. Al dedicarse a la novela, Benoit aportaba un propósito cuando menos interesante: unir la acción intensa que ha hecho del folletín el género literario predilecto del gran público, con la pulcritud de la forma y la elevación y propiedad lógica del argumento. Un folletín literario, una novela apasionada, interesante y al mismo tiempo realzada por galas de estilo y de concepto, era *Königsmark*, y eso es también *La Atlántida*. En esta última, el autor desarrolla dos temas de cardinal virtud evocadora y sugestiva: tierras vírgenes y amores misteriosos, recamando en torno de ellos episodios de suprema fuerza dramática y pasajes de intensa exaltación y lirismo. Sólo un levísimo nexo nominal relaciona esta emocionante novela con *La Atlántida* legendaria a que su título alude. Pierre Benoit no ha querido hacer una novela arqueológica ni una novela de tendencia teosófica, en la que asistiríamos a las fabulosas hazañas de esos atlantes que la tradición nos describe como superhombres, avant Nietzsche. *La Atlántida* es una novela actual, una novela de acción y de pasión, que se desarrolla en una región inexplorada del Sahara africano, y en torno a una enigmática figura de mujer, bella, fatal y misteriosa como Cleopatra, de cuyo linaje la hace descender el autor. Es así una narración que reúne el interés de los relatos de viajes y aventuras con el mérito literario de los libros animados de intención superior. Para escribir esta obra, en que la erudición rehúsa mostrarse, ha tenido su autor que consultar no pocos libros y cartas geográficas, de no fácil acceso para manos inexpertas. A veces, una cita de un libro raro y antiguo, o de un olvidado episodio histórico, da singular valor a

alguna página de la novela, haciéndonos pensar en el arte sabio y ameno de Anatole France. El capítulo en que el estrafalario Hetman de Jitomir cuenta sus aventuras, es un delicioso y fiel cuadro de época de los tiempos del segundo Imperio napoleónico. A cada paso se advierte que el autor de *La Atlántida* es un escritor de íntegra talla literaria, al que un nomadismo mental muy interesante, o un devoto culto a la energía, lleva a cultivar la novela de enredo, pero en el que perduran las virtudes líricas del creador de poemas. La reciente guerra ha determinado en Francia un gran anhelo de acción, así en la vida como en el libro, reacción acaso contra el diletantismo literario y la abstención excesiva de *avant-guerre*. Esta reacción en el gusto del público estimula y favorece la producción de libros como éste, llenos de dramático ardor. A él responde también la colección *Le Roman Littéraire*, en la cual se ha publicado. Mientras en la hora presente, otros autores más contemplativos, como Suarès, Gide, Claudel, brindan a Francia el sombrío espejo de Leonardo, literatos que tuvieron su iniciación en la lírica y aún guardan su recuerdo, pero que pasaron muy eficazmente por la prueba del fuego, optan, como Pierre Benoit, por exaltar la acción en la forma alegórica de la novela, incitando así a sus compatriotas de un modo indirecto, con la admirable exhortación tácita del arte, a seguir venciendo en lo porvenir al destino con la suma de gestos arriesgados y enérgicos que en la hora del peligro salvó a la canción gala.

R. C.-A.



CARTA PRELIMINAR^[1]

Hassi-Inifel, 8 de noviembre de 1903

Si las páginas que siguen ven la luz algún día, será señal de que yo he dejado de verla. El plazo que señalo para su publicación me lo garantiza sobradamente.

No vayáis a interpretar erróneamente el objeto que me propongo al preparar esta publicación, cuando yo la reclame. Podéis creerme si afirmo que no cifro ningún amor propio autoral en este febril cuaderno de apuntes. ¡Estoy ya tan lejos de todo eso! Pero, verdaderamente, es inútil que otros se aventuren por el camino del cual no volveré.

Cuatro de la madrugada. Dentro de poco pondrá la aurora su rosado incendio sobre la *hamada*^[2]. A mi alrededor, el *borch*^[3] dormita. Por la puerta entornada de su alcoba llega hasta mí el rumor de la respiración tranquila, tan tranquila, de André de Saint-Avit.

Dentro de dos días partiremos ambos. Dejamos el *borch*. Vamos a internarnos allá lejos, por el sur. Ayer llegó la orden del ministro.

Ahora, aunque yo quisiera, sería demasiado tarde para volverme atrás. André y yo hemos solicitado esta misión. La autorización que yo pidiera, de acuerdo con él, se ha convertido en una orden. ¡Y recorrimos toda la vía jerárquica y pusimos en movimiento todas nuestras influencias en el ministerio para luego sentir miedo y retroceder después ante la empresa!...

Sentir miedo, he dicho. Me consta que no tengo miedo. Una noche, en el Gurara, cuando me encontré con que habían matado a dos de mis centinelas, marcándolos en el vientre con la innoble incisión crucial de los bereberes, sentí miedo. Sé lo que es el miedo. Pero ahora, cuando vuelvo la vista hacia la tenebrosa inmensidad de donde, dentro de un instante, surgirá bruscamente el inmenso sol rojo, sé que no es miedo lo que me hace temblar. Siento que en mí luchan el horror sagrado del misterio y su incentivo.

Vapores, quizá. Fantasías de un cerebro sobreexcitado y de unos ojos enloquecidos por los espejismos. Día llegará sin duda en que volveré a leer estas páginas con una sonrisa de enojosa piedad, la sonrisa del hombre de cincuenta años que repasa cartas antiguas.

Vapores. Fantasías. Pero estos vapores y fantasías me son muy gratos.

«El capitán De Saint-Avit y el teniente Ferrières —dice el despacho ministerial— se ocuparán de redactar, en el Tassili, los estados estratigráficos de las cretas albitas y las calcáreas carboníferas... Aprovecharán la ocasión para informarse acerca de los cambios de actitud de los azcher frente a nuestro influjo, etc...». Si este viaje hubiera de reducirse, al fin y al cabo, a unos cuantos asuntos de tan poca monta, comprendo que no partiría.

Así pues, anhelo lo mismo que temo. Me consideraré defraudado si no llego a encontrarme cara a cara con lo mismo que me hace temblar de modo tan extraño.

En el fondo del valle del *quad* Mia^[4] ladra un chacal. De cuando en cuando, siempre que un rayo de luna, quebrando con su plata las nubes hinchadas de calor, la engaña como un anuncio del sol naciente, una tórtola arrulla entre las palmeras.

Afuera se oyen pasos. Me asomo a la ventana. Una sombra vestida de ropas negras y relucientes se escurre sobre el suelo apisonado del fortín. Un relámpago en la noche eléctrica. El hombre acaba de encender un cigarrillo. Se ha acurrucado vuelto hacia el mediodía. Fuma.

Es Cegheir-ben-Cheij, nuestro guía targui, el que dentro de tres días ha de conducirnos a las ignotas mesetas del misterioso Imoschaoch, por entre las *hamadas* de piedras negras, los grandes ríos enjutos, las salinas de plata, los *gurs*^[5] leonados y las dunas de oro mate que, cuando soplan los alisios, se coronan con una cimera temblorosa de lívida arena.

¡Cegheir-ben-Cheij! Él es. Me acude a la memoria la trágica frase de Duveyrier: «El coronel pone el pie en el estribo y en el mismo momento recibe un sablazo...»^[6] ¡Cegheir-ben-Cheij! Ahí está. Fuma plácidamente un cigarrillo, un cigarrillo de la cajetilla que yo le di... ¡Dios mío! Perdonadme esta felonía.

El fósforo proyecta sobre el papel su luz amarilla. Extraño destino el que a los diecisiete años, sin que yo sepa a punto fijo por qué, decidió un día que me preparase en Saint-Cyr y fuese condiscípulo de André de Saint-Avit. Yo hubiera podido estudiar derecho o medicina. Hoy estaría tranquilo en algún pueblo con iglesia y agua corriente, y no sería como soy: un pobre espectro

vestido de algodón que se inclina, con indecible ansiedad, sobre el inmenso desierto que ha de tragárselo.

Un pesado insecto se ha colado por la ventana. Zumba, se estrella contra las paredes blanqueadas por el globo de fósforo, y al fin, vencido, con las alas abrasadas por la bujía todavía alta, rueda por la blanca cuartilla.

Es un cigarrón de Africa, enorme, negro, con manchas de un gris lívido.

Pienso en los otros, en sus hermanos de Francia, en los cigarrones de color rojizo, que en las bochornosas tardes de estío veía yo saltar como balines del suelo de mis campos natales. De niño pasaba yo allí las vacaciones; más tarde, mis temporadas de licencia. Encontrándome allí la última de esas temporadas, por aquella misma pradera, caminaba a mi lado una fina forma blanca, con una toquilla de muselina a causa del aire vespertino, allí tan fresco. Ahora, a la evocación de ese recuerdo, alzo por un segundo la mirada y la dejo perderse en un rincón oscuro de la estancia, sobre la desnuda pared, donde reluce el cristal de un borroso retrato. Comprendo ahora cuánta importancia ha perdido ya para mí lo que en otro tiempo me pareció constituir mi vida.

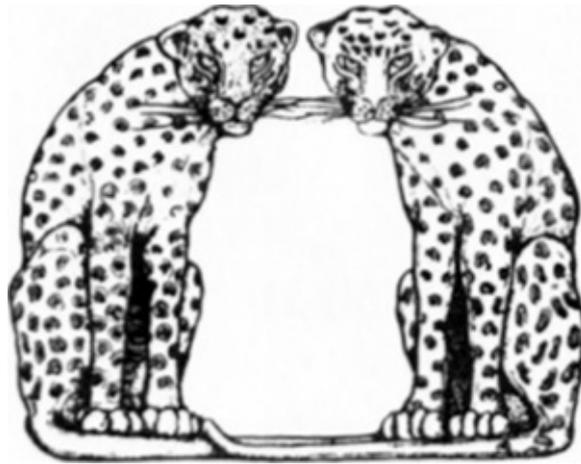
Ese lamentable misterio carece para mí de interés. Si los copleros ambulantes de Rolla viniesen a canturrear sus famosos aires nostálgicos al pie de esta ventana del *borch*, seguro estoy de que no habría de escucharles y hasta los mandaría enhoramala, si insistiesen demasiado.

¿A qué se debe esta metamorfosis? A una simple historia, acaso un cuento, relatado después de todo por alguien que suscita la más monstruosa sospecha.

Cegheir-ben-Cheij ha acabado de fumarse el cigarrillo. Le siento volverse a paso lento a su petate, en el pabellón B, junto al puesto de guardia, a la izquierda.

Como hemos de partir el 10 de noviembre, el manuscrito adjunto a esta carta se empezó el domingo 1, y se terminó el jueves 5 de noviembre de 1903.

Olivier Ferrieres
Teniente en el tercero de spahis.



CAPÍTULO I

UN PUESTO DEL SUR

El sábado 6 de junio de 1903 alteró la monótona vida de las fuerzas destacadas en el puesto de Hassi-Inifel con dos acontecimientos de desigual importancia: la llegada de una carta de la señorita Cécile de C... y la de los últimos números del *Diario Oficial* de la República francesa.

—Si mi teniente me lo permite... —dijo el suboficial Châtelain, poniéndose a hojear los números después de romper las fajas.

Asentí con la cabeza, abstraído por completo en la lectura de la carta de la señorita de C...

«Cuando reciba usted esta carta —decía en resumen aquella amable joven—, mamá y yo habremos sin duda dejado París para trasladarnos al campo. Si en su *bled*^[7] puede servirle de algún consuelo la idea de que me aburro tanto como usted, alégrese. Se celebró el Gran Premio. Aposté por el caballo que usted me indicó, y, naturalmente, perdí. La antevíspera comimos en casa de los Martial de la Touche. Allí estaba Elias Chatrian, tan pasmosamente joven como siempre. Le envió su último libro, que ha causado revuelo. Según parece, ha retratado en él del natural a los Martial de la Touche. Le envió también los últimos de Bourget, Loti y France, así como dos o tres canciones de moda en los cafés cantantes. De política, dicen que la aplicación de la ley sobre las congregaciones religiosas tropezará con verdaderas dificultades. Nada de nuevo en los teatros. Me he suscrito durante el verano a *La Ilustración*. Se sonríe usted. En el campo no sabe una qué hacer. Siempre el mismo hatillo de idiotas en espera del tenis. No tendré ningún mérito en escribirle a menudo. Evíteme usted sus reflexiones a propósito de Combemale. No soy ninguna feminista de tres al cuarto, pues tengo demasiada fe en los que me llaman bonita, y, sobre todo, en usted. Pero, en fin, me da mucha rabia el pensar que si yo me permitiese con uno solo de

nuestros gañanes la cuarta parte de las confianzas que usted seguramente se toma con sus *uled-nail*^[8]... Mas corramos un velo. Hay figuraciones muy enojosas».

Había llegado a este punto en la lectura de la carta de aquella libre señorita, cuando una exclamación escandalizada del suboficial me hizo volver la cabeza.

—¡Mi teniente!

—¿Qué ocurre?

—¡Nada! ¡Que las hacen sonadas en el ministerio! Lea usted.

Me alcanzó el *Diario Oficial*. Leí:

«Por resolución de 1 de mayo de 1903, el capitán De Saint-Avit (André), de reemplazo, queda adscrito al tercero de spahis y nombrado para el mando del puesto de Hassi-Inifel».

Châtelain dio suelta al mal humor.

—¡El capitán De Saint-Avit comandante del puesto! ¡Un puesto del que nunca supo nada! ¡Si es que nos toman por un vertedero!

Mi asombro no era menor que el suyo. Pero en aquel momento vi la maligna cara de zorro de Gourrut, el «alegre»^[9] que nos servía de escribiente; había dejado de garrapatear y escuchaba con taimado interés.

—Tenga usted en cuenta —dije con sequedad— que el capitán De Saint-Avit es compañero mío de promoción.

Châtelain se inclinó y tomó el portante; yo le seguí.

—Vamos, muchacho —le dije, dándole un golpecito en el hombro—, no se ponga de morros. Recuerde que dentro de una hora partimos hacia el oasis. Prepare los cartuchos. Hay que mejorar el material seriamente.

Volví al despacho, y con un ademán despedí a Gourrut. Luego me quedé solo, acabé de leer rápidamente la carta de la señorita de C..., y después, cogiendo de nuevo el *Diario Oficial*, volví a leer la resolución ministerial que determinaba un nuevo jefe para el puesto.

Hacía cinco meses que ejercía yo funciones de tal, y a fe mía que sobrellevaba bien aquella responsabilidad y me placía aquella independencia. Hasta puedo afirmar, sin hacerme mucho favor, que bajo mi dirección iba mucho mejor el servicio que bajo la del capitán Dieulivol, predecesor de Saint-Avit. El capitán Dieulivol, colonial de la antigua escuela, suboficial de los Dodds y los Duchesne, era un hombre honrado a carta cabal; pero adolecía de una pavorosa afición a los licores fuertes, y en cuanto bebía confundía todos los dialectos y era capaz de hacer sufrir a un haussa un interrogatorio en sakalavo. Nadie en el campamento economizó nunca el agua tanto como él.

Una mañana, estando preparando su ajenjo en compañía de Châtelain, éste, fija la vista en la copa del capitán, notó con extrañeza que el verde licor blanqueaba por efecto de una dosis de agua más copiosa que de costumbre. Alzó la cabeza, presintiendo que algo anormal acababa de ocurrir. Rígido, con el garrafón colgando de la mano, el capitán Dieulivol contemplaba el agua que escurría sobre el azúcar. Era cadáver.

Por espacio de cinco meses, después de la muerte de aquel simpático borracho, parecieron olvidarse en las altas esferas de buscarle sucesor. Por un momento, llegué a ilusionarme con que me investirían en derecho de las funciones que de hecho ejercía... Y de pronto, llegaba la noticia de aquel nombramiento...

El capitán De Saint-Avit... En Saint-Cyr fue condiscípulo mío. Luego lo perdí de vista. Más tarde hubieron de llamarme la atención su rápido adelanto en la carrera y la condecoración con que le agraciaron en merecida recompensa por sus tres viajes audacísimos de exploración al Tibesti y al Air; y, finalmente, el misterioso drama de su cuarto viaje, aquella famosa misión emprendida en unión del capitán Morhange, y de la cual sólo uno de los exploradores volvió. En Francia se olvida todo pronto. Hacía ya seis años largos de aquello. Yo no había vuelto a oír hablar de Saint-Avit. Hasta creía que había pedido el retiro. Y he aquí que ahora lo iba a tener de jefe.

—Después de todo —pensaba yo—, qué más da éste que otro... En la escuela era muy tratable, y siempre fuimos buenos amigos. Por lo demás, aún no he cumplido los años que se necesitan para ascender a capitán.

Y salí del despacho silbando.

Estábamos ahora, Châtelain y yo, con los fusiles puestos en el suelo: ya menos caliente, junto a la balsa que ocupa el centro del exiguo oasis, escondidos detrás de una especie de seto de alfa^[10]. El sol poniente teñía de rosa las acequias estancadas que proveen al riego de los míseros sembrados de los negros sedentarios.

No habíamos cruzado palabra ni durante el camino ni durante el acecho. Era indudable que Châtelain estaba resentido.

En silencio, hicimos caer a tierra, por turno, algunas de las pobrecillas tórtolas que se desplazaban con las alas rastreras por el peso del calor para apagar su sed en el agua verde y quieta. Cuando tuvimos a nuestros pies una media docena de cuerpecillos ensangrentados, eché la mano por el hombro al suboficial.

—¡Châtelain!

Se estremeció.

—Châtelain, antes le traté con dureza. No me lo tome a mal. Era la hora mala anterior a la siesta. La hora del mediodía.

—Mi teniente es muy dueño —respondió con acento que quería ser huraño y era tan sólo conmovido.

—Châtelain, no me guarde rencor... Usted tiene algo que decirme, ya sabe a qué me refiero.

—En verdad que no atino. No, no acierto.

—Châtelain, Châtelain, hablemos en serio. Dígame algo del capitán Saint-Avit.

—No sé nada —dijo con brusquedad.

—¿Nada? Entonces, ¿esas palabras que dijo antes?...

—El capitán De Saint-Avit es un valiente —murmuró, con la cabeza obstinadamente baja—; partió él solito para Bilma y el Air, recorriendo sitios que nadie holló nunca. Es un valiente.

—Sin duda que lo es —dije yo con dulzura infinita—. Pero asesinó a su compañero, el capitán Morhange, ¿no es cierto?

El veterano tembló.

—Châtelain, es usted una criatura. ¿Es que teme que vaya yo a contarle sus palabras al nuevo capitán?

Le había herido en lo vivo. Dio un respingo.

—El suboficial Châtelain no le teme a nadie, mi teniente. Ha estado en Abomey, y se batió con Amazonas en un país donde, de cada zarzal, salía un brazo negro que le cogía a usted por la pantorrilla, mientras otro, de una cuchillada, se la rebanaba.

—Entonces, eso que dicen, lo que usted mismo...

—Todo eso son palabras.

—Palabras, Châtelain, que en Francia todo el mundo repite. Agachó aún más la cabeza, sin responder.

—¡Cabeza de chorlito! —exclamé yo—. ¿Acabarás de reventar?

—Mi teniente, mi teniente —imploró él—, le juro a usted lo que yo sé y nada...

—Lo que tú sabes me lo vas a decir en seguida. Si no, te doy mi palabra de no hablar contigo durante un mes a no ser a efectos del servicio.

Hassi-Inifel: treinta *gumiers*^[11] indígenas. Cuatro europeos: yo, Châtelain, un brigadier y Gourrut. La amenaza era terrible. Hizo su efecto.

—Bueno, mi teniente, allá va... —exclamó dando un suspiro—; pero, por lo menos, no me eche usted después en cara haberle informado de un montón de cosas que no son para dichas, sobre todo cuando únicamente se fundan en meras habladurías.

—Empieza.

—Era hacia 1899. Yo era entonces cabo furriel en Sfax, en el cuarto de spahis. Tenía muy buena hoja de servicios y como, además, no bebía, el capitán ayudante mayor me había designado para preparar el rancho de los oficiales. Una plaza magnífica, en verdad. Ir a la compra, hacer las cuentas, tomar nota de los libros de la biblioteca que se llevaban los oficiales —no había muchos libros— y guardar las llaves del aparador de los licores, porque para estas cosas no hay que confiar en los asistentes. El coronel, que era soltero, comía en el *mess*^[12]. Una noche llegó algo retrasado, caviloso y, apenas se hubo sentado, reclamó silencio:

—Señores —dijo—, tengo que haceros una manifestación y recabar vuestra opinión; he aquí de qué se trata. Mañana por la mañana llegará a Sfax el Ciudad de Nápoles. Trae a bordo al capitán De Saint-Avit que acaba de ser destinado a Feriana y se incorpora a su cuerpo.

El coronel hizo una pausa.

—Bueno —pensé yo—, habrá que esmerarse en la comida de mañana. Porque ya sabe usted, mi teniente, la costumbre que se sigue en Africa desde que hay círculos oficiales. Cuando un oficial llega de paso, sus compañeros van a buscarle en una lancha y le invitan al círculo por el tiempo que dura la escala del buque. El invitado paga su escote en noticias del país. Aquel día se hace todo en grande, aunque se trate de un simple teniente. En Sfax, un oficial de paso quería decir una ración más, y vino embotellado y de la mejor marca.

Pero aquella vez comprendí, por la mirada que intercambiaron los oficiales, que era muy posible que el vino embotellado se quedase en el chinero.

—Creo que todos vosotros, señores, habréis oído hablar del capitán De Saint-Avit y de ciertos rumores que circulan a su respecto. Nosotros no tenemos por qué aquilatar esos rumores, y el ascenso y la condecoración con que ha sido agraciado nos permiten esperar que las habladurías no tendrán el menor fundamento. Pero, entre no tener por culpable de un crimen a un oficial y sentar a nuestra mesa a un compañero, media una distancia que estamos obligados a franquear. Por eso me agradecería mucho saber lo que pensáis.

Hubo un silencio. Los oficiales se miraron unos a otros con expresión de repentina seriedad, todos, hasta los subtenientillos más alegres. En el rincón

donde yo me figuraba que me habían olvidado, hacía todo lo posible para que ningún ruido delatase mi presencia.

—Le agradecemos, mi coronel —dijo por fin el comandante—, el que haya tenido la bondad de consultarnos. Creo que todos mis compañeros saben a qué enojosos rumores se refiere usted. Si me tomo la libertad de hacer uso de la palabra es porque en París, en el Servicio geográfico del ejército, donde estuve antes de venir aquí, muchos oficiales, y de los más calificados, tenían sobre esa lamentable historia una opinión que rehuían manifestar, pero que se adivinaba no favorecía al capitán De Saint-Avit.

—Yo estaba en Bamako, en la época de la misión Morhange-Saint-Avit —dijo un capitán—. La opinión de los oficiales de allá difiere, por desgracia, bien poco de lo que expresa el comandante. Pero debo hacer constar que todos reconocían no tener más que sospechas. Y, verdaderamente, no bastan sospechas cuando se trata de algo tan grave.

—Pero en cualquier caso, señores, pueden bastar sobradamente —replicó el coronel— para motivar nuestra abstención. No se trata de emitir un fallo; el sentarse a nuestra mesa no es un derecho, sino una muestra de fraternal estima. Todo se reduce a saber si creéis digno de ella al señor De Saint-Avit.

Y al decir esto, miraba uno a uno a sus oficiales. Sucesivamente, todos hicieron con la cabeza un gesto negativo.

—Veo que estamos de acuerdo —replicó el coronel—. Mas, por desgracia, nuestra misión no termina aquí. El Ciudad de Nápoles fondeará en el puerto mañana por la mañana. La chalupa que va a recoger a los pasajeros sale del puerto a las ocho. Es menester, señores, que uno de ustedes se sacrifique y pase a bordo. Pudiera ser que el capitán De Saint-Avit tuviese intención de venir al círculo. De ningún modo querríamos hacerle la afrenta que supondría no recibirlo si se presentase, confiando en la tradicional costumbre de la recepción. Es necesario evitar su visita. Hay que hacerle comprender que vale más que permanezca a bordo.

El coronel miró de nuevo a los oficiales. Todos aprobaban sus palabras; pero ¡cuánto se notaba que ninguno se sentía a gusto!

—No espero encontrar entre ustedes un voluntario para un cometido de esta índole. Tendré que designar alguno de oficio. Capitán Grandjean, el señor De Saint-Avit es capitán. La corrección pide que sea un oficial de su misma graduación quien le trasmita nuestras indicaciones. A más de esto, es usted el más joven. No tengo, pues, más remedio que echar mano de usted para esta enojosa misión. Creo innecesario recomendarle que ponga en su desempeño el máximo de miramientos posibles.

El capitán Grandjean se inclinó, en tanto un suspiro de alivio escapaba de todos los pechos. Mientras el coronel permaneció en la mesa, el capitán se mantuvo al margen sin decir palabra. Pero cuando aquél se retiró, dejó escapar una frase:

—Hay cosas que deberían considerarse para el ascenso.

Al otro día, a la hora del almuerzo, todos esperaban impacientes su regreso.

—¿Y qué? —preguntó concisamente el coronel.

El capitán Grandjean no respondió en seguida. Se sentó a la mesa, donde sus compañeros se ocupaban en confeccionar sus aperitivos, y él, que siempre diera motivo a burlas por su sobriedad, bebió casi de un trago, sin aguardar a que se diluyese el azúcar, una gran copa de ajenjo.

—¿Y qué, capitán? —repitió el coronel.

—Hecho, mi coronel. Puede usted estar tranquilo. No bajará a tierra. Pero ¡Dios santo, qué encarguito!

Los oficiales no se atrevían a despegar los labios. Pero sus miradas delataban anhelante curiosidad.

El capitán Grandjean añadió un vaso de agua a su brebaje.

—En el trayecto, en la chalupa, había yo preparado mi frasecita. Pero al subir por la escalera, lo había olvidado todo. Saint-Avit estaba en el salón de fumar con el comandante del buque. Me pareció que no tendría ánimos para decirle aquello, tanto más cuanto que le veía dispuesto a desembarcar. Vestía uniforme, con sable y espuelas. Nadie usa espuelas a bordo. Me presenté a él e intercambiamos algunas palabras; pero, seguramente, me notó algo en la cara, pues desde el primer momento comprendí que había adivinado. Se despidió, con no sé qué pretexto, del comandante y me llevó a popa, junto a la rueda grande del timón. Allí me atreví a hablar. ¿Qué le diría, mi coronel? ¡Lo que habré sudado! Él no me miraba. De codos sobre la borda, miraba a lo lejos y sonreía. Luego, de pronto, cuando me había yo metido de lleno en mis explicaciones, me miró fríamente y me dijo:

—Le doy las gracias, querido compañero, por haberse tomado tanta molestia. Pero, verdaderamente, no era necesario. Estoy cansado y no tengo intención de desembarcar. Celebro, sin embargo, haberle conocido. Y puesto que no puedo gozar de su hospitalidad, le suplico acepte la mía en tanto la chalupa permanezca al costado del buque.

—Entonces volvimos al salón de fumar. Él mismo preparó unos cócteles. Me habló largo y tendido. Resultó que algunos amigos suyos lo son también míos. Nunca olvidaré ese rostro; esa mirada irónica y lejana, aquella voz triste

y dulce. ¡Ah, mi coronel, señores, no sé lo que puedan decir en el Servicio geográfico o en los puestos del Sudán!... Pero en todo el caso tiene que haber por fuerza una equivocación horrible. Un hombre como ése no puede ser culpable de semejante crimen, creedme.

—Y eso es todo, mi teniente —concluyó diciendo Châtelain, después de un silencio—; nunca he asistido a comida más triste que aquélla. Los oficiales despachaban sus platos sin hablar palabra, en un ambiente de malestar al que nadie osaba resistir. Y en medio de aquel gran silencio, todas las miradas se dirigían furtivamente, sin cesar, hacia el Ciudad de Nápoles que se balanceaba a lo lejos, a impulsos de la brisa, a una legua de distancia en el mar.

Allí seguía, por la noche, cuando los oficiales se reunieron a la hora de cenar; y hasta que el silbato de la sirena, seguido de las espirales de humo que despedía la chimenea roja y negra, no anunció que el buque zarpaba para Gabes, no se reanudaron las conversaciones, que de todos modos no fueron tan joviales como de costumbre.

—Desde entonces, mi teniente, en el círculo de Sfax todo el mundo ha huido, como de la peste, de todo lo que pudiese hacer recaer la conversación sobre el capitán De Saint-Avit.

Châtelain me refirió todo esto en voz baja, y la gente menuda del oasis no pudo escuchar su singular historia. Hacía una hora que había resonado nuestro último disparo. Las tórtolas, tranquilizadas, retozaban en torno a la balsa. Bajo las sombras de las palmeras volaban grandes pájaros misteriosos. Un viento poco caliente mecía las temblorosas palmeras melancólicas. Habíamos dejado a nuestro lado, en el suelo, los cascos para que nuestras sienas pudiesen percibir el halago de la leve brisa.

—Châtelain —le dije—, es hora de volver al *borch*.

Lentamente recogimos las tórtolas cobradas. Yo sentía sobre mí la mirada del suboficial y leía en ella cierto reproche y como pesar por haber hablado. Pero durante todo el camino de regreso no tuve ánimos para romper, con una palabra cualquiera, nuestro desolado silencio.

Era casi noche cerrada cuando llegamos. Podía verse aún, pendiendo hacia el asta, la bandera que remataba el puesto; pero no se distinguían sus colores. El sol había desaparecido ya por Occidente, detrás de las dunas recortadas en el violeta negro del cielo.

Cuando estuvimos en el fortín, Châtelain se despidió de mí.

—Voy a las cuadras —me dijo.

Una vez solo, me dirigí a la parte del fuerte en donde se encuentran el pabellón de los europeos y el depósito de municiones. Indecible era la tristeza que me agobiaba.

Pensaba en mis compañeros de las guarniciones francesas; a aquella hora se dispondrían a volver a sus casas, donde les aguardaría, extendido en la cama, el uniforme de *soirée*, el dolman con galones y charreteras relucientes.

—Mañana mismo —me dije— pediré nuevo destino.

La rampa de tierra apisonada estaba completamente a oscuras. Pero algunas débiles luces brillaban todavía en el despacho cuando entré en él.

Inclinado sobre los registros de orden había un hombre sentado a mi mesa, dándome la espalda. No oyó mis pasos.

—Bueno, Gourrut, muchacho, no se cohíba por estar yo aquí. Obre como si estuviera en su casa.

Aquel hombre se incorporó y entonces le vi bien; alto, esbelto y pálido.

—Teniente Ferrières, ¿no es así?

—Capitán De Saint-Avit. Encantado, mi querido compañero.

En aquel momento aparecía Châtelain en el umbral del despacho.

—Suboficial —dijo con sequedad el recién llegado—, no puedo dirigirle precisamente alabanzas por lo poco que he visto. No hay ni una silla de *mehari*^[13] a la que no falten hebillas, y las planchas de las culatas de los Lebel se hallan en tal estado que cualquiera diría que en Hassi-Inifel llueve trescientos días al año. Además, ¿adonde se metió usted esta tarde? De cuatro franceses que hay en el puesto, sólo he encontrado a mi llegada un «alegre» muy sentado delante de un vaso de aguardiente. Todo esto ha de cambiar, ¿no es cierto?

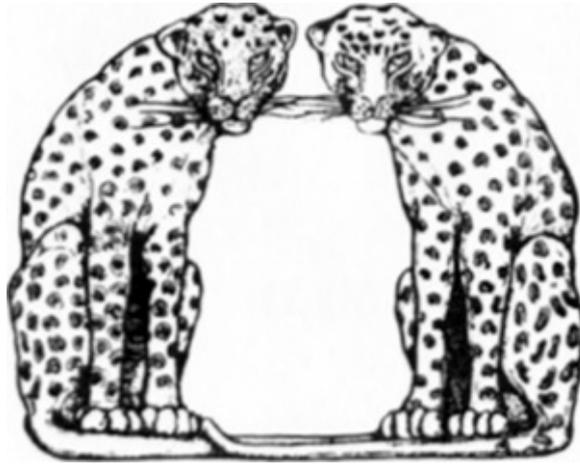
—Mi capitán —dije yo con voz débil, mientras Châtelain permanecía como petrificado—, debo decirle que Châtelain estaba conmigo, que soy yo el responsable de su ausencia del puesto, que es un suboficial irreprochable en todos los sentidos, y que si hubiéramos tenido aviso de su llegada...

—Indudablemente —dijo con sonrisa de fría ironía—; por eso, teniente, no tengo intención de hacerle responsable de descuidos que deben cargársele a usted en su cuenta. Él no está obligado a saber que el oficial que abandona, aunque sólo sea por dos horas, un puesto como el de Hassi-Inifel, corre gran peligro de no encontrar nada a su vuelta. Los bandoleros chaamba, mi querido compañero, se pirran por las armas de fuego, y estoy seguro que por apoderarse de los sesenta fusiles que hay en la armería no tendrían el menor escrúpulo en aprovecharse, aunque se expusiesen a un consejo de guerra, de la ausencia de un oficial, cuyas excelentes condiciones no dejo tampoco de

reconocer. Pero tenga la bondad de seguirme. Hemos de completar la ligera inspección que no he podido llevar a cabo, sino superficialmente, hace un momento.

Estaba ya en la escalera. Eché a andar tras de él sin rechistar. Châtelain cerraba la marcha. Le oí murmurar, con el humor que es de suponer:

—Está bien. ¡Va a dar gusto vivir aquí!



CAPÍTULO II

EL CAPITÁN DE SAINT-AVIT

ocos días bastaron a convencernos de que los temores de Châtelain eran infundados respecto a las relaciones de servicio con nuestro nuevo jefe. Muchas veces he pensado luego que, con aquella rudeza de que hizo alarde al principio, quiso Saint-Avit imponerse a nosotros, demostrándonos que sabía llevar con la frente alta el peso de su grave pasado... Ocurre que, al día siguiente de su llegada, empezó a portarse de modo muy distinto; y hasta dirigió elogios al suboficial por el estado del puesto y el grado de instrucción de la tropa. Conmigo estuvo amabilísimo.

—Somos de la misma promoción, ¿no es verdad? —me dijo—. No tengo que autorizarte para que me trates con el tuteo tradicional. Estás en tu derecho.

Muestras de confianza, por desgracia, inútiles. Falsos indicios de libertad de espíritu. ¿Qué más accesible, en apariencia, que el inmenso Sahara, abierto a cuantos quieren hundirse en su inmensidad? ¿Y qué más firme que él? A los seis meses de convivencia, en una comunión de vida como la que impone la estancia en un puesto del sur, me pregunto si lo más extraordinario de mi aventura no es el partir mañana hacia inexploradas soledades con un hombre cuyo verdadero pensamiento me es, sin duda alguna, tan desconocido como aquéllas, y cuyo aliciente me ha hecho sentir.

El primer motivo de sorpresa de este singular compañero lo constituyó su equipaje.

Cuando llegó a nosotros inopinadamente, solo, procedente de Uargla, únicamente traía consigo un *mehari* de raza que cargaba lo que una cabalgadura tan quisquillosa puede llevar sobre sus lomos sin degradarse; sus armas, el sable y el revólver de reglamento más una sólida carabina, y algunos

efectos de poco bulto. El resto del equipaje no llegó hasta quince días después, conducido por el convoy encargado del abastecimiento del puesto.

Al aposento del capitán fueron llevadas, sucesivamente, tres cajas de respetables municiones, y los visajes de los mozos daban a entender bien a las claras lo grave de su peso.

Por discreción dejé a Saint-Avit ocupado en el acomodo de las cajas y me dispuse a repasar tranquilamente el correo que me traía el convoy.

De allí a poco entró el capitán en el despacho y dio un vistazo a las contadas revistas que acababa yo de recibir.

—¡Cómo! —me dijo—. ¡Tú recibes esto!

Y al mismo tiempo hojeaba el último número de la *Zeitschrift der Gesellschaft für Erdkunde in Berlin*^[14].

—Sí —le contesté—. Esta gente tiene la bondad de interesarse por mis trabajos sobre la geología del *quad* Mia y del alto Igharghar.

—Puede serme útil —murmuró, y siguió hojeando la revista.

—Está a tu disposición.

—Gracias. Me temo no poder ofrecerte nada en cambio, como no sea un ejemplar de Plinio. Y aun eso... Seguramente conocerás tan bien como yo lo que dice del Igharghar, según el rey Juba. Pero ven a ayudarme a colocar en su sitio todo eso, y mira si algo te interesa.

Acepté sin hacerme rogar.

Empezamos por sacar de las cajas diversos instrumentos meteorológicos y astronómicos; termómetros marca Baudin, Salieron y Fastré; un aneroide, un barómetro Fortín, unos cronómetros, un sextante, una lente astronómica, una brújula con lente, etc. En resumen: lo que Duveyrier sintetiza como el material más sencillo y manejable para llevar a lomos de camello. A medida que Saint-Avit me los alcanzaba, colocaba yo los aparatos sobre la única mesa de la habitación.

—Ahora —me anunció—, ya todo son libros. Yo te los iré dando y tú los apilas en un rincón, hasta tanto me hagan las estanterías.

Durante dos horas le ayudé a amontonar una verdadera biblioteca. ¡Y qué biblioteca! ¡Nunca la hubo igual en un puesto del sur!

Entre las cuatro paredes encaladas de aquel cuarto de *borch* se hallaban reunidos cuantos textos dedicara la antigüedad, por algún concepto, a las regiones saharianas. Herodoto y Plinio en primer término, y también Estrabón, Tolomeo, Pomponio Mela y Amiano Marcelino. Pero al lado de estos hombres, que tranquilizaban un tanto mi ignorancia, distinguía los de Corippo, Pablo Orosio, Eratóstenes, Fotio, Diodoro de Sicilia, Solino, Dión

Cassio, Isidoro de Sevilla, Martín de Tiro, Etico, Ateneo... Los *Scriptores historiae augustæ*, el *Itinerarium Antonini Augusti*, los *Geographi latini minores*, de Riese; los *Geographi graeci minores*, de Karl Müller... Luego tuve ocasión de familiarizarme con Agatarquides de Cos y los Artemidoro de Efeso; pero confieso que, en aquel instante, la presencia de sus disertaciones en la habitación de un capitán de caballería no dejó de causarme algún asombro.

Debo mencionar aún la *Descrittione dell' Africa*, de León el Africano; las historias árabes de Ibn-Jaldun, Al-Iacub, El-Bekri, Ibn-Batutah, Mohamed El-Tunsi... En medio de aquella Babel sólo recuerdo haber visto dos volúmenes que llevasen nombres de estudiosos franceses contemporáneos. Eran las tesis latinas de Berlioux^[15] y de Schirmer^[16].

Mientras apilaba estos libros en montones bastante inseguros, dada la diferencia de tamaño, me decía a mí mismo:

«¡Y yo que creía que, en su misión con Morhange, se había encargado Saint-Avit especialmente de las observaciones científicas! O la memoria me engaña de un modo extraño, o han cambiado desde entonces la aguja de marear. Lo cierto es que en todo este baturrillo no hay nada que me sirva».

Seguramente observó él en mi rostro indicios demasiado claros de sorpresa, porque me dijo en un tono que me pareció revelar algo de recelo:

—¿Te sorprende, quizá, la elección de estos libros?

—No tengo derecho a decir que me sorprenda —repliqué yo—, pues ignoro para qué tarea has necesitado reunirlos. Mas, de todos modos, creo poder afirmar, sin temor de que nadie me desmienta, que nunca oficial alguno de un destacamento árabe poseyó una biblioteca en la cual tuviesen tan lucida representación las humanidades.

Él sonrió evasivamente, y por aquel día no llevamos más lejos nuestra charla.

Entre los libros de Saint-Avit me llamó la atención un voluminoso cuaderno, provisto de sólido cierre. Varias veces lo sorprendí haciendo en él apuntes. Cuando un motivo cualquiera le obligaba a dejar su habitación, guardaba cuidadosamente el álbum aquel en un armarito de pino, sin pintar, debido a la munificencia de la administración. Cuando no escribía y el servicio no reclamaba en absoluto su concurso, mandaba ensillar el *mehari* en que había venido, y minutos después veía yo, desde la terraza del fortín, cómo desaparecía en el horizonte la doble silueta, a grandes zancadas, detrás de alguna ondulación del rojizo terreno.

Paulatinamente iban siendo más largas aquellas excursiones. Volvía de ellas con una especie de exaltación que me incitaba a observarle en el momento de la comida, el único rato que pasábamos verdaderamente juntos, con una inquietud cada vez mayor.

«¡Malo! —me dije un día que su conversación brilló, más que de costumbre, por su incoherencia—. No es agradable estar a bordo de un submarino cuyo comandante es aficionado al opio. ¿Cuál será la droga que éste toma?».

Al otro día eché un rápido vistazo a los cajones de mi compañero.

Aquella inspección, que consideraba un deber, me tranquilizó por el momento. «¡Como no lleve encima —pensé— sus tubos y su jeringa de Pravaz!».

Estaba aún en la época en que podía figurarme que las fantasías de André necesitaban de estimulantes artificiales.

Una observación meticulosa me sacó de mi error. Nada noté de sospechoso en ese sentido. No bebía ni gota y apenas si fumaba.

Y, sin embargo, no era posible negar los progresos de aquella inquietante fiebre. Volvía de sus excursiones con los ojos cada vez más brillantes; iba poniéndose más pálido, más expansivo, más quisquilloso.

Una tarde, a eso de las seis, cuando amainan los grandes calores del día, se alejó del puesto. Le aguardamos durante toda la noche.

Yo sentía vivísima inquietud, pues desde hacía algún tiempo las caravanas señalaban la presencia de partidas de bandoleros que merodeaban en los alrededores del destacamento.

Amaneció y no había vuelto. No regresó sino a mediodía. Su camello, más que arrodillarse, se dejó caer rendido.

Lo primero que hizo él fue fijarse en el retén que yo había formado para salir en su busca, y que se hallaba reunido en el patio, entre los baluartes.

Comprendió que debía presentar excusas. Pero esperó a que estuviésemos solos, en el almuerzo.

—Lamento infinitamente haberte podido causar inquietud. Pero estaban tan bellas las dunas al fulgor de la luna... que insensiblemente me fui alejando demasiado...

—Querido amigo, no tengo nada que reprocharte. Eres libre y, aquí, el jefe. Pero permíteme que te recuerde cierta frase relativa a los bandidos chaamba y a los inconvenientes que pueden resultar de la prolongada ausencia del comandante de un puesto.

Él sonrió.

—No me disgusta que los demás tengan buena memoria. Estaba de muy buen humor, de excesivo buen humor.

—No vayas a tomarlo a mal. Fui a dar una vuelta, como de costumbre. Pero luego salió la luna. Y entonces reconocí el paisaje. Por allí fue por donde, en noviembre próximo hará veintitrés años, se dirigió Flatters con rumbo a su destino, poseído de una voluptuosidad que la certidumbre del no retorno hacía más acre e inmensa.

—Bonita manera de pensar para un jefe de misión —murmuré yo.

—No hables mal de Flatters. Hombre alguno amó como él el desierto... Hasta morir de amor por él.

—Así lo amaron también, entre otros, Palat y Douls —repliqué yo—; pero éstos se exponían ellos solos. No tenían que responder sino de su vida, eran libres. Flatters, en cambio, tenía sobre sí la responsabilidad de sesenta vidas humanas. Y no puedes negarme que entregó a la muerte a su misión.

Apenas hube pronunciado estas palabras, me pesó. Recordé el relato de Châtelain, el círculo de oficiales de Sfax, donde huían, como de la peste, de toda conversación que pudiese evocar el recuerdo de cierta misión Morhange-Saint-Avit.

Por fortuna, mi compañero no me había oído. Sus relucientes ojos miraban a otra parte.

—¿Dónde estuviste de guarnición por primera vez? —me preguntó de pronto.

—En Auxonne.

Se echó a reír sarcásticamente.

—Auxonne. Cote d'Or. Departamento de Dijon; seis mil habitantes, ferrocarril P.L.M. La escuela de pelotón y las revistas de material. La señora del jefe de escuadrón que recibe los jueves, y la del capitán ayudante mayor, los sábados. Los domingos, francos de servicio; el primero de mes, en París; los otros tres, en Dijon. Esto me explica tu juicio sobre Flatters.

Yo, amigo mío, hice mi primera guarnición en Boghar. Allí desembarqué una mañana de octubre, subteniente de veinte años del primer batallón de Africa, con los galones blancos en la bocamanga negra... «Las tripas al sol», como dicen los penados del baño al hablar de las insignias de sus cabos de varas. Boghar... Dos días antes, desde el puente del buque, había empezado a columbrar la tierra africana. Compadezco a los que, cuando por vez primera divisan las pálidas peñas, no sienten que el corazón les da un vuelco al pensar que aquella tierra se prolonga miles y miles de leguas... Yo era entonces casi un chiquillo, tenía dinero; y tiempo por delante. Hubiera podido quedarme

tres o cuatro días en Argel, divirtiéndome. Pues bien; aquella misma noche tomé el tren para Beruaghia. Allí, a cien kilómetros escasos de Argel, terminaba la vía férrea; caminando en línea recta no volvía a encontrarse ferrocarril hasta llegar a El Cabo. La diligencia viaja de noche, a causa del calor. En las cuestas me apeaba y caminaba junto al coche, haciendo por saborear, en aquel ambiente, el beso precursor del desierto.

De madrugada hicimos alto en el campamento de los zuavos, un humilde puesto situado en la carretera, que forma un terraplén, y que domina un valle calcinado de donde suben las febriles fragancias de las adelfas. Estaba reunida allí una tropa de «alegres» y disciplinarios, que unos tiradores y soldados del tren de equipaje conducían hacia los peñascales del sur. Los unos, agentes de las cárceles de Argel y Duera, de uniforme, sin armas, naturalmente; los otros, de paisano —¡qué paisanos!—. Quintos de aquel año, chiquillos de la Chapelle y de la Goutte d'Or.

Se pusieron en marcha antes que nosotros. Pero la diligencia no tardó en alcanzarles. Desde lejos vislumbré, en una charca de luna, sobre el sendero amarillo, la masa negra y mellada del convoy. Luego oí una melopea sorda; los míseros cantaban. Uno de ellos, con una voz triste y gutural, entonaba la canción que se arrastraba, siniestra, hasta lo más profundo de los barrancos azules:

*Ahora que es mayorcita,
hace la calle
con los de la banda
de Richard-Lenoir.*

Y los demás repetían a coro el horrible estribillo:

*En la Bastilla, en la Bastilla,
quieren mucho, quieren mucho
a Nini Piel de Perro;
es tan hermosa y tan gentil
en la Bastilla.*

Los vi a todos muy de cerca, cuando la diligencia pasó por delante de ellos. Eran terribles. Bajo la repelente visera, los ojos les brillaban con fuego sombrío en las caras rasuradas y lívidas. El polvo ardiente apagaba sus roncas voces en las gargantas. Pavorosa tristeza se apoderó de mí.

Cuando la diligencia hubo dejado atrás aquella pesadilla, me repuse.

—Más lejos, más lejos —exclamé—, hacia el sur, hacia los parajes adonde no llega la innoble marea de detritus de la civilización.

Cuando me siento cansado, cuando me acomete un minuto de angustia y me vienen ganas de detenerme en el camino que he elegido, pienso en los «alegres» de Beruaghia, y al punto me siento dispuesto a reanudar la marcha.

Pero ¡qué recompensa, cuando me encuentro en uno de esos lugares en que los animalitos no piensan en huir porque nunca vieron a ningún hombre, cuando el desierto se extiende a mi alrededor tan profundamente que el mundo antiguo podría hundirse sin que una sola arruga en el haz de las dunas, ni una nube en el blanco cielo, me lo advirtiesen!

—Es verdad —murmuré yo—. Yo también una vez, en pleno desierto, en el Tidi-Kelt, he sentido eso.

Hasta entonces le había dejado exaltarse, sin interrumpirle. Luego, demasiado tarde, comprendí la falta cometida al pronunciar aquellas torpes palabras.

Volvió a reírse con su maligna risa nerviosa.

—¡Ah! Sí. ¿En el Tidi-Kelt? Amigo mío, por favor, por tu bien te lo pido, si no quieres ponerte en ridículo no evoques ese pasado. Mira, me recuerdas a Fromentin, o a ese pobre de Maupassant, que tuvo el descaro de hablar del desierto porque llegó hasta Chelfa, a dos días de distancia de la calle Bab-Azun y de la plaza del Gobierno, a cuatro días de la avenida de la Opera, y que por haber visto cerca de Bu Saada a un pobre camello a punto de reventar, creyó estar en pleno Sahara, en el antiguo camino de las caravanas... ¡El Tidi-Kelt, el desierto!

—Me parece, sin embargo, que In-Salah... —dije algo resentido.

—¿In-Salah? ¡El Tidi-Kelt! ¡Pero, mi pobre amigo, si la última vez que pasé por allí había tantos periódicos viejos y latas de conserva vacías como los domingos en los bosques de Vincennes!

Tal parcialidad, tan evidente deseo de mortificarme, me sacaron de la reserva que me había impuesto.

—Indudablemente —respondí con acritud— que yo no he llegado hasta... —Y no dije más. Pero ya había dicho bastante.

Él me miraba de hito en hito.

—¿Hasta dónde? —repitió.

Y como yo persistiese en mi mutismo:

—Hasta el *guad* Tarhit. ¿No es verdad?

En el ribazo este del *guad* Tarhit, a 120 kilómetros de Timissao, en los 23° 5' de latitud norte, era donde el comunicado oficial daba cuenta que se había

enterrado al capitán Morhange.

—André —exclamé intempestivamente—, te juro...

—¿Qué me juras?

—Que no he tenido intención...

—¿De hablar del *guad* Tarhit? ¿Y por qué? ¿Por qué no se ha de poder hablar del *guad* Tarhit conmigo?

Ante mi silencio, henchido de ruegos, se encogió de hombros.

—Idiota —dijo sencillamente.

Y se alejó de mí, sin que yo pensase en recoger aquella palabra.

Pero tanta humildad no logró desarmarlo. Pude comprobarlo al otro día. Y el modo como me exteriorizó su enojo no dejó de tener ribetes de pésimo gusto.

Acababa apenas de levantarme cuando entró en mi cuarto.

—¿Puedes explicarme qué significa esto? —me preguntó.

Traía en las manos uno de los registros administrativos. En sus crisis de nervios, se dedicaba a repasarlos, con la esperanza de encontrar allí pretexto para mostrarse militarmente insufrible.

Aquella vez el acaso le sirvió de maravilla.

Abrió el registro. Yo me puse muy encarnado al columbrar la prueba apenas revelada de un retrato que me era bastante familiar.

—¿Qué es esto? —repitió despectivamente.

Más de una vez le había sorprendido en actitud de examinar en mi cuarto, sin la menor benevolencia, el retrato de la señorita de C..., y no podía engañarme en aquel momento acerca de la mala fe con que buscaba provocarme.

Me contuve, sin embargo, y guardé en un cajón la malhadada prueba.

Pero mi serenidad no le desarmó.

—En lo sucesivo —dijo—, te ruego tengas la bondad de no archivar tus recuerdos galantes entre los documentos administrativos.

Y añadió con la más insultante sonrisa:

—No es menester proporcionarle a Gourrut motivos de excitación...

—André —le dije yo, lívido—, te ruego...

Él se irguió cuan largo era.

—¿Qué? Vaya, vaya. ¿No te he autorizado yo a hablar del *guad* Tarhit? Pues creo que tengo también derecho a...

—¡André!

Se había vuelto de cara a la pared y contemplaba con expresión zumbona el retrato cuya prueba acababa yo de sustraer a aquella enojosa escena.

—¡Bah, bah! No vayas a enfadarte, te lo ruego. Pero aquí, *ínter nos*, confiesa que está bastante escuálida.

Antes que yo hubiera tenido tiempo de responderle, se eclipsó tarareando su vergonzoso estribillo de la víspera:

*En la Bastilla, en la Bastilla,
quieren mucho, quieren mucho
a Nini Piel de Perro...*

Durante tres días no volvimos a dirigirnos la palabra. Mi exasperación era indecible. ¿Era yo, acaso, responsable de sus avatares? ¿Tenía yo la culpa de que, de cada dos palabras, una siempre pareciese una alusión?

«Esta situación es insufrible —me decía a mí mismo—. No puede durar mucho».

Así fue, en efecto.

Una semana después de la escena del retrato tuvimos correo. Apenas hube dado un vistazo al sumario de la *Zeitschrift*, la revista alemana de que ya he hablado, no pude reprimir un movimiento de asombro. Acababa de leer allí: *Reise und Entdeckungen zwei französischer Offiziere, Rittmeisters Morhange und Oberleutnant de Saint-Avit, im Westlichen Sahara*^[17].

En el mismo instante oí la voz de mi compañero:

—¿Trae algo interesante ese número?

—No —le dije en tono indiferente.

—Déjame verlo.

Obedecí. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Me pareció que palidecía al hojear el sumario. Y, sin embargo, me dijo en el tono más natural del mundo:

—Me lo prestas, ¿verdad?

Y se fue, lanzándome una mirada de reto.

Trascurrió el día lentamente. No volví a verle hasta la noche. Estaba alegre, muy alegre, con una alegría que me hizo daño.

Acabada la cena fuimos a asomarnos a la baranda de la terraza. Desde allí se divisaba el desierto, mordido ya por la oscuridad, del lado del este.

André rompió el silencio.

—¡Ah! A propósito, te he devuelto la revista. Tenías razón, no trae nada interesante.

Aparentaba enorme complacencia.

—Pero ¿qué tienes? ¿Qué te pasa?

—Nada —respondí, con la garganta seca.

—¿Conque nada? ¿Quieres que te diga lo que tienes?

Le miré con ojos suplicantes.

Él se encogió de hombros. Probablemente repetiría en su interior: «Idiota».

Cerraba con rapidez la noche. Sólo se vislumbraba ya, todavía con sus tonos amarillos, el ribazo sur del *guad* Mia. Un pequeño chacal salió de pronto de entre los desmontes, lanzando un lastimero aullido.

—El *dib*^[18] llora sin motivo, mal agüero —dijo Saint-Avit.

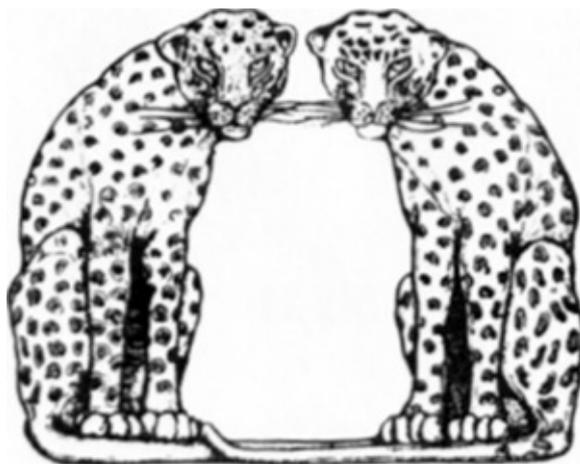
Y continuó, implacable:

—Pero ¿acaso no quieres hablar?

Hice un gran esfuerzo y logré proferir esta desventurada frase:

—¡Qué día de bochorno! ¡Qué noche tan pesada!... No se encuentra uno a sí mismo; no acierto a...

—Sí —dijo la voz lejana de Saint-Avit—; una noche muy pesada, tan pesada como aquella en que maté al capitán Morhange.



CAPÍTULO III

LA MISIÓN MORHANGE-SAINT-AVIT

orque yo maté al capitán Morhange —me decía André de Saint-Avit al día siguiente, a la misma hora y en el mismo lugar, con un sosiego que contrastaba con la noche, con la espantosa noche que yo acababa de pasar—. ¿Por qué te lo he dicho? No sé. Quizás a causa del desierto. ¿Eres todo lo hombre que hace falta para soportar el peso de esta confesión y afrontar las consecuencias que consigo trae? Tampoco lo sé. El porvenir dirá. Por el momento, sólo hay una cosa de cierto, y es, te lo repito, que yo maté al capitán Morhange.

Le maté. Y puesto que deseas que concrete en qué ocasión ocurrió aquello, comprenderás que no voy a devanarme los sesos para urdirte una novela ni empezar por contarte, siguiendo la tradición naturalista, de qué paño eran mis primeros calzones, ni, como exigen los neocatólicos, si de niño me confesaba a me nudo y el placer que en ello sentía. Habrás de contentarte, pues, con que mi relato comience estrictamente en la época en que conocí a Morhange.

Te diré, desde luego, que, pese al menoscabo que con ello hayan podido sufrir mi tranquilidad y reputación, no me pesa haberlo conocido. Al fin y al cabo, prescindiendo de la carga de mal compañerismo, di muestras, al asesinarlo, de negra ingratitud. Porque a él, a su ciencia de las inscripciones rupestres, debo la única cosa por la cual mi vida podrá parecer más interesante que la mísera existencia que arrastran buena parte de mis contemporáneos, tanto en Auxonne como en otros muchos sitios.

Y sentado esto, pasemos a los hechos:

En la oficina árabe de Uargla, siendo yo teniente, oí por vez primera pronunciar el nombre de Morhange. Y debo añadir que constituyó para mí un regular ataque de malhumor. Atravesábamos una época algo agitada. La

hostilidad del sultán de Marruecos estaba latente. En el Tuat, donde ya se tramaban los asesinatos de Flatters y de Frescaly, aquel reyezuelo favorecía los manejos de nuestros enemigos. Era el Tuat el centro principal de conjuras, algaradas y deserciones, así como la base de avituallamiento de los inapresables nómadas. Los gobernadores de Argelia, Tirman, Cambon y Laferrière exigían su ocupación. Los ministros de guerra eran, tácitamente, del mismo parecer... Pero había que contar con el parlamento, que no secundaba el designio a causa de Inglaterra y Alemania, y por culpa, sobre todo, de cierta *declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*, la cual prescribe que la insurrección es un deber sacratísimo, hasta cuando los rebeldes son salvajes que procuran cortarnos el pescuezo. En una palabra, la autoridad militar se veía reducida a reforzar discretamente las guarniciones del sur y a crear nuevos puestos; éste, los de Berresof, Hassi-El-Mia, el fuerte de Mac-Mahon, el de Lallemand, el de Miri-bel... Pero, como dice Castries, no se coge a los nómadas por los *borches*, sino por el vientre. El vientre eran los oasis del Tuat. Era necesario convencer a los señores abogados de París de la necesidad de apoderarse de aquellos oasis. Lo mejor era presentarles un cuadro que se ciñese lo más fielmente posible a la realidad de los enredos y maquinaciones que contra nosotros se tramaban.

Los principales autores de aquellas maquinaciones eran, y siguen siendo, los senussis, cuyo caudillo espiritual tuvo que trasladar, obligado por nuestras armas, la residencia de su cofradía a unos miles de leguas más lejos, a Sichmedru, en el Tibesti. A los superiores se les ocurrió la idea —y digo que se les ocurrió por pura modestia— de investigar las huellas dejadas por esos agitadores en su itinerario favorito: Rhat, Temassinin, el llano de Achemor e In-Salah. Como ves, cuando menos, partiendo del Temassinin, venía a ser el mismo itinerario que el seguido en 1864 por Gérard Rohlfs.

Yo me había granjeado ya cierta notoriedad, merced a dos incursiones contra Agades y Bilma, y pasaba, entre los oficiales de las oficinas, por uno de los más entendidos en el problema de los senussis. Me rogaron, pues, que aceptase esta nueva misión.

Hice entonces notar que convenía matar dos pájaros de un tiro y dar un vistazo, de camino, al Hoggar septentrional, para comprobar si los tuareg de Ahitarhen seguían sosteniendo con los senussis relaciones tan cordiales como en la época en que se entendieron con ellos para exterminar a la misión Flatters. Me dieron la razón en el acto. La modificación de mi proyecto primitivo consistía en que, al llegar a Ighelaschem, a seiscientos kilómetros al sur de Temassinin, en vez de encaminarme directamente al Tuat por la

carretera de Rhat a In-Salah, metiéndome por entre los macizos del Muydir y el Hoggar, había de torcer hacia el suroeste, hasta Chij-Salah. De allí subiría hacia el norte, con rumbo a In-Salah, por el camino del Sudán y Agades. Es decir, ochocientos kilómetros escasos más, en un viaje total de unas setecientas leguas, y la certeza de ejercer una vigilancia lo más completa posible sobre los caminos que nuestros enemigos, los senussis del Tibesti y los tuareg del Hoggar, siguen rumbo al Tuat. No me disgustaba tampoco — cada explorador tiene su correspondiente violín de Ingres— la idea de que en el camino podría examinar en parte la constitución geológica de la meseta de Egueré, que Duveyrier y demás autores mencionan con tan desesperante concisión^[19].

Todo estaba dispuesto para mi partida de Uargla. Todo, es decir, poca cosa. Tres *mehara*^[20]: el mío, el de mi compañero BuChema —un fiel chaamba, que me había acompañado en mi excursión al Air y que me servía, más que de guía, puesto que yo conocía ya aquellos parajes, de máquina para enjaezar y desenjaezar los camellos—, más un tercero, que cargaba con las vituallas y los odres de agua potable, muy reducidos, pues gracias a mis cuidados contábamos con pozos en las paradas.

Los hubo que partieron para viajes de esta clase con cien regulares y hasta con cañones, mas yo estoy por la tradición de los Douls y los René Caillié; yo viajo solo.

Me encontraba en ese delicioso estado en que sólo nos une al mundo civilizado un hilo sutil, cuando se recibió en Uargla un despacho ministerial.

En él se ordenaba lacónicamente al teniente De Saint-Avit que aplazase su marcha hasta la llegada del capitán Morhange, que debía acompañarle en su viaje de exploración.

Sufrí un desencanto más que regular. La idea de aquella excursión era exclusivamente mía. Había tenido que vencer un sinnúmero de dificultades para que la aceptasen en las altas esferas. Y he aquí que, en el momento en que me lisonjaba con la perspectiva de largas horas de soledad conmigo mismo, en pleno desierto, me agregaban un desconocido, y lo que era peor todavía, un superior.

La compasión de mis camaradas acreció mi mal humor. Consulté inmediatamente el *Anuario*, y en él hallé los datos siguientes:

Morhange (Jean Marie-François). Promoción de 1881. Con diploma. Capitán de reemplazo. Servicio geográfico del ejército.

—Ya está explicado —dijo uno—; es un paniaguado que te envían para que le saquen las castañas del fuego, en un asunto cuya responsabilidad pesa sobre ti. Con diploma. ¡Vaya cosa! Las teorías de Ardant du Picq y nada, todo es aquí lo mismo.

—No soy completamente de vuestra opinión —comentó nuestro comandante—. En el parlamento habrán sabido —por desgracia, nunca faltan indiscreciones— el verdadero objeto de la misión de Saint-Avit: obligarlos a la ocupación del Tuat. Y ese Morhange será, probablemente, un hombre de toda confianza de la comisión de ejército. Toda esa caterva de ministros, parlamentarios y gobernadores, ya lo sabéis, se espían unos a otros. Habrá que escribir un día una divertida historia de la expansión colonial francesa, que siempre se realizó a espaldas de los poderes, cuando no a pesar de ellos.

—Sea lo que fuere, el resultado siempre será el mismo —dije con amargura—. Seremos dos franceses que andarán espíandose mutuamente, día y noche, por los caminos del sur. Magnífica perspectiva, cuando toda atención es poca para malograr los ardides de los nativos. ¿Cuándo estará aquí ese caballero?

—Pasado mañana, sin duda. Me han anunciado la llegada de un convoy procedente de Ghardaia. Es muy probable que venga en él. Todo induce a creer que no es muy ducho en viajar solo.

El capitán Morhange llegó, en efecto, dos días después, en el convoy de Ghardaia. A mí se me presentó en primer término.

Cuando penetró en mi cuarto, adonde me había retirado dignamente tan pronto como se divisó el convoy, experimenté la desagradable sorpresa de advertir que habría de serme bastante difícil ponerle mala cara por mucho tiempo.

Era alto, la cara llena y con buenos colores, ojos azules, bigote pequeño y negro, el pelo casi blanco.

—Le pido mil perdones, querido compañero —dijo al punto, con una llaneza que sólo en él he encontrado—. Estará usted molesto, y con razón, por el importuno que ha alterado sus proyectos y retrasado su marcha.

—Nada de eso, mi capitán —respondí fríamente.

—Pero debe usted enfadarse, antes que con nadie, consigo mismo. Su profundo conocimiento de las rutas del sur, que todo París celebra, me inspiraron el deseo de tomarle por iniciador, al tiempo que los ministerios de Instrucción pública y de Comercio y la Sociedad de geografía se pusieron de acuerdo para encargarme la misión que aquí me trae. Esas tres honorables entidades me han encomendado la misión de reconocer el antiguo itinerario

de las caravanas que, desde el siglo IX, traficaban entre Túnez y Sudán, por Tozeur, Uargla, Es-Suk y el recodo de Burrum, así como la de estudiar la posibilidad de restituir a este trayecto su antiguo esplendor. Pero, a tiempo que recibía, como le digo a usted, este encargo, me enteraba, por el Servicio geográfico, del viaje que usted iba a emprender. De Uargla a Chij-Salah tenemos el mismo itinerario. Ahora bien; debo confesarle que es éste el primer viaje de esta clase que hago. No me asustaría tener que disertar una hora entera sobre literatura árabe en el paraninfo de la Escuela de lenguas orientales; pero me hago perfectamente cargo de que me vería muy apurado para preguntar en el desierto si se ha de tomar la derecha o la izquierda. Se me ofrecía, pues, una ocasión única de ponerme al corriente de todo, quedando deudor de esta iniciación a un amable compañero. No se me ha de tomar a mal el que la haya cogido por los cabellos y puesto de por medio todo mi valimiento para retrasar su partida de Uargla hasta el momento en que pudiese incorporarme a su comitiva. Y dicho esto, sólo tengo que añadir una palabra. Estoy encargado de una misión que, por razón de su origen, es esencialmente civil. Usted, en cambio, fue investido de la suya por el ministerio de Guerra. Así, pues, hasta el momento en que, llegados a Chij-Salah, nos volvamos la espalda para buscar usted el Tuat y yo el Níger, todos sus consejos y órdenes serán cumplidos al pie de la letra por un subalterno, y espero que también amigo.

Según iba hablando, con tan simpática llaneza, sentía un júbilo indecible, viendo cómo poco a poco se disipaban todos mis recelos.

Con todo, me venían ganas de mostrarle alguna reserva por haber dispuesto así, desde lejos, de mi compañía, sin consultarme.

—Le agradezco a usted mucho, mi capitán, tan lisonjeras palabras. ¿Cuándo desea que partamos de Uargla?

Hizo un ademán de completa indiferencia.

—Eso, cuando usted quiera. Mañana, o esta misma noche. Yo le he ocasionado un retraso. Ya hará tiempo que tendrá usted preparado todo para el viaje.

La insidia se volvía contra mí, que no tenía intención de partir hasta la semana siguiente.

—¿Mañana, mi capitán? Pero... ¿y su equipaje?

Sonrió con ingenuidad.

—He creído conveniente traer conmigo el menor bagaje. Algunos efectos, cuartillas; mi buen camello no ha tenido que hacer gran esfuerzo para acarrear

semejante carga. Para todo lo demás, confío en sus consejos y en los recursos de Uargla.

Me había confundido. No tenía nada que objetar. Y aparte de todo, aquella libertad de espíritu y de modales empezaban a ejercer sobre mí un raro hechizo.

—¿Y qué? —me preguntaron los compañeros, cuando nos reunimos a la hora del aperitivo—. Tu capitán parece bastante bonachón.

—Así es.

—Seguramente, no tendrás líos con él. Lo único que debes procurar es que luego no cargue con el santo y la limosna.

—No hemos de trabajar en lo mismo —respondí evasivamente.

Yo andaba pensativo, únicamente pensativo, lo juro. Desde aquel momento no sentía ya enojo contra Morhange, y, sin embargo, mi silencio hizo creer a todos que le guardaba rencor.

Y todos, ¿lo oyes?, todos a una dijeron más adelante, cuando empezaron a correr los primeros rumores de la cosa:

—Seguramente que ha sido él. Nosotros los vimos partir.

Y podemos afirmarlo.

Y tenían razón... Yo era el culpable... Pero no por esas rivalidades mezquinas... ¡Qué asco!

Después de esto, ya no queda más recurso que huir, huir hacia esos lugares en donde no existan hombres que piensen y razonen.

A poco llegó Morhange, de brazos con el comandante, que parecía muy ufano de haberle conocido.

Nos lo presentó solemnemente.

—Capitán Morhange, señores. Un oficial de la antigua escuela, por lo que respecta a buen humor, palabra. Quiere partir mañana mismo; pero es necesario que le hagamos una recepción tal que, antes de dos horas, se le haya quitado esa idea de la cabeza. Vamos, capitán, bien podrá usted concedernos ocho días.

—Estoy a disposición del teniente De Saint-Avit —respondió Morhange, con afable sonrisa.

La conversación se hizo general. Chocaban las copas y las risas. Yo veía a mis compañeros reír a boca llena con las anécdotas que el recién llegado contaba con inalterable buen humor. Y yo, nunca, nunca en mi vida, me había sentido tan triste.

Llegó la hora de pasar al comedor.

—A mi derecha, capitán —exclamó el comandante, cada vez más entusiasmado—, y espero que continuará usted contándonos cosas de París. Aquí, ya lo comprenderá, no estamos al corriente.

—A sus órdenes, mi comandante —dijo Morhange.

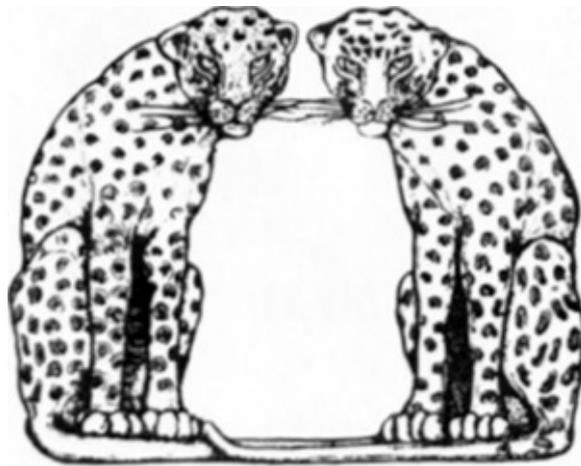
—Tomen asiento, señores.

Los oficiales obedecieron, con un alegre estrépito de sillas arrastradas.

Yo no quitaba ojo a Morhange, que seguía en pie.

—Mi comandante, señores, con su permiso —dijo.

Y antes de sentarse a aquella mesa, en que ni por un minuto dejó luego de mostrarse como el más alegre comensal, el capitán Morhange, en voz baja y entornados los ojos, recitó el *Benedicite*.



CAPÍTULO IV

HACIA LOS VEINTICINCO GRADOS

a ve —me decía quince días después el capitán Morhange— cómo está usted mucho más enterado de los antiguos caminos del Sahara de lo que me decía, puesto que conoce la existencia de las dos Tadekka. Pero de ambas ciudades, esa de que me acaba de hablar es la Tadekka de Ibn-Batutah, que este historiador sitúa a setenta jornadas del Tuat, y Schirmer, con razón, en el país inexplorado de los auelimmiden. Por esta Tadekka pasaban, en el siglo XIX, las caravanas sonrhai, que todos los años hacían el viaje a Egipto.

Mi Tadekka es la otra, la capital de la «gente del velo», que Ibn-Jaldun sitúa a veinte jornadas al sur de Uargla, y a treinta El-Bekri, que la llama Tadmekka. Hacia esta Tadmekka me dirijo yo. Esta es la Tadmekka que hay que reconocer en las ruinas de Es-Suk. Por Es-Suk pasaba la vía comercial que en el siglo XI unía el Cherid tunecino con el recodo que el Níger hace en Burrum. Para estudiar la posibilidad de rehabilitar este antiguo trayecto, precisamente, me han encargado los ministerios de la misión a la cual debo el placer de ser su compañero de viaje.

—Sin duda, sufrirá usted decepciones —murmuré—; todo me dice que el comercio que hoy sigue este camino es insignificante.

—Ya veremos —me respondió plácidamente.

Conversábamos así en tanto orillábamos los unicolores bordes de una *sejja*^[21]. La amplia extensión salina relucía con brillo azul pálido a los rayos del sol naciente. Nuestros cinco *mehara*, al desplazarse a grandes zancadas, proyectaban en ella sus movibles sombras, de un azul más profundo. De cuando en cuando, algún pájaro, habitante único de aquellas soledades, especie de garza real indeterminada, remontaba el vuelo y se cernía en el aire,

como colgado de un hilo, para volver a posarse en tierra tan pronto habíamos pasado.

Yo iba a la cabeza, atento al itinerario. Morhange me seguía. Envuelto en su inmenso albornoz blanco, cubierta la cabeza con la *chechia*^[22] de los spahis y al cuello un gran rosario de gruesas cuentas salteadas, negras y blancas, rematado en una cruz de gran tamaño, venía a ser el trasunto acabado de los padres blancos del cardenal Lavigerie.

Acabábamos de dejar, para torcer hacia el suroeste, el camino seguido por Flatters, después de hacer un alto de dos días en Temassinin. Me corresponde la gloria de haber señalado, antes que Foureau, la importancia de Temassinin, punto geométrico del paso de las caravanas, e indicado el sitio en que el capitán Pein acababa de construir un fuerte. Cruce de los caminos que desde el Fezzan y el Tibesti van a parar al Tuat es Temassinin, la futura sede de un incomparable centro de informaciones. Las que durante aquellos días recogí, acerca de los manejos de nuestros enemigos, los senussis, fueron de gran cuenta. Pude notar también la total indiferencia con que Morhange asistió a mis indagaciones.

Aquellos dos días los pasó en pláticas con el anciano guardia negro del *turbet*^[23] que conserva bajo su cúpula enjalbegada los restos mortales del venerado Sidi Musa. Siento haber olvidado las conversaciones que sostenían él y el negro. Pero por el asombro de este último comprendí la ignorancia en que me encontraba respecto a los misterios del inmenso Sahara. Y lo familiares que eran en cambio a mi compañero.

Y si quieres formarte idea de la extraordinaria originalidad que representaba en nuestro grupo la presencia del tal Morhange, tú que, a pesar de todo, estás en cierto modo acostumbrado a las cosas del sur, escúchame: nos encontrábamos precisamente a unos 200 kilómetros de aquí, en plena región de la Gran Duna, en el horrible trayecto de los seis días sin agua. No nos quedaba sino para dos días, hasta llegar al primer pozo, y ya sabes que en esos pozos, como escribía Flatters a su mujer, «es preciso trabajar horas y horas para abrirlos y dar de beber a caballerías y personas». Pues bien, nos encontramos allí con una caravana que iba hacia el este, rumbo a Radamés, y había torcido demasiado hacia el norte. Las gibas de los camellos, consumidas y flojas, indicaban los sufrimientos de la caravana. A la zaga marchaba un asnillo pardo, un pobre borriquillo que tropezaba a cada paso y al cual le habían despojado de su carga los mercaderes porque comprendían que estaba acabado. Instintivamente, con sus últimas fuerzas, seguía a la caravana, presintiendo que cuando no pudiese más habría llegado para él el fin y el gran

aletear de los buitres pelones. Tengo cariño a los animales, que por muchas y buenas razones prefiero a mis semejantes. Pero nunca se me habría ocurrido hacer lo que hizo Morhange. Debo advertir que nuestros odres estaban casi del todo escurridos y que nuestros mismos camellos, con todo y sernos indispensables en el yermo desierto, no habían abrevado hacía ya muchas horas. Morhange hizo que el suyo se arrodillara, desató un odre y dio de beber al asno. No puedo negar que sentí bastante alegría al ver estremecerse de dicha los pobres ijares pelados de la bestezuela. Pero pesaba sobre mí toda la responsabilidad de la expedición; veía la cara de asombro de Bu-Chema y la expresión reprobatoria de los sedientos de la caravana. Así que le hice una observación. ¡De qué manera la acogió él!

—Lo que le he dado —respondió Morhange— es la parte que me correspondía. Mañana por la tarde, a eso de las seis, estaremos en los pozos de El-Biodh. De aquí a entonces, seguramente no tendré sed.

Y dijo esto con un tono en que, por vez primera, se traslucía el capitán. «Muy fácil es decirlo», pensaba yo, de bastante mal humor. Demasiado sabe que en cuanto lo pida, mi odre y el de Bu-Chema estarán a su disposición. Pero no conocía aún bien a Morhange, el cual, en realidad, no bebió ni un sorbo de agua hasta que llegamos a El-Biodh, oponiendo a nuestros ofrecimientos una obstinación risueña.

¡Sombra de San Francisco de Asís! ¡Colinas de Umbría, tan puras al sol naciente! En un amanecer análogo, a orillas de un pálido riachuelo que manaba a borbotones de una grieta en las pardas peñas de Egueré, Morhange se detuvo. Las inesperadas aguas fluían por la arena y, en la claridad que las penetraba, veíamos rebullirse pececillos negros. ¡Peces en pleno Sahara! Los tres permanecíamos silenciosos ante aquella paradoja de la naturaleza. Uno de los pececillos se había perdido en una diminuta caleta de arena y allí estaba, coleando inútilmente, con el blanco vientrecillo al aire... Morhange lo tomó en su mano, lo contempló un segundo y lo volvió a echar en el hilillo de aguas vivas... ¡Sombra de San Francisco! ¡Colinas de Umbría!... Pero te he jurado no interrumpir con intempestivas digresiones la unidad de mi relato...

—Ya ve —me decía una semana después el capitán Morhange— cómo tenía yo razón al aconsejarle que avanzase un poco hacia el sur antes de ir a dar a Chij-Salah. Algo me decía que ese macizo de Egueré carecía de importancia desde el punto de vista que nos interesa. Aquí no tiene más que agacharse para recoger guijarros que le permitirán demostrar, de modo más peyoratorio que los de Bu-Derba, Cloizeaux y el doctor Marres, el origen volcánico de esta región.

Orillábamos a la sazón la vertiente occidental de los montes Tifedest, hacia los 25° de latitud norte.

—En efecto, pecaría de ingratitud si no le diera las gracias —le dije.

Siempre me acordaré de aquel instante. Nos habíamos apeado de nuestros camellos y nos ocupábamos de recoger fragmentos de las rocas más características. Morhange lo hacía con un discernimiento que hablaba muy alto de sus conocimientos en geología, ciencia que tantas veces había dicho ignorar.

Entonces le hice la siguiente pregunta:

—¿Puedo manifestarle mi reconocimiento haciéndole una confesión?

Alzó la cabeza y me miró.

—¡Cómo no! Es más, se lo ruego.

—Pues bien; no acabo de comprender el interés práctico del viaje que usted ha emprendido.

Él se sonrió.

—¿Cómo que no? La exploración del antiguo camino de las caravanas, la demostración de que desde la más remota antigüedad existió un lazo entre el mundo mediterráneo y el país de los negros, todo esto ¿carece de importancia a sus ojos? La esperanza de acabar de una vez para siempre con la controversia secular que apasionó a tantos hombres de talento: d'Anville, Heeren, Berlioux, Quatremère, por un lado; Gosselin, Walekenaer, Tissot, Vivien de Saint Martín, por el otro, ¿le parece que no tiene interés? ¡Caramba, amigo mío, sí que es usted exigente!

—Quiero decir interés práctico —repliqué—; no me negará que esa controversia es únicamente interesante para geógrafos de gabinete y exploradores de andar por casa.

Morhange seguía sonriendo.

—Querido amigo, no se engañe. Tenga la bondad de recordar que la misión que usted desempeña le fue encomendada por el ministerio de Instrucción pública. Esa diversidad de origen justifica la de nuestros respectivos objetivos. Y explica sobre todo, y se lo concedo, a usted desde luego, que el que yo persigo no tenga, efectivamente, ningún carácter eminentemente práctico.

—Pero también es usted enviado del ministerio de Comercio —repliqué, herido en lo más vivo—. Y por ese lado tiene usted el compromiso de estudiar la posibilidad de restaurar la antigua vía mercantil del siglo IX. Ahora bien; en este punto no pretenda despistarme; gracias a su conocimiento de la historia y geografía del Sahara, antes de salir de París ya sabía a qué atenerse. El

camino de Cherid al Níger está muerto y bien muerto. De sobra sabía que ningún tráfico importante volverá a pasar por el trayecto, cuya posibilidad de restauración se comprometía usted, sin embargo, a estudiar.

Morhange me miró de hito en hito.

—Y aunque así fuese —dijo con la más amable desenvoltura—, aun cuando yo hubiera abrigado, antes de partir, la convicción que me atribuye, ¿sabe qué conclusión habría de sacar de ello?

—Me holgaría de conocerla.

—Pues, sencillamente, mi querido amigo, que me he dado menos maña que usted para encontrar un pretexto a mi viaje, que he visto con razones más débiles los verdaderos motivos que por aquí me traen...

—¿Un pretexto? No caigo...

—Sea también sincero, se lo ruego. Usted, no me cabe duda, siente el más vivo deseo de poder informar a los servicios especiales para árabes acerca de los manejos de los senussis. Mas confiese que recabar esos informes no es el fin exclusivo y último del paseito que se está dando. Usted es geólogo, mi querido amigo. Y ha visto en esta misión una oportunidad para dar curso a sus aficiones. Nadie pensaría en censurarle, ya que ha sabido conciliar lo provechoso para su país con lo agradable para usted. Pero, por amor de Dios, no me lo niegue; no necesito otra prueba sino su simple presencia aquí, a la vera de este Tifedest, muy curioso, sin duda, desde el punto de vista mineralógico, pero cuya exploración le ha desviado unos ciento cincuenta kilómetros al sur de su itinerario oficial.

Era imposible taparme la boca con más habilidad. Quise detenerle atacándole.

—¿He de concluir de todo esto que ignoro los verdaderos motivos de su viaje y que ninguna relación tienen con los oficiales?

Era profundizar demasiado. Lo comprendí en la seriedad con que esta vez me contestó Morhange.

—No, mi querido amigo, no debe extraer tal conclusión. Yo no me hubiera permitido un engaño que, además, habría constituido un timo, tratándose de los estimables cuerpos que me juzgaron digno de su confianza y de sus subsidios. Haré cuanto esté de mi parte para cumplir mi cometido oficial. Pero no tengo razón alguna para ocultarle que hay otro, completamente personal, que me interesa infinitamente más que aquél. Digamos, si usted no se opone, para emplear una terminología, bastante lamentable por cierto, que este objetivo mío es el *fin*, en tanto que los otros sólo son los *medios*.

—¿Y sería indiscreto si?...

—En modo alguno —respondió mi compañero—. Estamos ya a pocas jornadas de Chij-Salah. Dentro de poco hemos de separarnos. Quien con tanta solicitud ha sido guiado en sus primeros pasos por el Sahara, no debe tener secretos para con usted.

Nos habíamos detenido en el cauce de un minúsculo *guad* enjuto donde medraba una mezquina vegetación. No lejos de allí corría un manantial, circundado de una cenefa de oscuro verdor. Los camellos, sujetos ya para pernoctar, se disputaban, dando grandes brincos, las espinosas ramas de *had*^[24]. Las vertientes negras y lisas de los montes Tifedest se erguían casi verticales, por encima de nuestras cabezas. En el aire inmóvil se elevaba ya la humareda del fuego en que Bu-Chema preparaba nuestra comida.

Ni un rumor ni un soplo de aire. El humo, recto, escalaba lentamente los pálidos peldaños que le iban haciendo subir poco a poco hacia el firmamento.

—¿Ha oído hablar del *Atlas del cristianismo*? —me preguntó Morhange.

—Creo que sí. ¿No es una obra de geografía publicada por los benedictinos, bajo la dirección de un tal Dom Granger?

—Tiene usted buena memoria —dijo Morhange—. Pero permítame que concrete algunos pormenores que no hay razón para que le interesen tanto como a mí. El *Atlas del cristianismo* se propuso establecer los límites de la gran marea cristiana, en el trascurso de los siglos y en todas las partes del globo. Obra digna de la ciencia benedictina, digna de un erudito tan profundo como Dom Granger.

—¿Y son esos límites los que ha venido a comprobar aquí? —murmuré.

—Así es, en efecto —respondió Morhange.

Calló y respeté su silencio, decidido, sin embargo, a no asombrarme de nada.

—No se puede entrar a medias, sin incurrir en el ridículo, en la senda de las confidencias —agregó tras de algunos instantes de reflexión con voz que, de pronto, se había vuelto muy grave, y en la que no se advertía ni un reflejo siquiera de aquel buen humor que, un mes antes, hiciera las delicias de los jóvenes oficiales de Uargla—. Yo he empezado a franquearme con usted y quiero decírselo todo. Pero confíe en mi discreción, que no he de insistir en determinados acontecimientos de mi vida íntima. Poco le interesará saber por qué razones y a raíz de cuáles sucesos decidí, hace cuatro años, entrar en un convento. Me maravillo de que el paso por mi vida de una criatura totalmente desprovista de interés haya bastado para modificar el rumbo de mi existencia. Me maravillo, y con razón, de que el Creador se valiese de una criatura, cuyo

único mérito se cifraba en su belleza, para influir en mi destino en un sentido tan inesperado. El monasterio a cuyas puertas llamé tenía justificadísimos motivos para dudar de la solidez de mi vocación. Lo que el siglo pierde de este modo suele recobrarlo de la misma manera. En una palabra, no puedo menos de aprobar la conducta del superior al prohibirme, en aquel entonces, que pidiese mi retiro. Era capitán, con diploma del año anterior. Por orden suya, pedí y obtuve el pase a situación de reemplazo por espacio de tres años. Al cabo de este tiempo de noviciado habría de verse si el mundo había muerto definitivamente para este servidor.

El día de mi llegada al claustro me pusieron a disposición de Dom Granger, que me sumó a los trabajos del famoso *Atlas del cristianismo*. Un breve examen le permitió juzgar la clase de servicio que yo podía prestarle. De modo que me destinó al despacho encargado de la cartografía de Africa del Norte. Yo no sabía una palabra de árabe; pero, estando de guarnición en Lyon, había seguido, en la facultad de letras, los cursos de Berlioux, geógrafo algo aventurado, sin duda, pero poseído por una gran idea: la influencia ejercida en Africa por las civilizaciones griega y romana. Aquella circunstancia de mi vida le bastó a Dom Granger. Inmediatamente, me procuró los vocabularios bereberes de Venture, Delaporte y Brosselar, el *Grammatical Sketch of the Temahaq* de Stanhope Fleeman y el *Essai de grammaire de la langue temachek*, del comandante Hanoteau. Al cabo de tres meses, ya era yo capaz de descifrar cualquier inscripción *tifinar*. Es sabido que el *tifinar* es la escritura nacional de los tuareg, la expresión de esa lengua temachek que se nos presenta como la más curiosa protesta de la raza targui contra sus enemigos mahometanos.

Dom Granger tenía, efectivamente, la convicción de que los tuareg fueron cristianos, a partir de una época que aún no se ha precisado, pero que, sin duda, coincide con el esplendor de la iglesia de Hipona. Mejor que yo sabe usted que la cruz es, entre ellos, un motivo ornamental fatídico. Duveyrier comprobó que figura en su alfabeto, sus armas y los dibujos de sus vestiduras. El único tatuaje que llevan en la frente, y en el dorso de la mano, es una cruz de cuatro brazos iguales; forma de cruz tienen sus sillas de montar, los pomos de sus sables y sus puñales. ¿Y necesitaré recordarle que, no obstante prohibir el islamismo las campanas, por considerarlas símbolos cristianos, los arreos de los camellos tuareg llevan orlas de campanillas?

Ni Dom Granger ni yo concedíamos demasiada importancia a tales pruebas, harto semejantes a las que tanto abundan en *El genio del cristianismo*. Mas al fin y al cabo, no es posible negar todo valor a ciertos

argumentos teológicos. El dios de los tuareg, Amanai, indudablemente el Adonai de la Biblia, es único. Tienen los tuareg un infierno *timsitan-el-ajart*, el último fuego, donde reina Iblis, nuestro Lucifer. Su paraíso, donde reciben la recompensa por sus buenas acciones, está habitado por los *andjelusen*. Y no me arguya usted las semejanzas de esta teología con la del Corán, porque entonces le refutaré con argumentos históricos y le recordaré que los tuareg lucharon, en el transcurso de los siglos, hasta casi quedar exterminados, por mantener sus creencias contra las intromisiones del fanatismo musulmán.

Muchas veces, con Dom Granger, estudié esa formidable epopeya que nos muestra a los nativos haciendo frente a los conquistadores árabes. Con él vi cómo el ejército de Sidi-Oja, uno de los compañeros del profeta, se internaba en el desierto para sojuzgar a las grandes tribus tuareg e imponerles el credo musulmán. Esas tribus eran entonces ricas y prósperas. Eran los ihoggaren, los imededren, los uadelen, los kel-gueress, los kel-air. Mas las luchas intestinas debilitaron su resistencia. Esta, sin embargo, fue desesperada, y sólo después de larga y sañuda guerra lograron los árabes apoderarse de la capital de los bereberes. La destruyeron y pasaron a cuchillo a sus habitantes. Sobre sus ruinas edificó Oja una ciudad nueva. Esta ciudad es Es-Suk. La que Sidi-Oja destruyó era la Tadmekka bereber. Y Dom Granger me encargó precisamente que probase a exhumar de entre las ruinas de la Es-Suk musulmana los vestigios de la Tadmekka bereber y acaso cristiana.

—Ya comprendo —murmuré yo.

—Muy bien —dijo Morhange—. Pero es menester que comprenda usted a fondo el sentido práctico de esos religiosos, mis maestros. Recuerde que incluso después de tres años de vida monástica conservan dudas sobre la solidez de mi vocación. En esta misión hallaron el medio de poner a prueba de una vez por todas mi vocación religiosa, haciendo que coincidiesen las facilidades oficiales y sus particulares miras. Una mañana me llamó el superior y vea usted lo que me dijo en presencia de Dom Granger, que opinaba en silencio:

—Dentro de quince días expira su situación de reemplazo. Volverá usted a París y solicitará del ministerio su pase a activo. Con lo que ha aprendido aquí, y unas pocas relaciones que hemos podido conservar en el estado, no le será difícil conseguir que le destinen al Servicio geográfico del ejército. Cuando esté en la calle de Grenelle recibirá instrucciones nuestras.

Yo me maravillaba de su confianza en mi ciencia. Luego que me vi de capitán del Servicio geográfico comprendí sus miras. En el monasterio, el trato diario con Dom Granger y sus émulos me hizo llevar a creer que apenas

sabía nada. Al contacto con mis compañeros de armas, comprendí la superioridad de la enseñanza que en el monasterio recibiera. De los pormenores de mi misión, ni siquiera tuve que preocuparme. Fueron los ministerios los que hubieron de instarme para que aceptase. Sólo una vez en todo este asunto hice valer mi iniciativa: al saber que se disponía usted a salir de Uargla para este viaje, y teniendo yo algunos motivos para desconfiar de mi valer práctico como explorador, hice cuanto pude por retardar su marcha para incorporarme a su columna. Espero que ya habrá usted depuesto su enojo.

La luz huía hacia el oeste, donde el sol se ponía con un lujo inaudito de colgaduras violeta. Estábamos solos en aquella inmensidad, al pie de las peñas negras y abruptas. Nada más que nosotros. Nada, nada más.

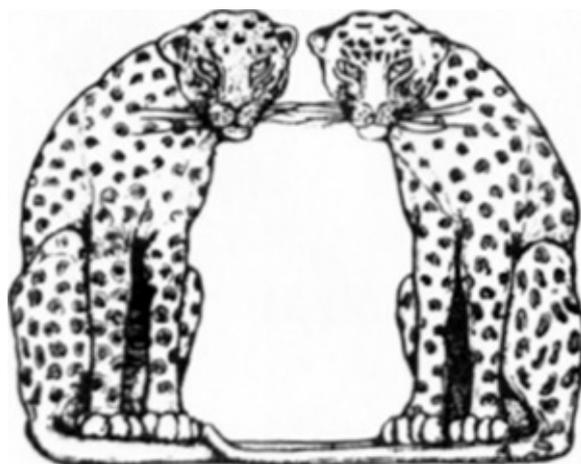
Tendí la mano a Morhange; me la estrechó. Luego dijo:

—Si bien es verdad que considero infinitamente largos los contados miles de kilómetros que me separan del instante en que, cumplida mi misión, podré encontrar al fin en el claustro el olvido de cosas para las que no he nacido, permítame que le diga esto: en este momento me parecen infinitamente breves los cien escasos kilómetros que me quedan por recorrer en su compañía antes de llegar a Chij-Salah...

Sobre el agua pálida del manantial, inmóvil y fija como un clavo de plata, acababa de nacer una estrella.

—Chij-Salah —murmuré yo, con el corazón henchido de indecible melancolía—. Paciencia, aún no hemos llegado.

Efectivamente, no habíamos de llegar nunca.



CAPÍTULO V LA INSCRIPCIÓN

ando con su bastón de hierro en la negra ladera de la montaña, hizo saltar Morhange un trozo de peña.

—¿Qué es esto? —me preguntó, mostrándomelo.

—Un basalto de peridoto —le dije.

—No debe de ser interesante. Apenas si lo ha mirado.

—Es, por el contrario, muy interesante. Pero, por el momento, confieso que tengo otros motivos de preocupación.

—¿Cuáles?

—Mire hacia ese lado —le dije, señalándole en el horizonte un punto oscuro, al otro lado de la blanca llanura.

Eran las seis de la mañana; había salido el sol. Pero en vano lo buscábamos en el cielo, extrañamente raso. Y ni un soplo de aire, ni un soplo.

De pronto, uno de nuestros camellos dio un respingo. Un enorme antílope acababa de pasar ante nosotros y había ido a dar de cabeza contra la peñascosa montaña. Y allí seguía aturdido, a pocos pasos de nosotros, tambaleándose sobre sus finas ancas.

Bu-Chema se sumó a nosotros.

—Cuando tiemblan las ancas del *mohor*^[25] es señal de que las columnas del firmamento no tardarán en conmovirse —murmuró.

Morhange me miró, y luego volvió la vista hacia el horizonte, en dirección a aquel punto negro, que ya era el doble de grande.

—Tormenta, ¿no es verdad?

—Sí, tormenta.

—¿Y en eso ve motivo de inquietud?

—No —le respondí al punto.

Estaba hablando en aquel instante con Bu-Chema, el cual procuraba sujetar a los camellos, que se encabritaban.

Morhange repitió su pregunta. Yo me encogí de hombros.

—¿Inquietud? No; nada de eso. Nunca he visto tormentas en el Hoggar. Pero desconfío. Y todo me hace creer que la que se prepara va a ser de cuenta. No tiene sino que verlo.

Sobre la roca lisa se elevaba ya ligera polvareda. En la atmósfera, inmóvil, empezaron a arremolinarse algunos granos de arena, a una velocidad que fue en aumento hasta hacerse vertiginosa, ofreciéndonos por anticipado el espectáculo microscópico de lo que dentro de un instante iba a descargarse sobre nosotros.

Pasó de largo una bandada de patos montaraces, que graznaban muy fuerte. Procedían del oeste y volaban muy terreros.

—Huyen hacia la Sebja de Amandghor —dijo Bu-Chema.

Morhange miraba con curiosidad.

—Lo que debemos hacer es volver a montar en los camellos, y antes de que se aturdan del todo, darnos prisa en busca de un refugio en alguna eminencia del terreno. Hágase cargo de nuestra situación. Eso de seguir el lecho de un *guad* seco es muy cómodo. Pero antes quizá de un cuarto de hora habrá estallado la tormenta. Antes de media hora caerá sobre nosotros un verdadero diluvio. En este suelo casi impermeable, las lluvias resbalan como el cubo de agua que se vierte sobre una acera asfaltada. Nada de profundidad, todo altura. Pero mire en aquella dirección.

Y le señalaba a unos diez metros, en el aire, al costado de la peñascosa cañada, largos regueros huecos y paralelos, antiguas huellas de inundaciones.

—Dentro de una hora llegarán las aguas hasta esa altura. Vea los vestigios de la última riada. Pongámonos en marcha. No hay un instante que perder.

—En marcha —dijo plácidamente Morhange.

Nos costó lo increíble lograr que se arrodillasen los camellos. Cuando todos hubimos montado, arrancaron al galope, con paso paulatinamente desigual por el terror de que estaban poseídos.

De pronto se levantó viento, un viento formidable, y casi al mismo tiempo pareció como que se hacía de noche en lo hondo de aquel barranco. Por encima de nuestras frentes el cielo se había vuelto, en un abrir y cerrar de ojos, más tenebroso que los negros muros de la cañada, que atravesábamos a toda prisa, jadeantes.

—Un peldaño, un escalón en la peña —les grité a mis compañeros, luchando contra el viento—. Si no llegamos allá dentro de un minuto, estamos

perdidos.

No me oyeron; pero al volverme vi que no perdían sus distancias. Morhange seguía detrás de mí y Bu-Chema venía el último, conduciendo, con maña admirable, los dos camellos que acarreaban nuestra impedimenta.

Un cegador relámpago rasgó la oscuridad. Retumbó un trueno, que la peñascosa muralla prolongó hasta lo infinito, y al punto empezaron a caer enormes goterones calientes. En un instante se nos pegaron al cuerpo nuestros albornoces, completamente calados.

—¡Nos hemos salvado! —exclamé de pronto.

Acababa de abrirse a nuestra derecha, en medio de la peña, una brecha. Era el cauce casi cortado a pico de un *guad*, afluente de aquel en cuyo álveo tuvimos la malhadada idea de meternos por la mañana. Un verdadero torrente fluía ya de él con estruendo.

Nunca pude apreciar mejor la seguridad incomparable de los camellos para escalar los parajes más abruptos. Encogiéndose, estirando sus ancas inmensas, escurriéndose por entre las peñas que empezaban a desunirse, hicieron los nuestros, en aquel trance, lo que quizá no hubieran podido hacer todos los mulos de los Pirineos.

Al cabo de algunos instantes de sobrehumano esfuerzo, nos encontramos al fin fuera de peligro, en una especie de meseta basáltica que dominaba desde una altura de 50 metros el cauce del *guad* donde por poco perecemos. El acaso dispuso bien las cosas; a nuestra espalda se abría una gruta. Bu-Chema pudo guarecer en ella a los camellos. Desde su umbral pudimos contemplar, en silencio, el prodigioso espectáculo que a nuestra vista se ofrecía.

Seguramente habrás asistido a los tiros de artillería en el campamento de Châlons. Y habrás visto que, al estallar los proyectiles, la yesosa tierra del Marne entra en efervescencia, como los tinteros del colegio cuando en ellos echábamos un trocito de carburo de calcio. La tierra se hincha, se esponja y hierve entre el estrépito de los obuses que estallan. Pues eso, poco más o menos, ocurría también allí, pero en medio del desierto y en la oscuridad. Las aguas se precipitaban, albeantes, hacia el fondo de aquella negra sima, y subían y subían hacia nuestro pedestal. Retumbaba sin cesar el fragor del trueno, así como el todavía más recio de los lienzos enteros de peñas, que, zapados por la inundación, se desplomaban de un golpe, y en unos segundos quedaban disueltos en medio de la arrolladora oleada.

Morhange y yo permanecimos silenciosos todo el tiempo que duró aquel diluvio, una hora y acaso dos, inclinados sobre aquella fantástica tina,

ansiosos de ver, de seguir viéndolo todo, complaciéndonos en una especie de horror inefable al sentir cómo los envites del agua hacían temblar el pico de basalto en que nos guarecíamos. Creo que ni por un instante deseamos el fin de aquella pesadilla monstruosa que, en medio de todo, revestía tal belleza.

Al cabo brilló un rayo de sol. Y entonces nos miramos.

Morhange me tendió la mano.

—Gracias —me dijo sencillamente.

Y añadió sonriendo:

—Morir ahogados en pleno Sahara hubiera sido presuntuoso y grotesco. Con su resolución nos ha librado de tan paradójico fin.

¡Ah! ¿Por qué su camello no resbalaría, hundiéndolo para siempre en medio de las aguas? Así no habría ocurrido lo que luego ocurrió; en mis horas de flaquezas tal me digo. Pero te lo repito, en seguida me repongo. No; no lamento, no puedo lamentar que luego pasara lo que pasó.

Morhange se apartó de mí para penetrar en la gruta, en la que resonaban los satisfechos cloqueos de los camellos de Bu-Chema.

Yo me quedé solo, contemplando el torrente que subía y subía sin cesar, acrecido sin tregua por el impetuoso caudal de sus desbordantes afluentes. Ya no llovía. El sol refulgía en el cielo nuevamente azul. Sentía que mis ropas, antes caladas por la lluvia, se me secaban en el cuerpo con rapidez increíble.

Sentí un golpecito en la espalda. Morhange estaba nuevamente a mi lado. Extraña sonrisa de satisfacción le iluminaba el semblante.

—Venga —me dijo.

Le seguí, lleno de curiosidad. Entramos en la gruta.

La abertura, suficiente para haber dado paso a los camellos, dejaba penetrar la luz de fuera. Morhange me condujo ante un testero de lisas peñas, frente por frente a la entrada.

—Mire —me dijo con alegría mal reprimida.

—¿Qué?

—Pero ¿no lo ve?

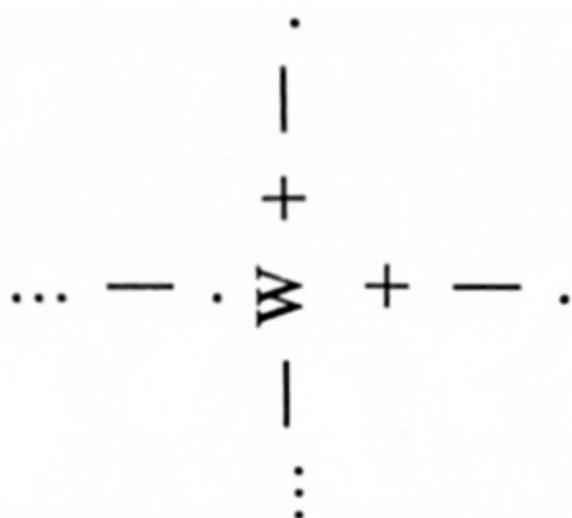
—Veo varias inscripciones tuareg^[26] —respondí algo curioso—; pero creía haberle dicho que no leo muy bien la escritura tifinar. ¿Tienen esas inscripciones más interés para nosotros que las que ya hemos encontrado tantas veces?

—Mire ésta —dijo Morhange.

Miré.

Era un inscripción cuyos caracteres estaban dispuestos en forma de cruz. Y juega en esta aventura un papel demasiado importante para que no te la

reproduzca.



Era de diseño bastante proporcionado, y los caracteres habían sido tallados profundamente en la peña. Por más que en aquella época no estuviese yo muy versado en la ciencia de las inscripciones rupestres, no me costó gran trabajo reconocer la antigüedad de aquélla.

Morhange la contemplaba con jubiloso semblante.

Yo le dirigí una mirada interrogadora.

—Y qué, ¿qué dice de esto? —exclamó.

—¿Qué quiere que diga? Le repito que apenas si sé deletrear el tifinar.

—¿Quiere que le ayude? —me propuso mi compañero.

Después de las emociones que acabábamos de experimentar, me parecía cuando menos intempestivo aquel curso de epigrafía bereber. Pero manifestaba Morhange tanta alegría que sentí escrúpulos de amargársela.

—Pues bien —empezó diciendo el capitán, con tanta holgura como si se encontrase delante de un encerado—. Lo primero que debe observar en esta inscripción es su repetición en forma de cruz. Es decir, que contiene dos veces la misma palabra de abajo arriba y de derecha a izquierda. Teniendo siete letras la palabra que la compone, la cuarta letra se encuentra en el centro. Esta disposición, única en la epigrafía tifinar, es, por sí sola, bastante notable. Mas no para ahí la cosa. Vamos a descifrarla.

Equivocándome tres veces en las siete letras, logré, con ayuda de Morhange, descifrar la palabra.

—¿Da con ello? —me dijo Morhange, con un guiño, cuando hube terminado mi ejercicio.

—Menos que antes —respondí, un tanto contrariado—; he deletreado la palabra a, n, t, i, n, h, a; *Antinha*. Antinha, no recuerdo ninguna palabra que suene así, ni por asomo, en ninguno de los dialectos saharianos que conozco.

Morhange se restregó las manos. Su regocijo alcanzaba proporciones insólitas.

—Pues eso es. En ello estriba la excepcional rareza de la inscripción.

—¿Cómo?

—No hay, en efecto, nada que se parezca a esa palabra, ni en árabe ni en berberisco.

—¿Y qué quiere decir entonces?

—Quiere decir, mi caro amigo, que estamos en presencia de un vocablo extranjero transcrito en caracteres tifinar.

—¿Y a qué lengua cree que pertenece ese vocablo?

—Tenga presente, en primer término, que la letra E no figura en el alfabeto tifinar; aquí la han suplido con un signo fonético cercano: *h*. Restablézcala en el lugar que le corresponde en esta palabra, y resultará:

—*Antinea*.

—*Antinea*, perfectamente. Tenemos ahora un vocablo griego escrito en tifinar. Supongo que ya reconocerá conmigo que mi hallazgo tiene cierto interés.

Aquel día no adelantamos más en la interpretación del texto. Acababa de resonar un alarido de angustia pavoroso.

Nos lanzamos fuera de la gruta y presenciamos un extraño espectáculo.

Por más que el cielo se hubiese despejado del todo, seguía el torrente arrastrando sus aguas de amarillenta espuma, sin que se pudiera presagiar su próximo descenso. En medio de sus olas se desplazaba desesperadamente, con su crecido caudal, un objeto extraordinario, parduzco y blando.

Mas lo que ante todo nos llenó de asombro fue ver a Bu-Chema, tan tranquilo siempre, dando saltos, por los picos de las peñas, como poseído de locura, en persecución de aquel informe objeto.

De pronto cogí por el brazo a Morhange. Aquella cosa parduzca se animaba. A poco surgió de ella un largo cuello lamentable, con un desgarrador alarido de bestia enloquecida.

—Desgraciado —exclamé yo—; es uno de nuestros camellos, que se le ha escapado; se lo lleva el agua.

—Pues se engaña —dijo Morhange—; nuestros camellos están, todos, en la cueva. El que Bu-Chema persigue no es nuestro. Añadiría que el grito de angustia que acabamos de oír no fue lanzado por Bu-Chema. Este es un buen

chaamba, que a la hora presente sólo piensa en una cosa: en apropiarse el bien mostrenco que representa ese camello que el torrente arrastra.

—Pues ¿quién profirió entonces ese grito?

—Hagamos, si le parece, por remontar el curso del torrente, que nuestro guía quiere descender a tan buen paso —dijo mi compañero.

Y sin aguardar mi respuesta, ya había echado a correr a lo largo de la peñascosa orilla recién socavada...

Puede decirse que, en aquel momento, Morhange iba al encuentro de su destino.

Yo le seguí. Indecible trabajo nos costó recorrer 200 o 400 metros. Al cabo, divisamos a nuestros pies una caleta donde el agua empezaba a bajar.

—Mire —dijo Morhange.

Sobre las aguas de la caleta se mecía suavemente un bulto negruzco.

Cuando nos acercamos, vimos que se trataba del cuerpo de un hombre vestido con largos velos azul oscuro, a la manera de los tuareg.

—Deme una mano —dijo Morhange—, y agárrese con la otra a la roca firme.

Era mi compañero fuerte, muy fuerte. En un instante, y como jugando, logró arrastrar a la orilla el cuerpo del náufrago.

—Aún tiene vida —observó con satisfacción—; vamos a conducirlo a la cueva. Este sitio no es adecuado para reanimar a un ahogado.

Levantó al náufrago entre sus brazos poderosos.

—Es raro lo que pesa para su estatura.

Cuando llegamos a la cueva, ya las ropas del targui estaban casi secas. Pero se habían desteñido mucho; de modo que era un hombre color índigo el que Morhange iba a devolver a la vida.

Luego que le dimos de beber una copa de ron, abrió los ojos, nos miró con asombro y los volvió a cerrar, murmurando en árabe, con voz casi ininteligible, esta frase, cuyo sentido no habíamos de comprender hasta unos días más tarde:

—*¿Será posible que haya llegado al término de mi misión!*

—¿A qué misión se referirá? —dije.

—Deje que recobre por completo el conocimiento —respondió Morhange—; mire, abra una lata de conservas. Con hombretones de su temple no hay que observar las mismas precauciones que con nuestros ahogados de Europa.

Era, en efecto, una especie de gigante el que acabábamos de salvar de la muerte. Era de proporcionado semblante, casi hermoso, aunque muy consumido. Tenía la tez clara y poca barba. El pelo, ya blanco, parecía el de un hombre sesentón.

Un relámpago de voraz alegría pasó por sus ojos al ofrecerle yo la lata de *cornbeef*. En aquella lata había bastante para apaciguar el hambre de cuatro individuos de buen diente. Nuestro hombre la apuró en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Vaya apetito! —dijo Morhange—; ahora podemos interrogarle sin escrúpulos.

El targui se había echado sobre la cara el ritual velo azul. Muy hambriento tenía que haber estado para no haber cumplido antes con el indispensable requisito. Ahora no le veíamos más que los ojos, que nos miraban con un fuego cada vez más sombrío.

—Oficiales franceses —murmuró al fin.

cogiendo la mano de Morhange, se la llevó al pecho y después a los labios.

De pronto, se dibujó en su semblante una expresión de ansiedad.

—¿Y mi *mehari*? —preguntó.

Yo le expliqué que nuestro guía se ocupaba del salvamento del animal. Él, a su vez, nos refirió cómo éste cayó al agua a consecuencia de un resbalón, arrastrándole en su caída también a él, que pugnaba por retenerle. Se había dado de cabeza con una peña. El dolor le arrancó un grito. De lo demás no se acordaba.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Eg-Anteuen.

—¿A qué tribu perteneces?

—A la de los kel-tahat.

—Los kel-tahat son feudos de la tribu de los kel-rhela, los grandes señores del Hoggar, ¿no es verdad?

—Sí —respondió él, mirándome de soslayo. Hubiérase dicho que no le gustaban mucho aquellas preguntas tan concretas sobre las interioridades del Hoggar.

—Los kel-tahat, si no me engaño, residen en la vertiente sudoeste del Atakor^[27]. ¿Qué hacías tan alejado de vuestros caminos de tránsito cuando te salvamos la vida?

—Iba por Tit, rumbo a In-Salah —dijo.

—¿Y qué ibas a hacer en In-Salah?

Iba ya a responderme. Mas de pronto le vimos temblar. Tenía fijos los ojos en un punto de la caverna. Miramos en la misma dirección. Lo que atraía sus miradas era la inscripción rupestre que una hora antes diera aquel alegrón a Morhange.

—¿Conoces eso? —le preguntó éste con súbita curiosidad. El targui no dijo palabra; pero le centellearon los ojos.

—¿Lo conoces? —insistió Morhange.

Y añadió:

—¿Antinea?

—Antinea —repitió el hombre.

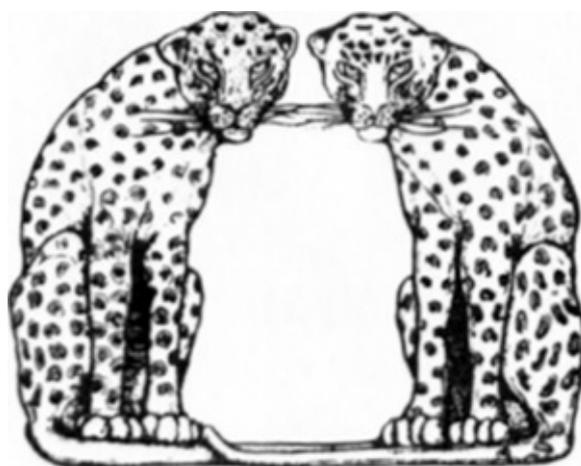
Y no dijo más.

—Pero respóndele al capitán —grité, arrebatado de extraña cólera.

El targui me miró. Creí que iba a hablar. Mas sus ojos adquirieron de pronto una gran expresión de dureza. Por debajo del velo, sus facciones se contraían.

Morhange y yo nos volvimos.

En el umbral de la cueva acababa de aparecer Bu-Chema, jadeante, desolado, rendido por una hora de inútil carrera.



CAPÍTULO VI

LOS INCONVENIENTES DE LA LECHUGA

n el momento en que Eg-Anteuen y Bu-Chema se encontraron cara a cara, me pareció sorprender, así en el targui como en el chaamba, un estremecimiento, que uno y otro reprimieron al punto. Fue, lo repito, una impresión fugaz. Pero, así y todo, suficiente para decidirme a interrogar a mi guía, en cuanto estuviésemos a solas, acerca del nuevo compañero.

Aquel comienzo de jornada nos había rendido. Así que optamos por darla por terminada allí mismo y pernoctar en la gruta, dando tiempo a que bajasen las aguas.

Al despertarnos al otro día, en tanto me ocupaba yo en determinar sobre el mapa el itinerario de la jornada siguiente, Morhange se me acercó. Creí notar en él algo de cortedad.

—Dentro de tres días estaremos en Chij-Salah —le dije—. Quizá pasado mañana, al oscurecer, por poco que nuestros camellos aprieten el paso.

—Puede que tengamos que separarnos antes —dijo él.

—¿Cómo?

—Sí; he modificado algo mi itinerario. No pienso ya encaminarme directamente a Timissao. Más bien querría internarme un poco en el macizo del Hoggar.

Fruncí el ceño.

—¿A qué se debe esa idea?

Y al mismo tiempo buscaba con la vista a Eg-Anteuen, a quien la víspera, y hacía algunos minutos, viera conversando con Morhange.

El targui parecía muy atareado en remendar una de sus sandalias con un poco de hilo untado de pez, que Bu-Chema le había facilitado. Ni siquiera alzó la cabeza.

—Vea usted —me explicó Morhange cada vez más cohibido—. Este hombre me ha dicho que existen inscripciones análogas en muchas cavernas del Hoggar occidental. Dichas cavernas se encuentran cerca del camino que ha de recorrer para volver a su tierra. Tiene que pasar por Tit. De Tit a Timissao, pasando por Silet, apenas si hay doscientos kilómetros. Es un itinerario casi clásico^[28], la mitad más corto que el que tendría que recorrer solo, después de separarnos, de Chij-Salah a Timissao. Esa es, hasta cierto punto, la razón que me mueve a...

—¿Hasta cierto punto? —repliqué—. Pero ¿está usted resuelto?

—Sí —me contestó.

—¿Y cuándo piensa despedirse de mí?

—Hoy mismo quisiera hacerlo. El camino por donde Eg-Anteuen piensa penetrar en el Hoggar corta éste a unas cuatro leguas de aquí. Y a propósito de esto, me gustaría solicitarle algo.

—Diga usted lo que sea.

—Pues como mi acompañante el targui ha perdido su camello, querría que me dejase usted uno de los dos destinados a portear la carga.

—El camello que lleva su equipaje le pertenece, lo mismo que su *mehari* —respondí con frialdad.

Permanecimos silenciosos. Morhange guardaba un cohibido silencio. Yo me había puesto otra vez a examinar el mapa.

Por doquiera, pero sobre todo hacia el sur, las regiones inexploradas de Hoggar se acusaban, entre lo negro de las montañas superpuestas, con muchas, muchísimas manchitas blancas. Después de un rato, dije:

—¿Me da su palabra de que luego que haya visto esas famosas grutas se dirigirá a Timissao por Tit y Silet?

Me miró sin comprenderme.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Pues a que, si me da su palabra de hacerlo así, y mi compañía no le resulta desagradable del todo, estoy dispuesto a acompañarle. Estamos ya a unos doscientos kilómetros de allí. Cogeré Chij-Salah por el sur, en vez de por el oeste.

Morhange me miró conmovido.

—¿Por qué procede así? —murmuró.

—Mi querido amigo —era la primera vez que daba ese nombre a Morhange—, mi querido amigo, poseo un sentido que adquiere en el desierto una perspicacia prodigiosa: el del peligro. Ya le di ayer mañana una muestra de él, cuando descargó la tormenta. Con toda su ciencia rupestre, me parece

que no tiene usted una idea muy clara de lo que es el Hoggar, ni de los encuentros que allí puede experimentar. Dicho esto, he de confesarle que no quiero dejarle arrostrar solo ciertos riesgos.

—Llevo un guía conmigo —dijo él con ingenuidad encantadora.

Acurrucado en un rincón de la gruta, Eg-Anteuen seguía remendándose las sandalias.

Fui hacia él.

—¿Has oído lo que acabo de decir al capitán?

—Sí —respondió el targui con todo sosiego.

—Voy a acompañarle. Te dejaremos en Tit, adonde tú verás de llevarnos sin tropiezo. ¿Dónde está el sitio al que has propuesto al capitán conducirle?

—No he sido yo quien se lo he propuesto, sino él quien me lo ha pedido —me hizo observar fríamente el targui—. Las cavernas con inscripciones están a tres días de camino, al sur, en la montaña. La ruta es muy abrupta al principio. Pero luego se torna llana y conduce cómodamente al Timissao. Hay buenos pozos, donde los tuareg taitoq, amigos de los franceses, abrevan sus camellos.

—¿Y tú conoces bien el camino?

Se encogió de hombros y una sonrisa desdeñosa asomó a sus labios.

—Lo he recorrido veinte veces —dijo.

—Pues entonces, adelante.

Anduvimos dos horas sin parar. En todo ese tiempo no crucé palabra con Morhange. Tenía la clara noción de que cometíamos una locura arriesgándonos tan sin reparo en la región menos conocida y más peligrosa del Sahara. Cuantos envites tienden, desde hace veinte años, a contener el avance francés, salieron de ese Hoggar temible. Mas ¡qué importaba! Yo me había sumado con pleno entusiasmo a aquella loca aventura. No podía ni quería volverme atrás. ¿A qué conduciría el deslucir mi actitud poniendo mala cara? Y además, he de confesarte que el giro que empezaba a tomar nuestro viaje no me desagradaba. Desde el primer momento, tenía la sensación de que caminábamos con rumbo a algo desconocido, a alguna monstruosa aventura. No en balde se viven meses y años en el desierto. Tarde o temprano, acaba éste por apoderarse de nosotros, por dar al traste con el buen oficial, con el funcionario timorato, atenuando su preocupación de la propia responsabilidad. ¿Qué hay detrás de esas peñas misteriosas, de esas opacas

soledades, que desafiaron victoriosamente la curiosidad de los más ilustres exploradores de misterios?... Y uno sigue adelante.

—¿Está seguro, por lo menos, de que esa inscripción es tan interesante como para justificar la empresa que vamos a acometer? —le pregunté a Morhange.

Mi compañero se estremeció, halagado. Comprendí que hasta entonces había temido que le acompañase de mala gana. Desde el momento en que le ofrecía la ocasión de convencerme, cesaban sus escrúpulos y aseguraba su triunfo.

—Nunca —respondió con voz aparentemente mesurada, pero en el fondo llena de entusiasmo—, nunca se descubrió una inscripción griega en latitudes tan bajas. Los puntos extremos en que se han encontrado tales inscripciones corresponden al sur de Argelia y de la Cirenaica. ¡Pero en el Hoggar! Reflexione usted. Verdad es que ésta se halla trascrita en caracteres tifinar. Pero esa circunstancia, lejos de aminorar su interés, lo realza.

—¿Y cuál es, a su juicio, el sentido de esa palabra?

—Antinea no puede ser sino un nombre propio —dijo Morhange—. ¿De quién? Confieso que lo ignoro; y si a la hora presente camino hacia el sur, arrastrándole a usted, es porque allí espero completar mi información. ¡Su etimología! No tiene una sola, sino treinta cuando menos. Recapacite en que el alfabeto tifinar no concuerda del todo con el griego, lo que multiplica las hipótesis. ¿Quiere que le exponga algunas?

—Eso mismo iba yo a pedirle.

—Bueno; pues tenemos primero *avti* y *vaos*, «la mujer situada enfrente de la nave», explicación que hubiera regocijado a Gaffarel y a mi venerado maestro Berlioux. Esto podría aludir a las figuras talladas en la delantera de los navios. (Hay un nombre técnico que no podría recordar en este instante, aunque me diesen ciento cincuenta palos)^[29].

Tenemos también *avtivna*, que habría de referirse a *avti* y *vaos*, «la que está delante de la *vaos*», la *vaos* del templo, la que está frente al santuario, y, por consiguiente, la sacerdotisa. Interpretación que encantaría a Girard y a Renan.

Tenemos, además, *avtovna*, de *avío* y *veos*, nuevo, lo cual puede significar dos cosas: o «la que es lo contrario que joven», es decir, vieja; o «la que es enemiga de la novedad» o «la enemiga de la juventud».

Pero *avti* tiene también otro sentido, el de «en cambio de», que viene a complicar las hipótesis expuestas; asimismo, el verbo *ve* tiene cuatro

acepciones, justificando alternativamente «ir, manar, hilar o tejer, amontonar». Mas no es esto todo... Y hágase cargo de que no tengo a mi alcance, aquí, en la giba, muy cómoda, por lo demás, de este *mehari*, ni el gran diccionario de Estienne ni los léxicos de Passow, Pape o Liddel-Scott. Le digo esto únicamente para probarle hasta qué punto es la epigrafía una ciencia relativa, siempre subordinada al descubrimiento de un nuevo texto que contradiga los datos anteriores, cuando no se halla a merced del capricho de los epigrafistas y de su concepto particular del universo^[30].

—Eso mismo creo yo también —dije—; pero no le extrañe que encuentre raro el que, teniendo un criterio tan escéptico del fin que persigue, no titubee en arrostrar peligros que pueden ser muy graves.

Esbozó Morhange una leve sonrisa.

—Yo no interpreto, amigo mío; yo sólo tomo nota. Dom Granger posee la ciencia necesaria para extraer, de los datos que le lleve, conclusiones que mis débiles conocimientos no alcanzarían. He querido con esto solamente distraerme un poco. Perdóneme.

En aquel instante se aflojó la cincha de uno de los camellos de carga, sin duda por no habérsela apretado bien, y parte de su impedimenta se desplomó.

Eg-Anteuen se apeó al punto de su caballería y ayudó a Bu-Chema a reparar el daño.

Cuando hubieron terminado, puse mi camello al paso del de Bu-Chema.

—En la parada próxima convendría cinchar mejor a los camellos. Ahora van a tener que avanzar por terrenos de montañas.

El guía me miró asombrado. Hasta allí no creí necesario decirle nada de nuestros nuevos planes. Pero suponía que Eg-Anteuen se lo habría contado.

—Mi teniente, el camino de la llanura blanca hasta Chij-Salah no es montañoso —dijo el chaamba.

—Es que ya no vamos por la llanura blanca. Hemos de bajar hacia el sur por el Hoggar.

—¡Por el Hoggar! —murmuró—. Pero...

—Pero ¿qué?

—Que yo no conozco ese camino.

—Eg-Anteuen nos guiará.

—¡Eg-Anteuen!

Miré a Bu-Chema, que acababa de lanzar esta exclamación sorda. El guía volvió los ojos hacia el targui con expresión de estupor y de espanto.

Eg-Anteuen cabalgaba en su camello unos diez metros delante de nosotros, al lado de Morhange; conversaban; comprendí que el capitán le

estaría hablando de las famosas inscripciones. Pero no íbamos tan rezagados que no pudiesen oír ellos nuestras palabras.

Volví a mirar a mi guía y noté que se había puesto muy pálido.

—¿Qué ocurre, Bu-Chema, qué ocurre? —le pregunté en voz baja.

—Aquí, nada, mi teniente; aquí, no... —murmuró.

Castañeteaba los dientes. Añadió con voz que parecía un soplo:

—Aquí, no. Esta noche, cuando hagamos alto, cuando él se haya vuelto hacia oriente para su plegaria, cuando se ponga el sol. Entonces llámame. Yo te lo diré... Pero aquí, no. Está hablando, pero escucha. Vete. Incorpórate al capitán.

—He aquí otro misterio —murmuré, espoleando a mi *mehari* para alcanzar a Morhange.

Serían las cinco de la tarde cuando Eg-Anteuen, que iba delante, detuvo su cabalgadura.

—Aquí es —dijo saltando a tierra.

El paraje era siniestro y bello. A nuestra izquierda, una fantástica muralla de granito recortaba su perfil oscuro sobre el cielo encarnado. Estaba partida, de arriba a abajo, por un sinuoso paso de unos mil pies de alto, y de anchura apenas suficiente para permitir el avance de tres camellos de frente.

—Aquí es —repitió el targui.

Hacia el oeste, delante de nosotros, la ruta que íbamos a dejar devanaba su pálida cinta en la luz del poniente. La llanura blanca, el camino de Chij-Salah, las etapas seguras, los pozos conocidos... Y, al lado opuesto, aquel paredón negro contra el cielo color malva y aquel lóbrego pasillo.

Volví los ojos hacia Morhange.

—Hagamos alto —dijo sencillamente—. Eg-Anteuen nos aconseja que renovemos nuestra provisión de agua.

De común acuerdo resolvimos pernoctar allí, antes de sumirnos en aquella cañada.

Manaba allí una fuente, que surtía de un hoyo tenebroso, cayendo luego en forma de cascada; alrededor medraban algunos arbustos y plantas.

Ya los camellos, sujetos, apacentaban.

Bu-Chema depositó en una gran piedra lisa nuestro cubierto de campaña, vasos y platos de estaño. Abrió una lata de conserva y la colocó junto a un plato de lechuga que acababa de coger en las húmedas orillas de la fuente. Por el temblor convulsivo con que ponía sobre la peña estos objetos comprendí cuán alterado estaba.

En cierto momento en que se inclinó hacia mí para ofrecerme un plato, me señaló con un ademán la lúgubre y tenebrosa cañada por donde íbamos a internarnos.

—*¡Blad-el-Juf!* —murmuró.

—¿Qué dice? —preguntó Morhange, que había reparado en su ademán.

—Blad-el-Juf. *El país del miedo*. Así es como los árabes llaman al Hoggar.

Bu-Chema se había sentado a alguna distancia, dejándonos a nosotros ocupados con la cena. Acurrucado en el suelo, comía algunas hojas de lechuga que se había apartado.

Eg-Anteuen estaba inmóvil.

De pronto, el targui se incorporó. Por occidente el sol era sólo un ascua bermeja. Eg-Anteuen se acercó a la fuente, tendió en el suelo su albornoz azul y se postró de hinojos.

—No creía que los tuareg fuesen tan cumplidores de la tradición musulmana —dijo Morhange.

—Ni yo tampoco —murmuré pensativo.

Pero en aquel momento tenía yo que hacer algo más que asombrarme.

—*¡Bu-Chema!* —llamé.

Al mismo tiempo observaba a Eg-Anteuen. Este parecía absorbido en su plegaria, vuelto hacia oriente, ajeno a todo. Iba ya a prosternarse cuando grité de nuevo con voz más recia:

—*¡Bu-Chema, ven acá!*, hacia donde está el camello; tengo que recoger una cosa.

Lenta y sosegadamente, Eg-Anteuen, arrodillado, recitaba su plegaria.

Pero Bu-Chema no se movió.

Sólo me contestó con un quejido sordo.

Morhange y yo nos levantamos inmediatamente y corrimos adonde el guía. Eg-Anteuen llegó allá al mismo tiempo que nosotros.

Morhange sostuvo en sus brazos al chaamba, que, cerrados los ojos, frías las manos, respiraba con afanoso estertor. Yo le tomé una de las manos; Eg-Anteuen, la otra. Cada cual, según sus medios, procuraba adivinar, comprender...

De pronto, Eg-Anteuen se sobresaltó. Acababa de ver caída en tierra la cazuelilla que el árabe tenía un minuto antes entre sus rodillas.

El targui la cogió y examinó rápidamente una por una las pocas hojas de lechuga que aún quedaban en la cazuela. Lanzó una ronca exclamación.

—Bueno —murmuró Morhange—. Cuide usted de éste, que se va a volver loco.

Eg-Anteuen, al que yo no perdía de vista, se lanzó sin decir palabra hacia la peña donde teníamos puesto el cubierto; un segundo después volvía a nuestro lado, trayendo el plato de lechuga que aún no habíamos probado.

Luego extrajo de la cazuela de Bu-Chema una hoja verde y carnosa, ancha y pálida, y la puso junto a otra que acababa de coger de nuestro plato.

—¡*Afahlehlé!* —dijo sencillamente.

No pude reprimir un temblor, y lo mismo le ocurrió a Morhange.

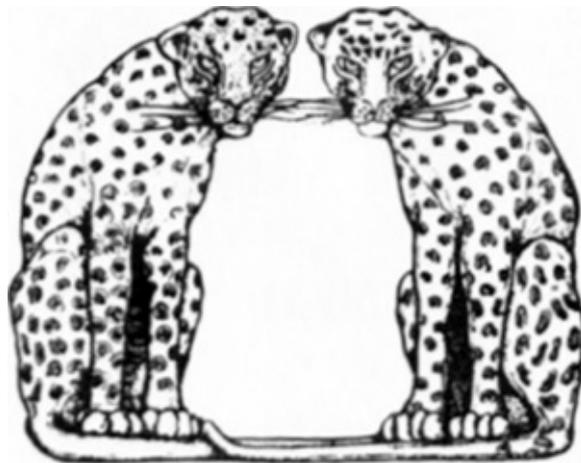
Se trata de la *afahlehlé*, el *falesiez* de los árabes saharianos. La terrible hierba que hiriera de muerte, más rápida y seguramente que las armas de los tuareg, a una parte de la misión Flatters.

Eg-Anteuen estaba ahora de pie. Su corpulenta figura se perfilaba en negro contra el fondo del cielo, que, de pronto, se había vuelto de un lila muy claro. Nos miraba.

Y mientras nosotros nos desvivíamos por atender al malaventurado guía:

—¡*Afahlehlé!* —repitió el targui moviendo la cabeza.

Bu-Chema murió aquella madrugada sin haber recobrado el conocimiento.



CAPÍTULO VII

EL PAIS DEL MIEDO

esulta curioso —dijo Morhange— observar cómo nuestra expedición, tan escasa en incidentes de Uargla acá, tiende ahora a complicarse.

Dijo aquello al levantarse de rezar arrodillado, junto a la fosa que a duras penas logramos cavar para inhumar en ella el cadáver del guía.

Yo no creo en Dios. Pero si alguna cosa puede influir sobre un poder, sea del bien o del mal, de la luz o de las tinieblas, ha de ser seguramente la plegaria formulada por un hombre como aquél.

Durante dos días caminamos por entre un gigantesco caos de negras peñas, en medio de un paisaje lunar de puro desolado. No oíamos otro rumor que el de los guijarros que rodaban bajo los cascos de los camellos e iban a dar al fondo de los precipicios, retumbando cual detonaciones.

Curiosa marcha, en verdad. Durante las primeras horas intenté determinar, con la brújula, el camino que seguíamos. Pero mi itinerario se embrolló muy pronto, sin duda por efecto de algún error en la coordinación del paso de los camellos. Así que guardé el aparato. En adelante, sin medios de comprobación, estaríamos a merced de Eg-Anteuen. Era forzoso confiar en él.

Iba el targui delante y Morhange le seguía. Yo cerraba la marcha. A cada instante se ofrecían a mi vista los ejemplares más curiosos de rocas eruptivas; mas en vano. No me interesaban ya esas cosas. Otra curiosidad había hecho presa en mí. Me había contagiado de la locura de Morhange. Si mi compañero hubiera acudido a decirme: «Es insensato lo que hacemos; volvamos atrás, hacia las rutas conocidas, retrocedamos», yo le habría respondido al punto: «Es usted muy dueño de hacerlo. Pero yo continúo».

El segundo día, al oscurecer, nos encontramos al pie de una negra montaña cuyos desdentados contrafuertes se perfilaban a dos mil metros por

encima de nuestras cabezas. Era un enorme y tenebroso castillo feudal que se recortaba con increíble limpieza contra el cielo anaranjado.

Había allí un pozo con algunos árboles, los primeros que veíamos desde que nos internamos en el Hoggar.

Un grupo de hombres rodeaba el pozo. Sus camellos, sujetos, procuraban unos pastos problemáticos.

Al vernos, aquellos hombres se estrecharon aún más, inquietos y a la defensiva.

Eg-Anteuen se volvió a nosotros, diciendo:

—Son tuareg-eggalíes.

Y se encaminó hacia ellos.

Eran muy buenos mozos, en verdad, aquellos eggalíes. Nunca vi tuareg más corpulentos. Con inesperada solicitud se apartaron del pozo, cediéndonos el derecho a usar de él. Eg-Anteuen les dirigió algunas palabras. Ellos nos miraron, a Morhange y a mí, con cierta curiosidad, rayana en el miedo, o, por lo menos, respetuosa.

Con no poca extrañeza de mi parte, su jefe se rehusó a las baratijas que le ofrecí.

Hasta mi mirada parecía infundirle temor.

Cuando se hubieron alejado, declaré a Eg-Anteuen la es tupefacción que me había producido aquella reserva que nunca notara en mis relaciones anteriores con las poblaciones saharianas.

—Te han hablado con respeto y hasta con temor —le dije—; y, sin embargo, la tribu de los eggalíes es noble. Y las de los kel-tahat, a la que tú dices pertenecer, es una tribu servil.

Una sonrisa despuntó en los sombríos ojos de Eg-Anteuen.

—Así es, por cierto.

—¿Entonces?

—Es que yo les he dicho que tú y el capitán os dirigíais conmigo hacia el *Monte de los Genios*.

Y con un ademán señalaba la montaña negra.

—Les ha dado miedo. Todos los tuareg del Hoggar tienen miedo al Monte de los Genios. ¿No has visto cómo se han dado prisa en irse, en cuanto les menté su nombre?

—Pero ¿es al *Monte de los Genios* adonde nos conduces? —preguntó Morhange.

—Sí —respondió el targui—; allí están las inscripciones que te dije.

—Pero no me habías advertido de esa circunstancia.

—¿Para qué? Los tuareg temen a los *ilhinen*, los genios coronados de cuernos, que tienen rabo y cerdas en el cuerpo, dan muerte a los rebaños y sumen a los hombres en un sueño cataléptico. Pero yo sé que los *rumis*^[31] no les temen y hasta se burlan de los temores de los tuareg sobre el particular.

—Y tú —le dije—, tú que eres targui, ¿no les temes a los *ilhinen*?

Eg-Anteuen me mostró un bolsito de cuero encarnado que colgaba de un rosario de cuentas blancas que llevaba al cuello.

—Llevo conmigo mi amuleto —replicó gravemente—, bendecido por el mismísimo Sidi Mussa. Además, voy en vuestra compañía. Vosotros me habéis salvado la vida. Habéis mostrado deseos de ver las inscripciones. Cúmplase la voluntad de Alá.

Dicho esto, se sentó en el suelo, sacó su larga pipa de caña con tapa de cobre y se puso a fumar con todo sosiego.

—Empieza a parecerme muy extraño todo esto —murmuró Morhange, acercándose a mí.

—No hay que exagerar las cosas —le respondí—; usted recordará tan bien como yo el pasaje en que Barth refiere su excursión al *Idinen*, el monte de los genios de los tuareg azcher. Aquel paraje era tan afamado que ningún targui consintió en acompañarle. Y, sin embargo, volvió sano y salvo.

—Volvió, es verdad —replicó mi compañero—, pero empezó por extraviarse. Falto de agua y víveres, a poco estuvo de morir de hambre y sed, hasta el punto de que tuvo que abrirse una vena para beber de su propia sangre. Esa perspectiva no tiene nada de halagüeña.

Yo me encogí de hombros; después de todo, no tenía la culpa de que nos encontrásemos allí.

Comprendió Morhange aquel gesto y creyó deber suyo disculparse.

—Por lo demás —continuó con forzada sonrisa—, me gustaría entrar en tratos con esos genios y comprobar las informaciones de Pomponio Mela, que los vio y los sitúa efectivamente en las montañas de los tuareg. Pomponio los llama egipanes, blemyanos, ganfasantes, sátiros... «Los ganfasantes —dice— van desnudos; los blemyanos no tienen cabeza y llevan la cara en el pecho, los sátiros no tienen de hombre sino el semblante. Los egipanes son de la conformidad que comúnmente se les atribuye», sátiros egipanes... Verdaderamente, ¿no es curioso oír esos nombres griegos aplicados a los genios bárbaros de por acá? Créame que estamos sobre una pista interesante; seguro estoy de que Antinea nos ha de dar la clave de muchos descubrimientos originales.

—¡Chist! —le dije, llevándome un dedo a los labios—, escuche.

En la oscuridad de la noche que a más andar se cerraba, se oían a nuestro alrededor peregrinos ruidos. Eran como crujidos, a los que seguían quejumbres largas y desgarradoras que repercutían, hasta lo infinito, en los barrancos circundantes. Parecía como si toda la negra montaña hubiera comenzado de pronto a quejarse.

Volvimos la vista hacia Eg-Anteuen. El targui seguía fumando sin alterarse.

—Los *ilhinen* se despiertan —dijo sencillamente.

Morhange escuchaba sin decir palabra. Como yo, comprendía, sin duda: las peñas recalentadas, el crujir de la piedra, toda una serie de fenómenos físicos, el recuerdo de la cantarína estatua de Memnón... Mas no por ello dejaba de influir en nuestros nervios excitados aquel imprevisto concierto.

Acudieron a mi memoria las últimas palabras de Bu-Chema.

—*El país del miedo* —murmuré en voz baja.

Y Morhange repitió también:

—*El país del miedo*.

Al brillar en el cielo las primeras estrellas, cesó el singular concierto. Con emoción infinita vimos encenderse, una después de otra, las minúsculas llamas de azul pálido. En aquel minuto trágico, ellas nos enlazaban con los aislados, los condenados, los perdidos; nos unían a nuestros hermanos de las latitudes superiores que a aquella hora, en las ciudades donde de pronto surge la blancura de los globos eléctricos, se entregan con delirante frenesí a sus mezquinos placeres.

*Chet-Ahadh ssa hetisenet
Materechre d-Errecheaot,
Mateseksek d-Essekaot,
Matelahrlahr d-Ellerhaot,
Ettas chenen, barad íit-ennit abatet.*

Cantaba la voz lenta y gutural de Eg-Anteuen. En el silencio ya absoluto resonaban con majestad grave y triste.

Le di un golpecito en el brazo al targui. Con un movimiento de cabeza me mostró en el cielo una centelleante constelación.

—Las Pléyades —le comenté a Morhange, señalándole las siete pálidas estrellas, en tanto que Eg-Anteuen, con su voz monótona, reanudaba el lúgubre cántico:

Las hijas de la noche son siete;

*Materechre y Errecheaot,
Mateseksek y Essekaot,
Matelahrlahr y Ellerhaot,
La séptima es un muchacho que ha perdido un ojo.*

Súbito malestar se apoderó de mí. Cogí por el brazo al targui, que se disponía a salmodiar su estribillo por tercera vez.

—¿Cuándo estaremos en la gruta de las inscripciones? —le pregunté bruscamente.

Me miró y respondió, con su habitual sosiego:

—En ella estamos.

—¿Que estamos en ella? Pues, ¿a qué aguardas para enseñarnosla?

—Esperaba que me lo pidiereis —respondió con cierto retintín. Morhange se puso en pie.

—La gruta, ¿dónde está la gruta?

—Ahí está —repitió tranquilamente Eg-Anteuen, levantándose.

—Llévanos a la gruta.

—Morhange —dije yo con súbita inquietud—, la noche ha cerrado. No vamos a ver nada allí. Y es posible también que esté lejos.

—Apenas si hay hasta allá un trecho de quinientos pasos —replicó Eg-Anteuen—. En la gruta hay mucha hojarasca seca. Le prenderemos fuego y el capitán podrá ver casi como en pleno día.

—Vamos —repitió el capitán.

—¿Y los camellos? —insistí yo.

—Están sujetos, y además no tardaremos mucho —dijo Eg-Anteuen.

Había echado ya a andar en dirección a la montaña negra. Morhange, tan nervioso que daba miedo, le seguía; yo iba detrás, presa de profundo malestar. Las sienes me palpitaban. «No tengo miedo —me repetía—; juro que esto no es miedo».

No, verdaderamente, no era miedo. Y sin embargo, ¡qué vértigo! Tenía una nube ante los ojos. Me zumbaban las orejas. Oía de nuevo la voz de Eg-Anteuen, pero multiplicada, inmensa, y sin embargo, queda, muy queda:

Las hijas de la noche son siete...

Y me parecía como si las voces de la montaña le hiciesen eco y repitiesen hasta lo infinito el siniestro verso final:

La séptima es un muchacho que ha perdido un ojo.

—Aquí es —dijo el targui.

Una negra brecha se abría en el muro. Por ella penetró Eg-Anteuen, encorvándose. Nosotros le seguimos. Y las tinieblas nos envolvieron.

Una llamarada amarillenta. Eg-Anteuen había encendido yesca. Prendió fuego a un montón de hojarasca, amontonada junto al umbral. Al pronto no pudimos ver nada. Nos cegaba la lumbre.

Eg-Anteuen se había apostado junto a la entrada de la gruta. Estaba sentado y, más tranquilamente que nunca, daba largas chupadas a su pipa.

La hojarasca, al arder, despedía ahora centelleantes reflejos. Busqué con la mirada a Morhange y me pareció extraordinariamente pálido. Apoyado con ambas manos en el muro, probaba a descifrar un cúmulo de signos que yo apenas veía.

Mas creí notar que sus manos temblaban.

«Diablo, ¿si estará él tan malo como yo?», me dije, sintiendo que cada vez me costaba mayor trabajo coordinar las ideas.

Oí que gritaba con violencia, así me lo parecía al menos, a Eg-Anteuen.

—Echate a un lado. Deja entrar el aire. ¡Vaya humo!
seguía descifrando.

De pronto, le oí de nuevo, pero muy mal. Me pareció como si también a los sonidos los nublase el humo.

—Antinea... por fin... Antinea... Pero no grabado en la piedra... Signos trazados con ocre... No hace diez años, ni acaso cinco... ¡Ah!

Se cogió la cabeza con las manos y lanzó un alarido.

—Esto es una mixtificación. ¡Una mixtificación trágica!

Yo le dije, con risita burlona:

—Vamos, vamos, no se enoje usted.

Me cogió por el brazo y me zarandéó. Observé que los ojos se le desencajaban de espanto y asombro.

—¿Está usted loco? —me gritó en pleno rostro.

—No grite usted tanto —le respondí, sin dejar mi risita.

Me miró de nuevo y se sentó, rendido, en una piedra, frente a mí. Eg-Anteuen seguía fumando a la entrada de la gruta con su inalterable sosiego. En la oscuridad se veía cómo relucía la tapa roja de su pipa.

—¡Loco! ¡Loco! —repetía Morhange, que parecía tener pastosa la lengua.

De pronto se inclinó sobre la lumbre, que lanzaba sus llamaradas postreras, largas y claras. Cogió un puñado de hojas aún no consumidas del todo. Las examinó con atención y luego las arrojó al fuego, prorrumpiendo repentinamente en estridente carcajada.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Qué bueno es!

Se acercó, dando traspiés, a Eg-Anteuen, y le señaló el fuego.

—Cáñamo, ¡eh! ¡Hachís, hachís! ¡Ja! ¡Ja! ¡Qué bueno!

—¡Muy bueno! —repetí yo, riendo a carcajadas.

Eg-Anteuen asintió con discreta sonrisa. La lumbre mortecina iluminaba su velado semblante y relucía en sus siniestros ojos.

Trascurrió un segundo. De pronto, Morhange cogió al targui por un brazo.

—Yo también quiero fumar —dijo—, dame una pipa.

El fantasma, imperturbable, le entregó al capitán lo que pedía.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Una pipa europea!...

—Una pipa europea —repetí yo, cada vez más alegre.

Con una inicial M... Como hecha adrede para usted, capitán Morhange.

—Capitán Masson —rectificó plácidamente Eg-Anteuen.

—Capitán Masson —repetí yo con Morhange.

Y volvimos a nuestras risas.

—¡Ja, ja, ja! Capitán Masson... El coronel Flatters... El pozo de Garama. Lo mataron para quitarle su pipa, esta pipa. Cegheir-ben-Cheij fue quien mató al capitán Masson.

—Efectivamente, Cegheir-ben-Cheij —repitió el targui, con su imperturbable flema.

—El capitán Masson se apartó del convoy con el coronel Flatters, para ir a examinar el pozo —dijo Morhange, riendo a carcajadas.

—Y entonces les acometieron los tuareg —terminé yo, riendo con no menos gana.

—Un targui hoggar cogió por la brida el caballo del capitán Masson —dijo Morhange.

—Cegheir-ben-Cheij sujetaba el del coronel Flatters —dijo Eg-Anteuen.

—El coronel pone el pie en el estribo, y al mismo tiempo Cegheir-ben-Cheij le descarga un sablazo —digo yo.

—El capitán Masson saca su revólver y dispara sobre Cegheir-ben-Cheij, destrozándole tres dedos de la mano izquierda —dijo Morhange.

—Pero —terminó Eg-Anteuen imperturbable— Cegheir-ben-Cheij le partió la cabeza de un sablazo al capitán Masson...

Y al pronunciar esta frase prorrumpió en una risita silenciosa y satisfecha. La lumbre mortecina ilumina su rostro. Vemos el tubo de su pipa, negro y lustroso. Lo tiene cogido con la izquierda. Y en esa mano sólo hay uno, dos dedos. Hasta entonces no había yo reparado en ese pormenor.

También Morhange acaba de notarlo, porque termina diciendo, con una carcajada estridente:

—Entonces, después de partirle la cabeza le robaste y le quitaste su pipa. ¡Bravo, Cegheir-ben-Cheij!

Cegheir-ben-Cheij no responde. Mas se nota su íntima satisfacción. Sigue fumando. Distingo muy mal sus facciones. La lumbre palidece y se extingue. Nunca me reí tanto en mi vida como esa noche. Ni tampoco Morhange, estoy seguro. Hasta puede que dé al olvido el claustro. Y todo esto porque Cegheir-ben-Cheij le robó su pipa al capitán Masson... Fíese uno de las vocaciones religiosas.

Y todavía esa condenada canción:

La séptima es un muchacho que ha perdido un ojo.

Es imposible que haya nada más absurdo que este estribillo. ¡Ah!, no puede ser más chocante; estamos ahora aquí, en esta cueva, cuatro personas. Cuatro, mas ¿qué digo? Cinco, seis, siete, ocho... No se molesten ustedes, amigos. Toma, pero si ya no están... Voy a saber, por fin, cómo son los espíritus de por acá, los ganfasantes, los blemyanos... Morhange dice que los blemyanos tienen la cara en el pecho. Pues el que me coge entre sus brazos no es, seguramente, ningún blemyano... Me lleva hacia fuera. ¿Y Morhange? No olvidéis a Morhange...

Y no lo olvidan; lo veo encaramado en un camello, que marcha delante del que a mí me lleva atado. Bien han hecho en atarme a la caballería, pues de otro modo estoy seguro que me hubiera caído. Estos genios no son mala gente. Pero ¡qué camino tan largo! Tengo ganas de tumbarme y dormir. Con seguridad que nos han hecho pasar primero por un largo pasadizo y luego hemos cruzado un trecho a la intemperie. Ahora, de nuevo, atravesamos un corredor interminable, donde nos ahogamos. Ahora vuelvo a ver luceros... ¿Irá a durar mucho tiempo esta cabalgata ridícula?

Vaya, luces... Estrellas quizá... Pero no, digo bien, son luces. Y ahora una escalera, palabra, abierta en la peña, si queréis, pero una escalera. ¿Cómo podrán los camellos?... Pero no es ya un camello, sino un hombre quien me lleva a cuevas. Un hombre enteramente vestido de blanco, no un ganfasante ni un blemyano. Será de ver cómo tendrá Morhange la cabeza con sus inducciones históricas, todas falsas, lo repito, todas falsas. ¡El bueno de Morhange! ¡Con tal que su ganfasante no le deje caer por esta escalera, que no acaba nunca! Algo reluce en el techo. Sí, es una lámpara, una lámpara de cobre, como en Túnez, en casa de Barbouchy. Bueno, otra vez a oscuras. Pero

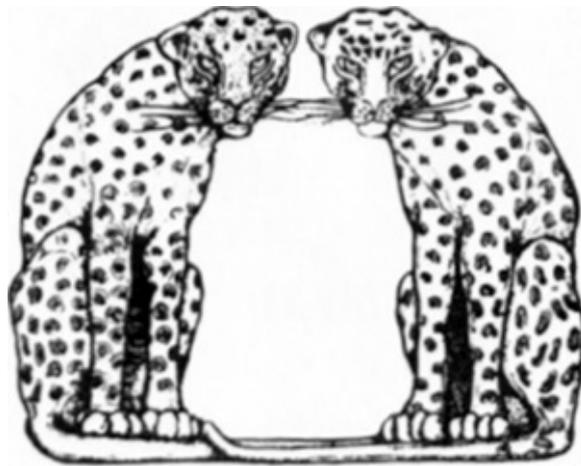
yo me burlo de las tinieblas. Ahora estoy tendido en el suelo y voy a poder dormir. ¡Qué día tan soso!... ¡Ah!, señores, os aseguro que es inútil que me atéis; no siento antojo de bajar a los bulevares.

De nuevo la oscuridad. Los pasos se alejan. Silencio.

Sólo por un momento. Hablan junto a nosotros. Pero ¿qué dicen?... No, no es posible. ¡Ese ruido metálico, esa voz! ¿Sabéis lo que grita esa voz? ¿Sabéis lo que grita, y en el tono de alguien muy acostumbrado a ello? Pues bien, grita lo siguiente:

—Hagan juego, señores; hagan juego. Hay diez mil luses de banca. Hagan juego, señores.

Pero ¿queréis decirme, por el amor de Dios, si estoy o no en el Hoggar?



CAPÍTULO VIII

EL DESPERTAR EN EL HOGGAR

ra muy entrado el día cuando abrí los ojos. Inmediatamente me acordé de Morhange. No lo vi; pero lo oí, a mi lado, lanzando pequeñas exclamaciones de estupefacción.

Lo llamé y se acercó.

—Pero ¿no le habían atado, también? —le pregunté.

—Sí —me dijo—, pero muy mal, y logré soltarme.

—Ya podía haberme desatado a mí —le dije de pésimo humor.

—No lo hice por no despertarle. Consideré que, en cuanto abriese los ojos, me llamaría. Y aquí me tiene, dispuesto a complacerle.

Me puse en pie tambaleándome.

Morhange sonrió.

—No tendríamos peor facha si nos hubiéramos pasado toda la noche fumando y bebiendo —dijo—. Ese Eg-Anteuen, con su hachís, es un bandido.

—Cegheir-ben-Cheij —rectifiqué yo.

Y me pasé la mano por la frente.

—¿Dónde estamos?

—Mi querido amigo —respondió Morhange—, desde que desperté de esta extraordinaria pesadilla que abarca desde la gruta ahumada hasta la escalera con lámparas de las mil y una noches, voy de sorpresa en sorpresa y de asombro en asombro. Mire, si no, a su alrededor.

Me restregué los ojos y miré. Cogí de la mano a mi compañero.

—Morhange —le supliqué—, dígame que seguimos soñando.

Nos hallábamos en una sala circular, de unos cincuenta pies de diámetro y casi otros tantos de altura, que recibía la luz de una inmensa balconada por donde se veía el cielo, de un azul intenso.

Por delante del balcón pasaban y volvían a pasar unas golondrinas, lanzando trinos jubilosos y agudos.

El piso, así como las paredes inclinadas y la techumbre, eran de una especie de mármol veteadado, como el pórfido, y estaban chapeados en un raro metal, más pálido que el oro y más oscuro que la plata, empañado en aquel momento por las bocanadas del aire matinal que, a raudales, entraba por el citado mirador.

Me dirigí, dando traspiés, hacia el balcón, atraído por el frescor de la brisa y por la luz, que disipa los sueños, y me asomé a la baranda.

No pude contener un grito de admiración.

Me encontraba en una suerte de mirador que dominaba el vacío y estaba tallado en la ladera misma de una montaña. Por encima de mí, el azul; por debajo, y ceñido por doquiera de picos que conformaban como un cinturón continuo e inviolable, aparecía ante mis ojos un verdadero paraíso, que se extendía unos cincuenta metros más abajo aún. Era un florido jardín. Las palmeras mecían muellemente sus grandes palmas. A sus pies lozaneaba todo ese enjambre de arbustos que medran a su sombra en los oasis: almendros, limoneros, naranjos y muchos otros más, cuya fragancia no distinguía yo en aquel momento desde tamaña altura... Un ancho riachuelo azul, nutrido por una cascada, iba a dar a un ameno lago, a cuyas aguas prestaba la altitud su maravillosa transparencia. Grandes pájaros revoloteaban circularmente en torno a aquel pozo de verdor; sobre el lago se distinguía la rosada mancha de un flamenco.

En cuanto a las montañas que, alrededor, erguían sus empinadas cumbres, estaban completamente cubiertas de nieve. El azul riachuelo, las palmas verdes, los áureos frutos y, para remate, la milagrosa nieve, todo aquello, en el aire inmaterial de puro fluido, formaba un conjunto tan puro y bello que mis mezquinas fuerzas humanas no podían resistir mucho tiempo su contemplación. Apoyé la frente en la baranda, guateada también por aquella nieve divina, y me eché a llorar como un niño.

También Morhange parecía un niño. Pero despierto mucho antes que yo, había tenido tiempo de familiarizarse con cada uno de aquellos pormenores, cuyo fantástico conjunto se me imponía.

Apoyándome una mano en un hombro, me obligó dulcemente a volver a la sala.

—Aún no ha visto nada —me dijo—. Mire, mire.

—¡Morhange! ¡Morhange!

—¿Qué quiere que le haga, querido amigo? Mire.

Acababa de notar que la extraña sala estaba amueblada, Dios me perdone, a la europea. Acá y allá se veían, es cierto, almohadones tuareg, redondos, de pintarrajeado cuero; colchas de Gafsa, alcatifas de Kairuán, cortinones de Caramani, que en aquel instante no me hubiera atrevido a descorrer. Pero un testero, entreabierto en la pared, mostraba una biblioteca atestada de libros. En las paredes campeaba toda una serie de fotografías, representando las obras maestras del arte antiguo. Había por último, allí, una mesa, que desaparecía bajo un inverosímil rimero de papeles, folletos y libros. Mi asombro no tuvo límites al reconocer entre ellos un número —reciente— de la *Revue Archéologique*.

Miré a Morhange. Él hizo lo propio y, de pronto, una risa loca, que duró un minuto largo, se apoderó de nosotros.

—No sé —pudo al fin decir Morhange— si lamentaremos algún día nuestra excursioncita al Hoggar. Pero confiese usted, por lo pronto, que, a juzgar por estos indicios, ha de ser fecunda en peripecias imprevistas. Ese extraño guía que nos narcotiza con el solo objeto de librarnos de las molestias de la vida de caravana, y nos permite conocer los arrobos tan ponderados del hachís; esa cabalgata nocturna tan fantástica, para venir a dar a esta gruta, digna de un Nureddin que hubiera recibido en la Escuela normal las lecciones del ateneísta Bersot, ¿no es todo esto más que sobrado para hacer perder el juicio al que más sentado lo tenga?

—En serio, ¿qué piensa de todo esto?

—¿Que qué pienso, amigo mío? Pues lo que usted mismo puede pensar. No comprendo nada, nada. Esto ha dado al traste con lo que usted, amablemente, llama mi erudición. ¿Y cómo podría ser de otro modo? Este trogloditismo me desorienta. Plinio habla, es verdad, de nativos que viven en cavernas, a siete jornadas al sudoeste de los países de los amantos, doce al oeste de la gran Sirte. Herodoto dice también que los garamantos cazaban en sus carros, tirados por corceles, a los etíopes trogloditas. Pero al fin y al cabo, estamos en el Hoggar, en pleno país targui, y los tuareg, al decir de los mejores autores, nunca consienten en habitar cavernas. Duveyrier no puede ser más categórico sobre este punto. Pero ¿quiere decirme qué caverna es ésta, que tiene toda la holgura de un gabinete de trabajo, con reproducciones de la *Venus* de Médicis y del *Apolo Sauroktono* en las paredes? Le digo que es para volverse loco.

Morhange, dejándose caer en un diván, rompió a reír de nuevo.

—Vea usted —le dije—: latín.

Yo había cogido unas cuartillas de encima de la mesa, que ocupaba el centro de la sala. Morhange me las quitó de las manos y las repasó con avidez. En su semblante se dibujó un asombro sin límites.

—Las sorpresas no acaban. Aquí hay alguien que se ocupa de componer, con gran lujo de textos, una disertación sobre las islas de las Gorgonas: *De Gorgonum insulis*. Medusa, según él, fue una libia salvaje que vivía en los alrededores del lago Tritón, nuestro Chott Melhrir, y allí Perseo... ¡Ah!

La voz de Morhange quedó sofocada en su garganta. En el mismo instante resonó en la inmensa sala una voz, entre bronca y atiplada:

—Tenga usted la bondad, caballero, de dejar en paz mis papeles.

Yo me volví hacia el recién llegado.

Se descorrió una de las cortinas de Caramani y dio paso a un inesperado personaje. Por muy resignados que de antemano estuviésemos a las más extrañas contingencias, aquella aparición superaba, por lo incongruente, a cuanto hubiéramos podido concebir.

En el umbral de la puerta estaba plantado un hombrecillo calvo, de cara amarilla y ahuesada, medio oculto por un par de enormes antiparras verdes y una barbilla canosa. Llevaba encima poca ropa aparente, pero sí una estupenda corbata de plastrón color cereza; y un pantalón blanco de los llamados *flottard*.

El único detalle oriental de su traje consistía en unas babuchas de cuero encarnado.

Lucía, no sin afectación, el botón de oficial de Instrucción pública.

Recogió las cuartillas que Morhange, en su estupefacción, dejara caer al suelo, las contó, las volvió a poner en orden y, tras lanzarnos una colérica mirada, agitó una campanilla de cobre.

Se volvió a descorrer la cortina, dando paso a un gigantesco targui blanco. Me pareció reconocer en él a uno de los genios de la caverna^[32].

—Ferrachi —preguntó iracundo el oficial de Instrucción pública—. ¿Por qué me han traído a estos señores a la biblioteca?

El targui hizo una reverencia.

—Cegheir-ben-Cheij volvió más pronto de lo calculado, sidi —respondió—, y los embalsamadores no habían terminado anoche todavía su tarea. Los trajeron aquí entre tanto —terminó señalándonos.

—Está bien, puedes retirarte —replicó con rabia el hombrecillo.

Ferrachi retrocedió hacia la puerta sin volver la espalda. En el umbral se detuvo y dijo:

—Debo recordarte, sidi, que la mesa está servida.

—Está bien, vete.

Y el hombre de las gafas verdes, sentándose a su escritorio, comenzó a revolver febrilmente sus papeles.

No sé por qué, en ese instante, se apoderó de mí una loca desesperación. Me dirigí a él.

—Caballero —le dije—, ni mi compañero ni yo sabemos dónde estamos ni quién es usted. Sólo vemos que es francés, ya que lleva una distinción de las más estilladas en nuestro país. Usted habrá podido hacer, respecto a nosotros, la misma deducción —añadí, señalándole la cintita encarnada que llevaba en mi americana blanca.

Me miró con despectivo asombro.

—¿Y a qué viene todo eso, caballero?

—Pues a esto que voy a decirle. El negro que acaba de salir ha pronunciado un nombre, el de Cegheir-ben-Cheij, un bandido, un facineroso, uno de los asesinos del coronel Flatters. ¿Conocía usted esa circunstancia, caballero?

El hombrecillo me miró con frialdad y se encogió de hombros.

—Tiene usted razón. Pero ¿qué quiere que le haga?

—¡Cómo! —grité fuera de mí—. Pero entonces, ¿quién es usted?

—Caballero —dijo el viejecillo con cómica dignidad, volviéndose hacia Morhange—. Tomo a usted por testigo de los extraños modales de su compañero. Estoy en mi casa y no admito...

—Debe usted disculparle —le dijo Morhange adelantándose—, no es hombre de letras como usted. Un teniente joven siempre tiene, ya lo sabe, la sangre hirviendo. Y además, ha de reconocer que tanto uno como otro tenemos algunos motivos para no conservar todo el sosiego apetecible.

Lleno de ira, iba yo a desmentir las palabras tan humildes de Morhange cuando, con una mirada, me convencí de que la ironía ocupaba en su rostro tanto lugar, cuando menos, como el asombro.

—Ya sé que la mayor parte de los oficiales son unos brutos —refunfuñó el vejete—; pero eso no es razón...

—Yo tampoco soy más que un simple oficial, caballero —añadió Morhange, cada vez más humilde—; y si alguna vez he lamentado la inferioridad intelectual inherente a mi estado, le juro que ha sido hace un momento, cuando repasaba, indiscreción que le pido me perdone, las doctas páginas que usted dedica a la apasionante historia de la Gorgona, según Procles de Cartago, citado por Pausanias.

Un ridículo asombro dilató las facciones del vejete. Se limpió las gafas con premura.

—¿Cómo? —exclamó al fin.

—Es muy sensible, a este respecto —continuó Morhange imperturbable—, que no poseamos el curioso tratado consagrado a la candente cuestión en que entendemos, por ese Estacio Seboso, que sólo conocemos por Plinio y que...

—Pero ¿conoce usted a Estacio Seboso?

—Y que mi maestro, el geógrafo Berlioux...

—¡Pero ha conocido usted a Berlioux! ¡Ha sido discípulo suyo! — balbució, desolado, el hombrecillo de las palmas.

—He tenido ese honor —respondió Morhange, ahora muy frío.

—Pero entonces...; pero, caballero, entonces, ¿ha oído hablar, está al corriente de la cuestión, del problema de la Atlántida?

—Efectivamente, no ignoro los trabajos de Lagneau, Ploix, Arbois de Jubainville —dijo Morhange con tono glacial.

—¡Ah, Dios mío! —y el hombrecito parecía sumamente agitado—; caballero, capitán, qué dicha, dispénsame usted...

Se descorrió la cortina y volvió a presentarse Ferrachi.

—Sidi, te mandan a decir que, si no vas, empezarán sin ti.

—Allá voy, Ferrachi, di que ya vamos. ¡Ah, caballero, si hubiese podido imaginarme!... ¡Pero es tan extraordinario eso de que un oficial conozca a Procles y a Arbois de Jubainville! De nuevo le pido me perdone... Pero, permítame que me presente: Etienne Le Mesge, adjunto de universidad.

—Capitán Morhange —dijo mi compañero.

Yo me adelanté luego.

—Teniente De Saint-Avit. Es muy cierto, señor, que soy capaz de confundir a Arbois de Cartago con Procles de Jubainville. Más adelante haré lo posible por colmar estas lagunas. Por el momento, sólo desearía saber dónde estamos mi compañero y yo, si somos libres o si algún poder oculto nos retiene. Usted parece estar lo bastante enterado de las interioridades de esta casa para poder informarme respecto a este punto, que tengo la flaqueza de considerar como capital.

Le Mesge me miró y sonrió con bastante desdén. Iba a abrir la boca...

Pero en aquel instante resonó un timbre impaciente.

—Dentro de un instante os lo explicaré todo; señores...; pero, por el momento, ya lo veis, hay que darse prisa. Es la hora del almuerzo y nuestros comensales se cansan de aguardar.

—¿Nuestros comensales?

—Son dos —explicó Le Mesge—; los tres constituimos el personal europeo de la casa, el personal fijo —creyó deber suyo añadir, con su misteriosa sonrisa—. Dos individuos bastante raros, con los que, sin duda, preferiréis tener el menos trato posible. Uno es un hombre de iglesia, espíritu estrecho, aunque protestante. El otro, un hombre de mundo, descarriado y loco.

—Permítame —le pregunté—; sería a él a quien oí la pasada noche. Estaba en vías de tallar una banca, con usted y el pastor, sin duda.

Le Mesge hizo un gesto de dignidad ofendida.

—¡Cómo ha podido usted pensarlo, caballero! ¡Conmigo! Con quienes juega es con los tuareg. Les ha enseñado todos los juegos imaginables. Oiga, él es quien toca tan furiosamente el timbre, para que nos demos prisa. Son las nueve y media y la sala del treinta y cuarenta se abre a las diez. Avivemos el paso. Creo que no les vendrá mal a ustedes algún alimento.

—Efectivamente, no es para desairarlo —respondió Morhange.

Atravesamos, precedidos por Le Mesge, un largo y sinuoso pasillo. Todo aquel trecho estaba a oscuras. Pero, de cuando en cuando, en pequeños nichos tallados en la peña viva, brillaban lamparitas rosadas y ardían pebeteros. Los turbadores perfumes orientales embalsamaban la sombra y establecían un dulce contraste con el cierzo de los picos nevados.

De cuando en cuando, se cruzaba con nosotros un targui blanco, fantasma mudo e impasible, y sentíamos amortiguarse a nuestra espalda el chasquido de sus babuchas.

Le Mesge se detuvo delante de una pesada puerta chapeada del mismo metal pálido que las paredes de la biblioteca, y después de abrirla se hizo a un lado para que pasásemos.

Por más que el comedor en que acabábamos de entrar tuviese muy poca analogía con un comedor europeo, muchos podrían envidiarle su holgura. Como la biblioteca, recibía la luz de una gran balconada. Pero pude observar que ésta daba al exterior, mientras que la de la biblioteca tenía vistas al jardín situado en el interior de la corona montañosa.

Nada de mesa central ni de esos bárbaros muebles que llamamos sillas. Sino una infinidad de credencias de madera dorada, así como venecianas, pilas de alfombras, de colores lejanos y apagados, y almohadones tuareg o tunecinos. En el centro se extendía una inmensa esterilla donde, en cestillos de fina urdimbre, entre jarros de plata y fuentes de cobre llenos de agua de olor, había dispuesta una colación cuya sola vista nos confortó puerilmente.

Le Mesge, adelantándose, nos presentó a los dos comensales que ya se habían sentado en la esterilla.

—Señor Spardek —dijo, y yo comprendí cuán por encima de los vanos títulos humanos se situaba nuestro introductor con esa sencilla frase.

El reverendo Spardek, de Manchester, nos regaló un mesurado saludo y nos pidió permiso para no quitarse la chistera de anchas alas que tenía puesta. Era un hombre seco y frío, largo y flaco. Comía enormemente y con melancólica expresión.

—Bielowsky —dijo Le Mesge, presentándonos al otro comensal.

—Conde Casimir Bielowsky, hetman de Jitomir —rectificó él con perfecta discreción, a tiempo que se levantaba para estrecharnos la mano.

No pude menos de sentir desde el primer momento cierta simpatía por el hetman de Jitomir, que encarnaba el tipo consumado del viejo verde. Llevaba cabellos, color chocolate, partidos por una raya —más tarde supe que el hetman se teñía el pelo con una decocción de alheña. Gastaba espléndidas patillas, a lo Francisco José, también color chocolate. Tenía la nariz algo colorada, si he de decir verdad, mas, sin embargo, fina y aristocrática. Sus manos eran un prodigio. Tardé algún tiempo en calcular la fecha de la moda a que se remontaba el frac del conde. Un frac verde botella, con vivos amarillos, sobre el cual lucía una gigantesca venera de plata esmaltada de azul. El recuerdo de un retrato del duque de Morny hizo que me decidiera por mil ochocientos sesenta a mil ochocientos setenta y dos. El relato que sigue demostrará que no me había engañado.

El conde me hizo sentar a su lado. Una de sus primeras preguntas fue la de si yo jugaba a cinco.

—Eso depende de la inspiración —le respondí.

—Muy bien dicho. Yo no juego desde mil ochocientos sesenta y seis. Un juramento. Un pecadillo. Un día, en casa de Walewsky, se armó una partida infernal. Pongo a cinco. Y, naturalmente, me quedo corto. El otro tenía cuatro.

—¡Idiota! —me grita el baroncito de Chaux-Giseux, que apuntaba a mi paño sumas vertiginosas—. ¡Cataplún! ¡Le tiro una botella de champán a la cabeza! Se agacha y acaba dándole al mariscal Vaillant. ¡Telón! La cosa pudo arreglarse porque ambos éramos francmasones. El emperador me hizo jurar que nunca pondría a cinco. He cumplido mi promesa. Pero hay momentos en que me resulta muy duro.

Añadió con voz saturada de melancolía:

—Un poco de este Hoggar. Es un vinillo excelente de la tierra. Soy yo, teniente, quien ha enseñado a estos tíos el uso del mosto. El vino de palma, muy apreciable cuando ha fermentado lo que es debido, resulta, a la larga, insípido.

Era un vinillo de fuerza aquel Hoggar mil ochocientos ochenta. Lo paladeábamos en grandes boles de plata. Era fresco como un vino del Rin y seco cual el del Ermitage. Y luego, recordando los vinos quemados de Portugal, adquiriría de pronto un sabor azucarado, frutal; te digo que era un vino admirable.

Y por cierto que rociaba un muy ameno almuerzo. Pocos platos de carne, en verdad; pero todos notablemente cargados de especias. Muchos pasteles, pastas rellenas de miel, buñuelos aromatizados, moldes de leche cuajada y dátiles. Y, sobre todo, en grandes fuentes de plata sobredorada o en cestillos de mimbre, fruta, mucha fruta, higos, dátiles, alfóncigos, azufaifas, granadas, albaricoques, racimos enormes, sandías caladas, de carne húmeda y encarnada, con la pepita negra.

Acababa apenas de saborear uno de estos hermosos frutos helados cuando Le Mesge se levantó.

—Señores, tened la bondad —dijo, dirigiéndose a Morhange y a mí.

—Quitaos de encima en cuanto podáis a ese viejo charlatán —me insinuó al oído el hetman de Jitomir—; la partida de treinta y cuarenta va a empezar. Ya veréis, ya veréis. Se juega aquí más fuerte que en casa de Cora Pearl.

—Señores —repitió con sequedad Le Mesge.

Le seguimos. Cuando estuvimos de nuevo los tres en la biblioteca:

—Caballero —me dijo encarándose conmigo—, hace un momento me preguntaba qué poder oculto le retenía aquí. Nunca hubiera hecho caso de sus conminatorias palabras de no hallarse aquí su amigo, cuya ciencia le capacita para apreciar mejor que usted el valor de las revelaciones que voy a haceros.

Al decir esto, presionó un resorte oculto en la pared. Al punto quedó de manifiesto un armario repleto de libros. Le Mesge cogió uno; luego continuó:

—Os halláis bajo el dominio de una mujer. Esa mujer, reina, sultana y soberana absoluta del Hoggar, se llama Antinea. No se asombre usted, señor Morhange, que acabará por comprenderlo.

Abrió el libro y leyó este párrafo:

«Debo advertiros en primer lugar, antes de entrar en materia, que no os asombréis de oírme llamar a unos bárbaros con nombres griegos».

—¿Qué libro es ese? —balbució Morhange, cuya palidez, en aquel momento, me alarmó.

—Este libro —respondió lentamente Le Mesge, ponderando sus palabras con una extraordinaria impresión de triunfo— es el más grande, bello y hermético de los diálogos de Platón: el *Critias* o *La Atlántida*.

—¿El *Critias*? ¡Pero si está incompleto! —murmuró Morhange.

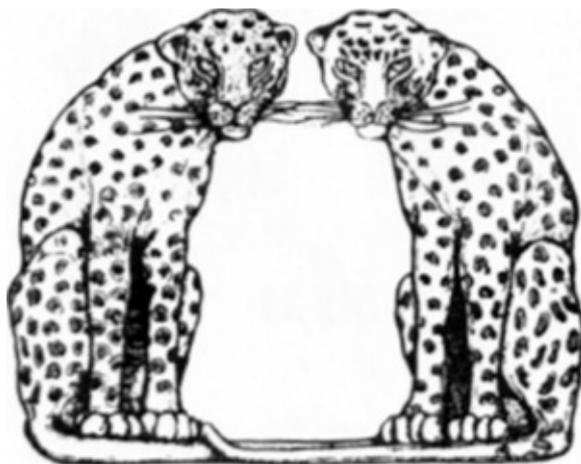
—Está incompleto en Francia, en Europa, en todas partes —dijo Le Mesge—; pero aquí está completo. Vea el ejemplar que le ofrezco.

—Pero ¿qué relación, qué nexos —repetía Morhange, mientras repasaba ávidamente el manuscrito— puede haber entre este diálogo completo, sí, según parece, con esa mujer, con Antinea? ¿Por qué está en su poder?

—Porque —respondió imperturbablemente el hombrecillo—, porque este libro es de esa mujer, y constituye su título de nobleza, su Gotha, en cierto sentido, ¿comprende usted? Porque confirma su prodigiosa genealogía; porque ella es...

—¿Porque ella es? —repitió Morhange.

—La nieta de Neptuno, la última descendiente de los Atlantes.



CAPÍTULO IX

LA ATLÁNTIDA

e Mesge miró a Morhange con expresión de triunfo. Era evidente que sólo se dirigía a él, que sólo a él consideraba digno de sus confidencias.

—Muchos son, caballero —dijo— los oficiales franceses o extranjeros traídos aquí por capricho de nuestra soberana Antinea. Usted es el primero a quien concedo el honor de mis revelaciones. Pero ha sido alumno de Berlioux, y yo estoy tan obligado a la memoria de ese gran hombre que creo rendirle un homenaje al comunicar a uno de sus discípulos los resultados singulares, sí, señor, no tengo reparo en decirlo, de mis investigaciones personales.

Tocó el timbre y acudió Ferrachi.

—El café para estos señores —ordenó Le Mesge.

Luego nos ofreció una cajita, pintarrajeada con vivos colores, llena de cigarrillos egipcios.

—Yo no fumo —nos explicó—; pero algunas veces viene por aquí Antinea. Estos cigarrillos son suyos. Serviros, señores.

Siempre tuve aversión a este tabaco rubio, que permite que cualquier oficial de barbero de la calle de la Michodière se haga la ilusión de que saborea los deleites orientales. Pero, a decir verdad, no dejaban de tener su aliciente aquellos cigarrillos almizclados, y hacía ya mucho tiempo que se me habían acabado los míos.

—Aquí tiene la colección de *La Vie Parisienne*, caballero —me dijo Le Mesge—; puede usted entretenerse hojeándola, si le parece, mientras hablo con su amigo.

—Caballero —respondí con bastante desparpajo—, es verdad que no he sido discípulo de Berlioux. Mas, a pesar de todo, me permitirá escuchar su conversación; no desespero por completo de encontrarla interesante.

—Haga usted lo que guste —dijo el vejete.

Nos acomodamos con toda holgura. Le Mesge se sentó ante el escritorio; se estiró las mangas y empezó en estos términos:

—Por muy partidario que sea, señor mío, de una completa objetividad en materia de erudición, no es posible prescindir en absoluto de mi historia al referir la de la última descendiente de Clito y de Neptuno. Esto es para mí, a la vez, motivo de pesar y punto de honra.

Yo soy hijo de mis obras. Desde niño me impresionó el prodigioso impulso que el siglo diecinueve dio a las ciencias históricas. Acerté en mi camino y lo he seguido contra viento y marea.

Contra viento y marea, digo, y digo bien. Sin más recursos que los debidos a mi trabajo y mi talento, logré plaza de adjunto de historia y geografía en el curso de mil ochocientos ochenta. Brillante concurso, por cierto. De los trece admitidos, algunos luego fueron ilustres: Jullian, Bourgeois, Auerbach... No quiero mal a mis colegas encumbrados hoy en la cúspide de los honores oficiales; leo con conmiseración sus trabajos, y los lamentables errores a que les condena la falta de documentación me compensarían con creces de mis contratiempos universitarios e incluso me colmarían de irónico gozo si, desde hace mucho, no me hallase ya por encima de esas satisfacciones del amor propio.

Siendo profesor en el liceo Du Parc, en Lyon, tuve ocasión de conocer a Berlioux y seguí con pasión sus trabajos sobre historia de África. Por aquella época concebí, ya, la idea de una tesis para el doctorado, bastante original. Debería establecer un parangón entre la heroína berberisca del siglo VIII que luchó contra el invasor árabe, Kahena^[33], y la francesa que luchó contra el inglés, Juana de Arco. En consecuencia, propuse a la facultad de letras de París este tema de tesis: *Juana de Arco y los tuareg*. Este sencillo enunciado suscitó en el mundo investigador un tole tole general, una necia carcajada. Algunos amigos me advirtieron discretamente de ello; mas no les hice caso. Sin embargo, tuve que rendirme a la evidencia el día en que, habiéndome llamado el rector, después de preguntarme por mi salud con un interés que me chocó, me insinuó finalmente si no me agradaría tomarme una licencia de dos años, a mitad de sueldo. Rehusé la oferta con indignación. El rector no insistió; pero quince días después fui trasladado, por decreto ministerial y sin más rodeos, a uno de los liceos franceses de menos categoría y más extraviados, en Mont-de-Marsan.

Comprenderá usted cuánta razón tenía para considerarme ofendido y disculpará las distracciones a que me entregué en aquella excéntrica

provincia. Pero ¿qué hacer en las Landas, sino comer y beber? A ambas cosas me consagré con entusiasmo. Invertía el sueldo en fuagrás, becasas y vinos de arena. El resultado no se hizo esperar; en menos de un año mis articulaciones crujían como los cubos, demasiado dados de aceite, de las ruedas de una bicicleta que ha hecho una larga carrera en una pista llena de polvo. Un ataque de gota bastante regular me postró, baldado, en el lecho. Suerte que, en aquella bendita región, junto al mal está el remedio. Así que, llegadas las vacaciones, puse rumbo a Dax con el propósito de disolver aquellos molestos cristalillos.

Alquilé un cuarto a orillas del Adour, con vistas al paseo de Baignots. Una buena mujer me arreglaba el cuarto. Asistía también a un señor de edad, juez de instrucción retirado y presidente de la Sociedad Roger-Ducos, turbio círculo científico en el que algunos investigadores provincianos se aplicaban con una incompetencia prodigiosa al estudio de las más heteróclitas cuestiones. Cierta tarde en que, a causa de la lluvia, me había quedado en casa, la buena mujer se puso a lustrar con frenesí el pestillo de cobre de mi puerta. Empleaba para esto una pasta llamada trípoli, que extendía en un papel con el que luego frotaba a más y mejor... Hubo de chocarme el aspecto singular de aquel papel. Fijé en él la vista detenidamente. —¡Gran Dios! ¿Dónde se ha hecho usted con ese papel?— Ella se azoró.

—En casa de mi amo, donde hay montones así. Este trozo lo he cogido de un cuaderno. —Pues aquí tiene usted diez francos; vaya y tráigame al punto ese cuaderno.

Un cuarto de hora más tarde estaba de vuelta con él. ¡Felicidad! Sólo le faltaba una página, la que había servido a la fórmula para dar lustre a la puerta. ¿Y sabe lo que era aquel manuscrito, aquel cuaderno? Pues sencillamente el *Viaje a la Atlántida*, del mitógrafo Dionisio de Mileto, citado por Diodoro, y de cuya pérdida estaba yo harto de oír lamentarse a Berlioux^[34].

Aquel inestimable documento contenía numerosas citas del *Critias*. Reproducía lo esencial del famoso diálogo, cuyo ejemplar único en el mundo acaba usted de tener en sus manos. Establecía además, de modo indiscutible, la posición de la fortaleza de los Atlantes, y demostraba que dicho paraje, negado por la ciencia actual, no se sumergió en las olas, según creen los pocos pacatos defensores de la hipótesis Atlántida. El autor le llamaba «macizo central maciciano». Ya sabe usted que hoy no cabe la menor duda acerca de la identidad de los *mazykos* de Herodoto con las poblaciones del Imoschaosh, los tuareg. Pues bien; el manuscrito de Dionisio identifica

resueltamente a los mazycos de la historia con los Atlantes de la supuesta leyenda.

Dionisio venía a enseñarme, pues, que la parte central de la Atlántida, cuna y residencia de la dinastía neptuniana, no sólo no se sumergió en la catástrofe narrada por Platón, que hubo de engullirse al resto de la isla Atlántida, sino también que dicha parte correspondía al Hoggar targui, y que en este Hoggar, por lo menos en su tiempo, seguía reinando la noble dinastía neptuniana.

Los historiadores de la Atlántida calculan que el cataclismo que destruyó, en todo o en parte, la famosa isla, ocurrió nueve mil años antes de la era cristiana. Puesto que Dionisio de Mileto, que escribía hará poco más de dos mil años, creía que en su tiempo la dinastía oriunda de Neptuno aún dictaba sus leyes, no tardé en hacerme el siguiente razonamiento, que encontrará usted naturalísimo: lo que ha subsistido durante nueve mil años, bien puede sostenerse dos mil más. Desde aquel punto y hora, ya no pensé en otra cosa sino en trabar relación con los descendientes posibles de los atlantes; y si, como tenía sobrada razón para creerlo, se hallaban en decadencia e ignoraban su antiguo esplendor, procuraría revelarles su ilustre prosapia.

Comprenderá usted, igualmente, que no comunicara mis intenciones a mis superiores universitarios. Atendida la predisposición comprobada que contra mí tenían, solicitar su ayuda y hasta su autorización para tal empresa habría supuesto arriesgar gratuitamente mi posición. Retiré mis ahorrillos y embarqué rumbo a Orán, sin decir oste ni moste. El 1 de octubre llegué a In-Salah. Muellemente tumbado a la sombra de una palmera, en el oasis, experimentaba infinito placer al pensar que, a aquella misma hora, el director de Mont-de-Marsan, fuera de sí, reprimiendo a duras penas veinte horribles tacos, aullando de rabia a la puerta de un aula desierta, lanzaba telegramas a diestro y siniestro, en procura de su profesor de historia.

Le Mesge hizo una pausa y nos miró con ojos de satisfacción.

Confieso que falté entonces a los requisitos de la dignidad, y di al olvido la continua pedantería con que el vejete hacía ostentación de no dirigirse sino a Morhange mientras hablaba.

—Dispéñeme usted, caballero, si su relato me interesa más de lo que esperaba. Pero supondrá que me faltan muchos elementos para comprenderle. Ha hablado usted de la dinastía neptuniana. ¿Qué dinastía es ésa, de la que, en su opinión, desciende Antinea? ¿Y qué papel desempeña en la historia de la Atlántida?

Le Mesge sonrió con benevolencia haciendo un guiño a Morhange, el cual escuchaba sin pestañear ni enunciar palabra, con la barbilla apoyada en la palma de la mano.

—Platón le contestará en mi lugar, caballero —dijo el profesor.

Y añadió con inenarrable expresión de lástima:

—¿Es posible que no haya leído el principio del *Critias*?

Cogió de la mesa el manuscrito cuya vista tanta impresión había causado a Morhange; se caló las gafas y comenzó a leer. Habríase dicho que la magia del verbo platónico trasfiguraba a aquel viejecillo grotesco.

«Habiendo echado a suertes las diferentes partes de la tierra, les correspondió a los dioses, a unos una región mayor y, a otros, una más pequeña... Por lo cual Neptuno, a quien tocó en suerte la isla Atlántida, depositó los hijos que engendrara de una mortal en una parte de esa isla. Era aquello una llanura situada en medio de la isla, no lejos del mar, según dicen, la más hermosa y feraz de las llanuras. A unos cincuenta estadios de aquel llano, en medio de la isla, se alzaba una montaña. Habitaba en ella uno de esos hombres que, en el origen de las cosas, nacieron de la tierra: Evenor, con su mujer Leucippo. Ambos tuvieron una hija única, Clito. Sus padres murieron dejándola núbil y Neptuno se enamoró de ella y la hizo su esposa. Neptuno fortificó la montaña en que vivía, aislándola por entero. Edificó murallas de mar y de tierra, salteadas, unas más pequeñas y otras más grandes, dos de tierra y tres de mar, y las redondeó en el centro de la isla, para que todas sus partes se encontrasen a igual distancia...».

Le Mesge interrumpió su lectura.

—¿No le recuerda nada esa disposición? —interrogó.

Miré a Morhange y lo hallé sumido en profundísimas cavilaciones.

—Pero ¿no le recuerda nada? —insistió la voz incisiva del profesor.

—Morhange, Morhange —balbucí yo—. Acuérdense de nuestra caminata de ayer, del rapto, de los pasillos que nos hicieron atravesar, antes de llegar a esta montaña... «Murallas de tierra y de mar»... Dos pasillos, dos murallas de tierra...

—¡Vaya, vaya! —exclamó Le Mesge.

Me miró sonriendo. Comprendí que su sonrisa significaba: «¿Será menos bruto de lo que creía?».

Como haciendo un gran esfuerzo, habló al fin Morhange.

—Ya caigo, ya caigo... Las tres murallas de mar... Pero entonces, caballero, en su explicación, que me parece bastante ingeniosa, da usted por cierta la hipótesis del mar del Sahara.

—La doy por exacta y lo demuestro —respondió el iracundo viejecillo, descargando un puñetazo en la mesa—. Ya sé cuanto Schirmer y comparsa han dicho en contra. Mejor que usted lo sé. Yo lo sé todo, caballero. Tengo a su disposición todas las pruebas. Pero, por de pronto, esta noche, en la cena, me dirá si los pescados, cogidos en el lago que desde esta ventana se ve, le saben a unos de agua dulce.

—¿Comprende ahora —continuó más tranquilo— el error en que incurrieron quienes, creyendo en la Atlántida, se han dedicado a explicar el cataclismo que, según ellos, destruyó la maravillosa isla por entero? Todos creyeron que la isla se sumergió. Pero, en realidad, no hubo tal inmersión, sino todo lo contrario, una «emersión». Tierras nuevas emergieron de las olas atlánticas. El desierto reemplazó al mar. Las *sebjas* o salinas, los lagos Tritones, las arenosas Sirtes son otros tantos desolados vestigios de las inquietas olas que antaño surcaron las flotas que partieron a la conquista del Atica. La arena devora una civilización mucho mejor que el agua. Hoy día, tan sólo este macizo calcinado queda de la hermosa isla que el mar y los vientos hacían lozana y próspera. De todo aquello sólo perdura, en esta peñascosa cuneta, para siempre aislada del mundo de los vivos, el maravilloso oasis que tiene usted a sus pies, esos bermejos frutos, esa cascada y ese lago azul, testimonios sagrados de la desvanecida edad de oro. Al llegar aquí, anoche, traspusisteis las cinco murallas: las tres marinas, enjutas para siempre, y las dos de tierra horadadas por un corredor que atravesasteis a lomo de camello y por el que en otro tiempo bogaban los trirremes. En esa inmensa catástrofe sólo se conservó semejante a lo que entonces era, en su antiguo esplendor, esta montaña, aquélla en que Neptuno recluyó a su bien amada Clito, hija de Evenor y Leucippo, madre de Atlas, abuela milenaria de Antinea, la soberana a cuyo dominio ya por siempre estaréis sujetos.

—Caballero —dijo Morhange con la más exquisita cortesía—, no habría de parecer sino muy natural que quisiéramos saber las razones y objetivos de esta sujeción. Pero para que vea usted hasta qué punto me interesan sus revelaciones, aplazo para más tarde este punto de orden privado. Los pasados días descubrí en dos cavernas una inscripción tifinar del nombre de Antinea. Mi compañero es testigo de que el mismo me sonó a griego. Ahora comprendo, gracias a usted y al divino Platón, que no debo asombrarme de oír mentar a una bárbara con un nombre griego. Mas no por esto acaban mis perplejidades sobre la etimología de este vocablo. ¿Podría instruirme acerca de este punto?

—Señor mío —respondió Le Mesge—, lo haré, y con sumo gusto. No es usted el primero que me efectúa tal pregunta. La mayor parte de los exploradores que desde hace diez años veo entrar aquí, llegaron atraídos por el misterio de ese vocablo griego, reproducido en tifinar. Tengo confeccionado un catálogo bastante exacto de esas descripciones y de las cavernas en donde se encuentran. Todas, o casi todas, van acompañadas de una fórmula: *Antinea. Aquí empieza su dominio*. Yo mismo he ordenado pintar de ocre algunas que se iban borrando. Pero, volviendo a lo que le decía al principio, ninguno de los europeos que aquí llegaron atraídos por ese epigráfico misterio volvió a preocuparse de su etimología, no bien se encontraron en el palacio de Antinea. Todos tuvieron al punto otro caballo de batalla. Y a propósito de esto, tendría mucho que decirle acerca de la escasa importancia real que incluso los sabios conceden a las preocupaciones puramente científicas, y cómo la sacrifican al punto para atender a más rastreros cuidados, como el de su vida, por ejemplo.

—Otra vez hablaremos de eso, si lo quiere así —dijo Morhange, siempre de una cortesía asombrosa.

—Esa digresión, señor mío, sólo tenía un objetivo: demostrarle que no le incluyo en el número de esos sabios indignos. Usted, en efecto, se preocupa por conocer la etimología del nombre de Antinea, y esto antes de saber qué clase de mujer es la que lo lleva o los motivos por los que usted y el señor son sus prisioneros.

Miré fijamente al vejete. Pero hablaba con absoluta seriedad.

«Más te vale que sea así —pensé—; de otro modo, ya te habría arrojado por la ventana para que hicieras ironías con toda holgura. La ley de la caída de los cuerpos no habría de sufrir modificaciones en el Hoggar».

—Caballero —continuó imperturbable, pese a mis miradas, Le Mesge, dirigiéndose a Morhange—. Usted, sin duda, formularía algunas hipótesis etimológicas al echarse a la vista por primera vez el nombre de Antinea. ¿Tendría inconveniente en exponérmelas?

—Ninguno, por cierto —dijo Morhange.

Y, muy tranquilamente, numeró las etimologías ya mencionadas.

El hombrecillo del plastrón color cereza se restregaba las manos.

—Muy bien —aprobó, con acento de inmenso júbilo—, excesivamente bien, por lo menos para lo poco de griego que usted sabrá. Pero todo eso es falso y requetefalso.

—Precisamente porque me lo figuro es por lo que le interrogo —dijo cortésmente Morhange.

—No quiero hacerle penar más —dijo Le Mesge—. La palabra Antinea se descompone de este modo: *ti* no es otra cosa que una interpolación bárbara en este nombre esencialmente griego. *Ti* es el artículo femenino en berberisco. Tenemos muchos ejemplos de esa amalgama. Vea si no el nombre de Tipasa, ciudad del norte de Africa. Significa «la íntegra», de *ti* y *nav*. Igualmente, *tinea* significa «la nueva», de *ti* y *vea*.

—¿Y el prefijo *an*? —interrogó Morhange.

—¿Es posible, señor mío —replicó Le Mesge—, que me haya yo tomado el trabajo, por más de una hora, de hablarle del *Critias* para obtener tan poco fruto? Es cierto que el prefijo *an* no significa nada de por sí. Pero cuando le diga que hay en esto un curiosísimo caso de apócope, comprenderá usted que algo significa. Porque no se ha de leer *an*, sino *atl*. Pero, por efecto de la apócope, se ha suprimido *atl* y sólo ha quedado *an*. En resumen: que Antinea se descompone de este modo: *Ti-vea-atl-av*, y de esta demostración se desprende, resplandeciente, su significado: «la nueva Atlante».

Miré a Morhange. Daba muestras de indecible asombro. El prefijo berberisco *ti* lo había literalmente fascinado.

—¿Ha tenido ocasión de comprobar esta ingeniosísima etimología? —pudo decir al cabo.

—No tiene sino que echar un vistazo a estos libros —fue la respuesta, desdeñosa.

Y abrió, uno detrás de otro, cinco, diez, veinte librotos. En un momento apiló ante nosotros una prodigiosa biblioteca.

—Todo, todo, todo; de todo hay aquí —murmuró Morhange con raro acento de pasmo y de terror.

—Cuando menos, de todo lo que merece la pena ser consultado —dijo Le Mesge—. Todas las grandes obras cuya pérdida deplora hoy el mundo que se llama sabio.

—¿Y cómo se encuentran aquí?

—Señor mío, ¿usted me desconcierta con esas preguntas, cuando le creía al corriente de ciertas cosas! ¿Olvida el pasaje en que Plinio el Viejo habla de la biblioteca de Cartago y de los tesoros que encerraba? En 146, cuando dicha ciudad sucumbió a los embates del bellaco de Escipión, esa inverosímil comparsa de ignorantes llamada Senado romano mostró total desdén hacia tales riquezas, y se las regaló a los reyes nativos. Así, el maravilloso patrimonio fue a parar a manos de Mastanabal, que, a su muerte, se lo legó a sus hijos y nietos, Hiempsal, Juba I, Juba II, el marido de la admirable Cleopatra Selene, hija de la famosa Cleopatra y de Marco Antonio. Cleopatra

Selene tuvo una hija que casó con un rey atlante. De manera que Antinea, hija de Neptuno, cuenta en el número de sus abuelos a la inmortal reina de Egipto. Y por ser ella su heredera legítima podéis ver aquí los vestigios de la biblioteca de Cartago, enriquecida con los despojos de la biblioteca de Alejandría.

La ciencia huye del hombre. Mientras éste creaba esas monstruosas Babeles seudocientíficas de Berlín, Londres y París, la ciencia se retrajo a este desierto rincón del Hoggar. Ya pueden efectuar allá las hipótesis que deseen, fundándose en la pérdida de las obras misteriosas de la antigüedad; tales obras no se han perdido. Están aquí. Aquí, los libros hebreos, caldeos y asirios. Aquí, las grandes tradiciones egipcias, en que se inspiraron Solón, Herodoto y Platón. Aquí, los mitógrafos griegos, los magos del Africa romana, los soñadores indios; en una palabra, todos los tesoros cuya ausencia convierte en ridiculas las disertaciones contemporáneas. Créame que el modesto profesorcillo a quien tomaron por loco, y al que hicieron la cruz, está bien vengado. He vivido, vivo y viviré en medio de una carcajada perpetua ante su erudición falsa y mutilada. Y cuando haya muerto, el error continuará reinando como dueño absoluto sobre sus lamentables escritos, gracias a las celosas precauciones adoptadas por Neptuno para aislar del resto del mundo a su Clito bien amada.

—Caballero —dijo Morhange con grave acento—, acaba usted de afirmar el influjo de Egipto sobre la civilización de estos nativos. Por razones que acaso un día tenga ocasión de explicarle, me interesaría conocer las pruebas de esa afirmación.

—Si no es más que eso, no ha de quedar por mí —respondió Le Mesge.

Me adelanté yo, a mi vez, y a bocajarro dije:

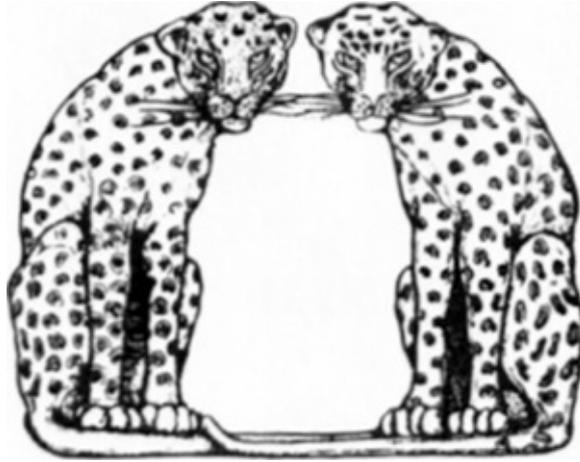
—Dos palabras, si no lo toma a mal, caballero. No le ocultaré que estas discusiones históricas me parecen totalmente intempestivas. Yo no tengo la culpa de que usted haya tenido sus desazones universitarias ni de que no se encuentre hoy en el Colegio de Francia o en otro sitio análogo. Pero, de momento, sólo una cosa me importa: saber lo que hacemos, qué hago yo aquí. Mucho más que la etimología griega o berberisca de su nombre, me importa saber lo que a punto fijo quiere de mí esa dama, Antinea. Mi compañero desea conocer sus relaciones con el antiguo Egipto; me parece muy bien. Pero yo, por mi parte, deseo ante todo saber las que mantiene con el gobierno general de Argelia y los servicios encargados de los árabes.

Le Mesge se echó a reír con todas sus ganas.

—Voy a darle una respuesta que satisfará a ambos —respondió.

Y añadió:

—Seguidme. Hora es ya de que lo sepáis todo.



CAPÍTULO X

LA SALA DE MÁRMOL ROJO

travesamos seguidamente una interminable serie de escaleras y corredores, precedidos por Le Mesge.

—En este laberinto no hay manera de orientarse —le dije por lo bajo a Morhange.

—Y pierde uno hasta el juicio —respondió en el mismo tono el capitán—. Este viejo chiflado es, seguramente, un estudioso. Pero sabe Dios dónde irá a parar con sus teorías. Pero, en fin, nos ha prometido ponernos al tanto de todo.

Le Mesge se detuvo delante de una pesada y oscura puerta, colmada de incrustaciones de signos extraños. Hizo girar la llave y abrió.

—Señores —dijo—, tened la bondad de pasar.

Recibimos en pleno rostro una bocanada de aire frío no bien penetramos en aquella sala, donde hacía una verdadera temperatura de cueva.

Al pronto, la oscuridad nos impidió apreciar adecuadamente sus proporciones. La iluminación, muy escasa, se reducía a doce enormes lámparas de bronce sostenidas por sendas columnas, instaladas en el suelo y que relucían con amplias llamas rojas. Al entrar nosotros, el viento del corredor hizo temblar por un minuto aquellas luces que, a su vez, agitaron a nuestro alrededor nuestras sombras, agrandadas y desfiguradas de modo extraño. Una vez que la corriente de aire cesó, las luces volvieron a quedarse quietas, y con sus inmóviles picos rojos calaron de nuevo en las tinieblas.

Aquellos doce gigantescos lampadarios, todos de tres metros de altura, estaban dispuestos en tal orden que formaban una suerte de corona, cuyo diámetro tendría, por lo menos, cincuenta pies. En medio de aquella corona vislumbré un bulto oscuro, surcado por trémulos reflejos rojos. Al acercarme

pude ver que se trataba de un manantial. Sus frescas aguas mantenían la temperatura que dije.

En la peña central, de donde manaba la cantarína y tenebrosa fuente, había tallados inmensos asientos naturales, suavizados por almohadones de seda. En el interior de la guirnalda de rojos blandones, doce pebeteros dibujaban otra guirnalda de menor diámetro. La oscuridad no dejaba ver el humo de los perfumes; pero la molición que infundían, combinada con el frescor y la música del agua, ahuyentaban del alma todo deseo que no fuese el permanecer allí por siempre.

Le Mesge nos hizo sentar en el centro de la sala, en los ciclópeos sillones. Y él tomó asiento entre nosotros.

—Dentro de un momento —dijo— se habrán adaptado vuestros ojos a esta oscuridad.

Observé que hablaba quedo, como en una iglesia.

Efectivamente, poco a poco se fueron haciendo nuestros ojos a aquella luz roja.

Sólo la parte inferior de la sala estaba suavemente iluminada.

La bóveda se perdía en la sombra y era imposible calcular su altura. Yo vislumbraba de modo borroso, por encima de nuestras cabezas, una gran araña, cuyos oros, como todo el resto, relucían al reflujó de las sombrías luminarias bermejas. Pero no había medio de calcular la longitud de la cadena que la tenía suspendida del sombrío techo.

El mármol del pavimento era tan lustroso que en él se reflejaban los enormes blandones. La sala, repito, formaba un perfecto círculo, cuyo centro lo constituía la fuente, a la cual dábamos la espalda.

Estábamos sentados cara a las paredes, que bien pronto cautivaron nuestros ojos hasta el punto de no poder mirar hacia otro lado. La particularidad de aquellas paredes consistía en que estaban divididas en una serie de oscuras hornacinas, cuya negra línea quedaba cortada por la puerta por donde habíamos entrado; detrás de nosotros había otra puerta, más oscura aún, que yo vislumbraba en la sombra al volver la cara. De una a otra puerta conté hasta sesenta hornacinas, es decir un total de ciento veinte. Todas tenían tres metros de altura y uno de latitud. Todas contenían una especie de estuche, más ancho por arriba que por abajo y cerrado únicamente en su parte inferior. En aquellos estuches, en todos ellos, menos en dos que había frente a mí, me pareció vislumbrar una forma brillante, un bulto humano sin duda, algo así como una estatua de bronce muy pálido. En el arco del círculo que frente a mí tenía conté, con toda exactitud, hasta treinta de esas raras estatuas.

¿Qué estatuas eran aquéllas? Quise cerciorarme y me levanté.

Le Mesge me cogió por el brazo.

—Dentro de un momento —murmuró muy quedo—, dentro de un momento.

El profesor no apartaba la vista de la puerta por donde habíamos entrado, y detrás de la cual se oían pasos cada vez más nítidos.

Se abrió al fin la puerta y entraron tres tuareg blancos. Dos de ellos llevaban en hombros un pesado fardo; el tercero me pareció su jefe.

Por indicación suya, depositaron el fardo en el suelo y extrajeron, de una de las hornacinas que he dicho, el estuche oblongo que, como todas las demás, contenía.

—Ya podéis acercaros, señores —dijo entonces Le Mesge.

Hizo una seña y los tres tuareg retrocedieron unos pasos.

—Me pedía usted hace un momento —dijo Le Mesge, encarándose con Morhange— que le diese una prueba del influjo egipcio en este país. ¿Qué dice usted de esta caja?

Y señalaba el estuche que los esclavos acababan de dejar en el suelo.

Morhange lanzó una exclamación sorda.

Teníamos a la vista una de esas cajas destinadas a conservar las momias. La misma madera lustrosa, las mismas pinturas de vivos colores; la única diferencia consistía en que aquí, en vez de jeroglíficos, había inscripciones en caracteres tifinar. La forma de las cajas, estrechas por abajo y anchas por arriba, hubiera debido bastarnos para presumirlo.

Ya he dicho que la mitad inferior de aquel estuche estaba cerrado, teniendo todo el aspecto de un zueco cuadrado.

Le Mesge se arrodilló y aplicó a la parte anterior de la caja un trozo cuadrado de cartulina blanca, un marbete bastante ancho que, al salir de la biblioteca, cogió del escritorio.

—Lea —dijo sencillamente, pero asimismo muy quedo.

Me arrodillé también, pues el resplandor de los blandones no consentía, sino muy mal, descifrar el marbete, en el que reconocí, sin embargo, la letra del profesor.

Contenía este sencillo rótulo en letra redondilla:

Número 53. Mayor sir Archibald Russell. Nacido en Richmond el 5 de julio de 1860. Fallecido en el Hoggar el 3 de diciembre de 1896.

Me levanté de un brinco.

—El mayor Russell —exclamé.

—Más bajo, más bajo —me dijo Le Mesge—; nadie tiene derecho a alzar aquí la voz.

—¿El mayor Russell —repetí, obedeciendo como de mala gana aquella indicación—, que partió el año pasado de Jartum para explorar el Sokoto?

—El mismo —respondió el profesor.

—Y... ¿dónde está el mayor Russell?

—Aquí lo tiene usted —respondió Le Mesge.

Hizo el profesor una seña y se acercaron los tuareg blancos.

En la misteriosa sala reinaba un penoso silencio sólo turbado por el gorgoteo de la fuente.

Los tres negros pusieron mano a la tarea de desliar el bulto que, al entrar, habían depositado junto a la caja pintarrajeada. Morhange y yo, inclinados bajo el peso de un horror indecible, nos mirábamos en silencio.

Al punto quedó presente ante nuestra vista una forma humana mortalmente rígida. Un relámpago rojo refulgía por encima de ella. Teníamos ante nosotros, tendida en el suelo y ceñida por una especie de sudario de muselina blanca, una estatua de bronce pálido, una estatua semejante a las que, en toda la redonda, erguidas en sus hornacinas, parecían fijar en nosotros una impenetrable mirada.

—*Sir* Archibald Russell —murmuró lentamente Le Mesge.

Morhange se acercó en silencio y tuvo ánimos para levantar el velo de muselina. Durante largo rato estuvo contemplando la triste estatua de bronce.

—¡Una momia, una momia! —dijo por fin—. Se engaña usted, señor mío, esto no es una momia.

—Hablando con toda propiedad, cierto que no —replicó Le Mesge—, esto no es una momia. Pero sí puedo asegurarle que estos son los restos mortales de *sir* Archibald Russell. En efecto, debo hacerle notar, querido señor, que los métodos de embalsamamiento que se estilan en los dominios de Antinea difieren de los usados en el antiguo Egipto. Aquí no empleamos sosa cáustica, ni trapos ni aromas. La industria del Hoggar ha llegado, del primer envite, a obtener un resultado que la ciencia europea tardó mucho tiempo en lograr consiguiéndolo al fin tras muchos tanteos. ¡Cuál no sería mi asombro al llegar aquí por vez primera y encontrarme con que estos nativos practicaban un método que yo imaginaba conocido únicamente por el mundo civilizado!

Le Mesge, arqueando el índice, dio un golpecito en la lívida frente de *sir* Archibald Russell, que despidió un sonido metálico.

—¡Esto es bronce! —murmuré yo—. Esto no es una frente humana. Es bronce puro.

Le Mesge se encogió de hombros.

—Esto es una frente humana —afirmó categórico—, y no bronce. El bronce, señor mío, es más oscuro de color. Este metal es el gran metal desconocido de que Platón habla en el *Critias*, y que ocupa un lugar intermedio entre el oro y la plata; es peculiar de la montaña Atlántida. Es oricalco.

Me agaché más y pude comprobar que el metal aquel era idéntico al que recubría las paredes de la biblioteca.

—Es oricalco —continuó Le Mesge—. No parecería usted comprender cómo un cuerpo humano puede presentarse a sus ojos bajo la forma de una estatua de oricalco. Vamos a ver, capitán Morhange: usted, a quien yo suponía cierta cultura, ¿no ha oído hablar del procedimiento del doctor Variot para conservar el cuerpo humano por un método distinto del embalsamamiento? ¿No ha leído usted el libro^[35] de este facultativo? En él expone el método llamado galvanoplástico. Para convertirlos en buenos conductores, se recubren los tejidos cutáneos con una capa de sal muy tenue. Luego se sumerge todo el cuerpo en un baño de sulfato de cobre, y la polarización pone el resto. Por ese procedimiento se ha metalizado el cuerpo de este estimable mayor del ejército británico, con la única diferencia de que, en vez de sulfato de cobre, se ha empleado el de oricalco, que es mucho más raro. Gracias a ello, en vez de una estatua de pobre diablo, de una estatua de cobre, quiero decir, puede usted contemplar ahora una estatua digna de la nieta de Neptuno.

Le Mesge hizo una seña y los esclavos negros se apoderaron del cuerpo, que, en un abrir y cerrar de ojos, introdujeron nuevamente en su vaina de madera pintada, colocándola de pie en su hornacina al lado de otra idéntica que ostentaba el número 52.

Tras hacer esto, se retiraron sin decir palabra. El aire frío del exterior agitó una vez más las luces de los blandones y nos rodeó de grandes y danzarinas sombras.

Morhange y yo nos habíamos quedado tan tiesos como los espectros de metal pálido que nos rodeaban. De pronto hice un esfuerzo y me acerqué, dando traspiés, a la hornacina contigua a la ocupada por los restos del mayor inglés. Busqué con la vista el rótulo y leí el número 52.

Apoyándome contra el muro de mármol rojo, pude leer lo siguiente:

Número 52. Capitán Deligne. Nacido en París el 22 de julio de 1861. Fallecido en el Hoggar el 20 de octubre de 1896.

—El capitán Deligne —murmuró Morhange— salió de Colomb-Béchar en 1895, rumbo a Timmimun, y no se volvió a saber de él.

—Así fue, en efecto —dijo Le Mesge, asintiendo con la cabeza.

—*Número 51* —leyó Morhange, castañeteando los dientes—. *Coronel Von Wittmann. Nacido en Jena en 1855. Fallecido en el Hoggar el 1 de mayo de 1896.* El coronel Wittmann, explorador del Kanem, que desapareció por la parte de Agadés.

—El mismo —dijo Le Mesge.

—*Número 50* —leí yo a mi vez, aferrándome a las paredes para no caerme—. *Marqués Alonso de Olivera. Nacido en Cádiz el 21 de febrero de 1868. Fallecido en el Hoggar en 1 de mayo de 1896...* Olivera, que se dirigía a Arauan.

—El mismo —repitió Le Mesge—. Ese español era muy instruido. Tuve con él interesantes discusiones acerca de la exacta posición geográfica del reino de Anteo.

—*Número 49* —dijo Morhange con un hilo de voz—. *Teniente Woodhouse. Nacido en Liverpool el 16 de septiembre de 1870. Fallecido en el Hoggar el 4 de octubre de 1895.*

—Casi un niño —dijo Le Mesge.

—*Número 48* —leí—. *Subteniente Louis de Maillefeu. Nacido en Provins en...*

No pude acabar, porque la emoción me ahogó la voz.

Louis de Maillefeu, mi mejor amigo, mi amigo de la infancia, de Saint-Cyr y de todas partes, siempre... Lo reconocía bajo aquella costra metálica. ¡Louis de Maillefeu!...

Y con la frente pegada a las frías paredes, sacudido por nervioso temblor, me eché a llorar, y así estuve largo rato.

En tanto, Morhange decía con voz apagada, dirigiéndose al profesor:

—Caballero, esta escena ha durado bastante. Acabemos.

—Él se empeñó en enterarse —respondió Le Mesge—. ¿Qué culpa tengo yo?

Me abalancé a él y lo zarandeeé por los hombros.

—¿Cómo está aquí el cadáver de mi amigo? ¿De qué murió?

—Murió de lo que todos los demás —respondió el profesor—; de lo que murieron el teniente Woodhouse, y el capitán Deligne, y el mayor Russell, y el coronel Von Wittmann; de lo que murieron los cuarenta y siete de ayer y de lo que morirán todos los de mañana.

—Pero ¿de qué mueren? —preguntó a su vez Morhange con imperioso acento.

El profesor miró a Morhange, y yo vi a éste palidecer.

—¿Que de qué mueren? *Mueren de amor.*

añadió, con voz muy queda y muy grave:

—Ahora ya está usted enterado.

Suavemente, con precauciones de las que no le habríamos creído capaz, Le Mesge nos arrancó a la contemplación de las estatuas de metal. Un instante después nos encontrábamos, Morhange y yo, sentados de nuevo, o más bien desplomados, entre los almohadones en el centro de la estancia. A nuestros pies murmuraba la fuente su armoniosa quejumbre.

Le Mesge estaba entre nosotros.

—Ahora ya está enterado —repitió—. Lo sabe usted todo, pero todavía no lo comprende.

con voz muy lenta dejó caer estas palabras:

—Vosotros sois, como ellos fueron, prisioneros de Antinea... Y Antinea tiene que vengarse.

—¡Que vengarse! —dijo Morhange, que había recobrado la calma—. ¿De qué? ¿Quiere usted decirme? ¿Qué le hemos hecho el teniente o yo a la Atlántida? ¿Por qué hemos de haber incurrido en su enojo?

—Es un pleito antiguo, muy antiguo —respondió gravemente el profesor—. Un pleito cuyo alcance no conoce usted, señor Morhange.

—Explíquese, se lo ruego, profesor.

—Vosotros sois los hombres. Ella, la mujer —dijo la voz ensoñadora de Le Mesge—. En eso estriba todo.

—Verdaderamente, caballero, no veo... No vemos bien...

—Se lo explicaré. ¿Ha olvidado acaso lo mucho que las reinas bárbaras y bellas de la antigüedad tuvieron que sufrir por culpa de los extranjeros que la fortuna impulsaba a sus costas? El poeta Víctor Hugo supo expresar la detestable conducta de los extranjeros en su poema colonial titulado *La hija de Otaiti*. Por mucho que nos remontemos en la historia, sólo vemos proceder análogos de picardía e ingratitud. Esos caballeros hacían amplio uso de la belleza de la dama y de sus riquezas. Luego, el día menos pensado, desaparecían. Y ya podía darse por contenta la dama si el quídam, después de burlarla, no volvía con buques y tropas a invadir su país.

—Su erudición me encanta —dijo Morhange—. Siga usted, señor.

—¿Quiere que le cite ejemplos? ¡Ay! Los tenemos a montones. Recuerde la caballerisca conducta que siguieron Ulises con Calipso y Diomedes con

Calirroo. ¿Y qué decir del proceder de Teseo con Ariadna? Pues lo que es Jasón, se portó rematadamente mal con Medea. Los romanos continuaron esa tradición con menos miramientos todavía. Eneas, que tantos puntos de semejanza tiene con el reverendo Spardek, trató a Dido de la manera más indigna. César, con la divina Cleopatra, hizo las veces de chulo laureado. Y, por último, Tito, ese hipócrita de Tito, tras haber vivido un año entero en Idumea a expensas de la pobre Berenice, ¿no se la llevó consigo a Roma para más afrenta? Tiempo es de que los hijos de Jafet paguen a las hijas de Sem esos formidables réditos de injurias. Hay una mujer capaz de restablecer, en bien de su sexo, la gran ley hegeliana de las oscilaciones. Separada del mundo ario por la formidable precaución de Neptuno, atrae a sí a los hombres más jóvenes y valerosos. Su cuerpo es condescendiente, pero su alma es inexorable. De esos audaces jóvenes toma lo que pueden dar. Ella les presta su cuerpo, pero los domina con su alma. Es la primera soberana que jamás, ni por un momento, fue esclava de la pasión. Nunca tuvo que recobrase, porque nunca se abandonó. Es la única mujer que ha logrado disociar esos dos elementos tan enmarañados: el amor y el placer.

Hizo una pausa Le Mesge, y luego añadió:

—Todos los días baja una vez a este hipogeo, se detiene ante las hornacinas y medita frente a esas rígidas estatuas. Toca esos helados pechos, que tan ardorosos conociera. Luego, después de haber ensoñado frente al nicho vacío, donde a poco dormirá para siempre en su frío cascarón de oricalco, se vuelve con indolente paso hacia donde está el que la aguarda.

Dejó de hablar el profesor y se oyó de nuevo, en medio de la penumbra, el susurro de la fuente. Los pulsos me palpitaban; la cabeza me ardía. Una inmensa fiebre me abrasaba.

—¡Y todos, todos —grité, sin parar mientes en el lugar donde estaba— aceptaron! ¡Se doblegaron a su voluntad! ¡Ah! Pues lo que es conmigo, que venga y verá.

Morhange callaba.

—Señor mío —dijo Le Mesge con voz muy dulce—, habla usted como un niño. Usted no sabe nada. No ha visto a Antinea. Pero tenga presente únicamente esto: que entre ellos —y abarcó en un ademán el mudo círculo de estatuas— los había tan valientes como usted, y puede que de más sangre fría. Uno, el que descansa bajo el marbete *número* 52, lo recuerdo muy bien, era un inglés muy flemático. Cuando le presentaron a Antinea estaba fumando un cigarrillo. Como los demás, querido señor, no tuvo más remedio que bajar la cabeza ante la mirada de su soberana. No hable, pues, hasta que no la vea. La

condición universitaria capacita poco para discurrir acerca de las cosas de la pasión, y yo me vería muy apurado para decirle a usted lo que es Antinea. Pero lo que sí puedo afirmarle es que, en cuanto la vea, no se acordará ya de nada. Familia, patria, honor: de todo eso renegará usted por ella.

—¿De todo, caballero? —interrogó Morhange con extraño sosiego.

—De todo —insistió con energía Le Mesge—, de todo se olvidará usted, de todo renegará.

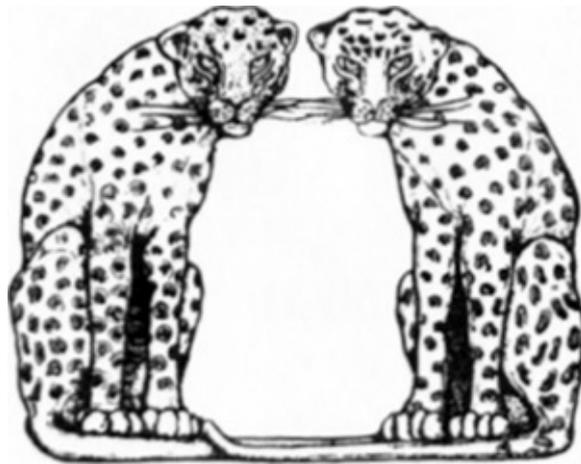
Volvió a oírse un rumor tenue. Le Mesge sacó el reloj.

—Pero, después de todo, habrá de verlo.

Se abrió la puerta. Un corpulento targui blanco, el más garrido de cuantos hasta allí viéramos en el terrible alcázar, entró y se dirigió hacia nosotros. Después de hacerme una reverencia, me dio un golpecito en el brazo.

—Sígale usted, caballero —dijo Le Mesge.

Y le obedecí sin chistar.



CAPÍTULO XI

ANTINEA

mi guía me condujo por un nuevo pasillo. Mi sobreexcitación subía de punto. Sólo ansiaba una cosa: encontrarme en presencia de aquella mujer y decirle... Por lo demás, ya había hecho el sacrificio de mi vida.

Pero me equivoqué en mi esperanza de que la aventura tomase un cariz heroico.

En la vida no hay géneros definidos. Hubiera debido recordar, por una infinidad de circunstancias anteriores, que lo cómico corre parejas en mi vida con lo trágico.

Al llegar ante una puertecilla de color claro, mi guía se apartó a un lado para dejarme pasar.

Y me encontré de pronto en el más holgado tocador de señora. Sobre el pavimento, de mármol, una montera de vidrio pulimentado vertía una luz rosada y alegre. Lo primero que vi fue un reloj de pared que, en vez de números romanos, mostraba los signos del zodiaco. La aguja pequeña no había llegado aún al signo del Cordero.

¡Las tres, nada más que las tres!

Aquel día me parecía ya tan largo como un siglo... Y, sin embargo, todavía estábamos en poco más de su mitad.

Luego cruzó otra idea por mi cerebro, y me acometió una risa convulsiva: «Antinea quiere verme lo más guapo posible».

Todo un testero de la habitación estaba ocupado por un gran espejo de oricalco. Al mirarme en él comprendí que, después de todo, no era mucho pedir lo que pedía Antinea.

Con la barba descuidada y crecida; una capa terrible de mugre que me caía sobre los ojos y la cara, formando surcos; y mis ropas manchadas por

todo el barro del Sahara, desgarradas por todos los zarzales del Hoggar, no hacía, en verdad que digamos, muy buena figura.

En un santiamén me desnudé y me zambullí en la bañera de pórfido que ocupaba el centro del tocador.

Aquel agua tibia y perfumada me produjo un sopor delicioso.

Ante mí danzaban mil frasquitos esparcidos sobre la tapa de una preciosa mesita de madera tallada. Los había de todos los colores y tamaños, tallados en una especie de jaspe sumamente diáfano. La dulce tibieza del ambiente calmó mis nervios.

—¡Al diablo la Atlántida, y el hipogeo, y Le Mesge! —pude todavía decir.

Y me quedé dormido en el baño.

Cuando de nuevo abrí los ojos, el minuterero del reloj de pared casi tocaba el signo del Toro. Un negro inmenso, de cara lisa, brazos desnudos y un turbante color naranja liado a la cabeza, me miraba con sus negras manos apoyadas en el borde de la bañera. Me miraba y reía silenciosamente, enseñando su blanca dentadura.

«¿Qué vendrá a hacer aquí este socio?».

El negro arreció en sus risas. Sin decir palabra, me cogió en brazos y me sacó del agua perfumada, que se había puesto de un color que no quiero recordar.

En un momento me encontré tendido en una mesa de mármol de tapa inclinada.

El negro comenzó a masajearme con vigor extraordinario.

—Cuidado. ¡Más despacio, animal!

Mi masajista no respondió, sino que siguió riendo y masajeando cada vez más fuerte.

—¿De dónde eres? ¿Del Kanem o del Borku? Mucho te ríes para ser un targui.

El mismo silencio. Aquel negro era tan mudo como alegre.

«Después de todo, lo mismo da —me dije, perdida toda esperanza de que hablase—. Según es, me resulta más simpático que Le Mesge, con su erudición de pesadilla. Pero ¡Dios mío! ¡Qué buena figura haría en el Hammam, ese local de la calle de Mathurins!».

—¿Cigarrillo, sisi?

Sin aguardar mi respuesta, ya el negro me había metido en la boca un cigarrillo, que él mismo encendió, y acto seguido comenzó a cepillarme todas las costuras.

«Habla poco, pero es muy servicial», me dije.

le lancé una bocanada de humo en mitad de la cara.

La broma pareció muy de su agrado. Al punto manifestó su contento, dándome grandes palmadas.

Cuando se cansó de sobarme, cogió de la mesa tocador un botecito y se dedicó a untarme el cuerpo con una pasta rosa que pareció llevarse todo el cansancio de mis músculos rejuvenecidos.

De pronto sonó un timbre de cobre. Mi masajista desapareció. Pero no bien hubo salido, entró una negra vieja y arrugada, vestida de chillonas telas. Charlaba más que una urraca; pero no me fue posible, al pronto, coger una sola palabra de su interminable letanía.

La negra se apoderó de mis manos, primero, y luego de mis pies, y me arregló las uñas haciendo grandes muecas de satisfacción.

De nuevo sonó el timbre. Y se fue la vieja para dejar sitio a otro negro, muy grave, vestido totalmente de blanco, con un gorro de algodón en su puntiaguda cabeza. Era el peluquero, y poseía prodigiosa ligereza de mano. En un dos por tres me arregló el pelo, y, por cierto, bastante bien. Luego, sin preguntarme si tenía preferencia por un corte determinado, procedió a afeitarme y no me dejó un pelo en la cara.

Me vi en el espejo con placer, tan mondo y descarado.

—Indudablemente, a Antinea le gusta el estilo americano —pensé—. ¡Qué ofensa a la memoria de su digno abuelo, Neptuno!

En aquel instante entró el negro jovial y dejó un bulto sobre el diván. El barbero desapareció. No sin cierto asombro observé que el referido bulto, desliado por mi nuevo ayuda de cámara, contenía un traje completo de franela blanca, idéntico a los que llevan en verano los oficiales franceses en Argelia.

El pantalón, suave y holgado, parecía hecho a mi medida. La guerrera era irreprochable, y lo que acabó de maravillarme fue ver que hasta tenía los dos galones de quita y pon, insignias de mi graduación, sujetos a las mangas por medio de unos broches. El calzado consistía en un par de babuchas altas de tafilete encarnado, con aplicaciones de oro. La ropa interior, toda de seda, parecía traída directamente de la parisiense rue de la Paix.

«El almuerzo fue succulento —murmuré, mirándome con ojos satisfechos en el espejo—. El alojamiento no puede ser mejor. Sí, todo esto está muy bien; pero ¿y “lo demás”?».

No pude contener cierto temblorcillo al recordar la sala de mármol rojo.

En aquel preciso momento dio el reloj las cuatro y media.

Sonaron discretos golpecitos en la puerta. El gigantesco targui blanco que me había traído volvió a presentarse.

Llegó hasta mí, me tocó un brazo y me hizo una seña.

Y de nuevo eché a andar tras él.

Atravesamos unos corredores interminables. Yo estaba emocionado, pero aquel baño templado me había infundido cierto aplomo. Y, además, sentía una curiosidad inmensa, mucho mayor de la que a mí mismo me confesaba. Si en aquel momento me hubiesen propuesto volverme a llevar al camino de la llanura blanca, cerca de Chij-Salah, no lo hubiera consentido.

Hacía por avergonzarme de esa curiosidad. Pensaba en Maillefeu.

También él había atravesado este corredor. Y ahora reposa inmóvil en la sala de mármol rojo.

No tuve tiempo de prolongar aquel recuerdo. De pronto me sentí lanzado contra el suelo como por una especie de bólido. El pasillo estaba a oscuras, y no vi nada. Tan sólo oí un grito burlón.

El targui blanco se había apartado con la espalda pegada a la pared.

—Bueno —exclamé levantándome—, ya empiezan las diabluras.

Continuamos nuestro camino. A poco, un resplandor distinto al de las lamparillas color rosa empezó a alumbrar el corredor.

Llegamos al fin ante una gran puerta de bronce, toda calada en raras blondas de luz. Resonó un timbre clarísimo, y se abrió de par en par la puerta. El targui, que se había quedado en el pasillo, la volvió a cerrar detrás de mí.

Maquinalmente di algunos pasos por la sala, en la que acababa de entrar solo; luego me detuve, paralizado, llevándome las manos a los ojos.

Me había cegado la luz del día que acababa de vislumbrar.

Hacía muchas horas que las luces tamizadas me habían hecho perder la costumbre de la luz del sol, que entraba a chorros por todo un lado del enorme salón.

Se hallaba éste situado en la parte inferior de aquella montaña, más horadada por pasillos y galerías que una pirámide egipcia. Estaba al mismo nivel que el jardín que por la mañana había visto desde el balcón de la biblioteca, y parecía prolongación suya. La transición era insensible; si en el jardín había alcatifas tendidas a la sombra de las altas palmeras, bandadas de pájaros revoloteaban por el bosque de columnas del salón.

Parecía éste oscuro, por contraste, en toda aquella parte no bañada directamente por la claridad del oasis. El sol, que se ponía ya tras la montaña, teñía de rosa la arena de las alamedas y de sangriento carmín al hierático flamenco, posado con una pata en el aire a orillas del laguito de profundo

zafiro. De pronto, por segunda vez, me sentí lanzado contra el suelo. Un brusco bulto acababa de caerme encima de los hombros. Sentí en el cuello el cálido y sedoso contacto, al mismo tiempo que un hálito ardiente me quemaba la nuca. Y el chillido burlón, que tanto me crispó los nervios en el pasillo, resonó de nuevo.

Me desasí con vigoroso envite, y lancé al tuntún un sólido puñetazo en dirección a mi agresor. Se repitió el chillido, pero esta vez de dolor y de cólera.

Una gran carcajada le hizo coro. Me levanté entonces furioso, buscando al insolente para decirle lo que se merecía. Pero me quedé como alelado, fija la mirada en un solo punto.

Ante mí estaba Antinea.

En la parte más oscura del salón, bajo una especie de bóveda iluminada artificialmente por el reflejo color malva de doce cristales de mirra, había cuatro mujeres tendidas sobre una pila de almohadones pintarrajeados y blancas alfombras de Persia de sumo valor.

Las tres primeras de aquellas mujeres me parecieron nativas tuareg, por su espléndida y regular belleza y sus magníficos trajes de seda blanca con franja de oro. La cuarta, muy morena, casi mulata, era la más joven, y su traje de seda encarnada realzaba el tono oscuro de su cara, sus brazos y sus descalzos pies. Las cuatro rodeaban la especie de torre de blancas alcatifas, recubiertas por una gigantesca piel de león, en la que se acodaba Antinea.

¡Antinea! Cada vez que volví a verla me pareció más hermosa. ¡Más hermosa! Mezquina palabra y mezquino idioma. Pero la culpa de ello, ¿es el idioma o de los que tanto prodigan la palabra?

Imposible ver tal mujer sin evocar el recuerdo de aquella por quien Efracteo sojuzgó el Atlas, usurpó Sapor al cetro de Osimandia, subyugó Mamilos a Susa y Tentiris, y Antonio se dio a la fuga...

¡Oh, tembloroso corazón humano, si alguna vez vibraste fue en la presión altanera y ardorosa de sus brazos!

El *klaft* egipcio caía sobre sus copiosos rizos, de puro negros, azules. Los dos picos del pesado paño aurino le llegaban hasta las gráciles caderas. En torno a su pequeña frente preñada y voluntariosa, se enroscaba el *uraeo* de oro, con ojos de esmeralda, amagando por sobre la cabeza de la joven con su doble lengua de rubíes.

Tenía puesta una túnica de gasa negra, ribeteada de oro, muy ligera y holgada, y apenas ceñida con una cinta de muselina blanca, recamada de iris en perlas negras.

Tal era el traje de Antinea. Pero, y ella, ¿qué era ella en aquel atavío encantador? Era una jovencita de ojazos verdes y perfil de gavilán. Un Adonis, acaso un poco más nervioso. Una reina de Saba, niña todavía, pero dotada de un modo de mirar y sonreír como nunca han sabido las orientales. Un prodigio de ironía y desparpajo.

En cuanto al cuerpo de Antinea, no alcanzaba a verlo. Pero, a decir verdad, no hubiera puesto en él los ojos aunque hubiera podido. Y eso es quizá lo que haya de más raro en esa primera impresión. Pensar en los ajusticiados de la sala de mármol rojo, en los cincuenta jóvenes que habían ceñido con sus brazos aquel grácil cuerpo; sólo pensar en esto, me hubiera parecido en aquel momento inolvidable la más horrible profanación. A pesar de la audaz abertura que su túnica mostraba al costado, del amplio escote, la desnudez de sus brazos y las sombras misteriosas que bajo el velo se traslucían, y a despecho de su monstruosa leyenda, aquella criatura acertaba a dar la impresión de algo muy puro, ¡qué digo puro!, virginal.

A la sazón, seguía atacada de la risa que le acometió cuando delante de ella rodé por el suelo.

—Hiram-Rey —llamó.

Me volví y vi a mi enemigo.

En el capitel de una de las columnas, a veinte pies del suelo, estaba encaramado un magnífico gatopardo. Me miraba todavía muy furioso por el puñetazo que no hacía mucho tiempo le había asestado.

—Hiram-Rey —repitió Antinea—. ¡Aquí!

El animal cedió, como movido por un resorte, y fue a acurrucarse entre los pies de su ama, cuyos finos tobillos lamió con su encarnada lengua.

—Pídele perdón al señor —dijo la joven.

El gatopardo me miraba con encono y frunció la piel amarillenta de su hocico en torno al negro bigote.

—Fftt —gruñó, a la manera de un gato.

—¡Vamos! —ordenó Antinea, imperativamente.

La fierecilla, a regañadientes, se arrastró a mis pies, puso su cabeza entre las patas y se estuvo quieta.

Yo le acaricié la ocelada frente.

—No le guarde rencor —dijo Antinea—. Lo mismo hace con todos los extraños.

—Si es así, estará casi siempre de mal genio —dije yo sencillamente.

Estas fueron mis primeras palabras, que hicieron asomar la risa a los labios de Antinea.

Me dedicó una larga y tranquila mirada, y luego dijo, dirigiéndose a una de sus mujeres tuareg:

—Aguida, encárgate de que le den veinticinco libras de oro a Cegheir-ben-Cheij.

—¿Eres teniente? —me preguntó después de una pausa.

—Sí.

—¿De dónde eres?

—De Francia.

—Me lo figuraba —dijo con ironía—. Pero ¿de qué parte de Francia?

—De una región que se llama Lot-et-Garonne.

—Pero ¿de qué sitio de esa región?

—De Duras.

Reflexionó un instante:

—Duras... Corre por allí un riachuelo, ¿verdad?, el Dropt. Y hay también un castillo antiguo.

—¿Conoce Duras? —murmuré yo, desconcertado.

—Desde Burdeos se va al pueblo por ferrocarril —siguió diciendo—; el tren marcha por una vía estrecha, encajonada entre montañas en cuyas laderas hay muchas vides y, en sus cumbres, ruinas feudales. Aquellos pueblecitos tienen hermosos nombres: Monségur, Sauveterre-de-Guyenne, Tresne, Créon... Créon, como el de *Antígona*.

—Pero ¿ha estado usted allí?

Ella me miró.

—Tutéame —me dijo con cierto abandono—. Tarde o temprano tendrás que tutearme; más vale que empieces ya.

Aquella amenazadora promesa me colmó, por el momento, de inmensa dicha. Recordé las palabras de Le Mesge: «No hable de ella hasta verla; en cuanto la haya visto, renegará por ella de todo».

—¿Que si he estado en Duras? —prosiguió con una carcajada—, bromeas. ¿Te imaginas a la nieta de Neptuno en un coche de primera clase, en un ferrocarril de una línea meramente provinciana?

Tendiendo la mano me mostró el enorme peñasco blanco que dominaba las palmas del jardín.

—Ese es todo mi horizonte —dijo gravemente.

De entre los muchos libros que había caídos en el suelo, a su alrededor, sobre la piel leonina, tomó uno y lo abrió al azar.

—Aquí tienes la guía de los ferrocarriles del oeste —dijo—. ¡Lectura muy amena para los que no viajamos! En este momento son las cinco y media de la

tarde. Acaba de llegar un tren hace tres minutos, un tren ómnibus, a Surgères, en la Charente inferior. Volverá a salir dentro de seis minutos. Y en dos horas estará en La Rochelle. ¡Qué raro parece todo eso aquí! ¡Tanta distancia!... ¡Tanto movimiento!... ¡Tanta inmovilidad!...

—Habla usted muy bien el francés —le dije.

Rió con risita nerviosa.

—Tengo obligación de saberlo bien. Lo mismo que el alemán, el italiano, el inglés y el español. Con la vida que hago me he convertido en una gran políglota. Pero prefiero el francés al tuareg y hasta al árabe. Me parece como si siempre lo hubiera hablado. Y no vayas a creerte que te lo digo simplemente para halagarte.

Hubo un silencio. Yo me acordaba de su abuela, de la que Plutarco dice: «Pocas naciones había con las que necesitara de intérprete; Cleopatra hablaba en su propia lengua a etíopes, trogloditas, hebreos, árabes, sirios, medos y partos».

—No estés así, de plantón, en medio de la sala. Me das pena. Ven y siéntate aquí, a mi lado. Empújete usted, señor Hiram-Rey.

El gatopardo obedeció de muy buena gana.

—Dame la mano —ordenó ella.

Tenía a su lado una copa grande de ónice; extrajo de ella un anillo de oricalco, muy sencillo, y me lo puso en el dedo anular de la mano izquierda. Reparé entonces en que ella llevaba otro igual.

—Tanit-Zerga, ofrece al señor De Saint-Avit un sorbete de rosa.

La mulata del traje de seda rojo acudió solícita.

—Mi secretaria particular —presentó Antinea—, señorita Tanit-Zerga, de Gao, sobre el Níger. Su abolengo es casi tan antiguo como el mío.

al decir esto me miraba con sus ojos verdes, que yo sentía pesar sobre mí.

—¿Y tu compañero, el capitán? —me preguntó con voz indiferente—. No le conozco todavía. ¿Qué tipo tiene? ¿Se parece a ti?

Por primera vez desde que estaba en su presencia me acordé de Morhange.

—No —respondí.

Antinea sonrió.

Se desperezó sobre la piel leonina y dejó ver, desnuda, su pierna derecha.

—Ya es hora de que te reúnas con él —dijo con languidez—; dentro de poco recibirás mis órdenes. Tanit-Zerga, despídelo. Enséñale su habitación, que no la conocerá.

Me levanté y tomé su mano para besarla. Ella la aplicó con fuerza a mis labios hasta el punto de hacerlos sangrar en aquella especie de toma de posesión.

A poco caminábamos por el corredor oscuro. La jovencita de la túnica de seda encarnada iba delante y yo detrás.

—Este es tu cuarto —dijo ella.

Y añadió:

—Ahora, si quieres, te llevaré al comedor. Los demás van a sentarse a la mesa.

Hablaba un francés delicioso y ceceante.

—No, Tanit-Zerga, no; prefiero quedarme en mi cuarto esta noche. No tengo apetito. Estoy cansado.

—Has aprendido bien mi nombre —dijo.

parecía ufana. Comprendí que, llegado el caso, tendría en ella una aliada.

—Te has quedado en mi memoria, Tanit-Zerga, porque tu nombre es muy hermoso^[36].

añadí:

—Ahora déjame, pequeña, quiero estar solo.

Pero ella se eternizaba en mi habitación. Yo me sentía conmovido y molesto. Experimentaba una inmensa necesidad de recogerme en mí mismo.

—Mi cuarto está encima del tuyo —dijo—; en esta mesa hay un timbre de cobre; no tienes más que tocarlo si deseas algo. Un targui blanco acudirá al punto.

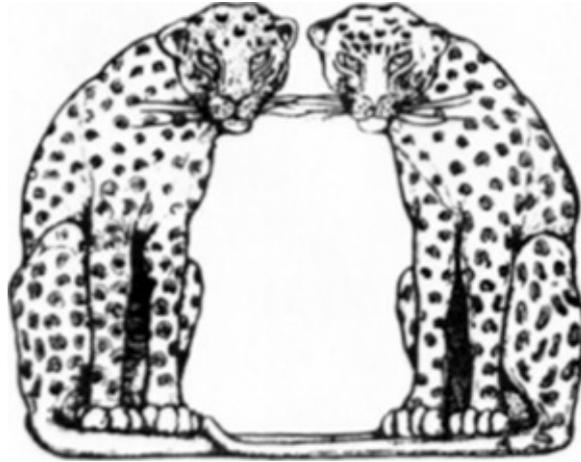
No dejó de hacerme gracia la advertencia. Me hallaba en un hotel, en medio del Sahara. No tenía más que tocar el timbre para que acudiesen los criados. Di un vistazo a mi habitación. ¡Mi habitación! ¿Cuánto tiempo sería mía?

Era una sala bastante grande. Había en ella almohadones, un diván y una alcoba tallada en la peña; recibía luz de un gran cierro que cubrían visillos de paja.

Me dirigí al cierro y levanté el visillo. Al punto inundó el aposento la luz del sol poniente.

Lleno el corazón de inexpresables sentimientos, me asomé al mirador. Este daba al sur y dominaba el suelo a una altura de sesenta metros por lo menos. Por debajo de él se deslizaba la muralla volcánica, vertiginosamente lisa y negra.

Delante de mí, a unos dos kilómetros, se alzaba otra muralla; la primera de tierra del *Critias*. Luego, muy lejos, mucho más allá, vislumbré el inmenso desierto encarnado.



CAPÍTULO XI

MORHANGE SE LEVANTA Y DESAPARECE

staba tan cansado que dormí de un tirón hasta el otro día. Cuando desperté, eran las tres de la tarde. Inmediatamente recordé los acontecimientos de la víspera, que no dejaron de parecerme muy extraños.

—Veamos —me dije—. Procedamos por orden. Ante todo, hay que consultar con Morhange.

Tenía, además, un enorme apetito.

Al alcance de mi mano tenía el timbre que me indicara Tanit-Zerga. Toqué el timbre y acudió un targui blanco.

—Condúceme a la biblioteca —le ordené.

Obedeció y atravesamos de nuevo un laberinto de escaleras y pasillos, en el cual nunca acertaría yo a orientarme por mí mismo.

Morhange estaba, efectivamente, en la biblioteca, y leía con gran interés un manuscrito.

—Un tratado perdido de San Optato —me dijo—. ¡Ah! Si Dom Granger estuviese aquí. Mire, escritura semiuncial.

No le contesté. En la mesa, al lado del manuscrito, había un objeto que llamó mi atención. Era un anillo de oricalco, idéntico al que Antinea me había puesto en el dedo el día anterior, así como al que ella llevaba.

Morhange sonrió.

—¿Y qué? —le dije.

—¿A qué se refiere?

—¿La ha visto usted?

—Sí, la he visto —respondió Morhange.

—¿Verdad que es muy hermosa?

—Me parece difícil ponerlo en duda —respondió el capitán—, y hasta creo afirmar que es tan inteligente como hermosa.

Hubo un silencio. Morhange, muy tranquilo, daba vueltas entre sus dedos al anillo de oricalco.

—¿Sabe lo que nos aguarda aquí? —pregunté.

—Lo sé, sí. Le Mesge nos lo explicó ayer en términos discretos y mitológicos. Evidentemente, estamos corriendo una extraordinaria aventura.

Guardó silencio y me dijo, mirándome a la cara:

—Me pesa lo indecible haberle arrastrado conmigo. Sólo tengo un consuelo, y es el ver lo fácilmente que desde ayer acepta usted su suerte.

¿Dónde había aprendido Morhange aquel conocimiento del corazón humano? No le respondí, y mi silencio fue la mejor prueba de que había acertado.

—¿Qué piensa hacer? —le dije finalmente.

Dejó el manuscrito, se repantigó en un sillón, encendió un cigarrillo y me contestó en estos términos:

—Lo he pensado muy detenidamente. Con ayuda de un poco de casuística, he logrado trazarme una línea de conducta. No puede ser más sencilla y no admite discusión.

El problema tiene para mí un aspecto muy distinto que para usted, en atención a mi carácter casi religioso, que, forzoso es reconocerlo, corre aquí grave peligro. Verdad es que no he hecho votos, pero, aparte de que el vulgar noveno mandamiento me prohíbe toda clase de relaciones amorosas con persona que no sea mi mujer, no siento tampoco gran afición hacia ese servicio, para el cual el excelente Cegheir-ben-Cheij ha tenido a bien alistarnos. Aclarado esto, hay que tener presente todavía que mi vida no me pertenece en puridad, con derecho a disponer de ella como podría hacer con la suya un explorador particular que viajase con miras propias y a sus propias expensas. Yo, al contrario, tengo que cumplir una misión y procurar el logro de un determinado resultado. Así pues, si pudiese recuperar mi libertad después de haber pagado el singular derecho de portazgo que aquí se estila, consentiría en dar gusto a Antinea, en la medida de mis facultades. Conozco bastante el espíritu amplio de la iglesia y, en particular, el de la congregación a que aspiro; tal manera de proceder obtendría su aprobación y quién sabe si hasta me granjearía encomios. Santa María Egipcíaca entregó su cuerpo a unos barqueros en circunstancia análoga, lo cual redundó en glorificación suya. Sólo que ella, al obrar así, tenía la certeza de lograr el fin propuesto, que era un fin santo. El fin justifica los medios.

Ahora bien; el caso presente en que me encuentro es muy distinto. Por más que condescienda a los caprichos más disparatados de esa dama, nada me

librará de verme catalogado en la sala de mármol rojo con el número 54, o 55 si prefiere dirigirse primero a usted. En estas condiciones...

—¿En estas condiciones?

—En estas condiciones sería imperdonable prestarse a esos antojos.

—¿Y qué piensa hacer entonces?

—¿Que qué pienso hacer?...

Morhange se retrepó en el sillón, echó hacia el techo una bocanada de humo y sonrió.

—Nada —dijo—, y ya es bastante. El hombre, no lo olvide, guarda sobre la mujer, en este particular, una superioridad indiscutible. Debido a su conformación, puede oponer el más completo no ha lugar. La mujer, no.

Y añadió con irónica mirada:

—Sólo está obligado quien así lo desea.

Yo bajé los ojos.

—Con respecto a Antinea —añadió—, he puesto a prueba todos los tesoros de la dialéctica más sutil. Trabajo perdido. Pero, en fin, le he dicho, apurados ya todos mis argumentos, ¿por qué no echa mano de Le Mesge? Me contestó con una carcajada: —¿Y por qué no dice el pastor Spardek? Le Mesge y Spardek son unos estimables eruditos. Pero...

*Maldito sea por siempre el soñador inútil
que quiso el primero, en su estupidez,
prendándose de un problema insoluble y estéril,
confundir la honestidad con las cosas del amor.*

Además añadió, con esa sonrisa suya verdaderamente encantadora:

—Me parece que no te has fijado bien en ninguno de los dos. —A esto siguieron algunos requiebros a mi buena figura, a los que ningún reparo acerté a poner, pues aquellos cuatro versos de Baudelaire me habían trastornado.

Ella se dignó aún añadir algunas explicaciones:

—Le Mesge es un estudioso cuya compañía me es muy útil. Conoce el español y el italiano, arregla mis papeles y se desvela por poner en orden mi genealogía divina. El reverendo Spardek sabe inglés y alemán. El conde Bielowsky domina a fondo las lenguas eslavas; y, además, lo quiero como a un padre. Me ha conocido de muy pequeña, en una época en que aún no pensaba en las fruslerías que tú sabes. Los tres me son indispensables en el trato con los visitantes de nacionalidades diversas, por más que ya empiezo a soltarme en los dialectos que necesito... Pero he hablado demasiado, y ésta es la primera vez que doy explicaciones acerca de mi conducta. Tu amigo no es

tan curioso. —Y con estas palabras me despidió. ¡En verdad que es una mujer bastante rara! Yo la tengo por discípula de Renan, aunque algo más experta que el maestro en voluptuosidades.

—Señores —dijo de pronto Le Mesge entrando—. ¿Por qué tardáis tanto? Os esperan para comer.

Estaba el profesorcillo aquella tarde de muy buen humor. Lucía en el ojal un botón violeta flamante.

—¿Y qué? —nos preguntó con cierta malicia—. ¿La han visto ustedes?

Tanto Morhange como yo dimos el silencio por respuesta.

Cuando llegamos al comedor ya estaban comiendo el reverendo Spardek y el hetman de Jitomir. El sol poniente proyectaba reflejos color frambuesa sobre el mantel crema.

—Tomad asiento, señores —dijo en voz recia Le Mesge—. Teniente de Saint-Avit, anoche no nos acompañó usted. Va a saborear por vez primera la cocina de Kuku, nuestro cocinero bambara. Ya me lo comentará.

Un criado negro me puso delante un soberbio salmonete, que nadaba en una salsa cargada de pimentón y colorada como un tomate.

Ya dije antes que tenía un apetito horrible. Aquel plato era exquisito. Y aquella salsa me despertó la sed.

—Hoggar blanco, 1879 —susurró a mi oído el hetman de Jitomir, llenándome la copa con un fino licor color topacio—. Soy yo quien cuida de él; no hace daño a la cabeza, sino sólo a las piernas.

Apuré la copa de un sorbo. Aquella tertulia empezó a parecerme muy amena.

—¡Eh, capitán Morhange! —exclamó Le Mesge dirigiéndose a mi compañero, que saboreaba tranquilamente su salmonete—. ¿Qué me dice de ese acantopterigio? Hoy mismo lo pescaron en el lago del oasis. ¿Empieza a aceptar la hipótesis del mar sahariano?

—Este pescado es un buen argumento —dijo el capitán.

Y se calló de pronto. Acababa de abrirse la puerta, dando paso a un targui blanco. Los comensales guardaron silencio.

Lentamente, el hombre del velo se encaminó hacia Morhange y le tocó en el brazo derecho.

—De acuerdo —dijo Morhange.

Y levantándose de la mesa siguió al mensajero.

El Hoggar 1879 estaba entre el conde Bielowsky y yo. Llené mi copa — una copa de medio litro — y la apuré nerviosamente.

El hetman me lanzó una mirada de simpatía.

—Eh, eh —dijo Le Mesge, dándome con el codo—, Antinea respeta el orden jerárquico.

El reverendo Spardek sonrió púdicamente.

—Je, je —repitió Le Mesge.

Tuve ganas de arrojar la copa a la cabeza del adjunto de historia. Pero ¡qué diantre! Me la llené de nuevo y la apuré de un sorbo.

—El señor Morhange no podrá saborear sino de oídas este delicioso cordero asado —dijo el profesor cada vez más bromista, a tiempo que se adjudicaba una gran tajada de cordero.

—No tendrá tampoco que sentirlo —dijo con donaire el hetman—. Pues esto no es asado, sino cuerno de cordero bravio. Verdaderamente, Kuku empieza ya a tomarnos el pelo.

—La culpa la tiene el reverendo —respondió con voz agria Le Mesge—. Ya le he dicho más de una vez que procure no hacer prosélitos en la cocina.

—Señor profesor... —dijo con dignidad el reverendo Spardek.

—Mantengo mi protesta —vociferó Le Mesge, que desde aquel momento me pareció un poco chispo—. Tomo por juez al señor —continuó, dirigiéndose a mí—. El señor acaba de llegar y no tiene preferencias. Pues bien, yo le pregunto: ¿hay derecho a echar a perder a un cocinero bambara atiborrándole todo el día la cabeza con discusiones teológicas que no comprende ni por pienso?

—¡Ay! —respondió el pastor con tristeza—. ¡Cómo se engaña usted! ¡Posee una afición terrible por la controversia!

—Kuku es un haragán que se aprovecha de eso para no hacer nada y dar lugar a que se le pegue la comida —opinó el hetman—. ¡Viva el papa! —gritó, llenándonos a todos las copas.

—Os aseguro que ese bambara me trae preocupado —añadió con mucha dignidad el reverendo Spardek—. ¿Sabéis por dónde se anda ahora? Pues niega la presencia real. Está a dos dedos de los errores de Zwinglio y de Oecolampadio. Kuku niega la presencia real.

—Caballero —dijo Le Mesge muy irritado—. Hay que dejar en paz a los cocineros. Así lo comprendía Jesús, que, a lo que pienso, era tan buen teólogo como usted. Y, sin embargo, nunca tuvo la idea de distraer a Marta de su fogón para contarle historias.

—Muy bien dicho —aprobó el hetman.

Tenía entre las rodillas una garrafa que se esforzaba por descorchar.

—Las copas. ¡Concentración! —dijo luego que logró descorcharla.

—Kuku niega la presencia real —repetía el pastor, apurando su copa con aire triste.

El hetman de Jitomir me susurró al oído:

—Déjeles que griten. ¿No ve que están completamente borrachos?

A él también se le trababa la lengua. Y le costó indecible trabajo llenarme la copa casi hasta los bordes.

Tuve intenciones de rechazar la copa. Pero luego me dije:

«A esta hora, Morhange... Por más que diga... ¡Es tan hermosa!».

Y tomando la copa, la apuré de nuevo.

Le Mesge y el pastor se habían enzarzado en una peregrina discusión religiosa, tirándose a la cabeza el *Book of common prayer*, la *Declaration des droits de l'homme* y la *Bula Unigenitus*. Poco a poco empezaba el hetman a adquirir sobre ellos ese ascendiente del hombre de mundo que, por muy borracho que esté, se impone con toda la superioridad que la educación tiene sobre la ciencia.

El conde Bielowsky había bebido como cinco veces más que el profesor y el pastor. Pero resistía diez más que ellos.

—Dejemos a esos borrachos —dijo con repugnancia—. Véngase, querido amigo. Nuestros compañeros nos aguardan en la sala de juego.

—Señoras y señores —dijo el hetman al entrar—, permítanme que les presente a un nuevo compañero, a mi amigo el señor teniente De Saint-Avit.

—No diga nada —murmuró a mi oído—, son los criados de la casa... Pero yo me hago la ilusión...

Me convencí, en efecto, de que estaba borracho.

La sala de juego era angosta y larga. Lo más esencial del mobiliario era una mesa grande, a ras del suelo, rodeada de almohadones, en los que estaban tendidos unos doce nativos. En las paredes se veían dos grabados que atestiguaban el más dichoso eclecticismo: el *San Juan Bautista*, de Da Vinci, y la *Casa de los últimos cartuchos*, de Alphonse de Neuville.

En la mesa había dos vasos de tierra roja y un pesado cántaro lleno de alcohol de palma.

Entre los presentes encontré a algunos conocidos: mi masajista, la manicura, el barbero y dos o tres tuareg blancos que se habían echado los velos y fumaban gravemente sus largas pipas con tapa de cobre. Todos ellos, y a falta de otra cosa, se hallaban sumidos en las delicias de un juego de naipes, que me pareció el *rams*. Entre los jugadores estaban dos de las lindas doncellas de Antinea: Aguida y Sydia. Bajo los velos moteados de plata se traslucía su tez morena.

Me causó cierto pesar no ver por allí la túnica de seda encarnada de Tanitzerga. De nuevo pensé en Morhange; mas solamente el espacio de un segundo.

—Las fichas, Kuku —ordenó el hetman—; no hemos venido aquí para divertirnos.

El cocinero zwingliano le puso delante una capa de fichas multicolores. El conde Bielowsky las fue contando y distribuyendo en montoncitos, cosa que hizo con indecible gravedad.

—Las blancas valen un luis —me explicó—. Las rojas, cien francos. Las amarillas, quinientos. Las verdes, mil. ¡Ah!, aquí armamos un juego infernal, ¿sabe? Pero ya lo irá usted viendo.

—Me quedo con la banca en diez mil —dijo el cocinero zwingliano.

—Doce mil —dijo el hetman.

—Trece mil —dijo Sydia, que con húmeda sonrisa, sentada en una de las rodillas del conde, ordenaba amorosamente sus fichas en montoncitos.

—Catorce mil —dije yo.

—Quince mil —dijo la voz agria de Rosita, la negrita vieja, la manicura.

—Diecisiete mil —proclamó el hetman.

—Veinte mil —gritó el cocinero.

Y nos lanzó una mirada de desafío.

—Veinte. Me quedo con la banca en veinte mil.

El hetman hizo un mohín de mal humor.

—Endiablado Kuku. ¡No se puede con este animal! Va a tener que jugar fuerte, teniente.

Kuku se había situado en la cabecera de la mesa y barajaba las cartas con una maestría tal que apenas si podía salir de mi asombro.

—¿No se lo dije? Igual que en casa de Anna Deslions —murmuró el hetman muy ufano.

—Señores, hagan juego —voceó el negro—; hagan juego, señores.

—Aguarda, animal —dijo Bielowsky—. ¿No estás viendo que no hay vino en las copas? Ven acá, Cacambo.

El masajista, jovial, llenó al punto las copas.

—Corta —dijo Kuku dirigiéndose a Sydia, la hermosa targui, que estaba a su derecha.

La joven cortó, a fuer de supersticiosa, con la mano izquierda. Pero hay que advertir que la derecha la tenía ocupada con la copa, que en aquel momento se llevaba a los labios. Vi henchirse su garganta morena.

—Yo doy —dijo Kuku.

Estábamos colocados por este orden: a la izquierda, el hetman, Aguida, cuya cintura ceñía el procer con el más aristocrático desparpajo; Cacambo, una mujer targui y dos negros con los velos echados, graves, atentos al juego. A la derecha, Sydia, yo y Rosita, la manicura vieja; Baruf, el barbero, otra mujer, dos tuareg blancos, graves y atentos, que correspondían simétricamente a los otros de la izquierda.

—Quiero —dijo el hetman.

Sydia hizo un gesto negativo.

Kuku sacó cartas y dio un cuatro al hetman y se sirvió un cinco.

—Ocho, ocho —dijo Bielowsky.

—Seis —dijo la bella Sydia.

—Siete —declaró Kuku—; un paño paga el otro —añadió fríamente.

—Yo hago paroli —dijo el hetman.

Cacambo y Aguida lo imitaron. En nuestra banda procedíamos con más reserva. Sobre todo la manicura, no aventuraba más de veinte francos en cada apuesta.

—Reclamo que los paños sean iguales —dijo Kuku sin inmutarse.

—¡Qué individuo tan insufrible! —refunfuñó el conde—. Vaya. Bueno, ¿estás contento?

Kuku volvió a dar y abatió nueve.

—¡Honor y patria! —gruñó Bielowsky—. Yo tenía ocho...

Yo, que tenía dos reyes, no descubrí mi mal humor. Rosita me quitó las cartas de la mano.

Me volví a mirar a Sydia, que estaba a mi derecha. Su inmensa cabellera negra le cubría los hombros. Estaba, realmente, muy hermosa y un poco alegre, como todos aquellos fantasmagóricos contertulios. Ella me miraba también, pero de soslayo, con un aire de bestezuela tímida.

—¡Ah! —me dije—. Sin duda le impongo respeto. En mi cabeza hay escrito un letrero que dice: *vedado*.

La rocé con el pie y retiró el suyo temerosa.

—¿Quién quiere cartas? —preguntó Kuku.

—Yo paso —dijo el hetman.

—Vengan —dijo Sydia.

El cocinero sacó un cuatro.

—Nueve —dijo.

—Esa carta era para mí —refunfuñó el conde—, tenía cinco. ¡Ah, si yo no le hubiera prometido S. M. Napoleón III no tirar nunca a cinco! A veces me pesa bastante... Mire a ese bruto de negro echándose las de Carlomagno.

Y, en efecto, Kuku, después de cargar con las tres cuartas partes de las fichas, se levantó con dignidad y saludó a la reunión.

—Hasta mañana, «señores».

—¡Iros todos al diablo! —gritó el hetman de Jitomir—. Quédese conmigo, señor De Saint-Avit.

Cuando nos quedamos solos se echó otro vasazo de alcohol. El techo de la sala desaparecía en medio de una humareda oscura.

—¿Qué hora será? —pregunté.

—Las doce y media. Pero no vaya a dejarme tan de sopetón, hijo mío, hijo mío querido. Estoy muy triste, tristísimo.

Lloraba a lágrima viva. Sobre el diván, los faldones de su frac simulaban, a su espalda, grandes aletas color verde manzana.

—¿No es verdad que Aguida es muy guapa? —me dijo, sin dejar de llorar—. Mire, me recuerda, aunque algo más morena, a la condesa de Teruel, a la guapísima condesa de Teruel, a Mercedes, ya sabe usted, la que se estaba bañando en pelota, en Biarritz, ante la peña de la Virgen, un día que el príncipe Bismarck estaba en la pasarela. ¿No la recuerda usted? Mercedes de Teruel.

Yo me encogí de hombros.

—En verdad, lo olvidaba, usted sería entonces muy joven. Tendría dos o tres años, a lo sumo. Un niño. Sí, un niño. ¡Ah, hijo mío, haber pertenecido a aquella sociedad y verse ahora reducido a tallar una banca con salvajes!... Es menester que le cuente...

Me levanté y me desasí de él.

—¡No te vayas! ¡No te vayas! —me suplicó—. Te diré lo que quieras, te contaré todo lo que quieras, te diré cómo he venido hasta aquí, te contaré cosas que no he dicho a nadie. Quédate conmigo, tengo necesidad de desahogarme en el seno de un verdadero amigo. Te lo diré todo, te lo repito. Me inspiras confianza. Eres francés, eres un caballero. Sé que no le dirás nada.

—¿Que no le diré nada? ¿A quién?

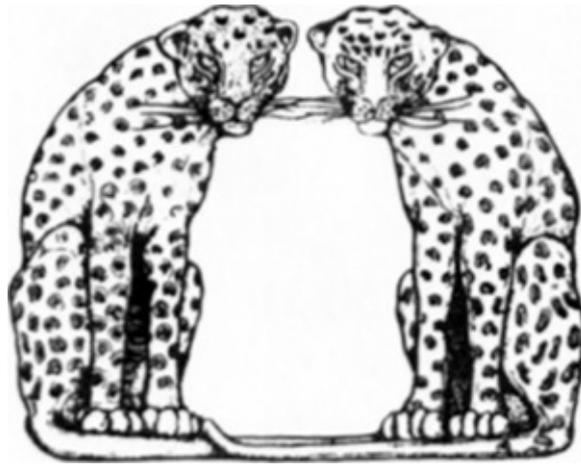
—A...

Le tembló la voz y me pareció notar que todo él se estremecía de miedo.

—¿A quién?

—A... A ella, a Antinea —murmuró.

Yo me volví a sentar.



CAPÍTULO XII

HISTORIA DEL HETMAN DE JITOMIR

1 conde Casimir había llegado a ese punto en que la embriaguez adquiere una suerte de gravedad, de compunción.

Se recogió en sí un momento y dio principio luego a este relato, que lamento no poder reproducir con todo su sabroso arcaísmo.

Cuando las uvas moscateles comiencen a enrojecer en los jardines de Antinea, cumpliré los sesenta y ocho años; triste cosa es, hijo mío, haber comido su racimo en agraz. No es cierto que la vida sea un perpetuo comienzo. ¡Qué amargura haber conocido las Tullerías en 1860 y verse reducido a esta situación!

Cierta noche, poco antes de la guerra —recuerdo que vivía todavía Víctor Noir—, unas damas encantadoras, cuyo nombre me callo —de cuando en cuando leo los nombres de sus hijos en la crónica mundana del *Gaulois*—, me manifestaron su deseo de codearse con loretas auténticas. Yo las llevé a un baile de la Grande Chaumière. Componían el público artistas novatos, mujeres alegres y estudiantes. Varias parejas bailaban el cancan en medio del salón, con tal brío que retemblaban las arañas del alumbrado. Nos llamó la atención, sobre todo, un pollito moreno, que vestía una levita bastante deteriorada y un pantalón a cuadros que, seguramente, no tenía tirantes. Era bisojo, gastaba una barba indecorosa y tenía unos pelos untuosos como arropías. Daba unas cabriolas muy extravagantes. Las damas que iban conmigo preguntaron su nombre. Se llamaba Leone Gambetta.

Qué rabia me da cuando pienso que no hubiera tenido más que soltarle un pistoletazo a aquel abogadillo para garantizar por siempre mi felicidad y la de mi patria adoptiva; porque yo, querido amigo, soy francés de corazón, aunque no de nacimiento.

Nací, en 1829, en Varsovia, de padre polaco y madre rusa, volhiniana por más señas. De ella heredé mi título de hetman de Jitomir, que me fue restituido por el zar Alejandro II merced a la petición que le hizo, en ocasión de su visita a París, mi augusto señor, el emperador Napoleón III.

Mi padre, el conde Bielowsky, hubo de dejar Varsovia en 1830 por razones de política que no podría explicarle a usted adecuadamente sin rehacer la historia entera de la desventurada Polonia, y fue a residir en Londres. A la muerte de mi madre, y para aturdir su pesar, según me dijo, dilapidó toda su inmensa fortuna. Cuando murió, en los días del asunto Pritchard, sólo pudo dejarme unas mil libras esterlinas de renta, más dos o tres martingalas, cuya inutilidad he comprobado luego.

Nunca recordaré sin emoción mis diecinueve y veinte años, época en que liquidé por entero aquella herencia. Londres era entonces, verdaderamente, una población adorable. Yo me había arreglado un lindo cuartito de soltero en Piccadilly.

*Piccadilly! Shops, palaces, bustle and breeze,
The wirling of wheels, and the murmur of trees*^[37].

Todo el tiempo se me iba en las cacerías de zorros en *briska*, en paseos en *boggy* por Hyde Park y en visitas, sin menoscabo de las agradables juerguecitas con las Venus fáciles de Drury Lane. Es decir, todo el tiempo, no. Aún me quedaba alguno para el juego, y un sentimiento de piedad filial me impulsaba a comprobar la eficacia de las martingalas heredadas del difunto conde, mi padre. El juego fue causa del acontecimiento que voy a referirle y que de modo tan inopinado cambió el rumbo de mi vida.

Mi amigo lord Malmesbury me había repetido lo menos cien veces:

—Tengo que llevarle a casa de una mujer encantadora y exquisita, que vive en Oxford Street, número 277: se llama *miss* Howard.

Una noche me dejé conducir allá. Era el 22 de febrero de 1848. El ama de la casa era verdaderamente lo que se llama una belleza, y los invitados a la velada, muy amables. Además de Malmesbury, encontré allí a varios amigos, como lord Clebden, lord Chesterfield, *sir* Francis Mountjoye, mayor en el segundo de Life Guards, y el conde de Orsay. Hubo su poquito de juego, y luego la conversación recayó sobre política. Se trató de los acontecimientos de Francia, y los contertulios discutían, hasta perderse de vista, las consecuencias de los disturbios que aquella misma mañana había habido en París, a consecuencia de haber sido prohibido el banquete del XII distrito, y que acababan de saberse por telégrafo. Yo no me había ocupado nunca, hasta

allí, en la cosa pública. No sé, pues, cómo se me ocurriría afirmar, con todo el brío de mis diecinueve años, que las noticias llegadas de Francia significaban la República para el otro día y el Imperio para el día siguiente.

Los reunidos acogieron mi salida con una risa discreta, y se volvieron en dirección a un personaje sentado en quinto lugar a una mesita de berlanga, donde acababa de suspenderse el juego.

Aquel personaje sonrió también. Se levantó y se dirigió a mí. Era de regular estatura, más bien bajo que alto. Iba embutido en una levita azul, y su mirada era lejana e imprecisa.

Todos los presentes contemplaban aquella escena con indecible atención.

—¿A quién tengo el honor? —me preguntó el referido sujeto con voz muy afable.

—Conde Casimir Bielowsky —respondí resueltamente, como probándole que la diferencia de edades no era motivo suficiente para justificar su pregunta.

—Pues bien, mi querido conde, ojalá que su predicción se realice y pueda yo recibirle en las Tullerías —dijo sonriendo el contertulio de la levita azul.

Y añadió, presentándose al fin, dignándose presentarse a mí:

—Príncipe Luis Napoleón Bonaparte.

No tomé parte activa, y no lo lamento, en el golpe de estado. Tengo por principio el que un extranjero no debe inmiscuirse en los disturbios internos de un país. El príncipe comprendió mi discreción y jamás olvidó a quien tan feliz augurio le hiciera.

Fui uno de los primeros que llamó al Elíseo. Mi fortuna quedó definitivamente sentada merced a una nota difamatoria de *Napoléon le Petit*. Al año siguiente, cuando monseñor Sibour pasó por allí, era yo gentilhomme de cámara, y el emperador extremaba su bondad para conmigo hasta el punto de casarme con la hija del mariscal Repeto, duque de Mondovi.

No tengo escrúpulo en declarar que ese matrimonio no fue lo que debió haber sido. La condesa, que me llevaba diez años, tenía mal genio y no era nada hermosa. Además, su familia me exigió formalmente el régimen dotal. Y tenga en cuenta que yo sólo contaba por aquel entonces con mis veinticinco mil libras de sueldo como gentilhomme de cámara. ¡Menguada suerte para quien frecuenta el trato del conde de Orsay y del duque de Gramont-Caderousse! ¿Cómo me las hubiera arreglado sin la benevolencia del emperador?

Una mañana de la primavera de 1862 estaba yo en mi despacho repasando el correo. Tenía delante una carta de Su Majestad citándome para las cuatro,

en las Tullerías, más otra de Clémentine, avisándome que me esperaba en su casa, a las cinco. Clémentine era la hermosa sin tacha por la que yo hacía entonces locuras. Estaba tanto más ufano de ella cuanto que se la había birlado una noche, en la Maison Dorée, al príncipe Metternich, que por ella estaba chiflado. Toda la corte me envidió esa conquista; yo estaba moralmente obligado a seguir sosteniéndola. Y además, ¡era tan hermosa Clémentine! Y hasta el emperador... Las demás cartas, ¡vive Dios!, las demás cartas eran precisamente facturas de los proveedores de la bella que, sin hacer caso de mis protestas, persistían en enviármelas a mi domicilio conyugal.

Ascendían a cuarenta mil francos y pico. Trajes y salidas de teatro de la casa Gagelin-Opigez, calle Richelieu, 23; sombreros y adornos de cabeza de *madame* Alexandrine, calle de Antin, 14; ropa interior profusa y variada de *madame* Pauline, calle de Clery, 100; pasamanería y guantes de la ciudad de Lyon, calle de la Chaussée d'Antin, 6; fulares de la Malle des Indes; pañuelos de la Compagnie Irlandaise; blondas de la casa Ferguson; leche antefélica de Candes... Sobre todo la leche antefélica de Candes fue lo que puso el colmo a mi asombro. La factura comprendía 51 frascos, 637 francos con 50 de leche antefélica de Candes. ¡Había con ello de sobra para suavizar la piel a un escuadrón de cien guardias!

—Esto no puede continuar así —dije, metiéndome las facturas en el bolsillo.

Eran las cuatro menos diez cuando entraba por el postigo del Carrousel.

En el salón de los edecanes me encontré con Bacciochi.

—El emperador tiene gripe —me dijo—. No sale de su cuarto. Pero me ha dado orden de introducirlo en cuanto llegase. Sígame.

Su Majestad, con guerrera y pantalón de cosaco, estaba muy pensativo asomado a una ventana, por la que se veían ondular los pálidos verdos de las Tullerías, relucientes bajo una tibia llovizna.

—¡Ah! Por fin has venido —dijo Napoleón—. Toma, enciende un cigarrillo. Parece que la hicisteis anoche sonada tú y Gramont-Caderousse en el Château des Fleurs.

Sonreí con satisfacción.

—¡Cómo! Vuestra Majestad sabe ya...

—Sé algo, sé algo.

—¿Conoce Vuestra Majestad la última palabra de Gramont-Caderousse?

—No; pero tú me la dirás.

—¡Pues, ahí va! ¡Estábamos juntos cinco o seis: yo, Viel-Castel, Gramont, Persigny!...

—Persigny —dijo el emperador— hace mal en exhibirse con Gramont, después de lo que todo París cuenta de su mujer.

—Precisamente, señor. Pues como iba diciendo, Persigny estaba conmovido, no hay duda. Se puso a hablarnos de las desazones que le causaba la conducta de la duquesa.

—Ese Persigny tiene muy poco tacto —murmuró el emperador.

—Así es, señor. ¿Y sabe Vuestra Majestad lo que Gramont le dijo?

—¿Qué?

—Pues esto mismo: «Señor duque, le prohíbo hablar mal delante de mi querida».

—Gramont exagera —dijo Napoleón, con pensativa sonrisa.

—Así nos lo pareció a todos, señor, incluso a Viel-Castel, que, sin embargo, parecía encantado.

—A propósito de esto —dijo el emperador, después de una pausa—. Se me olvidaba pedirte noticias de la condesa Bielowsky.

—Está bien, señor. Doy gracias a Vuestra Majestad.

—¿Y Clémentine, siempre tan dócil?

—Siempre, señor. Pero...

—Parece que Baroche está loco perdido por ella.

—Lo cual me honra mucho, señor; pero tal honor me resulta harto oneroso.

Saqué del bolsillo las facturas y se las mostré a Su Majestad, que las contempló con una vaga sonrisa.

—Vaya, vaya. Si no es más que eso... Yo proveeré a ello, tanto más cuanto que te tengo que pedir un servicio.

—Estoy a la entera disposición de Vuestra Majestad.

Tiró de la campanilla.

—Que venga Mocquard.

—Tengo gripe —añadió—. Mocquard te explicará con detalle el asunto.

Entró el secretario particular del emperador.

—Mocquard, aquí Bielowsky —dijo Napoleón—. Usted está al corriente de lo que de él espero. Hágaselo saber.

Y se puso a repicar con los dedos en los cristales, donde la lluvia daba con fuerza ahora.

—Mi querido conde —empezó diciendo Mocquard—, la cosa es muy sencilla. Habrá oído hablar de un joven explorador de talento, llamado Henri Duveyrier.

Moví la cabeza negativamente, muy sorprendido de aquel introito.

—Duveyrier —continuó Mocquard— ha vuelto a París después de un viaje extraordinariamente audaz por el sur de Argelia y el Sahara. Vivien de Saint-Martin, con quien he hablado estos días, me ha asegurado que la Sociedad de geografía pensaba concederle por esa excursión su gran medalla de oro. En el curso de su viaje, Duveyrier entabló relaciones con los jefes del pueblo que hasta ahora se mostró rebelde al influjo de los ejércitos de Su Majestad; me refiero a los tuareg.

Volví la vista hacia el emperador; mi asombro era tan grande que él se echó a reír.

—Sigue escuchando —me dijo.

—Duveyrier —continuó Mocquard— pudo conseguir que una comisión de esos jefes venga a París a presentar sus respetos a Su Majestad. De esta visita pueden salir resultados muy importantes, y su excelencia el ministro de colonias no desespera de obtener la firma de un tratado de comercio que conceda a nuestros compatriotas particulares ventajas. Estos jefes, que son cinco, entre los que se halla el jeque Otman, amenokal o sultán de la Confederación de los azcher, llegará mañana por la mañana a la estación de Lyon. Allí les aguardará Duveyrier. Pero el emperador cree oportuno que además...

—He pensado —dijo Napoleón III, lisonjeado por mi aire de asombro— que sería correcto que uno de mis gentilhom bres de cámara recibiese a su llegada a esos dignatarios musulmanes. Por eso te he mandado venir, mi pobre Bielowsky. No te asustes —añadió riendo más fuerte—. Duveyrier te acompañará. Tú te encargarás únicamente de la parte mundana; acompañarás a esos imanes en el almuerzo que les doy mañana en las Tullerías, y luego, por la noche, discretamente, pues su religión es muy quisquillosa, procurarás que se conformen una alta idea de la civilización parisiense, sin incurrir, claro está, en exageraciones; no olvides que en el Sahara son altos dignatarios religiosos. Confío en tu tacto y te doy carta blanca... ¡Mocquard!

—Señor.

—Incluirá en el presupuesto, capítulo negocios extranjeros, apartado colonias, la cantidad que necesite el conde Bielowsky para recibir a los delegados tuareg. Me parece que con cien mil francos para empezar... El conde no tendrá más que indicarle a usted si se ha visto obligado a rebasar la suma.

Clémentine vivía en la calle Boccador, en un pabelloncito morisco que para ella le compré a De Lesseps. Estaba acostada cuando llegué. Al verme se echó a llorar.

—¡Qué aturdidos somos! —murmuró sollozando—. ¿Qué hemos hecho?
—Pero ¿qué pasa, Clémentine?
—¿Qué hemos hecho, qué hemos hecho? —repetía, y restregaba contra mí sus largos cabellos negros y su carne tibia, florecida por el agua de Nanon.
—Pero ¿qué pasa, qué ocurre?
—Pues que... —y me susurró al oído ciertas palabras.
—¡No! —exclamé desconcertado—. ¿Estás segura?
—¡Y tan segura!
Me quedé aterrado.
—No parece que te haga mucha gracia —dijo resentida.
—No hay tal cosa, Clémentine; pero, en fin... Te aseguro que soy feliz.
—Pruébamelo; pasemos el día de mañana juntos.
—¡Mañana —exclamé dando un respingo—, absolutamente imposible!
—¿Por qué? —me preguntó maliciosa.
—Pues porque mañana tengo que remolcar a los delegados tuareg... Es orden del emperador.
—¿Qué trola es esa? —dijo Clémentine.
Confieso que nada se parece tanto a una mentira como la verdad.
Le repetí lo mejor que pude las palabras de Mocquard. Clémentine me escuchaba con una cara que quería decir: «¡A mí no me la pegas!».
Por último, monté en cólera.
—Si quieres convencerte, no tienes más que venir a comprobarlo por ti misma. Mañana por la noche cenó con ellos. Estás invitada.
—Pues iré —dijo Clémentine con gran dignidad.
Admito que me faltó sangre fría en aquella ocasión. Pero hay que tener presente que fue aquél un día bastante agitado. Cuarenta mil francos de facturas al despertar. El encarguito de guiar a unos salvajes por París al otro día. Y para colmo de los colmos el anuncio de una próxima paternidad ilegítima...
«Después de todo —me decía a mí mismo, al volver a la casa, cumplo las órdenes del emperador. Me ha encargado que esos tuareg se lleven una buena idea de la civilización parisiense. Clémentine se conduce muy bien en sociedad, y por el momento no conviene contrariarla. Encargaré un reservado para mañana, por la noche, en el Café de París, y le diré a Gramont-Caderousse y a Viel-Castel que vayan a cenar allí con sus queridas. Será muy digno del carácter galo observar cómo se comportan esos hijos del desierto en la juerguecita que les preparo».

El tren de Marsella llegaba a las diez y veinte. En el andén me encontré con Duveyrier, que era por aquel entonces un joven de veintitrés años, con ojos azules y barbilla rubia. Los tuareg se arrojaron a sus brazos al apearse del coche. Había pasado dos años con ellos, bajo la tienda, haciendo su misma vida. Me presentó al jefe de la comisión, el jeque Otman, y a los cuatro delegados, unos corpulentos hombretones vestidos de algodón azul y cargados de amuletos de cuero rojo. Por suerte, todos ellos hablaban una especie de *sabir*^[38] que nos sirvió de mucho para entendernos.

Sólo mencionaré, a título de recuerdo, el almuerzo en las Tullerías, las visitas de aquella tarde al Museo, al Ayuntamiento y a la Imprenta imperial. En cada uno de esos sitios los tuareg firmaban en sendos álbumes. Aquello era el cuento de nunca acabar. Para que usted se forme una idea, le diré que el nombre completo del jeque Otman era nada menos que la retahila siguiente: Otman ben-el-Jach-el-Bekri ben el Jach el Faqqi ben-Mohamed-Buya ben-si-Ahmed es Suki ben Mahmud^[39].

¡Y los otros cinco no tenían nada que envidiarle!

A pesar de todo, no perdí el buen humor, porque en los bulevares y en todas partes tuvimos un éxito colosal. En el Café de París, a las seis y media, se produjo un verdadero delirio. Los delegados, un tanto alegrillos, me abrazaban, chapurreando: *bono* Napoleón; *bono* Eugenia; *bono* Casimir; *bono* rumis. Gramont-Caderousse y Viel-Castel estaban en el número 8, con Anna Grimaldi, de las Folies-Dramatiques, y Hortense Schneider, las dos tan hermosas que metían miedo. Pero en cuanto entró mi Clémentine, se llevó la palma. Tengo que explicarle cómo iba vestida: blusa blanca sobre una falda de tul por encima del plegado. La falda quedaba recogida a cada lado por medio de unas guirnaldas de hojarasca verde, entrelazadas con volubilis color rosa. Formaba de este modo un palio redondo que dejaba ver la falda de tarlatán por delante y a los lados. Las guirnaldas subían hasta la cintura, y en el trecho que dejaban cada dos ramitas iban prendidos unos lazos de satén rosa con picos largos. La blusa, de punto, estaba forrada de tul, con una berta abullanada de tul con volantes de encaje. Como tocado llevaba en la cabeza, sobre sus negros cabellos, una corona-diadema de las mismas flores. Dos largas sargas de hojarasca le ceñían el pelo y le caían sobre los hombros. Como salida de teatro llevaba una especie de muceta de cachemira azul, recamada en oro y forrada de satén blanco.

Tanto esplendor y belleza impresionaron profundamente a los tuareg y, sobre todo, al vecino de la derecha de Clémentine, Jach-ben-Guemama, hermano del jeque Otman y amenokal del Hoggar. Cuando sirvieron el potaje

con esencia de caza mayor, rociado con Tokay, ya estaba enamorado. Al llegar la compota de fruta Martinica al licor de *madame* Amphoux, ya se habían declarado los síntomas más característicos de una pasión sin límites. El vino de Chipre acabó de iluminarle acerca de sus sentimientos. Hortense me daba con el pie por debajo de la mesa. Gramont quiso hacer otro tanto con Anna, y se equivocó, dando lugar a que uno de los tuareg protestase indignado. Puedo afirmar que cuando llegó la hora de partir para Mabile, ya sabíamos a qué atenernos respecto al modo cómo nuestros visitantes respetaban la prohibición impuesta por Mahoma respecto al vino.

En Mabile, mientras Clémentine, Horace, Anna, Ludovic y los tres tuareg se consagraban a un *galop* de lo más endiablado, el jeque Otman me llevó aparte y me comunicó, con emoción visible, cierta embajada que su hermano, el jeque Ahmed, le había encomendado.

Al día siguiente, muy temprano, fui a ver a Clémentine.

—Hija mía —empecé diciéndole luego que, no sin trabajo, logré despertarla—, escúchame; tengo que hablarte, y muy en serio.

Ella se restregó los ojos malhumorada.

—¿Qué te parece ese joven árabe que ayer noche te hacía la corte tan de cerca?

—Pues... no del todo mal —me contestó, ruborizándose.

Has de saber que en su país es príncipe soberano y que reina sobre territorios cinco o seis veces más grandes que los de nuestro augusto señor, el emperador Napoleón III.

—Sí; algo de eso me dijo —exclamó ella interesada.

—Bueno. ¿Y no te gustaría subir a un trono, a ejemplo de nuestra augusta soberana la emperatriz Eugenia?

Clémentine me miró pasmada.

—Pues su propio hermano, el jeque Otman, es quien me ha encargado que diese este paso en su nombre.

Clémentine estaba tan asombrada que ni siquiera pudo responderme de inmediato.

Al cabo de un rato, exclamó:

—¡Yo, emperatriz!

—Sólo de ti depende. Es necesario que contestes antes del mediodía. Si dices que sí, almorzaremos juntos en Voisin y asunto concluido.

Pude advertir que Clémentine ya había tomado una resolución firme, pero le pareció oportuno aparentar ante los demás una cierta tristeza.

—De modo que te conformas —gimió ella—. Pero abandonarte así, ¡jamás!

—Hijita —le dije dulcemente—; nada de locuras. Puede que ignores que estoy tronado; pues lo estoy a más no poder. Ni siquiera sé cómo voy a arreglármelas para pagar mañana tu leche antefélica.

—¡Ah! —exclamó ella.

Pero añadió:

—¿Y... el niño?

—¿Qué niño?

—El... nuestro.

—¡Ah! Es verdad. ¡Bueno! Se lo cargarás al otro en el capítulo de pérdidas y ganancias. Estoy seguro de que el jeque Ahmed lo encontrará muy parecido.

—Siempre sales con alguna broma —dijo ella, entre llorosa y risueña.

Al día siguiente, a la misma hora, el expreso de Marsella se llevaba a los cinco tuareg y a Clémentine. La joven, radiante, se apoyaba en el brazo del jeque Ahmed, cuya alegría no tenía límites.

—¿Hay muchas tiendas de moda en nuestra capital? —preguntó la joven con languidez a su prometido.

Y el otro, riendo apaciblemente por debajo de sus velos, respondió:

—*Besef, bese^{f40]}. Bono, rumis^{41]}, bono.*

En el momento de arrancar el tren, a Clémentine le acometió una crisis de emoción.

—Casimir, escucha; siempre has sido bueno conmigo. Voy a ser reina. Si alguna vez te va mal aquí, prométeme, júrame...

El jeque comprendió lo que quería decir. Se quitó del dedo una sortija y la puso en el mío.

—*Sidi^{42]} Casimir, compañero —afirmó con energía—. Tú venir a encontrarnos. Coger anillo sidi Ahmed y enseñar. Todo el mundo en el Hoggar, compañero. Bono Hoggar, bono.*

Al salir de la estación de Lyon me parecía que había llegado a buen término una broma excelente.

El hetman de Jitomir estaba completamente borracho. Me costó un trabajo inenarrable entender el final de su historia, tanto más cuanto que a cada paso intercalaba canciones escogidas del mejor repertorio de Jacques Offenbach.

*Pasaba un joven por un bosque,
un joven apuesto y guapo.*

*En la mano llevaba una manzana.
Desde aquí ya veis el cuadro.*

¿A quién sorprendería más desagradablemente el desastre de Sedán que a Casimir, el pequeño Casimir? Para el 5 de septiembre tenía que pagar cinco mil lises; no tenía ni un céntimo, pero que ni un céntimo. Cojo mi sombrero, me armo de valor y me dirijo a las Tullerías. No quedaba ni rastro de emperador, pero que ni rastro. La emperatriz, sin embargo, era muy buena. Estaba sola —¡ah!, y qué pronto se larga la gente en estas circunstancias—, sin más compañía que la de un senador, Mérimée, el único literato que he conocido que, al par que hombre de letras, fuese hombre de mundo. «Señora —le decía—, hay que abandonar toda esperanza. Thiers, con quien me acabo de encontrar en el puente Real, no quiere oír hablar de arreglos».

—Señora —dije yo entonces—, Vuestra Majestad sabrá siempre dónde están sus verdaderos amigos.

Y le besé la mano.

*Evohé, qué arte se dan las diosas,
qué mañas tan raras se dan,
para engatusar, para engatusar,
para engatusar a los polluelos.*

Me volví a casa, en la calle de Lille. En el camino me crucé con la canalla, que se dirigía desde el Cuerpo legislativo al Ayuntamiento. Tenía tomada mi resolución.

—Señora —le dije a mi mujer—, mis pistolas.

—¿Qué ocurre? —me pregunta ella, alarmada.

—Que todo está perdido. Sólo queda que salvar el honor. Voy a buscar la muerte en las barricadas.

—¡Ah, Casimir —sollozó mi mujer, echándose en mis brazos—, hasta ahora no te había conocido! Perdóname.

—Te perdono, Aurélie —exclamé con una emoción llena de dignidad—. Yo también he cometido muchos yerros.

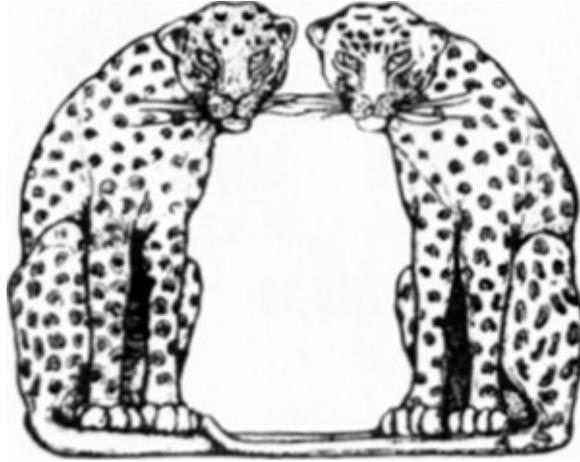
Puse fin a aquella triste escena. Eran las seis. En la calle del Bac salté a un fiacre.

—Veinte francos de propina —le dije al cochero— si me llevas a la estación de Lyon con tiempo de alcanzar el tren de Marsella, que sale a las seis y treinta y siete.

El hetman de Jitomir no pudo terminar su relato. Se había caído, cuando largo era, sobre los almohadones, y dormía como un lirón.

Dando traspiés me dirigí al ciervo.

El sol, amarillo pálido, se elevaba por detrás de las montañas azul crudo.



CAPÍTULO XIV

HORAS DE ESPERA

ra por las noches cuando Saint-Avit se complacía en contarme, con todos sus pormenores, su peregrina historia. Me la iba refiriendo de a trozos, con estricta sujeción a la cronología, sin anticipar nada de los episodios de aquel drama cuyo desenlace conocía yo de antemano. Sin duda que no lo hacía así con la mira de graduar los efectos, pues yo veía de sobra que no pensaba en semejante cosa. Procedía así a causa del extraordinario nerviosismo que en él producía la evocación de tales recuerdos.

Aquella noche acababa de llegar el convoy que nos traía el correo de Francia. Aún estaban sobre la mesa, sin abrir, las cartas que Châtelain nos había entregado. El fotóforo, pálido nimbo en medio del inmenso desierto negro, nos permitía distinguir la letra de los sobres. Oh, la victoriosa sonrisa de Saint-Avit cuando yo, rechazando con la mano todas aquellas cartas, le dije con anhelante voz:

—Continúa.

Accedió sin hacerse rogar.

—Nunca podrás tener idea del estado febril en que pasé el tiempo trascurrido desde que el hetman de Jitomir me contó sus aventuras hasta el día en que volví a verme en presencia de Antinea. Lo más extraño es que en esa fiebre no tenía parte alguna el pensamiento de que en cierto modo era yo un condenado a muerte. Por el contrario, se debía en gran parte a la prisa que sentía porque llegase el acontecimiento que sería la señal de mi muerte, es decir, la llamada de Antinea. Pero aquella llamada tardaba en llegar. Y ese retraso era la causa de mi morbosa inquietud.

¿Tuve algún instante de lucidez en el trascurso de aquellas horas? Creo que no. No me acuerdo de haberme dicho nunca: «¡Pero qué! ¿No te da vergüenza? Cautivo en una situación sin precedentes, no sólo no haces nada

por escapar, sino que todavía bendices tu servidumbre y aspiras a tu ruina». Ni siquiera traté de cohonestar el placer que sentía permaneciendo allí y esperando el fin de la aventura, con el pretexto de que no quería evadirme sin Morhange. Si a veces sentía cierta inquietud por no ver a este último, ello se debía a otras razones muy distintas, y no al deseo de volverle a ver sano y salvo.

Sin embargo, sabía que lo estaba. Los tuareg blancos al servicio particular de Antinea no eran, a decir verdad, muy comunicativos. Tampoco las doncellas lo eran. Cierto que sabía, por Sydia y Aguida, que mi compañero gustaba mucho de las granadas, y no podía sufrir, en cambio, el alcuzcuz con plátanos. Pero en cuanto pretendía obtener de ellos informes de otra índole, echaban a correr y me dejaban plantado. Con Tanit-Zerga era otra cosa. La muchacha parecía sentir repulsión de mentar delante de mí el nombre de Antinea. Y, sin embargo, me constaba que era adicta a su ama, con la fidelidad de un perro. Pero si por acaso pronunciaba el nombre de Antinea, y, como consecuencia natural, el de Morhange, se encerraba la moza en un obstinado silencio.

En cuanto a los blancos, me hacía muy poca gracia interrogar a aquellos siniestros fantoches. Aparte de que ninguno se prestaba a ello. El hetman de Jitomir se sumía cada vez más en el alcohol. Parecía haber liquidado lo que le quedaba de juicio la noche que evocó, para referírmela, su juventud. Solía encontrarlo de vez en cuando por los pasillos, que parecían haberse vuelto demasiado angostos para él, tarareando con lengua estropajosa una canción con música de la *Reina Hortensia*:

*Con mi hija Isabel
cásate sin pensarlo;
que ella es la más hermosa
y tú, el más bravo.*

Al pastor Spardek, de buena gana le hubiera dado de cachetes. Y por lo que se refiere al antipático hombrecillo de las palmas académicas, al plácido redactor de los rótulos de la sala de mármol rojo, ¿cómo encontrárselo sin sentir impulsos de gritarle a la cara: «¡Eh, eh, profesor, observe este curiosísimo caso de apócope!: *Atlavtiveal*. Supresión de *alfa*, *tau* y *lambda*. Tengo a su disposición un caso igualmente curioso: *Klnuñvtivea*, Clémentine, apócope de *kappa*, *lambda*, *épsilon* y *mu*. Si Morhange estuviese con nosotros, le diría, a propósito de esto, muchas cosas de erudición. Pero ¡ay!, que Morhange no se digna venir a vernos y no hay modo de echarle la vista encima»?

Sólo Rosita, la negrita vieja, la manicura, satisfacía apenas mi curiosidad febril; nunca tuve más cuidadas las uñas que en aquellos días de incertidumbre. A estas fechas —han pasado seis años— ya habrá muerto. No creo ofender su memoria si digo que le gustaba bastante empinar el codo. La pobre no sabía resistirse a las botellas que yo le llevaba y que por cortesía apuraba con ella.

Al revés de las demás esclavas, que llegan del sur hacia Turquía por mediación de los mercaderes del Rhat, era nacida en Constantinopla y había venido a Africa con su amo, nombrado caimakán de Radamés... Pero no temas que vaya a complicar una historia, ya bastante fértil en peripecias, contándote las aventuras de la negra.

—Antinea —me decía— es hija del Jach-Ahmed-ben-Guemama, amenokal del Hoggar y jeque de la grande y noble tribu de los kel-rhela. Nació el año 1281 de la hégira. Nunca quiso casarse. Se respetó su voluntad porque en el Hoggar, que ella gobierna, la voluntad de las mujeres es soberana. Es prima segunda de Sidi-el-Senusi, y sólo tiene que pronunciar una palabra para que la sangre de los rumis corra a torrentes desde el Cherid al Tuat, y desde el Chad hasta el Senegal. Si hubiese querido, habría vivido hermosa y respetada en el país de los rumis. Pero prefiere que vengan a ella.

—¿Conoces tú a Cegheir-ben-Cheij? —le pregunté—. ¿Es verdad que le es muy adicto?

—Ninguno de aquí conoce bien a Cegheir-ben-Cheij, porque siempre anda de viaje. Es verdad que quiere mucho a Antinea. Cegheir-ben-Cheij es senussi, y Antinea es prima del jefe de los que asesinaron al gran *kebir* Flatters. Por esto, Ijenujen, amenokal de los tuareg azcher, temiendo las represalias de los franceses, reclamó que le entregasen a Cegheir-ben-Cheij, y cuando éste se vio rechazado por todo el Sahara, sólo encontró amparo en Antinea. Cegheir-ben-Cheij no lo olvidará nunca, porque es valiente y practica la ley del profeta. Para expresar su gratitud a Antinea, que entonces tenía veinte años y era virgen, le trajo tres oficiales franceses del primer Cuerpo de ocupación de Túnez. Son los que en la sala de mármol rojo llevan los números 1, 2 y 3.

—¿Y Cegheir-ben-Cheij salió siempre con bien de esas comisiones?

—Cegheir-ben-Cheij es muy listo y conoce el inmenso Sahara como conozco yo el cuartito que ocupó en lo alto de la montaña. Al principio, sin embargo, hubo de equivocarse. Y de sus primeros viajes volvió trayendo al vejete Le Mesge y al marabut Spardek.

—¿Y qué dijo Antinea al verlos?

—¿Antinea? Le causaron tanta risa que los perdonó. Cegheir-ben-Cheij estaba muy molesto de verla reír de aquel modo. Y desde entonces ya no volvió a equivocarse.

—¿No se equivocó nunca más?

—No. A todos los que ha traído les he cuidado yo los pies y las manos. Todos eran jóvenes y apuestos. Pero debo decirte que tu compañero, el que trajeron el otro día contigo, se lleva la palma en cuanto a guapo.

—Pero ¿por qué? —pregunté, desviando la conversación—. ¿Por qué, ya que les perdonó la vida, no devolvió Antinea su libertad al pastor y a Le Mesge?

—Parece que aquí les encontró empleo —dijo la vieja—. Y además, quien entra aquí una vez, ya no debe salir. De otro modo, los franceses no tardarían en venir, y cuando vieses la sala de mármol rojo nos matarían a todos. Pero no hay que preocuparse, que de todos los que Cegheir-ben-Cheij ha traído, sólo uno intentó escaparse después de haber visto a Antinea.

—¿Y los deja con vida por mucho tiempo?

—Eso depende de ellos y del placer que le proporcionan. Por término medio, dos o tres meses. Pero te repito que es según... Un oficial belga, muy grandote y forzado, sólo vivió aquí ocho días. Y, en cambio, todo el mundo recuerda aquí al oficialito inglés Douglas Kaine, que conservó su vida un año entero.

—¿Y luego?

—Luego, pues murió como todos —dijo la vieja, asombrada de mi pregunta.

—¿Y de qué murió?

Me contestó con las mismas palabras de Le Mesge.

—Pues de lo que los demás: de amor.

—De amor —siguió diciendo—. Todos mueren de amor cuando ven que se les ha acabado el tiempo y que Cegheir-ben-Cheij parte en busca de otros. Muchos tuvieron una muerte dulcísima, y expiraron con los ojos llenos de lágrimas. No dormían ni probaban bocado. Un oficial de marina francés perdió el juicio. Cantaba por las noches una triste canción de su tierra que resonaba en toda la montaña. Otro, un español, se puso rabioso; quería morder a todo el mundo y hubo que matarlo. Muchos murieron por efecto del kif; un kif más violento que el opio. Cuando dejan de ver a Antinea, ya no hacen más que fumar y fumar. La mayor parte han muerto así... Y han sido los más dichosos. El pobrecito Kaine tuvo muy distinta muerte.

—Pues ¿cómo murió el pobrecito Kaine?

—De un modo que a todos nos apenó mucho. Ya te dije que fue quien más tiempo permaneció con nosotros. Nos habíamos acostumbrado a él. En el cuarto de Antinea, en una mesita de Kairuan, pintada de azul y oro, hay un timbre con un gran martillo de plata, de mango de ébano, muy pesado. Aguida fue quien contó la escena. Cuando Antinea, sonriendo como de costumbre, le dio a entender su despedida al inglesito, éste se quedó alelado, mudo y lívido. Ella tocó el timbre para que se lo llevarsen. Acudió un targui blanco. Pero el inglés cogió con presteza el martillo, y dando con él en la cabeza al targui, lo tumbó en el suelo, con el cráneo partido. Antinea seguía sonriendo. Se llevaron, por fin, al inglés a su cuarto. Aquella misma noche, burlando la vigilancia de sus guardianes, Kaine saltó por la ventana, que tenía doscientos pies de altura. Los obreros del taller de embalsamamiento me contaron que habían pasado lo indecible para embalsamar su cadáver, aunque al fin pudieron salir bastante bien del paso. No tienes más que ir a verlo. Ocupa el número 26 en la sala de mármol rojo.

La vieja ahogó su emoción en el vaso.

—Dos días antes —añadió— había venido aquí a cuidarle las uñas, porque ésta era su habitación. En la pared, cerca de la ventana, escribía algo con cortaplumas. Mira, aún se ve:

Was it not Fate, that, on this July midnight...[43]

En cualquier otro instante, aquel verso grabado en la peña de la ventana por donde el oficialito inglés se precipitó, me hubiera producido emoción infinita. Pero otro pensamiento ocupaba mi corazón.

—Oye —dije con la voz más tranquila que pude—. Cuando Antinea tiene bajo su poder a uno de nosotros, lo encierra con ella, ¿no es verdad? ¿Y ya no se le ve?

La vieja hizo un ademán negativo.

—No teme que se le escapen. La montaña está bien guardada. Antinea no tiene más que tocar su timbre de plata para que se lo lleven.

—Pero a mi compañero, desde que ella lo llamó, no he vuelto a verlo...

La negrita sonrió con malicia.

—Si no lo ves, es porque está muy a gusto al lado de ella. Antinea no lo obliga. Ni tampoco se lo impide.

Sin poderme contener, descargué sobre la mesa un puñetazo.

—Vete de aquí, vieja loca. ¡Y en el acto!

Rosita huyó asustada y apenas tuvo tiempo de recoger sus enseres de manicura.

Was it not Fate, that, on this july midnight...

Acepté la insinuación de la negrita. Eché a andar por los pasillos, me perdí; pero gracias al pastor Spardek, a quien casualmente encontré, pude dar con el camino y logré llegar a la sala de mármol rojo. Penetré en ella.

Aquel frescor de cripta perfumada me sentó muy bien. No hay lugar tan siniestro que el murmullo del agua fluente no lo alegre e ilumine. La cascada que manaba en medio del salón me infundió ánimos. Un día, a punto de un combate, estaba yo tendido con mi sección entre la hierba crecida, aguardando el momento, el silbido que nos hace levantarnos bajo una lluvia de balas. A mis pies corría un arroyuelo. Yo escuchaba su fresco gorgoteo y admiraba los contrastes de sombra y luz en la transparencia de agua. Los negros pececillos, la verde hierba, la arena amarilla y arrugada... Siempre me ha seducido el misterio del agua.

Allí, en el trágico salón, la cascada tenebrosa polarizó mis pensamientos. Adiviné en ella una amiga. Me ayudaba a no desfallecer en medio de los congelados testimonios de tantos monstruosos crímenes.

El número 26. *El exteniente Douglas Kaine, nacido en Edimburgo el 21 de setiembre de 1862. Muerto en el Hoggar el 16 de julio de 1890. Veintiocho años. ¡No había cumplido veintiocho años! Una faz lívida bajo la máscara de oricalco, una triste boca apasionada. Es él. ¡Pobre chico! ¡Edimburgo! Conozco Edimburgo sin nunca haber estado allí.*

Desde las murallas del castillo se columbran las colinas de Pentland. —«Mire un poco más abajo —decía Anne de Saint-Yves, la dulce *miss* Flora de Stevenson—, mire un poco más abajo y verá. En un repliegue de la colina, un ramillete de árboles y un hilillo de humo que se eleva entre ellos. Aquél es Swanston Cottage, donde mi hermano y yo vivimos con nuestras tías. Si su vista os agradase de veras, me consideraría feliz». Cuando partió hacia Darfur, Douglas Kaine dejaría seguramente en Edimburgo una *miss* Flora, tan rubia como la de Saint-Yves. Pero ¡qué son todas esas muchachillas al lado de Antinea! Kaine, con ser tan juicioso, tan a propósito para un amor de esa índole, amó a la otra. Y murió. Y he aquí también el número 27, éste a causa de que aquél se estrelló contra las peñas del Sahara, y que también murió.

Morir, amar. ¡Con qué naturalidad resuenan estas palabras en la sala de mármol rojo! ¡Cómo se agiganta la figura de Antinea entre este coro de lívidas estatuas! ¿Es que el amor necesita hasta ese punto de la muerte para multiplicarse? Otras mujeres habrá en el mundo tan hermosas, si no más, que Antinea. A ti te tomo por testigo de que apenas si he hablado de su belleza. ¿Por qué entonces aquella fiebre, aquel holocausto de todo mi ser? ¿Por qué

estoy dispuesto a cosas que ni siquiera me atrevo a concebir, de miedo a espantarme yo mismo, con tal de estrechar entre mis brazos un solo segundo a ese vacilante espectro?

He aquí el número 53, el último. El 54 será Morhange. Y el 55, yo. Dentro de seis meses, a lo sumo de ocho —y en total igualdad de circunstancias—, me instalarán en esta hornacina, simulacro sin ojos, alma muerta, cuerpo relleno.

¡Rozo el límite de la felicidad, de la exaltación que se analiza a sí misma! ¡Qué niño era yo hace un momento! Lanzaba recriminaciones delante de una manicura negra. ¡Estaba celoso de Morhange, palabra! ¿Y por qué, puesto a ello, no sentir celos de los presentes y luego de los otros, de los ausentes que un día vendrán a llenar uno por uno el negro círculo de estos nichos todavía vacíos?... Ya sé que Morhange está en este momento cerca de Antinea, y que siento una alegría amarga y magnífica al pensar en la suya. Pero una noche, dentro de tres meses, o de cuatro a lo sumo, vendrán aquí los embalsamadores. El nicho 54 recibirá su presa. Entonces vendrá a buscarme un targui blanco. Yo me estremeceré en un magnífico arrobó. Él me rozará el brazo. Y entonces habrá llegado mi vez de penetrar en la eternidad por la ensangrentada puerta del amor.

Cuando, al salir de mi meditación, me encontré en la biblioteca, la noche, que empezaba a cerrar, confundía las sombras de las personas allí reunidas.

Pude distinguir a Le Mesge, al pastor, al hetman y también a Aguida, dos tuareg blancos y otros más, reunidos todos en un conciliábulo sumamente animado.

Asombrado y hasta inquieto de ver juntas a tantas personas que no solían mirarse entre sí con muy buenos ojos, me acerqué.

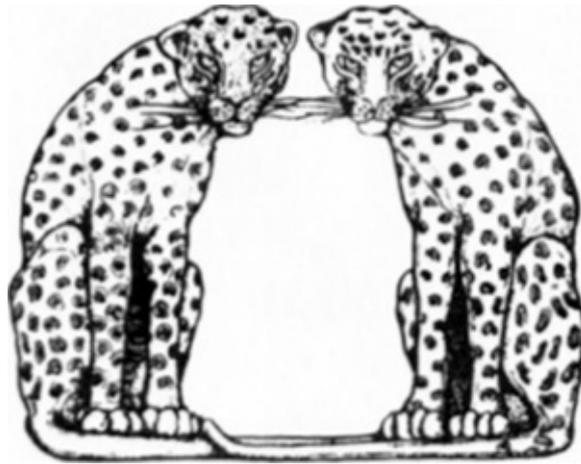
Acababa de desarrollarse un hecho, un hecho inaudito que traía revueltos a aquella hora a todos los habitantes de la montaña.

Del lado del oeste, en el Adrar Ahnet, acababan de ser vistos dos exploradores españoles procedentes de Río de Oro.

Apenas supo esto, Cegheir-ben-Cheij se aprestó a su encuentro.

Pero en aquel momento había recibido orden de no moverse. No quedaba duda alguna.

Por primera vez en su vida, Antinea amaba.



CAPÍTULO XV

LAS QUEJAS DE TANIT-ZERGA

rrau, arrau!

Poco a poco me despabilé de la duermevela en que había sucumbido. Entreabrí los ojos; pero al punto hube de echarme hacia atrás.

—¡Arrau!

A dos palmos de mi cara tenía el hocico amarillo, tachonado de negro, de Hiram-Rey. El gatopardo asistía a mi despertar, no con mucho interés, por cierto, pues bostezaba, abriendo y cerrando perezosamente su boca color carmín oscuro, en la que relucían sus blancos colmillos.

Al mismo tiempo llegó a mis oídos el eco de una carcajada. Era la traviesa Tanit-Zerga. Se había acurrucado sobre un almohadón, junto al diván, en que estaba tendido, y seguía con curiosidad el resultado de mi careo con el gatopardo.

—Hiram-Rey se aburría —creyó oportuno explicarme— y me lo he traído.

—Está bien —refunfuñé—. Pero dime, ¿no podía ir a divertirse a otra parte?

—Está ahora solito —dijo la muchacha—, le *han* echado. Armaba mucho jaleo con sus retozos.

Aquellas palabras me recordaron los sucesos de la víspera.

—Si quieres, lo despido —dijo Tanit-Zerga.

—No, déjalo estar.

Y miré al gatopardo con simpatía. Nuestro común infortunio establecía un lazo de unión entre nosotros.

Hasta le hice una caricia en su frentecilla abombada. E Hiram-Rey demostró su satisfacción desperezándose cuan largo era y exhibiendo sus

enormes garras de ámbar. Con todo lo cual tuvo no poco que sufrir la esterilla del piso.

—También me he traído a Gale —dijo la muchacha.

—¡Gale! ¿Quién es Gale?

Al mismo tiempo reparé en que Tanit-Zerga sostenía en las rodillas un extraño bichejo, del tamaño de un gato grande, de orejas lisas y prolongado hocico. Su piel, de color gris pálido, formaba ondas.

Me miraba con ojillos malignos de rosada pupila.

—Es mi mangosta^[44] —explicó Tanit-Zerga.

—¿No has traído nada más? —le pregunté con pésimo humor.

Tendría, sin duda, mi semblante muy enfurruñado y ridículo, pues Tanit-Zerga se echó a reír. Yo hice otro tanto.

—Gale es mi amiga —dijo cuando hubo recobrado su seriedad—, me debe la vida. Era entonces muy pequeña. Pero te lo contaré otro día. ¡Mira qué cariñosa es!

Y así diciendo, me ponía la mangosta en las rodillas.

—Eres muy amable, Tanit-Zerga, al venir a hacerme una visita —dije yo, lentamente, pasando la mano por el lomo del animalillo—. Pero ¿qué hora es?

—Poco más de las nueve. Mira qué alto va el sol. Deja que baje los visillos.

El cuarto se colmó de penumbra. Los ojos de Gale se hicieron más rosados. Los de Hiram-Rey, verdes.

—Eres muy amable —repetí yo, fijo en mi idea—, veo que estás libre. Nunca, hasta hoy, viniste tan temprano.

La frente de la joven se nubló.

—Estoy libre, efectivamente —dijo casi con dureza.

Me fijé entonces con mayor atención en Tanit-Zerga. Por vez primera reparé en que era hermosa. Tenía los cabellos sueltos sobre los hombros, más que rizados. Eran sus facciones de notable pureza. Muy recta la nariz, pequeña la boca, delgados los labios, voluntariosa la barbilla. La tez cobriza, no negra. El cuerpo, cenceño y flexible, no tenía nada de común con los innobles embutidos en que suelen convertirse los de las negras bien nutridas.

Alrededor de la frente llevaba, a guisa de diadema, un ancho aro de cobre. En muñecas y tobillos ostentaba cuatro pulseras, más anchas todavía, y, como vestido, una túnica de seda verde, descotada en punta, con aplicaciones de oro. Verde, bronce y oro.

—¿Eres sonrhai, Tanit-Zerga? —le pregunté con dulzura.

—Lo soy —me replicó con cierta huraña altivez.

«¡Extraña muchacha!», me dije.

Era indudable que había un punto sobre el cual Tanit-Zerga no quería que recayese la conversación. Recordé el tono, casi de dolor, con que me dijo que habían echado a Hiram-Rey, el modo como recalcó aquel «le *han* echado».

—Soy sonrhai —repitió—. Nací en Gao, a orillas del Níger, la antigua capital de los sonrhais. Mis padres reinaron sobre el gran imperio mandinga. Aunque me veas aquí de esclava, no hay por qué despreciarme.

Gale, sentada sobre sus cuartos traseros, en un rayo de sol, se atusaba sus lustrosos bigotes con las patas delanteras. Hiram-Rey, tumbado en la esterilla, dormía, lanzando, de tiempo en tiempo, lastimeros gruñidos.

—Está soñando —dijo Tanit-Zerga, llevándose un dedo a los labios.

—Sólo sueñan los jaguares.

—También los gatopardos sueñan —respondió la joven gra vemente, sin comprender el sentido de aquel donaire parnasiano.

Hubo un momento de silencio. Luego dijo:

—Tendrás apetito. Y me figuro que no querrás sentarte a la mesa con todos.

No respondí.

—Hay que comer —añadió ella—; si me lo permites, iré a buscar algo de comer para ti y para mí. También les traeré su ración a Hiram-Rey y a Gale. Cuando hay tristeza no conviene estar solo.

la juvenil hada verdiáurea salió sin aguardar respuesta.

Así estreché mis relaciones con Tanit-Zerga. Venía todas las mañanas a mi cuarto con aquellos dos animales. Rara vez me hablaba de Antinea, y siempre de un modo indirecto. Parecía serle insufrible la pregunta que sin cesar asomaba a mis labios, y yo advertía cómo esquivaba todos aquellos temas de conversación que ni yo mismo me atrevía a tocar.

para mejor rehuirlos, hablaba y hablaba como una cotorra borracha. Una vez que estuve malo, aquella hermana de la caridad, de seda verde y bronce, me asistió como nadie lo hubiera hecho. Las dos fieras, la grande y la pequeña, se acurrucaban a ambos lados de mi lecho, y yo veía fijas, siempre en mí, sus tristes pupilas misteriosas.

Con su voz musical, Tanit-Zerga me contaba bellas historias y, sobre todo, la que le parecía más hermosa: la de su vida.

Hasta mucho después no comprendí, sino de pronto, hasta qué punto se había insinuado aquella alma en la mía. Dondequiera que ahora estés, muchacha amada, cualquiera sea la plácida orilla desde la cual contemplas mi

tragedia, vuelve la mirada hacia tu amigo, y perdónale el no haberte concedido, desde luego, la atención a que tan acreedora eras.

—De mis años de infancia —decía— conservo la imagen de un rosado y juvenil sol naciente, entre nieblas matinales, sobre un gran río que corre surcado por anchas y lisas olas. «El río que tiene agua», el Níger... Pero tú no me atiendes.

—Sí que te atiendo, te lo juro, Tanit-Zerga.

—¿De veras que no te aburro? ¿Quieres que siga hablando? —Habla, Tanit-Zerga, habla.

—Pues, como te iba diciendo, yo jugaba con mis pequeñas amigas, a las que quería mucho, a orillas del río que tiene agua, a la sombra de los azufaifos, hermanos del *zeg-zeg*, cuyos espinos ensangrentaron las sienes de vuestro profeta, y al que nosotros llamamos árbol del paraíso, porque nuestro profeta, el nuestro, ha dicho que a su sombra descansarán los bienaventurados en el paraíso^[45], y que es tan alto, tan alto, que un jinete no podría, en todo un siglo, recorrer la sombra que proyecta.

Allí nos entreteníamos en armar bellas guirnaldas, con mimosas, rosadas flores de alcaparro y blancas arañuelas. Luego las arrojábamos a las aguas verdes para conjurar los maleficios, y reíamos como locas cuando algún hipopótamo sacaba del agua, rezongando, su mofletuda cabezota, y nos divertíamos en tirotearle, sin malicia, hasta que le obligábamos a meterse de nuevo en el río entre una lluvia de espuma.

Todo eso era por la mañana. Luego, caía sobre Gao la muerte de la siesta roja. Pero, pasada la siesta, volvíamos a la orilla del río para ver, entre nubes de mosquitos y efímeras, a los enormes caimanes, acorazados de bronce, saliendo lentamente hacia el ribazo, para hundirse traidoramente en el cieno amarillo.

Entonces también los tiroteábamos, como a los hipopótamos por la mañana, y para festejar al sol, que ya menguaba por detrás de las ramas negras de los *dulduls*, celebrábamos, dando golpes con manos y pies y cantando el himno sonrhai, la ronda ritual.

Esas eran las ocupaciones habituales de las muchachas libres. Pero te equivocarías si nos creyese únicamente frívolas, y si quieres, te contaré cómo yo, que te estoy hablando, le salvé la vida a un jefe francés, que sin duda era más que tú, a juzgar por el número de galones dorados que lucía en sus blancas mangas.

—Cuenta, Tanit-Zerga —le decía yo, mirando a otra parte.

—Haces mal en reírte —proseguía ella un tanto ofendida— y en no prestarme mayor atención. Pero ¡que más da! Todo me lo cuento a mí misma para recordar. Bueno, pues sigo. Más arriba de Gao hace el Níger un recodo. Hay en el río un pequeño cabo, cargado de árboles de la goma. Era una tarde de agosto, y el sol iba a morir, pues en el bosque circundante no había ya un pájaro que no se hubiese posado, quieto e inmóvil hasta el día siguiente. De pronto, hacia el oeste, oímos un estruendo desconocido, *bum-bum, bum-barabum, bum-bum*, que iba en aumento, *bum-bum, bum-barabum*, y al punto se esparcieron por los aires, por encima de los árboles de la goma, bandadas enormes de pájaros acuáticos, garzas, pelícanos, ánades y cercetas, seguidos de una columna de negro humo apenas sacudida por la brisa naciente.

Una cañonera costeaba el cabo, levantando a ambos lados del río remolinos que conmovían las colgantes malezas. En su popa veíamos con toda claridad, a favor de la luna, el pabellón azul, blanco y rojo, que casi llegaba al agua.

La cañonera atracó hacia el pequeño muelle de madera. Y echó al agua una chalupa con dos *laptots*^[46] que remaban y tres jefes que saltaron a tierra.

El de más edad, un morabito^[47] francés con un gran albornoz blanco, que hablaba a maravilla nuestra lengua, pidió hablar con el jeque Sonni-Azkie. Mi padre se adelantó y le dijo que era él; y el morabito comentó entonces que el comandante del círculo de Tombuctú estaba muy enojado, porque a una milla de allí acababa de chocar con un dique invisible de estacas y había sufrido averías, sin reparar las cuales no podría continuar su travesía rumbo a Ansango.

Mi padre le respondió que los franceses, protectores de los pobres sedentarios contra los tuareg, tenían derecho a la mejor acogida; que el referido dique lo había construido, no con mala intención, sino por razones de pesca, y que ponía desde luego, a disposición del jefe francés, todos los medios con que podía contarse en Gao, entre ellos una fragua, para la reparación de la cañonera.

Mientras hablaban, no me quitaba ojo el jefe francés, y yo también lo miraba. Era ya hombre de edad, alto, de anchas espaldas un poco cargadas, con ojos azules tan claros como la fuente cuyo nombre llevo.

—Ven acá, ven acá, chiquilla —dijo con dulce voz.

—Yo soy hija del jeque Sonni Azkie y hago lo que quiero —respondí, ofendida de tanto descaro.

—Dices bien —añadió sonriendo—, pues eres muy bonita. ¿Quieres darme esas flores que llevas al cuello?

Era un gran collar de purpurinas flores de malvavisco. Se lo di y me besó. Habíamos hecho las paces.

Entre tanto, bajo la dirección de mi padre, los laptots y los más forzudos hombres de la tribu habían llevado la cañonera a una ensenada del río.

—Tendremos tarea para todo el día de mañana, mi coronel —dijo el jefe de los mecánicos, que acababa de repasar las averías—. No podremos zarpar hasta pasado mañana por la mañana. Y eso, contando con que estos haraganes de laptots no aflojen en el trabajo.

—¡Qué gusto! —refunfuñó mi nuevo amigo...

Mas no le duró mucho tiempo el mal humor, pues yo y mis amigas pusimos empeño en distraerle. Le cantamos hermosas canciones, y él, en pago, nos obsequió con cosas muy buenas que le trajeron del buque a la hora de la comida. Dormía en nuestra gran choza, que mi padre le había cedido, y yo permanecí mirando largo rato, antes de dormirme, por entre las ramas de los muros de la choza, a la que me retiré con mi madre, cómo rielaba en la superficie de las olas oscuras el gran farol de la cañonera.

Aquella noche tuve una terrible pesadilla. Vi a mi amigo el oficial francés durmiendo plácidamente mientras un cuervo enorme revoloteaba por encima de su cabeza graznando: «Craa, craa», a la sombra de los árboles de la goma de Gao: «Craa, craa, no le valdrá nada la noche que viene. Craa, craa, al jefe blanco y a su escolta».

Apenas despuntó la aurora fui a buscar a los laptots. Estaban tumbados en el puente de la cañonera, aprovechando que aún no se habían levantado los blancos para no hacer nada.

Llamé al más viejo y le hablé con autoridad:

—Escucha; esta noche he visto en sueños al cuervo negro. Me ha dicho que la sombra de los árboles de Gao sería fatal la noche próxima para vuestro jefe...

como ellos permaneciesen inmóviles, tendidos cara al cielo sin dar muestras siquiera de haberme entendido, añadí:

—Y para su escolta.

Era la hora en que el sol va más alto, y se disponía el coronel a sentarse a la mesa en la choza con los demás franceses, cuando entró el mecánico.

—Yo no sé qué les pasa a los laptots, que trabajan como los propios ángeles. Si siguen así, esta noche podremos zarpar.

—Mejor que mejor —dijo el coronel—; pero que no vayan a hacer una chapuza por acabar pronto. Hasta fines de semana no tenemos necesidad de estar en Ansango. Más vale zarpar de día.

Yo me estremecí. Me aproximé a él con aire suplicante y le conté mi sueño. Él me escuchó con una sonrisa de asombro, y al terminar, me dijo gravemente:

—Está muy bien, Tanit-Zerga; zarparemos esta noche para darte gusto.

Y me abrazó.

Había cerrado la noche cuando la cañonera dejó la ensenada. Los franceses, entre los cuales iba mi amigo, nos saludaron largo rato agitando sus cascos hasta que los perdimos de vista. Y yo sola, sobre el inseguro muelle, permanecí largo tiempo mirando correr el río hasta que el ruido del bajel de humo, «baum-barabum», se desvaneció en la sombra^[48].

Tanit-Zerga hizo una pausa.

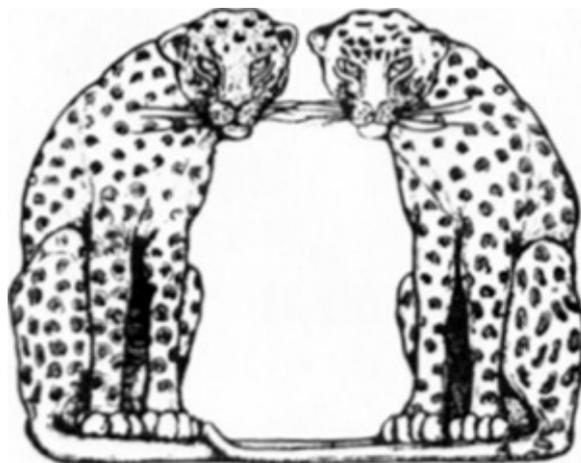
—Aquella noche fue la última de Gao. Me había ya dormido y la luna estaba aún alta sobre la selva cuando ladró un perro, aunque por poco rato. Luego se oyeron chillidos de hombres y mujeres, alaridos de esos que no pueden olvidarse cuando una vez se han oído. Cuando salió el sol me encontré desnuda, con mis pequeñas amigas, corriendo hacia el norte, tambaleándonos a causa de la velocidad de los camellos montados por los tuareg, que nos daban escolta. Detrás seguían las mujeres de la tribu, entre las que se encontraba mi madre, formadas de dos en dos y con la horca al cuello. Sólo había contados hombres. Casi todos quedaron con mi padre, el bravo Sonni Azkia, muertos entre los escombros del poblado de Gao, arrasado una vez más por una horda de auelimiden, que llegó con el propósito de acuchillar a los franceses de la cañonera.

Ahora, los tuareg nos apremiaban porque temían que los persiguiesen. Avanzamos así unos diez días, y según iba desapareciendo el mijo y el cáñamo por aquellos campos, se hacía más penosa la marcha. Por último, cerca de Isakeryen, en la región de Kidal, nos vendieron los tuareg a una caravana de moros traza que se dirigían de Mabruk a Rhat. De inmediato, porque íbamos más despacio, me pareció aquella una felicidad. Mas de pronto el desierto se volvió pedregoso y las mujeres empezaron a caer rendidas. Los hombres hacía ya mucho que habían muerto por efecto de los latigazos de los nómadas, enfurecidos porque se negaban a seguir adelante.

Yo me exigía la fuerza suficiente para continuar la marcha e incluso adelantarme a los demás para no oír los alaridos de mis amigas cuando alguna caía rendida para no volver a levantarse, y algunos de los guardas se apeaba del camello y la arrastraba un trecho lejos de la caravana para despenarla. Pero un día oí un alarido que me obligó a volverme. Era mi madre. Estaba arrodillada y me tendía los brazos suplicantes. De un salto corrí a su lado.

Pero un moro inmenso, totalmente vestido de blanco, nos separó. Llevaba al cuello, colgando de un rosario negro, un cuchillo embutido en una vaina de tafilete encarnado. Desenvainó el arma, y aún me parece ver su hoja azul sobre la piel morena. Otro alarido horrible. Un momento después, hostigada a latigazos, corría yo, sorbiendo mis lágrimas, para ocupar mi sitio en la caravana.

Por el lado de los pozos de Asiu, los traficantes moros fueron atacados por una banda de tuareg tazholet, siervos de la gran tribu kel rhela, que dicta la ley al Hoggar, y que los pasó a todos a cuchillo sin dejar ni uno siquiera con vida. Esos tuareg me trajeron aquí y me ofrecieron como presente a Antinea, que me tomó cariño y fue siempre muy buena para conmigo. Así que hoy tienes a tu lado, para arrullar tu fiebre con historias que no escuchas siquiera, no a una esclava del montón, sino a la última descendiente de los grandes emperadores sonrhai, de Sonni Ali, el destructor de hombres y países, y de Mohamed Azkia, que hizo la peregrinación a la Meca, llevando consigo 1.500 jinetes y 300 mizcales de oro, cuando nuestro dominio se extendía sin rival desde el Chad hasta el Tuat y hasta el mar de occidente, cuando Gao alzaba por encima de las demás ciudades su cúpula, hermana del cielo, más alta entre las cúpulas sus rivales, que el tamarindo entre las rastreras plantas de la alcandía.



CAPÍTULO XVI

EL MARTILLO DEL PLATA

ira qué tiempo hizo la noche en que ocurrió lo que voy a contarte. A eso de las cinco, se nubló el cielo, y en el aire bochornoso eran reconocibles síntomas de inminente tormenta.

Toda mi vida lo recordaré. Fue el cinco de enero de mil ochocientos noventa y siete.

Hiram-Rey y Gale yacían rendidos en la esterilla de mi cuarto. Yo, asomado con Tanit-Zerga al peñascoso cierro, espiaba las señales precursoras de los relámpagos.

Surgían éstos uno a uno, desgarrando la oscuridad ya completa con sus azulosos trazos. Mas no eran seguidos de trueno alguno. La tormenta no había podido cuajar en las cimas del Hoggar y pasaba de largo sin estallar, dejándonos anegados en nuestro pegajoso baño de sudor.

—Voy a acostarme —dijo Tanit-Zerga.

Ya te dije que tenía su cuarto encima del mío. La balconada de donde recibía la luz se hallaba a unos diez metros por encima de aquella a la que yo estaba asomado.

Tomó en brazos a Gale. Pero Hiram-Rey no se dejaba coger. Aferrado con sus cuatro patas a la esterilla, lanzaba gruñidos de cólera y de susto.

—Déjale —dije a Tanit-Zerga—. Por una vez, que duerma aquí.

Debido a esto la fierecilla tiene su parte no exenta de responsabilidad en los acontecimientos que voy a relatarte.

Al quedarme solo, me sumí en mis cavilaciones. Era noche cerrada. Toda la montaña estaba sepultada en un profundo silencio.

Menester fueron los gruñidos cada vez más roncós del gatopardo para arrancarme de mi ensimismamiento.

De patas contra la puerta, Hiram-Rey la arañaba con sus garras rechinantes. Hacía un momento no había querido acompañar a Tanit-Zerga, y ahora quería salir.

—Quieto —le dije—. Basta ya; tíndete.

Y probé a quitarle de la puerta.

No obtuve más resultado que una patada que me hizo tambalearme.

Entonces me senté en el diván.

Poco tiempo permanecí quieto. «Un poco de sinceridad conmigo mismo —me dije—. Desde que Morhange se separó de mí, desde que vi a Antinea, ya sólo tengo un pensamiento. ¿A qué engañarme con todas esas historietas, muy bonitas, de Tanit-Zerga? Este gatopardo es un pretexto y puede que sea un guía. ¡Oh! ¡Presiento que van a ocurrir esta noche cosas misteriosas! ¡Cómo he podido permanecer tanto tiempo inactivo!».

Tomé al punto una determinación.

«Si abro la puerta —me dije—, Hiram-Rey echará a correr por los pasillos y me costará muchísimo trabajo seguirle la pista. Hay que proceder de otro modo».

Los visillos del balcón se subían y se bajaban por medio de un pequeño cordón. Arranqué éste e hice con él un sólido ronzal, que até al collar metálico del animal.

Entreabrí la puerta.

—¡Ea! Ya puedes correr, pero despacito. Despacito.

Me costaba lo indecible contener el ímpetu de Hiram-Rey, que me arrastraba consigo por el tenebroso dédalo de pasillos.

Eran cerca de las nueve y las lamparillas color rosa estaban casi apagadas en sus nichos. De cuando en cuando pasábamos delante de alguna que ya lanzaba, chisporroteando, sus postreros fulgores. ¡Qué laberinto! Por seguro daba que no podría acertar de nuevo con el camino de mi cuarto. No me quedaba más recurso que seguir al gatopardo. Furioso al principio, acabó el animal por acostumbrarse a ir tirando de mí. Se arrastraba casi a ras del suelo, lanzando gruñidos de alegría.

Nada se asemeja tanto a un corredor negro como otro corredor negro. De pronto me asaltó un temor. ¡Iría a dar inesperadamente al salón de bacará! Pero era muy injusto con Hiram-Rey al pensar tal cosa. Este, privado también hacía algún tiempo de una presencia amada, me conducía adonde yo precisamente deseaba ir.

De pronto, en un recodo, se iluminó la oscuridad en cuya dirección avanzábamos, y se pudo ver un rosetón verde y rojo, iluminado con pálidas

luces.

Al mismo tiempo, mi lazarillo se detuvo ante una puerta, en la que se recortaba aquel rosetón luminoso, y lanzó sordos gruñidos.

Reconocí la puerta que al día siguiente de mi llegada me hizo trasponer el targui blanco, cuando Hiram-Rey saltó sobre mí y me encontré en presencia de Antinea.

—Hoy somos mejores amigos —le dije, halagándole para que no lanzase gruñidos indiscretos.

Y al mismo tiempo, probé a abrir la puerta. El rosetón verde y rojo se reflejaba en el suelo.

No había más que un pestillo que fácilmente levanté. En el acto acorté el ronزال para dominar mejor a Hiram-Rey, que empezaba a ponerse nervioso.

El gran salón, donde por vez primera vi a Antinea, estaba completamente a oscuras. Pero el jardín, al cual daban sus balcones, brillaba al fulgor de una luna turbia, en un cielo pesado de tormenta que no llegaba a estallar. Ni un sopló de aire. El lago relucía como una charca de estaño.

Me senté en un almohadón, sujetando entre mis rodillas al gatopardo, que gruñía de impaciencia. Y comencé a pensar, no en el fin que me proponía, que eso estaba resuelto, sino en los medios de conseguirlo.

En ello estaba cuando me pareció oír un lejano murmullo, un rumor apagado de voces.

Hiram-Rey gruñó más fuerte e hizo por soltarse. Yo aflojé un poco el ronزال. El animal se puso a ventear las oscuras paredes, de donde parecía proceder el ruido. Yo seguí detrás de él, tropezando lo más discretamente posible con los esparcidos almohadones.

Mis ojos, acostumbrados a la oscuridad, llegaron a distinguir la pirámide de alcatifas en que vi por vez primera a Antinea.

De pronto, tropecé. La fiera se había detenido. Comprendí que le había pisado la cola. El animal no se quejó.

Tanteando la pared, encontré otra puerta, que abrí tan despacio como la anterior. El gatopardo parecía rugir por lo bajo.

—Hiram-Rey —le decía yo—, cállate.

Y le ceñía con los brazos su poderosa cerviz.

Su lengua, húmeda y tibia, me halagó las manos. Le palpitaban los ijares. Parecía temblar de dicha.

Teníamos ante nosotros otro salón, iluminado en su parte central. En medio de él, seis hombres, acurrucados en una esterilla, jugaban a los dados y bebían café en minúsculas tacitas de cobre de alta base.

Eran los tuareg blancos.

Una linterna colgada del techo iluminaba el corro que tenían formado. Pero alrededor de este círculo reinaba la más espesa sombra.

Las caras negras, las tazas de cobre, los albornoces blancos, la oscuridad y la luz inquieta componían entre todos un singular aguafuerte.

Jugaban con deconcentrada gravedad, cantando las jugadas con voz ronca.

Muy levemente le quité a la bestia el ronزال y la dejé libre.

—Anda, ahora —le dije.

El gatopardo dio un salto enorme, acompañado de agudos chillidos. Ocurrió lo que había previsto.

Del primer brinco cayó Hiram-Rey en medio de los tuareg blancos, sembrando la confusión en aquel cuerpo de guardia. De otro salto se situó en la zona de sombra. Yo vislumbraba vagamente la tenebrosa entrada de otro pasillo, al otro lado de la estancia, directamente enfrente a aquel en que me había detenido.

«Ahí es», pensé.

La confusión en la estancia era grande, pero silenciosa, y se advertía que la proximidad de una presencia respetable imponía cierta contención a los irritados guardias. Las apuestas y los dados habían ido a parar a un extremo y las tazas de café a otro.

Dos de los tuareg, muy doloridos, se restregaban los costados lanzando sordos reniegos.

Inútil sería decir que aproveché aquel silencioso caos para escurrirme en la habitación y llegar hasta el otro pasillo, por donde Hiram-Rey acababa de desaparecer.

En el mismo instante, un claro timbrazo resonó en el silencio. En el temblor que acometió a los tuareg, comprendí que el camino por mí seguido era el bueno.

Uno de los seis hombres se levantó. Pasó rozándome y yo seguí sus pasos. Mi serenidad era perfecta. Calculaba admirablemente todos los movimientos que realizaba mi cuerpo y me sentía dueño de mí mismo.

«Al extremo a que han llegado las cosas —me repetía a mí mismo—, ¿qué arriesgo? Todo será que me vuelvan a conducir cortésmente a mi cuarto».

El targui alzó una cortina. Detrás de él, acababa yo de ingresar en las habitaciones de Antinea. Aquella inmensa estancia estaba a la vez iluminada y muy oscura. Mientras que en la parte de la derecha, donde Antinea estaba,

brillaban luces exactamente circunscritas por sendas pantallas, la parte de la izquierda permanecía en la sombra.

Quienes hayan penetrado en el interior de un hogar musulmán sabrán lo que es el *guiñol*, especie de nicho cuadrado abierto en la pared, a cuatro pies del suelo, con la abertura cubierta por un tapiz. Se accede a él por peldaños de madera. Yo acababa de vislumbrar un *guiñol* hacia la izquierda y me introduje en él. Las arterias me palpitaban en la sombra. Pero conservaba mi serenidad inalterable.

Desde allí lo veía y lo oía todo.

Estaba en la alcoba de Antinea. Nada de particular tenía aquella alcoba, salvo un gran lujo de alfombras. El techo quedaba en sombras; pero muchas linternas de varios colores esparcían, sobre las abigarradas telas y pieles, un fulgor suave y lejano.

Tendida sobre una piel de león, Antinea fumaba. Tenía a su lado una bandeja de plata y un jarrito. Hiram-Rey se había tendido a sus pies y se los lamía con indecible afecto.

El targui blanco permanecía de pie, rígido, con una mano en el corazón y otra en la frente, en actitud de saludo. Con voz muy dura y sin mirarlo, habló Antinea.

—¿Por qué has dejado entrar a Hiram-Rey? Ya te dije que quería estar sola.

—Es que nos ha tirado al suelo, señora —dijo humildemente el targui blanco.

—¿Pero no estaban bien cerradas las puertas?

El targui no respondió.

—¿Me lo llevo? —preguntó aludiendo al animal.

Y por el modo en que miraba a Hiram-Rey, que le correspondía con la misma aversión, se comprendía claramente que deseaba una respuesta negativa.

—No; déjalo. Ya que está aquí... —dijo Antinea.

Golpeaba febrilmente en la bandeja con su boquilla de plata.

—¿Qué hace el capitán? —preguntó.

—Acaba de cenar con muy buen apetito —respondió el targui.

—¿No ha dicho nada?

—Sí; ha pedido que le dejasen ver a su compañero, el otro oficial.

Antinea arreció en sus golpes sobre la bandeja.

—¿No ha dicho nada más?

—No, señora —respondió el targui.

La frente de la atlántida se nubló.

—Ve por él —dijo de pronto.

El targui se inclinó y salió.

Con indecible ansiedad escuché aquel diálogo. De modo que Morhange... Morhange... ¿Luego era cierto? Luego, no había tenido razón al pensar mal de él... ¡Había querido verme y no le habían dejado!

No apartaba mis ojos de Antinea.

No era ya la princesa altiva y burlona de mi primera entrevista. El *uraeo* de oro no se alzaba ya sobre su frente. No lucía sortijas ni pulseras. Por toda vestidura llevaba una túnica holgada. Sus negros cabellos, faltos de todo lazo, caían en ondas de ébano sobre sus gráciles hombros y sus desnudos brazos.

Sus hermosos ojos estaban circuidos de grandes ojeras. Tenía fruncida la divina boca. No puedo decir si al ver en tal estado a aquella nueva Cleopatra, sentía alegría o pesar.

Acurrucado a sus pies, Hiram-Rey la acariciaba con una larga mirada sumisa.

En el testero de la derecha había incrustado un espejo de oricalco, de dorados reflejos. De pronto, Antinea se irguió delante de él. La vi desnuda.

¡Amargo y espléndido espectáculo el ver cómo se conduce ante el espejo una mujer que se cree sola, aguardando la llegada del hombre que quiere seducir!

De seis pebeteros distribuidos por la estancia se elevaban invisibles columnas de humos aromáticos. Las esencias balsámicas de la Arabia pétrea tejían urdimbres ondulantes que halagaban mis sentidos excitados... Y de espaldas a mí, erguida cual un lirio, ante su espejo, Antinea sonreía.

Pasos discretos resonaron en el corredor. Al punto volvió a adoptar Antinea la actitud indolente en que se me apareció por vez primera. Menester es haber visto esa transformación para creer en ella.

Precedido del targui blanco acababa de entrar Morhange.

Él también parecía algo pálido. Pero lo que más me sorprendió fue la expresión de serena paz como difundida por aquel semblante, con todo y serme conocido. Comprendí que nunca había sabido apreciar qué clase de hombre era Morhange.

Se mantuvo de pie delante de Antinea, haciendo como que no veía el ademán con que le invitaba a sentarse.

Ella le miró sonriendo.

—Acaso extrañes —dijo— que te haga venir a hora tan intempestiva.

Morhange no pestañeó.

—¿Lo has pensado bien? —preguntó ella.

Morhange sonrió con gravedad y nada dijo.

En el semblante de Antinea comprendí el esfuerzo que le costaba seguir sonriendo, y no pude menos de admirar el dominio de sí mismos que ambos tenían.

—Te he mandado venir —continuó ella—. ¿Sabes para qué? Pues para comunicarte algo que no esperas. No creo hacerte revelación alguna con decirte que nunca he encontrado un hombre como tú. Durante tu cautividad, cerca de mí, sólo manifestaste un deseo. Ya recordarás cuál.

—Sí, le he pedido a usted —dijo con sencillez Morhange— permiso para ver de nuevo a mi amigo antes de morir.

No podría decir cuál de dos sentimientos predominó en mi corazón: si el asombro o la emoción; asombro de observar que Morhange le hablaba de usted a Antinea; emoción al saber que su único deseo había sido verme.

Antinea le respondió con voz muy sosegada:

—Precisamente por eso te he mandado venir: para anunciarte que vas a verlo. Haré más todavía. Acaso me desprecies doblemente al advertir que te ha bastado mantenerte terco para imponerme tu voluntad, a mí, que hasta ahora siempre sometí la de todos a la mía. Mas, pase lo que pase, es cosa resuelta: os restituiré a ambos la libertad. Mañana mismo, Cegheir-ben-Cheij os llevará más allá de la quíntuple muralla. ¿Estás contento?

—Sí, lo estoy —dijo Morhange con zumbona sonrisa.

Antinea no le quitaba ojo.

—Eso —añadió— me permitirá organizar algo mejor la próxima excursión que por aquí pienso hacer. Porque no dude que he de venir a demostrarle mi gratitud. Sólo que esta vez, para tributar a tan poderosa reina los debidos honores, pediré al gobierno que me confíe doscientos o trescientos soldados europeos, amén de algunos cañones.

Antinea se levantó muy pálida.

—¿Qué dices?

—Digo —respondió Morhange fríamente— que era cosa prevista. Tras las amenazas, las promesas.

Antinea se encaminó hacia él. Morhange, con los brazos cruzados, la contemplaba con una especie de grave piedad.

—Te haré morir en medio de los más atroces suplicios —dijo Antinea.

—Soy su prisionero —contestó Morhange.

—Sufrirás lo que ni siquiera puedes imaginarte.

Y Morhange repitió con la misma triste entereza:

—Soy su prisionero.

Antinea daba vueltas por la habitación cual una fiera enjaulada. Se acercó hasta mi compañero, y, fuera de sí, le abofeteó.

Sonrió él, y cogiéndola por las muñecas y apretándoselas con extraña mezcla de energía y delicadeza, la redujo a la impotencia.

Hiram-Rey lanzó un rugido y creí que iba a saltar sobre Morhange. Pero la fría mirada del capitán lo contuvo, como fascinado.

—Mandaré matar delante de ti a tu compañero —balbució Antinea.

Me pareció que Morhange se ponía más pálido; mas aquello sólo duró un segundo. Con nobleza y perspicacia que me asombraron, respondió:

—Mi compañero es valiente y no teme morir. Estoy, además, seguro de que preferiría la muerte a una vida rescatada por mí al precio que usted me impone.

así diciendo, soltó los pulsos de Antinea. Ella estaba tan pálida que infundía miedo. Presentí que iba a pronunciar palabras definitivas.

—Escucha —dijo.

¡Qué hermosa parecía entonces, en su majestad desdeñada, en su belleza por primera vez vencida!

—Escucha —añadió—. Atiende. Por última vez te lo digo. Ten presente que en mis manos están las llaves de este alcázar, que ejerzo un imperio supremo sobre tu vida. Ten presente que si aún alientas, es porque te amo; ten presente...

—Ya he pensado bastante en todo ello —dijo Morhange.

—Por última vez —repitió Antinea.

La prodigiosa serenidad del semblante de Morhange alcanzó en aquel momento tan sumo grado, que quedó eclipsada para mí su interlocutora. De aquel trasfigurado semblante, toda expresión terrena había desaparecido.

—Por última vez —dijo Antinea con voz casi apagada.

Morhange ni siquiera la miraba.

—Bueno, pues serás complacido —dijo ella.

Sonó un claro rumor. Había tocado el timbre de plata. Acudió el targui blanco.

—Sal.

Y Morhange, erguida la cabeza, salió.

Ahora tengo en mis brazos a Antinea. No es ya la altiva y desdeñosa mujer lasciva la que estrecho contra mi corazón. Es tan sólo una pobre muchacha

desgraciada y ofendida.

En tal postración se hallaba que ni siquiera se asombró de verme surgir a su lado. Tengo su cabeza reclinada en mi hombro. Como la luna en su cuarto creciente, por entre negras nubes, así veo aparecer y esconderse entre sus cabellos su menudo perfil de gavián. Sus tibios brazos me estrechan convulsivamente...

¡Oh, trémulo corazón humano!...

¡Quién podría resistir a tales abrazos, en medio de estos multiplicados perfumes y esta nocturna languidez! Siento que he abdicado de toda mi voluntad. Es mi voz ésta que murmura:

—Lo que quieras, lo que me pidas, eso haré, eso haré.

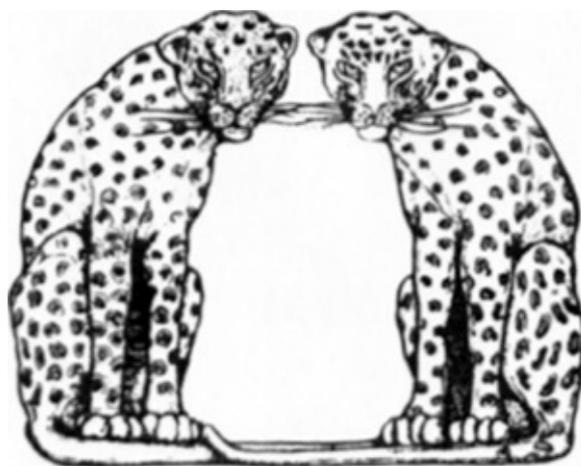
Tengo los sentidos aguzados, multiplicados. Mi cabeza, echada hacia atrás, reposa sobre unas rodillas nerviosas y suaves. Las nubes de aroma forman remolinos en el aire. De pronto, me parece como si las farolas de oro del techo se pusiesen a oscilar a guisa de gigantescos incensarios. Es mi voz, esta voz que repite como en un sueño:

—Lo que tú quieras. ¿Eso?

Contemplo el rostro de Antinea casi pegado al mío; por sus inmensas pupilas acaba de pasar un extraño fulgor.

Un poco más lejos distingo las relumbrantes pupilas de Hiram-Rey. A su lado hay una mesita de Kairuan, azul y oro. En esa mesa veo el timbre de que se sirve Antinea para llamar. Veo el martillo con que hace un momento golpeó en él, un martillo con mango de ébano muy largo y pesado macho de plata... El martillo con el cual el tenientito Kaine mató a uno...

Ahora ya no veo nada.



CAPÍTULO XVII

LAS VÍRGENES DE LAS ROCAS

esperté en mi alcoba, que el sol, ya en el cénit, llenaba de un calor y una luz insufribles.

Lo primero que vi, al abrir los ojos, fue el visillo, arrancado y tirado en mitad del cuarto. Entonces, los acaecimientos de la noche pasada volvieron confusamente a mi memoria.

Me pesaba la cabeza. Mi inteligencia flaqueaba. Parecía como si hubiese lagunas en mi memoria. Salí de aquí con Hiram-Rey, eso es. La señal encarnada que tengo en el índice demuestra la fuerza con que tiraba del ronzal. Tengo todavía manchas de polvo en las rodillas. Es verdad que me arrastré un trecho, a lo largo del muro, en el salón donde los tuareg blancos jugaban a los dados, cuando Hiram-Rey dio el brinco. Pero ¿y luego? ¡Ah, sí! Morhange y Antinea... ¿Y después? ¿Qué más?

No recordaba más pormenores. Y, sin embargo, algo hubo de ocurrir luego, algo que no recordaba.

Sentía gran malestar. Hubiera querido acordarme y, sin embargo, me parecía temer recordar; nunca he sufrido nada tan penoso como esta contradicción.

De aquí a las habitaciones de Antinea hay largo trecho. Preciso es que estuviese profundamente dormido cuando me trajeron aquí. ¡Porque no cabe duda que me trajeron para que no me enterase de nada!

Interrumpí en este punto mis cavilaciones. Me dolía mucho la cabeza.

«Salgamos a tomar el aire —me dije—; aquí se abrasa uno; me voy a volver loco».

Sentía necesidad de ver gente, fuese lo que fuese.

Me dirigí, maquinalmente, hacia la biblioteca.

Allí encontré a Le Mesge, que daba muestras de delirante júbilo. El profesor estaba ocupado en desatar un enorme lío, cuidadosamente envuelto en una cubierta oscura.

—A tiempo aparece usted, querido señor —gritó al verme—. Acaban de llegar las revistas.

Se aplicaba a la tarea con premura febril. Por el costado del paquete empezaba a asomar un raudal de folletos azules, verdes, amarillos y asalmonados.

—Vaya, vaya, esto va bien —prosiguió, bailando de gusto—; no ha venido con mucho retraso, porque vea usted los números del quince de octubre. Será cosa de felicitar al bueno de Ameer.

Su alegría era contagiosa.

Ameer es el digno comerciante turco de Trípoli que se suscribe por nosotros a todas las revistas interesantes de ambos continentes. Él se encarga de enviárnoslas a través de Radamés, sin preocuparse de su exacto destino. Pero aquí tiene las revistas francesas.

Le Mesge repasaba febrilmente los sumarios.

—Política interior; artículos de Francis Charme, Anatole Leroy-Beaulieu, D'Haussonville sobre el viaje del zar a París. ¡Toma! Un estudio sobre los salarios en la Edad Media, por D'Avenel. Y también versos, versos de los poetas jóvenes Fernand Gregh y Edmond Haraucourt. ¡Ah! Y una crítica del libro de Henri de Castries sobre el Islam. Acaso sea esto lo más interesante... Pero, querido señor, se lo ruego, coja lo que quiera.

La alegría hace amables a las personas, y, verdaderamente, Le Mesge no cabía en sí de gozo.

Por la ventana entraba ahora un poco de brisa. Me asomé a la baranda y, de codos sobre ella, me puse a hojear un número de la *Revue des Deux Mondes*.

No leía, sino que hojeaba, fijando la vista, ora en las páginas en que hormigueaban las letrillas negras, ora en la rocosa fuente que centelleaba, de un rosa pálido, bajo el sol poniente.

De pronto hube de fijar la atención. Entre texto y paisaje se establecía una extraña semejanza.

«Por encima de nosotros, no conservaba el cielo otro vestigio de sus nubes que algunas huellas ligeras, semejantes al parco rescoldo de blanca ceniza que dejan al consumirse las hogueras. El sol abarcaba en círculo las cumbres de las rocas, haciendo resaltar sobre el azul sus solemnes líneas. Desde lo

alto, una gran tristeza y una gran dulzura caían en el recinto solitario, lo mismo que un mágico brebaje en un cáliz profundo...»^[49].

Pasé febrilmente algunas páginas. Podía decirse que mis pensamientos empezaban a despejarse.

A mi espalda, Le Mesge, ensimismado en la lectura de otra revista, manifestaba con refunfuños su indignación.

Yo seguí con lo mío:

«Por todas partes, en aquella luz viva, se extendía a nuestros pies un soberbio espectáculo. La cadena de rocas, visible toda ella en su esterilidad desolada hasta las últimas cumbres, se extendía cual un cúmulo inmenso de cosas gigantescas e informes que se hubiese conservado para asombro de los mortales, en testimonio de alguna titanomaquia primordial. Torres caídas...».

—Es una vergüenza, una verdadera vergüenza —repetía el profesor.

«... Torres caídas, fortalezas derribadas, cúpulas ruinosas, quebradas columnatas, mutilados coliseos, proas de navios, grupas monstruosas, osamentas de titanes, aquella mole formidable, por sus salientes y oquedades simulaba cuanto hay de enorme y trágico. Tan diáfanas eran las lejanías...».

—Una pura vergüenza —seguía diciendo Le Mesge desesperado, dando puñetazos en la mesa.

«Tan diáfanas eran las lejanías, que yo divisaba cada contorno como si ante mis ojos tuviese, infinitamente agrandado, el peñasco que Violante me hizo ver por la ventana en un gesto creador...».

Cerré la revista temblando. A mis pies tenía, rojo ahora, enorme, abrupto, dominando el jardín áureo y rojo, aquel blanco peñasco que Antinea me había enseñado el día de nuestra primera entrevista.

—Ese es todo mi horizonte —dijo ella.

Ahora, los arrebatos de Le Mesge no conocían ya límites.

—Es más que una vergüenza; es una infamia.

De buena gana le hubiera estrangulado para hacerle callar de una vez por todas. Él me cogió por el brazo y me tomó por testigo.

—Lea usted esto, caballero; aunque no sea extraordinariamente competente, habrá de ver que este artículo sobre el Africa romana es un prodigio de inconciencia, un monumento de ignorancia. ¿Y sabe usted quién lo firma?

—Déjeme usted en paz —dije brutalmente.

—Bueno pues nada menos que Gaston Boissier. ¡Admirable, señor mío! Gaston Boissier, gran oficial de la Legión de Honor, director de conferencias en la Escuela Normal Superior, secretario perpetuo de la Academia Francesa, miembro de la Academia de Inscripciones y de Bellas Letras, uno de los que años atrás rechazaron mi tesis, uno de los que... ¡Pobre Universidad, pobre Francia!

Yo ya no le escuchaba. Había reanudado mi lectura. El sudor me bañaba la frente. Pero me parecía que a mi mente, soleada como un cuarto cuyas ventanas están totalmente abiertas, volvían mis recuerdos como palomas que tornan, batiendo las alas, a su palomar.

«Ahora un temblor invencible estremecía todo su cuerpo; y sus ojos se dilataban como si una atroz visión se los hubiese colmado de horror.

»—Antonello... —balbució.

»Y durante unos segundos no pudo articular otra palabra.

»Yo la contemplaba con indecible angustia y sufría en mi alma con las contracciones de sus queridos labios. Y la visión que en sus ojos había, pasaba a los míos y yo volvía a ver la cara descolorida y flaca de Antonello y el rápido aletear de sus párpados y las oleadas de angustia que, combatiendo de pronto su largo y frágil cuerpo, la sacudían como a una tierna caña».

Dejé de leer y lancé la revista sobre la mesa.

—Eso es —dije.

Me había servido, para abrir las hojas, del cuchillo con que cortara Le Mesge las cuerdas del paquete, un puñal corto con mango de ébano, uno de esos puñales que los tuareg llevan en una vaina de pulsera, pegado a su bíceps izquierdo.

Me lo guardé en el amplio bolsillo de mi guerrera de franela y me dirigí hacia la puerta.

Iba ya a trasponer el umbral, cuando oí la voz de Le Mesge que me llamaba:

—¡Señor De Saint-Avit! ¡Señor De Saint-Avit!

Me volví.

—Una pequeña molestia, por favor.

—¿Qué ocurre?

—¡Oh! Nada de particular. Ya sabe que soy el encargado de preparar los rótulos para la sala de mármol rojo...

Me acerqué a la mesa.

—Pues se me olvidó preguntarle desde el principio al señor Morhange la fecha y lugar de su nacimiento. Y luego ya no tuve ocasión. No lo volví a ver. De modo que ahora no tengo más remedio que recurrir a usted. ¿No podría darme esos datos?

—Sí que puedo —dije muy tranquilo.

El señor Le Mesge había sacado, de una cajita que contenía varios, un ancho marbete de cartulina blanca; mojó la pluma.

—¿Qué ponemos? *Número 54...* ¿*Capitán?*

—*Capitán Jean Marie François Morhange.*

en tanto le dictaba, con una mano apoyada en el filo de la mesa, advertí en mi manga blanca una manchita de un rojo oscuro.

—*Morhange* —repetía Le Mesge, acabando de garrapatear el nombre de mi compañero—, *nacido en...*

—*Villefranche.*

—*Villefranche. Ródano.* ¿Qué fecha?

—*El 14 de octubre de 1859.*

—*El 14 de octubre de 1859.* Está bien. *Fallecido en el Hoggar el 5 de enero de 1897.* Ajajá, ya está. Muchas gracias, querido señor, por su amabilidad.

—A sus órdenes, caballero.

sin más hablar, me despedí tranquilamente de Le Mesge. Tenía ya tomada mi decisión y, lo repito, me sentía muy tranquilo. Sin embargo, al despedirme de Le Mesge experimentaba gran necesidad de dejar pasar cierto tiempo entre la determinación y su cumplimiento.

Me puse a dar vueltas por los pasillos. Luego, encontrándome cerca de mi cuarto, me dirigí a él y allí me recogí. Pero hacía en la estancia un calor insufrible. Me tendí en el diván y me sumí en meditaciones.

El puñal me estorbaba en el bolsillo. Lo saqué y lo dejé en el suelo.

Era un buen puñal, con la hoja en forma de losange. Entre ella y el mango mediaba una virola de cuero encarnado.

La vista del puñal me recordó el martillo de plata. Recordé la facilidad con que lo manejé al descargar el golpe.

Volvieron a mi memoria con incomparable precisión todos los pormenores de la escena. Mas ni siquiera tuve un temblor. Parecía como si la determinación que había tomado en un instante, de matar a la instigadora del asesinato, me hubiera permitido evocar con todo sosiego las terribles circunstancias de aquel pensamiento.

Cuando reflexionaba en la acción que había cometido, lo que sentía era asombro, no horror.

«De modo —me decía a mí mismo— que he sido yo quien ha matado a ese Morhange, que fue niño antes de ser hombre y costó a su madre tantos desvelos durante sus enfermedades de la infancia. Fui yo quien segó esa vida, quien redujo a la nada ese monumento de amor, de lágrimas, de insidias vencidas que viene a ser una existencia humana. Verdaderamente, la aventura no puede ser más extraordinaria. Eso era todo. Ni temor, ni remordimiento, ni ese horror shakespeariano que sigue al homicidio y por efecto del cual hoy mismo, escéptico como soy y desengañado como ningún otro, me echo en seguida a temblar cuando me encuentro solo de noche en un cuarto oscuro».

«Ea —me dije—. Esta es la hora. Acabemos de una vez».

Recogí el puñal, y antes de guardármelo en el bolsillo, hice ademán de herir. Todo iba bien. Mi mano afianzaba bien el pomo.

Nunca había ido a las habitaciones de Antinea sino acompañado por un guía, que la primera vez fue el targui blanco, y la segunda, el gatopardo. Mas no me costó trabajo dar con el camino. Un poco antes de llegar a la puerta del rosetón luminoso, encontré un targui.

—Déjame pasar —le ordené—. Me ha llamado tu señora. El hombre obedeció, echándose a un lado.

A poco, una melodía sorda llegó a mis oídos. Reconocí el tañido de una *rebaza*, el violín de una sola cuerda que suelen tocar las mujeres tuareg. Era Aguida quien lo pulsaba, acurrucada como de costumbre a los pies de su ama. También rodeaban a ésta las otras tres jóvenes. Sólo Tanit-Zerga faltaba.

¡Ah! Ya que aquella fue la última vez que la vi, déjame que te hable de Antinea y te digo cómo la contemplé en aquel instante supremo.

¿Presentía ella la amenaza que sobre su cabeza se cernía y quiso desafiarla apelando a sus más invencibles artificios? Aún guardaba en la memoria la

imagen del grácil cuerpo desnudo que la noche anterior estrechara contra mi pecho, sin sortijas ni joyas. Y ahora retrocedía ante ella viéndola delante de mí ataviada, no como una mujer, sino como un ídolo, como una reina.

El lujo formidable de los faraones abrumaba aquel cuerpo grácil. Llevaba en la cabeza el *pschent* de dioses y reyes, enorme y de oro, sobre el cual unas esmeraldas, que son la gema nacional de los tuareg, repetían varias veces su nombre en caracteres tifinar. Vestía la *schenti*, que la aprisionaba como una hierática envoltura. Una *schenti* de satén rojo, recamada de áureos lotos. A sus pies tenía un cetro de ébano, rematado en un tridente. Llevaba en los brazos desnudos sendos *uraeos*, que alargaban sus fauces hasta los sobacos, cual si quisieran cobijarse en ellos. De las aurículas del *pschent* fluía un collar de esmeraldas, cuya vuelta primera le ceñía la barbilla voluntariosa, en forma de barboquejo, en tanto las otras caían circularmente sobre el escote.

Al entrar yo, se sonrió.

—Te esperaba —me dijo sencillamente.

Me adelanté, y llegado que hube a cuatro pasos del trono, me detuve erguido ante ella, que me miraba irónicamente.

—¿Qué es eso? —me preguntó con el mayor sosiego.

Seguí con los ojos la dirección de su ademán y reparé en que el mango del puñal sobresalía de mi bolsillo.

Lo extraje y lo apreté en mi mano, dispuesto a herir con él.

—A la primera de vosotras que se mueva mandaré que la arrojen a seis leguas de aquí, completamente en cueros, en mitad del desierto rojo —dijo fríamente Antinea a sus mujeres, que, al ver mi ademán, no habían podido reprimir un murmullo de espanto.

Ella continuó, dirigiéndose a mí:

—Ese puñal no tiene nada de bonito y me parece que lo manejas bastante mal. ¿Quieres que envíe a Sydia a mi cuarto para que te traiga el martillo de plata? Con él te apañas mejor que con ese puñal.

—Antinea —le dije con voz sorda—. Voy a matarla a usted.

—Háblame de *tu*, háblame de *tú*. Bien que me tuteabas anoche. ¿Es que no te atreves delante de éstas? —dijo señalando a las muchachas, que tenían los ojos desencajados de terror.

Y continuó:

—¿Matarme? No eres consecuente contigo mismo. ¡Matarme, en el momento en que puedes recoger el precio de la muerte del otro!...

—¿Sufrió mucho? —le pregunté de pronto, estremeciéndome.

—Muy poco. Ya te he dicho que manejaste el martillo con tal destreza como si nunca hubieras hecho otra cosa en tu vida.

—Como el pobre Kaine —murmuré.

Ella sonrió asombrada.

—¡Ah! Conocías esa historia... Sí, como Kaine. Pero al menos Kaine era lógico. Mientras que tú... No comprendo.

—Tampoco yo comprendo muy bien.

Ella me miró con divertida curiosidad.

—Antinea —dije.

—¿Qué?

—He hecho lo que me pediste que hiciera. ¿Puedo, a mi vez, hacerte un ruego, una pregunta?

—Habla.

—¿Estaba a oscuras, no es verdad, la habitación en que «él» se hallaba?

—Sí, a oscuras. Yo tuve que guiarte hasta el diván en que dormía.

—¿Dormía «él»? ¿estás segura?

—Segurísima.

—«Él»... No murió en el acto, ¿verdad?

—No. Puedo decirte exactamente cuándo murió «él»; dos minutos después de haberte ido tú, lanzando un grito luego que descargaste el golpe.

—Entonces, indudablemente, no pudo «él» saber...

—¿Qué?

—Que era yo quien esgrimía el martillo.

—Efectivamente, pudo quedarse sin saberlo —dijo Antinea—; y, sin embargo, lo supo.

—¿Cómo?

—Lo supo porque yo se lo dije —contestó ella, fijando con magnífica intrepidez su mirada en la mía.

—Y —murmuré— ¿se lo creyó «él»?

—Gracias a las explicaciones que yo le di, te reconoció en el grito que lanzaste. Si «él» no hubiera llegado a saber que eras tú, ningún interés hubiera tenido para mí la cosa —terminó con una despectiva risita.

Ya he dicho que tan sólo cuatro pasos me separaban de Antinea. Los franqué de un salto, pero antes de haber podido herir, caí redondo al suelo.

Hiram-Rey acababa de saltarme a la garganta.

Al mismo tiempo, la voz misteriosa y tranquila de Antinea:

—Llamad a los hombres —ordenó.

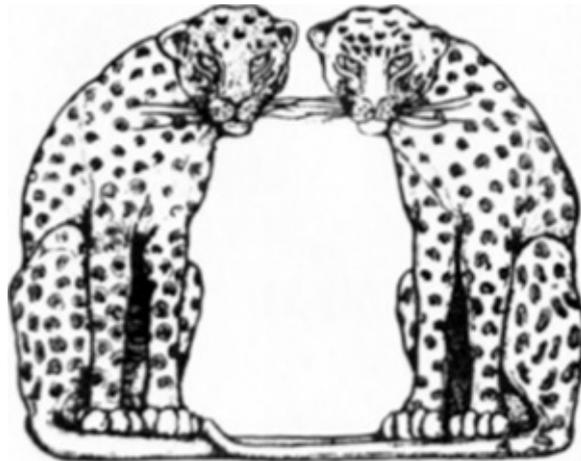
Un segundo después, me vi libre de las zarpas del gatopardo. Los seis tuareg blancos me rodeaban y se disponían a matarme.

Soy muy fuerte y vigoroso. Por un momento logré ponerme en pie; a diez pasos de mí yacía uno de mis enemigos, derribado de un puñetazo dado en la barbilla con todas las reglas del arte. Otro agonizaba bajo mis rodillas. Fue entonces cuando vi por última vez a Antinea. Estaba de pie, apoyadas ambas manos en su cetro de ébano, y contemplaba la lucha con una sonrisa de irónico interés.

En el mismo instante lancé un alarido y solté a mi víctima.

Mi brazo izquierdo crujió; uno de los tuareg me había cogido por detrás y, retorciéndomelo, me había desarticulado el hombro.

En los pasillos por donde dos fantasmas blancos me llevaban atado de un modo que no podía hacer el menor movimiento, perdí completamente el sentido.



CAPÍTULO XVIII

LAS LUCIÉRNAGAS

a pálida luz de la luna, entrando por el gran balcón abierto, penetraba a raudales en mi cuarto.

Junto al diván en que estaba tendido, permanecía erguida una grácil forma blanca.

—¿Eres tú, eres tú, Tanit-Zerga? —murmuré.

Ella se puso un dedo en los labios.

—Sí. Chitón, yo soy.

Hice por incorporarme, pero un dolor atroz me desgarró el hombro. Entonces volvieron a mi memoria los acontecimientos de aquella tarde.

—¡Ah, chiquilla, si supieras!

—Lo sé —dijo ella.

Me sentía más débil que un niño. A la gran sobreexcitación del día le sucedía ahora, con la noche, una total depresión nerviosa. Una oleada de llanto me subió a la garganta, me sofocó.

—¡Si supieras, si supieras!... Sácame de aquí, chiquilla, sácame...

—Habla más quedo —dijo ella—. Hay un targui blanco de centinela a la puerta.

—¡Sácame de aquí, sálvame! —repetía yo.

—Para eso he venido —repuso ella sencillamente.

Yo la miré. No vestía ya su hermosa túnica de seda encarnada, sino que se envolvía en su sencillo jaique blanco, uno de cuyos paños se había echado a la cabeza.

—También yo —dijo con voz apagada— quiero salir de aquí; mucho tiempo hace que lo deseo.

Ansio volver a ver Gao, el pueblecito a orillas del río, los azules árboles de la goma, el agua verde.

Repitió:

—Desde que estoy aquí, siempre deseé irme; pero soy demasiado pequeña para aventurarme sola por el Sahara. Nunca me atreví a hablar de esto a los que vinieron antes que tú. Ninguno pensaba más que en «ella»... Pero tú has querido matarla.

Lancé un sordo quejido.

—Sufres —me dijo—. ¿Te han roto el brazo?

—Por lo menos, me lo han descoyuntado.

Con infinita dulzura pasaba por mi hombro sus manecitas delicadas.

—Hay un targui blanco de centinela a la puerta, Tanit-Zerga —dije—. ¿Por dónde has venido entonces?

—Por ahí —dijo ella.

Hizo un ademán señalando a la ventana. Una raya negra y perpendicular cortaba por su mitad el cuadrilátero azul.

Tanit-Zerga se acercó a la ventana. La vi de pie sobre el alféizar; en su mano relucía un cuchillo; cortó la cuerda por arriba, al ras de la abertura; la sogá cayó con un ruido seco sobre el pavimento. Volvió a mi lado.

—Partir, partir —dije—. Pero ¿por dónde?

—Por ahí —repitió ella.

Y señaló de nuevo la ventana.

Me incliné, y con febril mirada escudriñé el abismo tenebroso, buscando las rocas invisibles, las peñas contra las cuales el pobre Kaine se estrelló.

—¡Por ahí! —dije temblando—. De aquí al suelo hay doscientos pies.

—La cuerda tiene doscientos cincuenta —respondió ella—; es una cuerda muy fuerte, muy sólida; acabo de tomarla ahora mismo en el oasis; servía para derribar los árboles. Está nuevecita.

—¡Bajar por ahí, Tanit-Zerga!... ¿Y con el hombro como lo tengo?

—Yo te bajaré —dijo con energía—; tócame los brazos y verás cuán recios son. Mas no creas tampoco que voy a bajarte en brazos. Observa que a cada lado de la ventana hay una columna de mármol. Pasando la cuerda alrededor de una de ellas, y dándole una vuelta, te podrá ayudar a descolgarte sin que peses sobre mí.

Añadió:

—Y además, mira; cada diez pies he hecho un gran nudo; gracias a ello podré interrumpir el descenso de cuando en cuando si necesito tomar aliento.

—¿Y tú? —dije.

—Cuando estés abajo ataré la cuerda a la columna e iré a reunirme contigo. Si la sogá me desuella las manos, podré descansar en los nudos. Pero

no tengas miedo; soy muy ágil. En Gao, cuando era pequeña, me encaramaba a los gomales, que son casi tan altos, para coger nidos de tucán. Mucho más fácil es descolgarse.

—Pero cuando estemos abajo, ¿cómo nos las arreglaremos para salir? ¿Conoces tú los cinco recintos?

—Nadie los conoce —dijo ella—, a no ser Cegheir-ben-Cheij, y quizá también Antinea.

—¿Y entonces?

—Mira... Podemos echar mano de los camellos de Cegheir-ben-Cheij, los que emplea en sus viajes. He desatado uno, al más fuerte, y lo he llevado ahí abajo, dándole mucha hierba para que no arme ruido y esté bien alimentado cuando lo necesitemos para salir de aquí.

—Pero... —insistí aún.

Ella dio con el pie en el suelo.

—¿Pero qué?... Quédate tú, si quieres, o si tienes miedo; yo me voy; quiero ver Gao de nuevo, los gomales azules, el agua verde.

Sentí vergüenza.

—Escaparé contigo, Tanit-Zerga; prefiero morir de sed en los arenales a continuar aquí... Vámonos.

—Chitón —dijo ella—, todavía no.

Y me señalaba la vertiginosa arista bañada en luz de luna.

—Todavía, no, hay que aguardar. Si no, nos verían. Dentro de una hora, cuando la luna se oculte detrás de la montaña, será el momento propicio.

Se sentó y permaneció sin decir palabra con el jaique completamente echado sobre su cara morena.

¿Oraba? Quizá.

De pronto la perdí de vista. La oscuridad entraba por el ventanal. La luna se ocultaba detrás de la montaña.

Tanit-Zerga posó su mano en mi hombro. Me arrastraba hacia el abismo; hice cuanto puede para no temblar.

Debajo sólo había sombra. En voz queda, pero firme, me dijo Tanit-Zerga:

—Todo está listo, he sujetado la cuerda a la columna. Mira el nudo corredizo. Pásatelo por debajo de los brazos. Ah, este almohadón. Llévalo pegado al hombro dolorido... Es de cuero... Está bien relleno. Procura dar siempre la cara a la pared. El almohadón te protegerá contra los choques y roces demasiado fuertes.

Había recobrado la serenidad y el dominio de mí mismo; me senté en el alféizar de la ventana, con los pies colgando en el vacío. Una bocanada de aire fresco, que soplaba de lo alto de las cumbres, me reanimó.

Sentí en el bolsillo la mano de Tanit-Zerga.

—Es una cajita. Cuando estés abajo, será menester que me avises para bajar yo entonces. Abre esta caja. Contiene unas luciérnagas; yo las veré e iré a unirme contigo.

Me estrechó largamente la mano.

—Ahora, descuélgate —murmuró.

Y así lo hice.

De aquel descenso de doscientos pies sólo recuerdo una cosa. La rabia que se apoderaba de mí cuando la cuerda se detenía y yo me quedaba con los pies colgando en el vacío, al costado de aquella muralla totalmente lisa. «¿A qué aguarda esa tonta —me decía a mí mismo— que hace ya un cuarto de hora que me tiene así colgado?... ¡Ah, por fin!... Bueno... Otra vez detenido...». Por dos veces creí tocar el suelo. Pero sólo era una aspereza de la roca... Tenía que rechazarla con el pie... y de pronto me encontré sentado en el suelo; alargué las manos... me clavé en un dedo una espina; había por allí unos zarzales. Había llegado.

Inmediatamente me sentí acometido de gran excitación nerviosa.

Arrojé el almohadón y deshice el nudo corredizo. Con la mano sana tensé la cuerda, apartándola unos cinco o seis pies del nivel de la montaña, y la puse el pie encima.

Al mismo tiempo saqué de mi bolsillo la cajita de las luciérnagas y la abrí.

Sucesivamente se elevaron en la noche negra, de un negror de tinta, tres fulgores errantes; las luciérnagas subían sin parar por el costado de la peña. Su nimbo, de un rosa pálido, resbalaba muellemente. Una tras de otra dieron vueltas, desaparecieron...

—Estás cansado, sidi teniente. Deja que sostenga la cuerda.

Junto a mí acababa de surgir, inopinadamente, Cegheir-ben-Cheij.

Contemplé su larga y negra figura. Yo temblaba, pero no soltaba la cuerda, que ya empezaba a estremecerse con leves sacudidas.

—Suelta —repitió él con autoridad.

la aferró con ambas manos.

No sé lo que pasó por mí en aquel momento. Estaba de pie, al lado del sombrío fantasmón.

—¿Qué hacer —dime— con el hombro desarticulado contra aquel hombrón cuya fuerza y agilidad me eran ya conocidas? Y además, ¿con qué

objeto? Yo lo veía agachado, sosteniendo tirante la cuerda con ambas manos y ambos pies, con todo el cuerpo, mucho mejor de lo que yo hubiera podido hacerlo.

Algo nos pasó rozando por encima de la cabeza. Un bulto tenebroso.

—Ajajá —dijo Cegheir-ben-Cheij cogiendo en sus forzudos brazos aquella leve sombra y depositándola en tierra, mientras la cuerda suelta chocaba, balanceándose, contra la peña.

Tanit-Zerga lanzó un gemido al reconocer al targui.

Él le tapó brutalmente la boca con la mano.

—¿Quieres callarte, ladrona de camellos?

La tenía cogida por el brazo. Se encaró conmigo.

—Ahora, sígame —me dijo con voz imperiosa.

Obedecí; durante el corto trayecto oí rechinar de terror los dientes de Tanit-Zerga.

Llegamos a una covacha.

—Entrad —dijo el targui.

Encendió un hachón. Su lumbre rojiza me permitió ver un soberbio *mehari* que rumiaba apaciblemente.

—La chiquilla no es tonta —dijo Cegheir-ben-Cheij señalando al animal—; se llevaba la mejor caballería, el camello más bajo y fuerte; pero es una atolondrada.

Acercó el hachón al camello.

—Es una atolondrada —continuó—. No se le ha ocurrido más que ensillarlo. No ha hecho provisión de agua ni de pienso. A los tres días, a esta hora, moriríais los tres de hambre en el camino..., ¡y en qué camino!

Tanit-Zerga no rechinaba ya los dientes. Miraba al targui con una mezcla de espanto y esperanza.

—Sidi teniente —dijo Cegheir-ben-Cheij—, ven acá, al lado del camello, que te explique...

Cuando estuve cerca de él, me dijo:

—A cada lado hay un odre lleno de agua. Economizad este agua todo lo que podáis, porque habéis de atravesar una región horrible. Puede que en 500 kilómetros no encontréis un pozo.

—Ahí —añadió—, en esas alforjas, hay unas latas de conserva. No muchas, porque el agua es más necesaria; hay también una escopeta, tu carabina, sidi. Procura no tener que emplearla contra los antílopes. Por último, hay también esto.

Desplegaba un rollo de papel; inclinó el rostro velado; sonrieron sus ojos; me miró.

—Luego que salgas de los recintos, ¿adonde piensas dirigirte? —me preguntó.

—Rumbo a Ideles, para volver otra vez al punto donde nos encontraste al capitán y a mí —le contesté.

Cegheir-ben-Cheij hizo un movimiento con la cabeza.

—Me lo figuraba —murmuró.

agregó:

—Mañana, antes que el sol se pusiera, os habrían cogido a ti y a la pequeña y os habrían dado muerte —dijo con frialdad.

Siguió diciendo:

—Hacia el norte continúa el Hoggar, y todo el Hoggar obedece a Antinea. Has de tomar rumbo hacia el sur.

—Echaremos hacia el sur —le dije.

—Hacia el sur. Y, ¿por dónde?

—Pues por Silet y Timissao.

El targui movió de nuevo la cabeza.

—Os buscarán por ese lado —dijo—; ese es el camino bueno, el que tiene pozos. Saben que tú los conoces. Los tuareg no dejarán de esperarte junto a los pozos.

—¿Entonces?

—Entonces —dijo Cegheir-ben-Cheij— no tomes el camino de Timissao a Tombuctú hasta que no estés a 600 kilómetros de aquí, por Ireruan, o mejor todavía, a la altura del *quad* Telemsi; allí terminan los caminos que suelen recorrer los tuareg del Hoggar y comienzan los de los tuareg auelimiden.

Tanit-Zerga alzó su voz voluntariosa.

—Los auelimiden son los que exterminaron a los míos y me redujeron a esclavitud; no quiero pasar por su territorio.

—Cállate, mosquita muerta —dijo con dureza Cegheir-ben-Cheij.

Y continuó encarándose siempre conmigo:

—Te repito lo que te he dicho. La pequeña no se equivoca. Los auelimiden son feroces. Pero temen a los franceses. Muchos de ellos se comunican con los puestos que hay al norte del Níger. Y, además, están en guerra con las tribus del Hoggar, y éstas no irán a perseguiros en su territorio. Mantengo lo dicho; habéis de tomar el camino de Tombuctú por el punto en que penetra en los territorios que los auelimiden recorren. Esos campos abundan en árboles y fuentes. Si lográis llegar hasta el *quad* Telemsi,

acabaréis vuestro viaje bajo un dosel de mimosas en flor. Además, de aquí al *guad* Telemsi hay menos trecho que yendo por Timassao. El camino es en línea recta.

—Sí, en línea recta —dije—; pero bien sabes que para seguir ese camino es preciso cruzar el Tanezruft.

Cegheir-ben-Cheij hizo un ademán de impaciencia.

—Cegheir-ben-Cheij no lo ignora —dijo—. Sabe lo que es el Tanezruft. También sabe que el que ha cruzado todo el Sahara, se lo pensaría mucho antes de internarse por el Tanezruft y el Tassili meridional. De sobra sabe que camello que allí se extravía, o muere o se vuelve montés, porque nadie quiere exponer su vida por ir a buscarlo... Pero precisamente, el temor que esa región inspira es lo que puede salvaros. Y, en último término, hay que elegir, o exponerse a morir de sed en el Tanezruft o que lo maten a uno en cualquier otro camino.

Añadió:

—También podéis quedaros aquí.

—Mi elección está hecha, Cegheir-ben-Cheij —dije.

—Bueno —exclamó, desliando nuevamente el rollo de papel—; esta línea que aquí ves arranca del orificio de la segunda muralla de tierra adonde voy a conducirlos. Va a desembocar en Iferuan. He señalado los pozos, pero no te fíes mucho, porque varios están secos. Procura no apartarte de esta línea. Si te alejas, puedes darte por muerto... Ahora monta en el camello con la muchacha. Dos hacen menos ruido que cuatro.

Caminamos silenciosos largo trecho. Cegheir-ben-Cheij iba delante, su *mehari* le seguía dócil. Sucesivamente atravesamos un tenebroso pasillo, un desfiladero y otro pasillo... Cada entrada se hallaba oculta bajo un inextricable revoltijo de peñas y jarales.

De pronto, un soplo ardiente aleteó en nuestras sienas. En el corredor que tocaba a su fin penetró un opaco fulgor rojizo. El desierto estaba allí.

Cegheir-ben-Cheij se detuvo.

—Apeaos —dijo.

Un manantial cantaba en la roca. El targui se acercó a él y llenó de agua un cubilete de cuero.

—Bebed —nos dijo, ofreciéndolo a uno después de otro. Obedecemos.

—Bebed otro sorbo —ordenó—; todo lo que bebáis ahora lo economizaréis de los odres. Procurad que no os dé sed antes de que oscurezca.

Miró si el *mehari* estaba bien cinchado.

—Todo está en regla —murmuró—; vamos, dentro de dos horas será de día; es preciso que os quitéis de en medio antes que claree.

En aquel instante supremo me acometió una especie de emoción; me dirigí hacia el targui y le estreché con fuerza la mano.

—Cegheir-ben-Cheij —le dije en voz baja—, ¿por qué haces lo que estás haciendo con nosotros?

Dio un paso atrás y relucieron sus profundos y sombríos ojos.

—¿Que por qué? —exclamó.

—Sí, ¿por qué?

—El Profeta —respondió gravemente— permite al justo que por una vez en su vida deje que la piedad prevalezca sobre el deber. Cegheir-ben-Cheij ha hecho uso de esa autorización en favor de aquel que le salvó la vida.

—¿Y no temes —le dije— que si vuelvo a donde están los franceses, hable y revele el secreto de Antinea?

Él movió la cabeza.

—No —me dijo con voz irónica—; tú no desearás, sidi teniente, que tu gente sepa cómo murió el sidi capitán.

Aquella respuesta tan lógica me hizo temblar.

—Quizás haga mal —añadió el targui— en dejar con vida a la muchacha... Pero te ama y nada dirá. Iros, que no tardará en clarear el día.

Quise estrecharle las manos otra vez a aquel extraño salvador, pero retrocedió de nuevo.

—No me agradezcas lo que hago, pues lo hago por mí, para adquirir méritos ante Dios. Ten por seguro que no volvería a hacerlo ni por otro ni por ti.

Y como yo esbozara un ademán para tranquilizarlo sobre este último punto, me dijo con un tono de zumba que aún resuena en mis oídos:

—No asegures, no asegures. Lo que hago lo hago por mi bien. No por el tuyo.

Le miré con extrañeza.

—No por tu bien, sidi teniente, no por tu bien —dijo con voz grave—, porque tú volverás un día, y ese día no cuentas ya con la compasión de Cegheir-ben-Cheij.

—¿Que volveré? —murmuré, temblando.

—Volverás, volverás —insistió el targui.

Estaba de pie y semejaba una oscura estatua a la vera de una parda peña.

—Volverás —repitió con energía—; ahora huyes, pero te engañas si crees que vas a ver nuevamente el mundo con los mismos ojos que antes. Por todas

partes, en lo sucesivo, un solo pensamiento habrá de asediarte, y un día, dentro de un año, de cinco, puede que de diez, volverás a recorrer este mismo pasillo que acabas de cruzar.

—Cállate, Cegheir-ben-Cheij —imploró la voz trémula de Tanit-Zerga.

—Cállate tú también, mosquita muerta —dijo Cegheir-ben-Cheij.

Rió con sarcástica risa.

—La chica tiene miedo, ves, porque sabe que lo que te digo es verdad, pues conoce la historia del teniente Ghiberti.

—¿El teniente Ghiberti? —exclamé, con las sienes caladas de sudor.

—Era un oficial italiano que yo me eché a la cara hace ocho años, entre Rhat y Radamés. Resultó que el amor que le inspiró Antinea no fue óbice, al principio, para que siguiese amando la vida. Intentó escaparse y lo logró, no sé cómo, porque no le ayudé yo. El caso es que volvió a su país. Pues bien, escucha: dos años después, un día cualquiera, según salía yo de descubierta, encontré, delante de la muralla del norte, un pobre hombre extenuado, casi muerto de cansancio y de hambre, que buscaba vanamente la entrada. Era el teniente Ghiberti que volvía. En la sala de mármol rojo ocupa el nicho número 39.

Y el targui volvió a reír.

—Esa es la historia del teniente Ghiberti que querías conocer...; pero bastante hemos hablado ya. Vuelve a montar en el camello.

Le obedecí sin chistar. Tanit-Zerga, a la grupa, se ceñía a mi cintura con sus brazos.

Cegheir-ben-Cheij seguía sujetando las riendas de la montura.

—Oye, un consejo más —dijo, indicándome a lo lejos, hacia el sur, un punto negro sobre la línea violácea del cielo—. ¿Ves ese *gur* allá a lo lejos? Esa es la dirección que habéis de seguir. Está de aquí a 30 kilómetros. Ahí habéis de estar cuando salga el sol. Consulta entonces el mapa. En él encontrarás señalado el punto de la siguiente parada. Si no te apartas de la línea, en ocho días estaréis en el *guad* Telemsi.

El camello tendía su largo pescuezo hacia el oscuro airecillo que soplaba del sur.

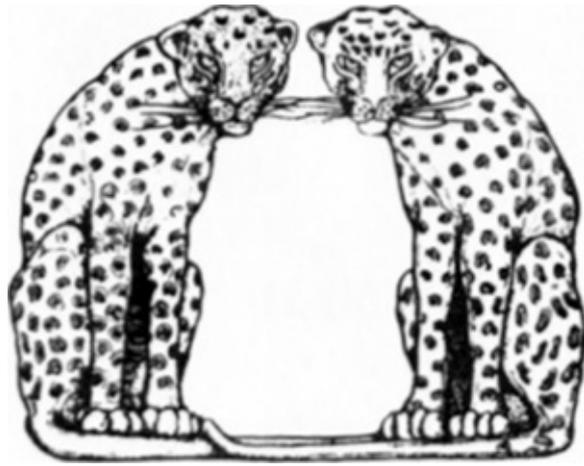
El targui le soltó las riendas con un amplio ademán.

—Iros —nos dijo.

—Gracias —le respondí volviéndome en la silla—, gracias, Cegheir-ben-Cheij, y adiós.

Desde lejos oí su voz que me respondía:

—Hasta la vista, teniente De Saint-Avit.



CAPÍTULO XIX

EL TANEZRUF

urante la primera hora de nuestra fuga, el *mehari* de Cegheir-ben-Cheij nos condujo a una velocidad vertiginosa. Recorrimos un trecho de al menos cinco leguas. Yo dirigía la cabalgadura hacia el *gur* que me indicó el targui, y no perdía de vista su cumbre, que se iba agrandando en el cielo cada vez más pálido.

Aquel galope hacía silbar en nuestras orejas una ligera brisa. Las grandes matas de *retem* huían a derecha e izquierda, semejantes a oscuros y descarnados esqueletos.

De pronto, oí la tenue voz de Tanit-Zerga que me decía:

—Detén el camello.

No entendí, desde luego, el sentido de su indicación.

—Detenlo —me repitió.

Y me dio un violento tirón del brazo derecho.

Obedecí. El camello, de muy mala gana, moderó su andadura.

—Oye —me dijo Tanit-Zerga.

De inmediato no oí nada. Luego percibí, detrás de nosotros, un rumor muy tenue, un roce seco.

—Deten el camello —ordenó Tanit-Zerga—. No hay necesidad de que se arrodille.

En el mismo instante saltó sobre el *mehari*, de un bote, un leve bulto oscuro.

—Déjalo —dijo Tanit-Zerga—, es Gale.

Al mismo tiempo sentí en mi mano un borujo de erizados pelos.

La mangosta había seguido nuestra pista y nos había alcanzado.

Yo escuchaba ahora su jadeante aliento, que poco a poco se iba apaciguando.

—Ahora soy dichosa —murmuró Tanit-Zerga.

No se había engañado Cegheir-ben-Cheij. Al clarear el día, dejábamos atrás el *gur*. Miré a lo lejos; el Atakor no era ya más que un caos monstruoso en medio de las brumas nocturnas que la aurora iba disipando. No era posible distinguir, entre aquellos anónimos picachos, el que servía a Antinea de morada para seguir tramando sus amorosos enredos.

Ya sabes qué es el Tanezruft, la «meseta por excelencia», el terreno abandonado, inhabitable, el país del hambre y la sed. Nos encontrábamos a la sazón en la parte de dicho desierto que Duveyrier denomina Tassili del Sur, y que en el mapa del ministerio de obras públicas figura con una seductora mención: «Peñascosa meseta, sin agua ni vegetación, inhospitalaria así para el hombre como para los animales».

Nada hay tan espantoso, salvo quizás algunas partes del Kalahari, como aquel peñascoso desierto. ¡Ah! Cegheir-ben-Cheij no había exagerado al afirmar que no pensarían en perseguirnos por allí.

Grandes lienzos de sombra se obstinaban todavía en no recibir la luz. Los recuerdos chocaban en mi cabeza unos con otros con la más total incoherencia. Acudió a mí una frase textual: «Le parecía a Dick que, desde el origen de los tiempos, no había hecho otra cosa, en su oscuridad, sino hender el aire a lomos de un *mehari*». No pude contener la risa. «Desde hace unas horas —me dije— no hago más que evocar situaciones literarias. Hace un momento, cuando me encontraba a cien pies por encima de la tierra, era yo el Fabrice de *La cartuja de Parma*, al costado de su italiano torreón. Ahora imagino ser el Dick de *La luz que agoniza*, atravesando el desierto en busca de sus compañeros de armas». Volví a reírme, pero al punto me estremecí, recordando la noche anterior y evocando la figura del Orestes de *Andrómaca*, que se aviene a inmolar a Pirro... Una situación muy literaria también...

Cegheir-ben-Cheij había calculado que necesitaríamos ocho días para llegar a las regiones arboladas de los auelimiden, anuncio de las herbosas estepas del Sudán. Sabía apreciar el valor de la montura. Instintivamente, Tanit-Zerga le había puesto el nombre de *El-Mellen*, el blanco, porque aquel magnífico *mehari* lucía una piel casi inmaculada. Una vez resistió sin comer dos días, contentándose con coger, acá y allá, alguna ramilla de acacia gomosa, cuyas buidas espinas blancas, de una longitud de más de diez centímetros, me hacían temer por el esófago de nuestro amigo. Los pozos indicados por Cegheir-ben-Cheij se hallaban, en efecto, en los sitios señalados, pero sólo encontrábamos en ellos un ardiente y amarillento lodo. Aquel fango turbio bastaba al camello, gracias a lo cual y a nuestros prodigios

de templanza, al cabo de cinco días sólo habíamos consumido uno de los dos odres de agua. Desde aquel momento pudimos darnos por salvados.

Ese día logré, en las inmediaciones de aquellas fangosas charcas, cazar de un escopetazo una gacela de las dunas, de enhiestos cuernecillos. Tanit-Zerga desolló al animalito y nos regalamos con un lucido pemil, cocido en su punto. Entre tanto, Gale, que durante nuestras paradas de día no cesaba de husmear por entre las oquedades de las peñas, logró dar con un *uran*, un cocodrilo de los arenales, de tres codos de largo, al cual se dio prisa a retorcerle el pescuezo. Comió de aquel manjar hasta hartarse. Una pinta de agua nos costó su digestión. Pero se la concedimos de buen grado, porque éramos dichosos. No me lo decía Tanit-Zerga, mas claramente advertía el gozo que experimentaba al convencerse de que yo no recordaba ya a la mujer del *pschent* de oro y esmeraldas. Y, verdaderamente, en aquellos días no me acordaba de ella. Sólo pensaba en evitar aquel tórrido bochorno; en cuidar que el agua se mantuviera fresca, para lo cual había que esconder durante una hora el odre, de piel de macho cabrío, en la hendidura de una peña; y en la intensa felicidad que se siente al llevarse a los labios el cubilete de cuero rebosante de aquella agua salvadora... Puedo decirlo muy alto, más alto que nadie. Las grandes pasiones, cerebrales o sensuales, son patrimonio de personas bien comidas y bebidas y descansadas.

Eran las cinco de la tarde. Disminuía el bochorno. Habíamos salido de la peñascosa oquedad en que echáramos una siestecita. Sentados en un gran pedrusco, mirábamos cómo el horizonte se teñía de rojo.

Deslié el rollo de papel en que Cegheir-ben-Cheij había trazado nuestras etapas hasta el camino del Sudán. Comprobé de nuevo con júbilo que su itinerario era exacto y que me había ajustado a él escrupulosamente.

—Pasado mañana, por la noche —dije—, estaremos ya preparándonos para hacer la jornada que ha de conducirnos al día siguiente, al amanecer, al *guad* Telemsi. Luego que estemos allí, ya no tendremos la preocupación del agua.

Los ojos de Tanit-Zerga brillaron en su rostro consumido.

—¿Y Gao? —preguntó.

—El punto a que me refiero sólo dista una semana del Níger. Y Cegheir-ben-Cheij dijo que, a partir del *guad* Telemsi, ya todo el camino que sigue está plantado de mimosas.

—Conozco las mimosas —dijo—. Son unas bolitas amarillas que se deshacen en la mano; pero me gustan las flores del alcaparro. Te vendrás a Gao conmigo. Mi padre, Sonni Askia, murió asesinado por los auelimiden,

como ya te he dicho. Pero mi gente habrá ya reedificado el pueblo. Están hechos a esos percances. Verás cómo te reciben.

—Iré, Tanit-Zerga, te prometo que iré. Pero es preciso que también tú me prometas...

—¿Qué? ¡Ah, ya caigo! ¿Por tan tonta me tienes, que me crees capaz de hablar de ciertas cosas que podrían darte enojo?

Y al decir esto, me miraba. El extremo cansancio y las privaciones habían como aguzado su rostro moreno, en el que sus ojos relucían inmensos... Más tarde tuve ocasión de recurrir a los mapas y el compás y señalar para siempre el sitio en que por vez primera comprendí la belleza de los ojos de Tanit-Zerga.

Entre nosotros se hizo un gran silencio, roto por ella.

—Va a cerrar la noche. Hay que tomar un bocado para ponernos de nuevo en camino cuanto antes. Se levantó y fue hacia las peñas.

Casi en el mismo momento oí su voz, que me llamaba con una entonación de angustia que me dejó helado.

—¡Ven, oh, ven y verás!

De un brinco me puse junto a ella.

—¡El camello —murmuró—, el camello!

Apenas fijé la vista, un temblor mortal me corrió por el cuerpo.

Tendido a lo largo, al otro lado de la peña, con sus ijares sacudidos por bruscas convulsiones, el pobre *El-Mellen* agonizaba.

Ni qué decir la febril premura con que procuramos asistir al pobre animal. No podía explicarme, ni me lo he explicado nunca, de qué se moría *El-Mellen*. Todos los *meharis* son así; muy recios y, al mismo tiempo, muy delicados. Son capaces de caminar seis meses seguidos por las más espantosas soledades, mal alimentados, sin abrevar, y no les pasa nada. Y de pronto, el día menos pensado, cuando nada les falta, se tumban de costado y te abandonan con una sencillez desconcertante. Cuando Tanit-Zerga y yo vimos que en nada le podíamos valer, nos levantamos, y en silencio contemplamos los mortecinos calambres del pobre animal. Cuando exhaló su último suspiro, nos pareció como si se nos hubiese acabado la vida.

La primera que habló fue Tanit-Zerga.

—¿A cuánto estamos del camino del Sudán? —preguntó.

—Estamos a doscientos kilómetros del *guad* Telemsi —le respondí—; se pueden ganar treinta kilómetros marchando hacia Heruan, pero por ese lado no hay pozos.

—Entonces hay que avanzar hacia *guad* Telemsi —dijo ella—; doscientos kilómetros los andaremos en siete días, ¿no es verdad?

—Siete días echaremos, por lo menos, Tanit-Zerga.

—¿A cuánto está de aquí el primer pozo?

—A setenta kilómetros.

La joven hizo una mueca. Mas se dominó al punto.

—Hay que ponerse en camino al momento.

—¡A pie, Tanit-Zerga, a pie!

Ella golpeó el suelo impaciente. Su entereza me maravilló.

—Hay que ponerse en camino —repitió—; tomaremos un bocado, beberemos un trago y daremos también de comer y beber a Gale, ya que no podemos cargar con tantas latas de conserva, y el odre pesa tanto que no podríamos andar diez kilómetros con él a cuestas. Pondremos un poco de agua en una lata de conserva, después de vaciarla por un agujero. Con esto tendremos bastante para la etapa de esta noche, que será de treinta kilómetros sin pozo. Luego, mañana por la noche, emprenderemos otra jornada de treinta kilómetros y llegaremos al pozo señalado en el papel por Cegheir-ben-Cheij.

—¡Ah! —exclamé contrariado—. Si no tuviese el hombro como lo tengo, podría cargar con el odre.

—Pero puesto que lo tienes como lo tienes —dijo Tanit-Zerga—, cargarás con la escopeta y dos latas de conservas. Yo cogeré otras dos, más la del agua. Ahora, démonos prisa. Debemos estar de camino dentro de una hora si queremos hacer la jornada de treinta kilómetros. Ya sabes que en cuanto sale el sol, se caldean las peñas de forma que no se puede pisar en ellas.

Puedes figurarte en qué triste silencio acabó aquella hora, cuyo principio nos encontró tan confiados. Creo que, a no ser por la muchacha, me habría sentado en la roca a esperar mejor suerte. Gale era la única que se mostraba alegre.

—No conviene dejarla que se ataque —dijo Tanit-Zerga—, pues no podría seguirnos. Además que es preciso que mañana cace algo. Si coge otro *uran* nos lo comeremos nosotros. Tú, que has caminado por el desierto, sabes lo terribles que son las primeras horas de la noche. Cuando asoma la luna, amarilla y enorme, parece como si un polvillo picante se alzase de la tierra y subiese en forma de sofocante bruma. Sin quererlo masca uno, de modo maquinal y continuo, como para triturarlo, aquel polvo abrasador que penetra hasta en la garganta. Luego se impone al cabo la costumbre, una especie de descanso y somnolencia. Camina uno sin pensar en nada, hasta olvidarse de que lo hace. Preciso es dar un tropezón para recordarlo. Cierto es que

menudean los tropezones. Pero, al fin, todo eso es tolerable. «Ya queda poco de noche —se dice uno—, de noche y de jornada. Después de todo, menos cansado estoy ahora que al principio». Acaba la noche y viene entonces la hora más atroz. Se muere uno de sed y tirita de frío. Toda la fatiga vuelve junta. El horrible vientecillo precursor de la aurora no sirve de alivio, sino todo lo contrario. A cada paso en falso que da uno, se repite: «El primero que dé será ya el último».

Eso es lo que sienten y dicen los que, sin embargo, saben que dentro de algunas horas podrán descansar y beber y comer...

Yo padecía lo indecible. Todos los tropezones me repercutían en el hombro dolorido. Una vez tuve intenciones de detenerme y tumbarme en el suelo. Pero fijé la vista, oportunamente, en Tanit-Zerga. La joven seguía adelante con los ojos casi cerrados. En su semblante se advertía una indecible mezcla de sufrimiento y de voluntad. Yo también cerré los ojos y continué camino adelante.

Así trascurrió la primera jornada. Al clarear el día nos detuvimos en el hueco de una peña. A poco, el calor nos obligó a salir de allí en busca de un refugio más umbroso. Tanit-Zerga no probó bocado. Pero, en cambio, se bebió de un sorbo su media lata de agua. Todo el día se lo pasó como amodorrada. Gale iba y venía alrededor de nuestra peña lanzando lastimeros quejidos.

No quiero hablar de la segunda jornada, que superó en horror a cuanto imaginarse pueda. Padecí todo lo que es humanamente posible padecer en el desierto. Mas notaba ya, con piedad infinita, que mis energías varoniles empezaban a llevar ventaja a los nervios de mi pobre amiga. Ella, no obstante, se guía caminando sin decir palabra, echado a la cara el jaique, uno de cuyos picos mordía maquinalmente. Gale nos seguía.

El pozo hacia el cual nos encaminábamos era el indicado en el papel por Cegheir-ben-Cheij con la palabra *Tissaririn*. *Tissaririn* es el dual de *Tessarirt*, y significa «dos árboles aislados».

Clareaba el día cuando divisamos por fin los dos árboles, dos gomales, por cierto. Apenas distábamos de ellos una legua. Yo lancé un grito de júbilo.

—Animo, Tanit-Zerga; ahí está el pozo.

Apartó ella su velo y pude ver su angustiado rostro.

—Más vale así —murmuró—; más vale así, porque si no... No pudo terminar.

El último kilómetro lo recorrimos a la carrera. Ya veíamos la abertura, el orificio del pozo.

Por fin llegamos junto a él.

¡Estaba vacío!

Es una sensación extraña la de morir de sed. Al principio se sufre horriblemente. Mas luego se calman los sufrimientos, cediendo puesto a la insensibilidad. Se recuerdan pormenores insignificantes y ridículos de la vida pasada, que revolotean a nuestro alrededor como mosquitos. Yo comencé a recordar el tema de historia que desarrollé para el ingreso en Saint-Cyr, la campaña de Marengo. Con terquedad, me repetía: «Yo decía que la batería descubierta por Marmont, en el momento de la carga de Kellermann, constaba de dieciocho piezas... Pero ahora recuerdo que sólo eran doce. Sí, estoy, seguro, doce».

Y volvía a repetir:

—Doce.

Y así hasta que caí en una especie de coma, del que me sacó la sensación de tener un hierro ardiente sobre la frente. Abrí los ojos. Tanit-Zerga estaba inclinada sobre mí, y era su mano la que de tal modo me abrazaba.

—Levántate —me dijo—; partamos.

—Partir, Tanit-Zerga. ¡El desierto arde, el sol está en el cénit! Es mediodía.

—Caminemos —repitió ella.

Entonces comprendí que deliraba.

Estaba en pie; el jaique se le había caído al suelo. Gale dormía hecha un ovillo.

Destocada, insensible al espantoso sol, repetía:

—Caminemos.

Recobré un tanto la razón.

—Cúbrete la cabeza, Tanit-Zerga. Cúbrete la cabeza.

—Caminemos —repitió—, caminemos. Gao está ahí cerquita, lo presiento. Quiero ver Gao de nuevo.

La obligué a sentarse, a mi lado, en la sombra de un peña. Noté que se le acababan las fuerzas. La inmensa piedad que me inspiró, me devolvió del todo el juicio.

—Gao está ahí, muy cerca, ¿no es verdad? —dijo.

Y sus ojos centelleantes me miraban con expresión de súplica.

—Sí, niña, niña querida. Gao está ahí mismo. Pero, por Dios, cúbrete la cabeza. El sol hace daño.

—¡Ah, Gao, Gao! Ya decía yo —repetía—, ya sabía yo que no me moriría sin ver Gao.

Se incorporó y sus manecitas de brasa estrecharon las mías.

—Oye. Tengo que explicarte por qué estaba segura de que volvería a ver Gao.

—Tanit-Zerga, sosiégate, nena mía, sosiégate.

—No. Tengo que decírtelo. Allí, a orillas del río que tiene agua, en Gao, era donde mi padre, hace mucho tiempo, fue príncipe... Bueno; pues un día, un día de fiesta, vino del interior de aquellas tierras un hechicero, viejo, vestido de pieles y plumas con careta, montera rematada en pico y castañuelas en las manos. Aquel viejo bailó la *bussadilla* en la plaza del pueblo, donde todos los nuestros formaban corro. Yo estaba en primera fila, y por el collar de turmalina que llevaba puesto, comprendió que era hija de un jefe sonrhái; comenzó a hablarme del pasado, del gran imperio mandinga, sobre el cual reinaron mis padres; de nuestros enemigos, los feroces kuntas, de todo, en fin, y luego dijo:

—Sosiégate, niña.

—Y luego me dijo: «No pases temor. Puede que vengan días malos para ti; mas, qué importa, si al cabo, un día, en el horizonte, verás refulgir Gao, no este Gao esclavizado y reducido a la categoría de un poblacho de negros, sino el Gao espléndido de otras épocas, la gran capital del país de los negros. Gao regenerado, con la mezquita de siete torres y catorce cúpulas de turquesa, con las casas de frescos *patios*^[50], los surtidores, los regados jardines, rebosantes de grandes flores encarnadas y blancas... Entonces habrá llegado para ti la hora de la libertad y del advenimiento al trono».

Tanit-Zerga estaba erguida. Sobre nuestras cabezas y a nuestro alrededor, por todas partes crepitaba el sol sobre la *hamada* calcinada.

La muchacha alargó de pronto el brazo y lanzó un grito terrible:

—Gao. Ese es Gao.

Volví la vista.

—Gao —repetía ella—. ¡Ah! Ya lo sabía. Mira los árboles y las fuentes, las cúpulas y las torres y las palmeras y las flores reventonas, encarnadas y blancas. Gao...

En el horizonte inflamado se erguía, en efecto, una ciudad fantástica, que escalonaba sus prodigiosos edificios de arcoiris. Ante nuestros ojos, desencajados, el atroz espejismo multiplicaba su abominable fiebre.

—Gao —exclamé—. ¡Gao!

Y casi al mismo tiempo lancé otro grito, pero éste de dolor y de horror. Sentí ablandarse en la mía la pequeña mano de Tanit-Zerga. Tuve solamente

el tiempo preciso para sostenerla en mis brazos y oírle murmurar, con un hilo de voz:

—Entonces habrá llegado para ti la hora de la libertad, la hora de la libertad y del trono.

Unas horas más tarde cavaba yo, sirviéndome del cuchillo que dos días antes empleara ella para desollar la gacela de las dunas, al pie de la peña en que exhalara el último suspiro, en la arena, la fosa en que para siempre iba a descansar Tanit-Zerga.

Cuando todo estuvo listo, quise contemplar de nuevo el amado semblante. Tuve un instante de flaqueza... Volví a echar en seguida el jaique blanco sobre la faz morena y coloqué en la fosa el juvenil cadáver.

Pero no había contado con Gale.

La mangosta no apartó de mí los ojos, en tanto realizaba mi triste faena. Cuando sintió caer sobre el jaique los primeros puñados de arena, lanzó un chillido estridente. La miré y la vi pronta a saltar, inyectados en sangre los ojos.

—¡Gale! —supliqué.

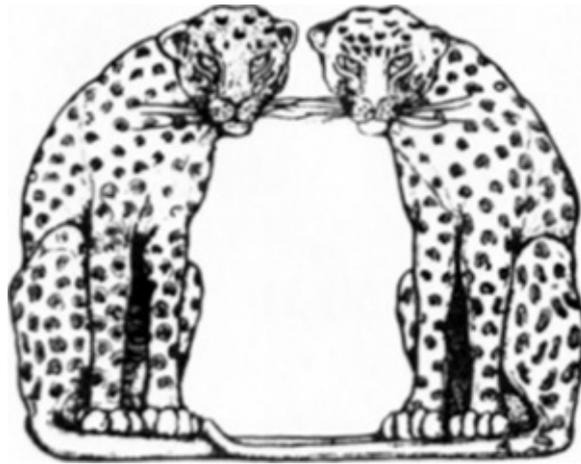
Y quise acariciarla.

El animal me mordió en la mano y luego, dando un brinco, se puso a hurgar en la fosa, removiendo con furia la arena.

Por tres veces intenté echarla de allí. Pero comprendía que no lograría rematar mi faena y, aunque lo lograra, Gale no se apartaría de allí y desenterraría el cadáver.

Tenía a mis pies la escopeta. Una detonación conmovió los ecos del inmenso desierto. Un instante después, Gale, acostada en el hombro de su ama, en su sitio favorito, dormía también su último sueño.

Cuando en la superficie de la tierra sólo quedó un ligero túmulo de arena apisonada, me levanté tambaleándome y eché a andar por el desierto, a la ventura, rumbo al sur.



CAPÍTULO XX

SE CIERRA EL CÍRCULO

n el fondo del valle del *guad* Mía, en el mismo sitio en que un chacal aullara la noche en que Saint-Avit me confesó haber matado a Morhange, volvió a aullar otro chacal, acaso el mismo.

Al punto tuve la impresión de que esa noche habría de consumarse lo irremediable.

Estábamos sentados aquella noche, como la otra, debajo de la mezquina veranda dispuesta al lado de nuestro comedor. Un suelo de yeso, un pretil de palitroques entrecruzados y cuatro vigas que sostenían un techo de alfa.

Ya he dicho que aquel pretil daba al desierto. Cuando acabó de hablar, Saint-Avit se levantó y se encaminó a asomarse a él. Yo hice otro tanto.

—¿Y después? —le dije.

Él me miró.

—Y después, ¿qué? No ignorarás, me figuro, lo que todos los periódicos contaron, a saber: cómo me encontré, medio muerto de hambre y sed, una *harka* comandada por el capitán Aymard, en la región de los auelimiden, y me trajo a Tombuctú. Un mes entero estuve delirando. Nunca he sabido lo que diría en el trascurso de mis crisis de alta fiebre. Ya comprenderás que los oficiales del círculo de Tombuctú no se cuidaron de repetírmelo. Cuando efectué el relato de mis aventuras, según consta en el informe oficial de la misión Morhange-Saint-Avit, no me costó trabajo comprender, en la correcta frialdad con que escucharon mis explicaciones, que la versión oficial que yo ofrecía difería sin duda, en ciertos puntos, de los pormenores que se me escaparon en el delirio.

Mas no insistieron. Quedó sentado que el capitán Morhange, fallecido a consecuencia de una insolación, había sido enterrado por mí en el ribazo del *guad* Tarhit, a tres jornadas del Timissao. Todos echaban de ver las lagunas

de que adolecía mi relato. Sin duda adivinaban un drama misterioso. Pero de eso a tener pruebas, había mucho. Ante la imposibilidad de reunir las, prefirieron echar tierra sobre lo que sólo hubiera sido un escándalo inútil. Pero de todo eso estás tan enterado como yo.

—¿Y... ella? —le pregunté con cortedad.

Él sonrió triunfalmente. Se ufanaba de ver que ya no pensaba ni en Morhange ni en su crimen, que me había contagiado su locura.

—¡Ella! —dijo—. Hace seis años que nada sé de ella. Pero la veo y le hablo. Pienso en el instante en que estaré de nuevo en su presencia... Me echaré a sus pies, y le diré tan sólo: «Perdóname por haberme rebelado contra tu ley. No sabía lo que hacía. Ahora ya lo sé, y mira, vuelvo, como el teniente Ghiberti».

—Familia, honor, patria —decía el vejete Le Mesge—, todo lo olvidará usted por ella.

—Le Mesge es un majadero, pero hablaba por experiencia. Sabía lo poco que con Antinea les había valido la voluntad a los cincuenta espectros de la sala de mármol rojo. Y ahora —me dirás tú a tu vez—, ¿qué es exactamente esa mujer? Pero ¿lo sé yo acaso? Y además, ¡qué me importa! ¡Qué me importan su pasado y el misterio de sus orígenes! ¡Qué más me da que sea la auténtica descendiente del dios de los mares y de los sublimes lagidas, o la bastarda de un polaco borrachín y una mujer alegre del barrio de Marbeuf!

Esos detalles, en la época en que cometí la flaqueza de sentir celos de Morhange, pudieron incidir en el ridículo amor propio que los seres civilizados mezclamos con las cosas de la pasión. Mas yo he tenido en mis brazos el cuerpo de Antinea. No quiero ya saber nada de ninguna otra, ni si los campos florecen, ni lo que haya de ser del simulacro humano...

No quiero saberlo. O tal vez porque sé demasiado qué ha de ser el porvenir, aspiro a sumirme en el único destino que vale la pena: una naturaleza inexplorada y virgen y un amor misterioso.

Una naturaleza inexplorada y virgen. Necesito explicártelo. Una vez, en una ciudad populosa, un día de invierno, totalmente manchado de la tizne que despiden las negras chimeneas de las fábricas y esos espantosos serrallos que son las casas de los arrabales, hube de acompañar un entierro.

Caminábamos entre fango. La iglesia era de edificación reciente, húmeda y pobre. Salvo dos o tres personas, deudos del muerto, embrutecidos por un dolor taciturno, todos los demás que formábamos el cortejo pensábamos

únicamente en una cosa: en un pretexto para tomar las de Villadiego. Llegamos hasta el cementerio los que no encontramos ese pretexto. Me parece ver todavía las tapias parduzcas con los tejos chorreando humedad, los tejos, esos árboles de sol y sombra, tan airosos en los países del Mediodía, cuando se yerguen sobre una leve colina de azul. Creo tener delante a aquellos sepultureros con sus mugrientos chaqués y sus chisteras embetunadas... Aún veo todo eso... Pero no..., es horrible. Cerca de la tapia, en un rincón apartado, habían cavado un foso en la tierra arcillosa, pedregosa y amarillenta. Allí echaron a aquel muerto, cuyo nombre no recuerdo ya.

Mientras lo bajaban a lo hondo, yo me miraba las manos, aquellas manos que, en un paisaje de una luz única, habían estrechado las manos de Antinea. Y me entró una inmensa piedad de mi cuerpo, un pánico inmenso por lo que le aguardaba en aquellas ciudades de fango. ¿Es posible —me repetía— que este cuerpo, este caro cuerpo mío, único sin duda, haya de parar en eso? No, no, cuerpo mío, el máspreciado de los tesoros, te juro que te evitaré tamaña afrenta; te juro que no habrás de pudrirte, marcado con un número de catálogo, entre la basura de un cementerio suburbano. Tus hermanos en amor, los cincuenta caballeros de oricalco, te esperan, mudos y graves, en la sala de mármol rojo. Yo sabré reunirte con ellos.

Un amor misterioso. Vergüenza sobre aquel que revele el secreto de sus amores; el Sahara extiende en torno a Antinea su barrera infranqueable; y por ello las más complicadas exigencias de esa mujer son, en realidad, más púdicas y castas de lo que habrá de ser tu casamiento, con su obscuro lujo de publicidad, las amonestaciones, las notas en la prensa y las invitaciones, en que se informa a un público burlón y vil que a tal hora te darás el gustazo de violar a tu virgencita de tres al cuarto.

Esto es, según creo, todo cuanto tenía que decirte. Pero no; falta algo todavía. Hace un momento recordé la sala de mármol rojo. Pues bien; hay al sur de Cherchel, la antigua Cesárea, al oeste del riachuelo de Mazafrán, sobre una colina que, al amanecer, descuella entre las rosadas brumas de la Miticha, una misteriosa pirámide de piedra. La gente del lugar la llama *La tumba de la cristiana*. En aquel sitio se depositó el cadáver de la abuela de Antinea, de aquella Cleopatra Selene, hija de Marco Antonio y de Cleopatra. A pesar de hallarse situado en el camino de las invasiones, ese hipogeo ha conservado su tesoro. Nadie osó nunca franquear el aposento ornado de pinturas en que reposa, en su féretro de cristal, el cadáver espléndido. Lo que la abuela hizo,

la nieta sabrá superarlo con sombría magnificencia. En medio de la sala de mármol rojo, sobre la peña en donde palpita la quejumbre invisible del tenebroso venero, hay levantado un túmulo. Allí se erguirá, en su asiento de oricalco, con el *pschent* y el *uraeo* de oro en la cabeza, y en la mano el tridente de Neptuno, la maravillosa mujer de que te he hablado, el día en que los ciento veinte nichos cavados a la redonda en torno a su trono hayan recibido, cada uno, su presa condescendiente y dichosa.

Cuando huí del Hoggar estaba destinado, según recordarás, a ocupar el nicho número 55. Desde entonces no he dejado de llevar la cuenta, y ahora calculo que ya me tocará ocupar el número 80 u 85. Pero estos cálculos, que se fundan en la veleidad de una mujer, pueden ser erróneos. Por eso estoy cada vez más nervioso. Es preciso darse prisa; te digo que hay que darse prisa.

—Hay que darse prisa —repetía yo como en sueños.

Él irguió la cabeza con indecible expresión de júbilo. Me estrechó las manos con las suyas, que temblaban de gozo.

—La verás —repetía como embriagado—, la verás.

Fuera de sí, me cogió en sus brazos y me estrechó con fuerza. Ambos nos sentíamos poseídos de una rara felicidad, y riendo y llorando al mismo tiempo como niños, no cesábamos de repetir:

—Démonos prisa. Démonos prisa.

De pronto se levantó un ligero vientecillo que agitó las ramas de alfa de la techumbre. El cielo, de color lila muy pálido, palideció aún más, y repentinamente se abrió del lado del este en un inmenso desgarrón amarillo. Amanecía en el solitario desierto; en el fondo de los fortines resonaron sordos rumores, relinchos, entrechocar de cadenas. El puesto se despertaba.

Durante algunos segundos permanecemos silenciosos, fija la mirada en dirección sur, en la dirección de Temassinin, el Egueré y el Hoggar.

Un golpe dado a nuestra espalda, en la puerta del comedor, nos hizo temblar.

—¡Sí! —dijo André de Saint-Avit, cuya voz había recobrado su habitual adustez.

Delante de nosotros compareció el suboficial Châtelain.

—¿Qué me quiere usted a estas horas? —preguntó de mal humor André de Saint-Avit.

El suboficial se mantenía a la orden.

—Perdone usted, mi capitán. Esta noche hemos cogido a un nativo merodeando alrededor del puesto. Debo advertirle que no se recataba lo más mínimo. En cuanto lo trajimos aquí, me pidió que lo condujera a presencia del comandante. Era de madrugada y no quise molestarle.

—¿Quién es ese nativo?

—Un targui, mi capitán.

—¡Un targui! Hágale pasar.

Châtelain se hizo a un lado. El nativo estaba detrás de él, escoltado por uno de nuestros *gumieres*^[51].

Ingresaron en la terraza.

El recién venido, un hombre de seis pies de estatura, era, efectivamente, un targui. Su vestimenta, de algodón azul tirando a negro, brillaba al sol naciente. Centelleaban sus ojos sombríos.

Cuando mi compañero y él se encontraron frente a frente ambos se estremecieron con un temblor al punto reprimido.

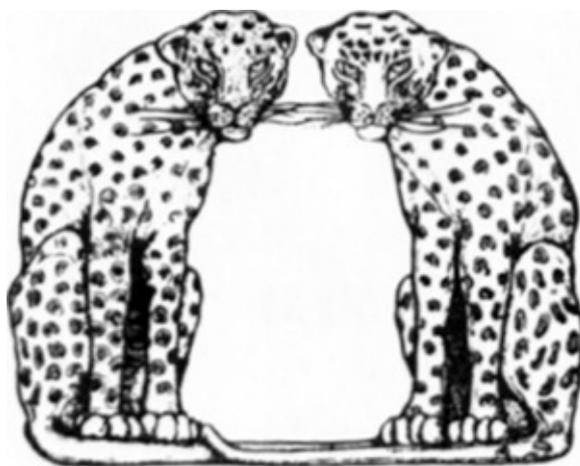
Se contemplaron en silencio un instante.

Luego, con voz muy tranquila, el targui dijo, inclinándose:

—Que la paz sea contigo, teniente De Saint-Avit.

Y con voz igualmente tranquila le respondió André:

—Que la paz sea contigo, Cegheir-ben-Cheij.



Este libro ha sido digitalizado desde su edición en papel para EPL. Si has pagado por él te han timado y si lo has bajado de alguna página en la que te saltan anuncios, no tiene nada que ver con epublibre. Si encuentras alguna errata, por favor visítanos y repórtala para que podamos seguir mejorando la edición. (Nota del editor digital).

Notas

[1] Esta carta, así como el manuscrito adjunto, fueron confiados en un sobre especial sellado al suboficial Châtelain, del tercero de spahis, por el teniente Ferrières, el 10 de noviembre de 1903, día en que este oficial partió hacia el Tassili de los tuareg azcher (Sahara central). El suboficial tenía orden de entregárselo, en ocasión de su primera licencia, a Leroux, consejero honorario del Tribunal de casación de Riom, el pariente más cercano del teniente Ferrières. Habiendo muerto repentinamente dicho magistrado antes de expirar el plazo señalado para la publicación de este manuscrito, origináronse dificultades que retrasaron hasta hoy su publicación. <<

[2] Palabra árabe que significa *tierra estéril*. <<

[3] Fortaleza o ciudadela en árabe. <<

[4] *Río Ciento. Guad*: lecho seco utilizado por las caravanas. <<

[5] *Terreno bajo*. Palabra árabe. <<

[6] H. Duveyrier: «Desastre de la misión Flatters», *Boletín de la Sociedad Geográfica*, 1881. <<

[7] Palabra árabe que significa *tierra, país*. <<

[8] Nombre de una célebre tribu árabe de Argelia, cuyas mujeres hacen profesión de cortesanías. <<

[9] *Joyeux*, nombre que en el argot militar francés se aplica a los soldados de las tropas de Africa y que literalmente significa «alegre». <<

[10] Gramínea muy común en Argelia, llamada por los botánicos *Stipatenaccisima*. <<

[11] Jinetes árabes al mando de oficiales franceses. <<

[12] Nombre que en el argot militar francés se da al comedor de oficiales y suboficiales. <<

[13] Palabra árabe que significa «dromedario». <<

[14] Revista de la Sociedad de Geología de Berlín. <<

[15] *Doctrina Ptolomaei ab injuria recentiorum vindícala, sive Nilus superior et Niger verus, hodiernus Eghiren, ab antiquis explorati* (Doctrina de Tolomeo, vindicada de los ataques de los modernos, o Nilo superior y el verdadero Niger, hoy Eghiren, explorados por los antiguos), París, en 8.º, 1874, con dos mapas. (Nota de Leroux). <<

[16] *De nomine et genere populorum qui berberí vulgo dicuntur* (Del nombre y género de los pueblos vulgarmente llamados berberiscos), París, en 4.º, 1892. (Nota de Leroux). <<

[17] «Viajes y descubrimientos de dos oficiales franceses: capitán Morhange y teniente De Saint-Avit, en el Sahara Occidental.» <<

[18] Palabra árabe. <<

[19] No tengo la menor indicación sobre la índole de la roca de Egueré, pero todo me mueve a creer que la mole es de asperón. H. Duveyrier, *Les Touareg du Nord*, p. 86. (Nota de Leroux). <<

[20] Plural de *mehari*. <<

[21] *Salina* en árabe. <<

[22] Fez encarnado. <<

[23] Tumba. <<

[24] Especie de arbusto que crece por aquellos parajes. <<

[25] Palabra árabe que significa *potro*. <<

[26] *Tuareg*, plural de *targui*. <<

[27] Nombre que también se da al Hoggar, en lengua temahaq. (Nota de Leroux). <<

[28] En efecto, el camino y las jornadas de Tit a Timissao fueron determinados en 1888 por el capitán Bissuel, *Les tuareg de l'Ouest*, itinerarios 1 y 10. (Nota de Leroux). <<

[29] Acaso sea útil recordar aquí que *Figuras de proas* es precisamente el título de un notabilísimo florilegio poético de Delarue-Mardrus. (Nota de Leroux). <<

[30] El capitán Morhange parece haber olvidado, en esta enumeración, por momentos fantástica, una etimología que es forma dialectal de *flor*, y que significaría «que está en flor». (Nota de Leroux). <<

[31] Nombre que dan los árabes a los cristianos. <<

[32] Suele llamarse tuareg blancos a los esclavos negros de los tuareg. En tanto que los nobles visten de algodón azul, los esclavos lo hacen de algodón blanco, por lo que se les llama tuareg blancos. Consúltese sobre este punto: Duveyrier, *Les Touareg du Nord*, p. 292. (Nota de Leroux). <<

[33] Esta famosa heroína de la independencia berberisca profesaba el monoteísmo israelita. Su nombre significa, en hebreo, *la sacerdotisa*. <<

[34] ¿Cómo iría a parar a Dax el *Viaje a la Atlántida*? Hasta ahora sólo he encontrado una hipótesis satisfactoria: la de que el viajero De Béhagle, miembro de la Sociedad Roger-Ducos, que hizo sus estudios en el colegio de Dax, y pasó allí muchas temporadas, descubriría en Africa el libro y lo llevaría consigo a la población mencionada. (Nota de Leroux). <<

[35] Variot, *L'Anthropologie galvanique*, París, 1890. (Nota de Leroux). <<

[36] *Tanit*, en berberisco, significa «fuente»; *Zerga* es el femenino del adjetivo *azreg*: «azul». (Nota de Leroux). <<

[37] Piccadilly. Tiendas, palacios, bullicio y aire,
girar de ruedas y murmurar de árboles. <<

[38] Jerga que hablan las tropas francesas de Africa, y que consiste en una mezcla de árabe y de todas las lenguas latinas. <<

[39] He podido encontrar, en el Libro de Oro de la Imprenta nacional, los nombres de los jefes tuareg y de las personas que les acompañaron en su visita, a saber: Henri Duveyrier y el conde Bielowsky. (Nota de Leroux). <<

[40] *Mucho* en árabe. <<

[41] Rumi, *cristiano*. <<

[42] Sidi, *señor*, en árabe. <<

[43] «No fue fatalidad que en aquella noche de julio...». <<

[44] Carnicero digitigrado. «La mangosta se parece mucho, por su figura, a la garduña». (Buffon). <<

[45] *Corán*, capítulo LXVI, versículo 17. (Nota de Leroux). <<

[46] *Laptot*: marinero senegalés. <<

[47] Santón, palabra árabe. <<

[48] Consúltense las actas y el *Boletín de la Sociedad de Geografía de París*, 1897, para los cruceros por el Niger del comandante de la región de Tombuctú, coronel Joffre, tenientes Baudry y Bruset y padre Rarqart, de la congregación de los padres blancos. (Nota de Leroux). <<

[49] Gabriel d'Annunzio, *Las vírgenes de las rocas*. Véase la *Revue des Deux Mondes* del 15 de octubre de 1896, p. 267 y *passim*. <<

[50] En español en el original. <<

[51] Jinete que forma parte del contingente armado que suministra una tribu o *gum* de Argelia, al mando de oficiales franceses. <<